Biblioteca Contemporánea

La Biblia en la India

VIDA DE IEZEUS CHRISTNA

POR

LUIS JACOLLIOT

PRIMERA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

POR

R. COMAS SOLÁ

Tomo I



F. GRANADA Y C.a, EDITORES
BARCELONA

MAUCCI IIERMANOS É HIJOS
RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

MAUGGI HERMANOS
l.a DEL RELOX, 1
MEXICO

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

MOISÉS Y LA SOCIEDAD HEBREA. – LA BIBLIA EN LA INDIA

Págs.

PREFACIO

Las naciones perecen por los ensueños, la contemplación, los privilegios de casta y el despotismo religioso.

España acaba de revolucionarse contra los cirios y el agua bendita ... ¡Antes de juzgar, esperemos!

Italia no puede llegar a realizar su unidad.

Roma se prepara para condenar en un concilio general todas las conquistas del espíritu moderno, libre albedrío, libertad de conciencia, independencia de los poderes civiles, etc...

La excomunión intenta rejuvenecer sus impotentes rayos, y doblegar bajo su yugo a los emperadores, los reyes y los pueblos.

Los prelados ingleses intentan en nombre de Lutero establecer la unidad en el dogma, lo que les daría el poder, y proscriben a Colenso (1).

Inglaterra ahoga los gemidos de Irlanda.

Los sectarios de Omar luchan en nombre de Alá para proscribir las reformas que podrían salvar á Turquía y asesinan á los cretenses.

Polonia ha desaparecido; el sable moscovita ha cumplido la predicción de Koscinsko moribundo.

El zar de Rusia es papa.

¡Y sin embargo! entrad en las iglesias, en los

(1) Obispo del Natal que ha negado la divinidad de Cristo.

templos, en las mezquitas, en todas partes se coloca bajo la égida de Dios la intolerancia y las persecuciones.

No es ya el fanatismo de la Edad Media, pues la fe está muerta, es la hipocresía que agita y escudriña los arsenales del pasado para encontrar armas con las cuales puedan aún inspirar miedo á los pueblos, obligarles á doblar la rodilla en el polvo de las tinieblas y del olvido.

¡Sí! pero la libertad es un árbol vigoroso y joven, y cuanto más se corten sus ramas, más fuerza adquirirá para el porvenir.

Sólo Francia posee la igualdad, su savia es siempre vivaz y poderosa; avanza, pues, sin sacudidas, sin revolución á la pacifica conquista de sus instituciones libres.

¡Las sacudidas han producido hasta el presente sólo paros, divisiones y miedo á la libertad!

Pero ¿por qué, en medio de todos estos ruidos que la rodean de Norte á Sur, de Este á Oeste, parece dudar alguna vez?... ¿qué entorpece su avance? ¿qué teme?...

Es que la joven generación, es que la *Francia nueva*, no está aquí para renegar de las impotencias de un pasado, cuya vuelta no desea, y para seguir atrevidamente la bandera, que avanzando un paso más, le asegurará la vida libre en el interior y el respeto en el exterior.

¡Adelante, pues!

El tiempo de los agitadores y de los tribunas religiosos ha pasado. Sabemos lo que valen las oligarquías clericales á quienes se levanta un pedestal, y con cuánta facilidad, al día siguiente del éxito, se revuelven contra los principios de aquellos que les han elevado.

Ya no les aguantaremos más la silla curul.

Y puesto que empezamos á andar... ayudémonos leal y valerosamente en el progreso.

IX

En presencia de la intolerancia que levanta la cabeza y de todas estas luchas religiosas que dividen á Europa, vengo á explicaros la vida de un pueblo que fue grande entre todos, por su civilización, sus leyes y su moral y cuyos sacerdotes han profundizado el misterio de la tumba.

Vengo á haceros saber de qué manera la humanidad, después de haberse lanzado hasta las más elevadas regiones de la crítica filosófica y de la razón libre, en el antiguo país de la India, ha sido esclavizada y ahogada por el altar que ha substituído á la vida inteligente, el embrutecimiento, la impotencia y la fantasía.

El concilio va á reunirse, todos los enemigos de la libertad se aperciben para la lucha suprema, y me levanto para hacer saber de dónde provienen su origen, sus libros santos y su revelación. Me levanto para decir al gobierno y á la Francia:

Cuidado con los herederos de los brahmanes indios.

También ellos comenzaron en la pobreza y en la abnegación y han acabado en la opulencia y en el despotismo.

Escuchad lo que el misionero católico Dubois ha escrito acerca de los antiguos brahmanes: con seguridad que no se le puede tildar de sospechoso:

«La justicia, la humanidad, la buena fe, la compasión, el desinterés, todas las virtudes, en fin, les eran familiares, las enseñaban a los otros con palabras y ejemplos: de ahí resulta que los indios profesen, al menos en el terreno especulativo, casi los mismos principios de moral que nosotros» (2).

Así fue como conquistaron y prepararon á los pueblos para oír la divina palabra de Christna, á los cuales convirtieron en peldaño para alcanzar el poder, y cuando los rajahs, que habían hecho toda

(2) *Costumbres de las Indias,* por el abate Dubois, t. II.

suerte de sacrificios, quisieron emanciparse de su tutela, no se levantaron más que para volver á ser esclavos. ¡Terrible enseñanza del pasado y que el porvenir ha de saber aprovechar!

Rodeemos de respeto al altar que sustenta la imagen del Creador; rechacemos el altar que enarbola esta divisa:

Dominación de los gobiernos y sujeción de los pueblos.

***

La India es la cuna del mundo, es de allí que la madre común, irradiando sus hijos hasta las regiones más occidentales, nos ha legado para siempre en señal de nuestro origen, su idioma y sus leyes, su moral, su literatura y su religión.

Por más que los emigrantes se introduzcan en las frías y nebulosas regiones del Norte, atraviesen la Persia, la Arabia y el Egipto, lejos de esta tierra de sol que les dio vida; en vano olvidarán el punto de partida, su piel continuará bronceada ó se convertirá en más blanca al contacto de las nieves de Occidente; civilizaciones fundadas por ellos, espléndidos reinos caerán para no dejar en pie más que algunas ruinas, algunos restos de columnas esculpidas; nuevos pueblos renacerán de las cenizas de los primeros; nuevas ciudades ocuparán el sitio de las viejas, ni trastornos ni invasiones, ni revoluciones, nada podrá borrar el signo original.

La ciencia admite hoy, como verdad que ya no necesita demostración, que todos los idiomas de la antigüedad han nacido en el Extremo Oriente; gracias a los trabajos de los indianistas nuestras lenguas modernas encuentran allí sus raíces y sus bases.

Hace ya mucho tiempo que el malogrado Bour-

nouf decía en un curso a sus alumnos: ¡Cuánto más y mejor comprendemos el griego y el latín desde que estudiamos el sanscrito!

No es de hoy el atribuir el mismo origen á las lenguas eslavas y germánicas.

Manú ha inspirado las legislaciones egipcias, hebraicas, griegas y romanas, y su espíritu informa aún la organización entera de nuestras leyes europeas.

Cousin ha dicho en alguna ocasión:

«La historia de la filosofía de la India es el resumen y el compendio de la historia filosófica del mundo.»

Pero aun hay más:

Las tribus emigrantes con sus leyes, sus usos, sus costumbres y su idioma llevaban igualmente su religión, y conservaron un piadoso recuerdo de los dioses de la patria que no debían volver á ver, de aquellos dioses del hogar doméstico abrasados antes de partir para siempre.

También, elevándonos hasta el manantial, encontramos en la India todas las tradiciones poéticas y religiosas de los pueblos antiguos y modernos. El culto de Zoroastro y los símbolos del Egipto, los misterios de Eleusis y las sacerdotisas de Vesta, el Génesis de la Biblia y sus profecías, la moral del filósofo de Samos y las sublimes enseñanzas, del filósofo de Betleem.

Este libro está destinado á vulgarizar todas estas verdades que hoy sólo se agitan en las cumbres de la ciencia, verdades que muchos han entrevisto sin duda, sin atreverse á manifestarlas.

Es la historia de la revelación religiosa, trasmitida a todos los pueblos, expurgada en todo lo posible de las fábulas que la ignorancia y la sed de dominación de los levitas añadió en todos los tiempos.

No se me ocultan los odios que voy á desencadenar, pero los aguardo sin temor. Ya hoy nadie es

condenado á ser devorado por las llamas como en tiempos de Miguel Servin, de Savonarola y de Felipe II de España, y el libre pensamiento puede manifestarse en un país libre. Es todo lo que yo quería decir al lector que abra estas páginas.

ECOS DE LA INDIA

Antigua India, cuna del género humano, ¡salud! ¡Salud, anciana nodriza de pechos poderosos, á quien ni la obra de los siglos, ni las feroces invasiones han logrado aún arrojarte en el polvo del olvido! ¡loor para ti, patria de la fe, del amor, de la poesía y de la ciencia!... ¡Oh! ¡cuánto desearía que tu pasado pudiera ser más tarde... nuestro porvenir!

He vivido en el fondo de tus misteriosas selvas, esforzándome en comprender el lenguaje de tu grandiosa naturaleza, y el viento de la noche murmurando entre las hojas de los tamarindos dejaba oír estas tres mágicas palabras: Zeus, Jehová, Brahma.

He interrogado á los brahmanes y á los sacerdotes bajo los arcos de los templos y de las pagodas antiguas.

Y me han respondido:

"Vivir es pensar, pensar es estudiar á Dios que lo es todo y está en todo.»

He escuchado las lecciones de los doctores y de los sabios, y decían:

"Vivir es saber... saber es investigar y profundizar el poder celeste en todas sus formas sensibles é innumerables manifestaciones.»

Me he acercado a los filósofos y les he preguntado:

"¿Qué hacéis, pues, aquí desde hace más de seis

mil años y qué libro es este que hojeáis de continuo encima de vuestras rodillas?»

Y han sonreído dejando oír estas palabras:

"Vivir es ser útil a sí mismo y a los demás; vivir consiste en ser bueno y aprendemos á ser útiles y buenos en este libro de los Vedas que hojeamos, en donde se halla la palabra de la eterna sabiduría, el principio de los principios revelado á nuestros padres.»

He oído cantar á los poetas... y el amor, los perfumes, las flores y la belleza, les inspiraban, también, enseñanzas divinas.

He visto á los fakires sonreír ante el dolor en un lecho de espinas y sobre carbones encendidos... El dolor les hablaba de Dios.

He llegado hasta los orígenes del Ganges, y millares de indios se arrodillaban ante el sol naciente en las orillas del río sagrado, y la brisa me trasmitía estas palabras:

"El arroz verdece en la llanura, se doblega al peso del fruto, demos gracias al que nos lo ha dado.»

Y sin embargo, á pesar de esta fe ardiente y creencias arraigadas, á pesar de las enseñanzas sublimes de los brahmanes, de los sabios, de los filósofos y de los poetas, he visto á tus hijos, pobre vieja madre india, decrépitos, debilitados, embrutecidos por las más bajas y odiosas pasiones, entregar sin queja á un puñado de mercaderes que les oprimen, tu sangre, tus riquezas, tus hijas vírgenes y tu libertad.

Qué de veces he oído gritos roncos, quejas inexpresables surgir por la noche en un rincón de las selvas, en las orillas de los ríos, en los pantanos desiertos ó en el sendero sombrío, etc... ¿Era acaso la voz de los tiempos pasados que venía á llorar la civilización extinguida, la grandeza perdida?... ¿Era acaso el extertor supremo de los cipayos ametrallados en horrible confusión con sus mujeres é hijos,

al siguiente día de un levantamiento, por algunos individuos vestidos con levitas encarnadas, que de esta manera se vengaban de haber tenido tanto miedo?... ¿Serían por ventura los sollozos de los tiernos niños, estrujando en vano los pechos helados de sus madres muertas de hambre?

¡Ay! ¡cuántas y cuántas horribles miserias me ha sido dable contemplar!

Un pueblo que sonríe con indiferencia sujeto a una mano de hierro que le mata, coronándose con flores en los días de hambre, para morir con elegancia igual que el atleta romano y cavando alegremente con sus propias manos la tumba de sus glorias antiguas, de sus recuerdos y de su independencia.

¿A qué influencia funesta, me decía, se debe la causa de semejante descomposición?... ¿Es debido sencillamente a la acción de los siglos, y es que las naciones están destinadas á semejanza del hombre á morir en la decrepitud?

¿Por qué las sanas y puras doctrinas de las primeras edades, por qué las sublimes enseñanzas de los Vedas han producido este resultado?

Y siempre oía á los brahmanes, a los sabios, á los filósofos y a los poetas discurrir acerca de las grandes virtudes sociales, la inmortalidad del alma y de la Divinidad...

¡Y veía siempre á los pueblos inclinarse ante aquél que les dio su terreno tan fértil y su sol tan hermoso!...

¡Pero acabé por comprender!... ¡ay! esto sólo era una lección... y ví con tristeza que estos pueblos habían cambiado el espíritu de sus sublimes creencias por un fanatismo vacío, el libre albedrío y la voluntad del hombre libre por la ciega y estúpida obediencia del esclavo.

¡Oh! Entonces quise levantar el velo que ocultaba el pasado, llegar hasta el origen de esta nación moribunda que sin fuerzas para el amor igual que para

el odio, sin entusiasmo para la virtud ni para el vicio, se asemeja á un actor á quien se obligase á representar su último acto delante de un público impasible.

¡Qué época tan espléndida pude entonces estudiar y comprender! Hice hablar a la tradición cobijada en el fondo de los templos, escudriñé las ruinas y los monumentos, interrogué a los vedas, estos libros cuya existencia se cuenta por millares de años, en donde la juventud estudiosa acudía á aprender la ciencia de la vida mucho antes de que Tebas, la de las cien puertas, ó Babilonia, hubieran empezado á surgir de sus cimientos.

Escuché los murmullos de las antiguas poesías que se cantaban á los pies de Brahma, cuando los pastores del alto Egipto y de Judea aun no habían nacido... Quise comentar las leyes de Manú que los brahmanes aplicaban bajo los pórticos de las pagodas, muchos siglos antes que las Tablas de la ley hebrea hubiesen descendido entre rayos y truenos de las alturas del monte Sinaí.

Entonces, la India apareció ante mis ojos en toda su enérgica y potente originalidad. La seguí en su marcha progresiva y ascendente, en la irradiación de sus luces sobre el universo entero. La ví imponiendo sus usos y costumbres, sus leyes y su religión al Egipto, á la Persia, á Grecia y á Roma. Vi a Djeminy y a Veda-Vyasa preceder á Sócrates y Platón, y Christna, hijo de la virgen Devanaguy (3) preceder al hijo de la virgen de Beetlém.

Fue la época de grandeza debida al libre pensamiento y á la razón.

Después asistí á la decadencia... empezaba la ancianidad para este pueblo que había iluminado al mundo y que había sabido imprimir á sus doctrinas y á su moral un sello tan imborrable, que ni la ac-

(3) En sanscrito, creado por Dios.

ción destructora del tiempo, que después arrojó á la tumba á Babilonia y Nínive, Atenas y Roma, ha podido hacérnoslo olvidar.

Ví á los brahmanes y a los sacerdotes prestar el auxilio de su palabra, la autoridad santa de los vedas, de la divina escritura al despotismo estúpido de los reyes, y olvidándose de su origen, ahogar la India bajo una teocracia corrompida, que con sus divisiones de castas, sus indignos sacrificios á las más vergonzosas pasiones, su embrutecimiento sistemático de las masas, hubieran rápidamente hecho aniquilar en provecho suyo las glorias del pasado que le avergonzaban... la libertad que le hubiera echado á tierra.

¡Y entonces comprendí mucho mejor por qué este pueblo después de más de dos mil años de servidumbre religiosa, carecía siempre de fuerzas para rechazar á sus verdugos... y pedirle cuentas, limitándose á doblegar la cabeza bajo la odiosa dominación de los comerciantes ingleses, implorando postrado de rodillas todas las mañanas y todas las noches á este Dios... en cuyo nombre sus brahmanes y sus sacerdotes le han muerto!...

Chandernagor, 25 Febrero 1868.

PRIMERA PARTE

La India ante los tiempos antiguos

CAPITULO PRIMERO

LA INDIA CIVILIZA AL MUNDO CON SU IDIOMA, SUS USOS, SUS LEYES Y SUS TRADICIONES HISTÓRICAS

Cuando el europeo pone por primera vez su planta en el suelo de la India, llega llevando en sí extraños prejuicios, orgulloso del pasado y de la civilización de las regiones en donde ha nacido; cree, este hombre fuerte del Occidente, que lleva á los pueblos que va a visitar la más elevada moral, la más racional de las filosofías, la más pura religión; después en presencia de los impotentes esfuerzos tentados por los misioneros de todos los cultos que sólo cuentan á algunos parias entre sus adeptos, deja escapar con desdén las palabras embrutecimiento y fanatismo, y regresa á su patria después de haber visto algunas ceremonias que no comprende, algunas pagodas cuyos monstruosos ídolos le hace encoger de espaldas, y fakires, especies de Simeones estilistas cuyas flagelaciones y tormentos le llenan de asco.

Si uno de estos desgraciados iluminados se ha incorporado con pena sobre las gradas de un templo dedicado á Visnú ó á Siva, para implorar una limosna, lo ha mirado con piedad al mismo tiempo que murmuraba los artículos de nuestro código contra los vagabundos, y sin

embargo, visitando Roma quizás ha dejado caer algún óbolo en la débil mano del bienaventurado José Labre, este fakir de Occidente.

Muy pocos son los viajeros que han procurado comprender á la India, muy pocos los que se han dignado realizar los esfuerzos necesarios para iniciarse en los esplendores de su pasado; estudiando sólo la superficie no han visto nada más allá; hasta han llegado á declarar que no había nada con la seguridad de una crítica demasiado poco razonada para no ser víctima de la ignorancia.

¿Para qué sirve el sanscrito? preguntaba Jacquemont y glorioso con esta salida, compuso y forjó un Oriente convencional que sus sucesores han copiado, que todas las bibliotecas han acaparado y que constituye aún hoy día la fuente de todos los errores que constituyen las tres cuartas partes del bagaje de los conocimientos de la Europa sobre este país.

Y sin embargo, ¡qué de riquezas ocultas dignas de ponerse en evidencia! ¡cuántos y cuántos tesoros de literatura, de historia, de moral y de filosofía para dar á conocer al mundo!

Los trabajos de los *Strange,* de los Colbrook, de los William, de los Jone, de los Weber, de los Lassen y de los Bournouf han aportado un poco de luz sobre estas cosas; confiemos en que una numerosa sucesión de indianistas les seguirá y que se llegará á reconstituir completamente una época que no tiene nada que envidiar á la nuestra en cuanto á grandeza y civilización y ha iniciado al mundo entero en todos los grandes principios de legislación, de filosofía, de moral y de religión.

Por desgracia, es casi imposible remontarse á los orígenes de este misterioso país, sin habitarlo, penetrarse de sus usos y costumbres, y principalmente sin un conocimiento profundo del sanscrito, el antiguo idioma, y del tamul, el idioma sabio actual, los cuales únicamente pueden guiaros á través de este obscuro dédalo y poneros en condiciones de trabajar con fruto.

Haré un reparo á muchos traductores y orientalistas, á la vez que admiro sus profundos conocimientos, y es que no habiendo vivido en la India, carecen de exactitud en la expresión, no conocen el sentido simbólico de los cantos poéticos, de las plegarias y de las ceremonias y consecuencia de ello es el incurrir con harta fre-

cuencia en errores materiales, ya de traducción, ya de apreciación.

No he visto más que los trabajos de ilustres ingleses, como William Jones y de Colbrook, ser admitidos por los brahmanes como la interpretación exacta de sus obras, y se fundaban para considerarlos como tales, en que dichos sabios habían vivido entre ellos, aprovechando sus conocimientos y ellos por último las habían comprobado. Pocos escritores, en efecto, son tan nebulosos y obscuros como los escritores indios. Se está obligado á separar sus pensamientos de una multitud de perífrasis poéticas, de digresiones y de invocaciones religiosas, que en verdad en nada contribuyen á esclarecer el asunto tratado. Por otra parte, el sanscrito, por cada variedad de imágenes é ideas posee una cantidad innumerable de expresiones diversas, que no tienen equivalente en nuestras lenguas modernas, y no pudiendo traducirse más que con la ayuda de circunloquios, demandan y exigen profundos conocimientos, que sólo pueden adquirirse sobre el terreno, de los usos, costumbres, leyes y tradiciones religiosas de estos pueblos cuyas obras se traducen y estudian los orígenes.

Todos los conocimientos adquiridos en Europa no sirven para conocer profundamente á la India antigua; es necesario empezar como un niño que aprende á leer, y la cosecha se presenta muy lejana para los de voluntad débil.

Mas de otra parte ¡qué espectáculo tan espléndido se despliega ante vuestros ojos, y que recompensa para aquel que no se desanima!

Escritores, sabios que amáis á la India, venid á vivir con el indio bajo el Pandal; venid á estudiar su anciana lengua, asistiréis á sus ceremonias, á sus plegarias, á sus cantos; alumnos de teología, estudiaréis á Brahma y su culto. Los doctores y los brahmanes os enseñarán los Vedas y las leyes de Manú; sacaréis las manos llenas de todos los más antiguos monumentos de la literatura. Después visitaréis todos los edificios que aún permanecen en pie, legados por las primeras edades, y que en su simbólica arquitectura representan la grandeza extinguida ante la decadencia que nada puede detener, pues, es la ley del destino, *inexorabile fatum.*

Entonces estaréis iniciados.

La India se os presentará como la madre del género humano, como la cuna de todas nuestras tradiciones.

La vida de varias generaciones apenas bastaría para ver solamente las obras que la India antigua nos ha legado sobre historia, moral, poesía, filosofía, religión, ciencias diversas y medicina; poco á poco cada uno aportará su obra; también la ciencia posee la fe que traslada las montañas y hace capaces á los que inspira, de los más grandes sacrificios.

En Bengala existe una sociedad cuya misión consiste en recoger y traducir los Vedas.

Se vendrá en conocimiento de donde Moisés y los profetas tomaron su Santa Escritura, y quizás se reconstruirá el libro de los Reyes, que se dice que está perdido, pero que según mi opinión, no se ha escrito nunca, porque el libro faltó a los copistas de la Biblia y que la tradición no les bastó para reconstituirlo.

Podrá objetarse que desde los comienzos adelantó ideas extrañas; paciencia, las pruebas pronto se multiplicarán apoyándose las unas á las otras.

La idea dominante en todo este libro, y que quizás es esta la ocasión de manifestar, es la siguiente:

De igual manera que nuestra actual sociedad tropieza á cada paso con los recuerdos de la antigüedad, así como nuestros poetas han copiado á Homero, Virgilio, Sófocles, Eurípides, Plauto y Terencio, así como nuestros filósofos se han inspirado en Sócrates, Pitágoras, Aristóteles, Platón; nuestros historiadores toman por modelo á Tito-Livio, Salustio ó Tácito; nuestros satíricos imitan á Juvenal; nuestros oradores á Demóstenes ó a Cicerón, que nuestros médicos estudian aún á Hipócrates y que nuestros códigos se inspiran en Justiniano.

De análogo modo, la antigüedad también ha poseído otra antigüedad que ha estudiado, copiado é imitado; ¿hay algo más sencillo y á la par más lógico? ¿Acaso todos los pueblos no proceden los unos de los otros; es que los conocimientos penosamente adquiridos por una nación se circunscriben y limitan á su territorio; es que quizás es insensato pretender que la India de seis mil años atrás, de brillante civilización, rebosando población, haya impreso sobre Egipto, Persia, la Judea, Grecia y Roma, un sello tan duradero é imborrable, huellas tan profundas como las que estos últimos han dejado entre nosotros?

Hora es de acabar con estos prejuicios que nos hacen imaginar a los antiguos alcanzando casi espontáneamente las ideas filosóficas, religiosas y morales más elevadas; con estos prejuicios, que en su cándida admiración, todo lo explican, con la ayuda de la intuición de algunos grandes hombres en el terreno científico, artístico y literario; y en el terreno religioso con la ayuda de la revelación.

Y porque hemos perdido durante siglos el hilo que unía la antigüedad á la India, ¿es esto motivo para que continuemos adorando al fetiche, sin querer oír nada de lo que pudiera disminuir su importancia?

¿Por ventura nosotros rompiendo con el pasado no hemos arrinconado las ciencias ocultas de la Edad Media por medio de la experimentación, de la balanza?

Atrevámonos á aplicar igual método experimental al terreno del pensamiento.

Hombres de ciencia, rechacemos la intuición; racionalistas, rechacemos la revelación.

Yo pregunto á todo el que haya hecho un estudio particular acerca de los antiguos, si veinte veces al menos no ha cruzado por su cerebro la idea de que aquellos pueblos habían debido acudir a algún foco de luz que nos es desconocido; si veinte veces no se ha dicho á sí mismo desconcertado por algún punto oscuro de historia y de filosofía:

-¡Ah! si la biblioteca de Alejandría no hubiera sido destruida!

Quizás encontraríamos en ella el secreto de este pasado que nos escapa.

Existe un hecho que siempre por modo extraordinario ha llamado mi atención.

Conocemos mediante cuáles estudios se han formado nuestros pensadores, nuestros moralistas y nuestros legisladores.

¿Pero cuáles han sido los precursores del egipcio Menes, de Moisés, de Minas, de Sócrates, de Aristóteles y de Platón?

¿Cuál ha sido, por fin, el precursor de Cristo? No los han tenido, me contestaréis.

Os contestaré que mi razón rechaza creer en la espontaneidad de la inteligencia, en la intuición de estos hombres, que por otra parte, algunos pretenden explicarlos por medio de la revelación divina,

Y entonces, separándome de este nebuloso pasado, ya sólo acepto la crítica libre y razonada, y me lanzo por el camino, que al menos según mi opinión, debe conducirme á la verdad.

Las naciones sólo alcanzan cierto grado de esplendor después de una infancia larga y penosa, á menos de que dispongan, para abreviar el camino, de las luces de otros pueblos que les hayan precedido.

Ved cuales fueron los tanteos de las sociedades modernas, hasta el día en que la caída de Constantinopla nos dio á conocer la antigüedad.

Las emigraciones indias han venido á prestar el mismo servicio al Egipto, á la Persia, á la Judea, á la Grecia y á Roma. Esto es lo que yo intento demostrar.

En realidad de verdad, no tengo la pretensión de hacer luz tan completamente como quisiera. La tarea es superior á las fuerzas de un hombre.

Aporto una idea que creo verdadera, la apoyo con las pruebas que he podido hallar, tanto en los trabajos de los sabios orientalistas como en mis pobres investigaciones; otros profundizarán la mina, quizás mejor y más hondo; mientras tanto, he ahí el primer golpe de azadón.

Lo que me resta hacer es decirlo todo; ni busco el ruido ni el escándalo, profeso el más profundo respeto para todas las creencias que sin embargo me creo en el derecho de no compartir, dada la entera independencia de mi pensamiento.

Los investigadores que han tomado á Egipto como campo de sus trabajos, que escudriñan este país hasta los cimientos, querrían hacernos creer, ellos también, que todo nos ha venido del país de su predilección. Hay algunos que llegan á pretender que la India ha copiado de Egipto, sus cartas, su idioma y sus leyes, cuando por el contrario, Egipto no es más que una emanación india. Disponen de todo: los estímulos de los gobiernos, el apoyo de las sociedades, de los sabios; pero, ¡paciencia! La luz brillará por completo; si la India está muy lejana para los faltos de valor, si su sol mata, si el sanscrito es demasiado difícil para poder hacer con él algo de charlatanismo, si no existe un presupuesto para transportar los bloques de piedra rajados, en cambio hay un pequeño número de fieles para los cuales la India constituye un culto, que trabajan sin tregua, no en ahondar fosos y remover la arena, sino en comprender los libros,

Antes de poco, convertirán en verdad estas palabras:

Estudiar la India, es elevarse á los orígenes de la humanidad.

Otros escritores cegados por su admiración para la antorcha helénica, quieren encontrarla en todas partes y se entregan á peregrinas teorías.

Esta opinión data de ayer:

M. Philarete Charles, en un libro que publicó acerca el Oriente, pretendía que á consecuencia de algunos pasos legendarios que Alejandro en otro tiempo dio en el extremo norte de la India, la influencia de la Grecia se había extendido por todo el país y había vivificado las artes, la literatura, en una palabra, toda la antigua civilización brahmánica.

Esto es poco más ó menos tan verdadero y tan lógico como si se sostuviera que la invasión de los sarracenos, bajo Carlos Martel ha tenido alguna influencia sobre las costumbres de los galos antes de la conquista romana.

Semejante opinión es sencillamente el resultado de falta de sentido histórico.

En la época de Alejandro, la India había ya salido del período de esplendor para entrar en el de decadencia, y sus grandes monumentos de filosofía, de moral, de literatura y de legislación, contaban por lo menos más de dos mil años de existencia.

Finalmente, desafío á quienquiera que sea que me señale en la India, el más pequeño rastro, el más insignificante vestigio ya en los diferentes idiomas, ya en las costumbres, ya en la literatura, ya en las ceremonias, ya en la religión, que señalen la influencia griega.

Alejandro para la India no fue más que un hecho brutal, aislado, circunscrito, exagerado por la tradición helénica que ni los indios se dignaron mencionar en su historia. Sentiría molestar en lo más mínimo á un escritor cuyo talento admiro sinceramente, pero no puedo menos de decirle que esto es un ensueño nacido al azar de la pluma, una paradoja incapaz de aguantar ni la apariencia de discusión. Y con razón me extraño de que un indianista distinguido, M. de Mesnil, creo, se haya preocupado de contestar seriamente.

Pretender hoy, careciendo de toda suerte de pruebas, cuando ni siquiera se encuentra en los Anales del Indostán el nombre helenizado del vencido Poras, que Atenas fue quien inspiró al genio indio, de igual manera

que ella dio la vida al arte europeo, es desconocer la historia de la India, es hacer instruir á la madre por los hijos, es, por fin, olvidar el sanscrito.

El sanscrito: esta es la prueba irrefutable, á la par que la más sencilla, del origen de las razas europeas y de la maternidad de la India.

Lo que voy á decir sin duda no enseñará nada nuevo á los especialistas en estas materias, pero no se olvide que aportando quizás una idea nueva, me rodeo de todos los descubrimientos que pueden corroborarla, al objeto de vulgarizarlos y hacer conocer á las masas que han carecido de tiempo y medios para dedicarse á semejantes estudios, aquella civilización extraordinaria de las primeras edades que aún no hemos sobrepujado.

Si el sanscrito ha formado el griego lo mismo que las demás lenguas antiguas y modernas (pronto daré muchas pruebas) no ha podido ser llevado á distintos países sino por medio de emigraciones sucesivas; sería absurdo imaginarlo de otra manera, y la historia, aunque se limita á ir á tientas respecto al particular, nos inclina y ayuda á sostener esta hipótesis que no á combatirla.

Admitido esto, y en presencia de un idioma también perfeccionado, fuerza es reconocer que los pueblos que lo hablaban habían alcanzado un alto grado de civilización, y que llevándose con ellos el idioma de la madre patria, han necesaria y fatalmente conservado sus tradiciones históricas y religiosas, su literatura y sus legislaciones.

Si el idioma, á pesar de sus transformaciones necesarias, y aunque haya dado vida á una multitud de otros, se encuentra en nuestros idiomas modernos, aunque habiendo perdido su sello primitivo, y en los de la antigüedad por modo más señalado, por encontrarse más cerca de su origen, se viene obligado á pensar y á sostener que también deben hallarse las tradiciones históricas, religiosas, literarias y legislativas, casi las mismas de la antigüedad, debilitadas y transformadas en los tiempos modernos.

¡Qué campo tan nuevo y vasto se ofrece á la humana investigación! Es fácil entonces, elevándose hasta el origen, con la ayuda de la antigua civilización india, ir siguiendo paso á paso á todos los pueblos desde su infancia hasta su edad madura, señalar á cada uno su cuna, disipar las tinieblas de la historia, y de idéntica

manera que hoy los filósofos concretan para cada idioma la porción que han pedido prestada al sanscrito, determinar para cada costumbre, para cada tradición la porción que proviene de las costumbres y tradiciones indias.

Esto nos lleva por la mano á pensar que todos aquellos tiempos fabulosos, heroicos y legendarios que la historia acepta dada la imposibilidad en que se halla de substituirlos por hechos serios, no han existido nunca.

Se trata no más que de tradiciones indias importadas en Grecia por los pueblos del Asia-Menor que fueron á colonizarla, y que los escritores de aquel país han aceptado como recuerdos de su cuna.

Separemos, pues, la historia de la poesía y de la fantasía.

La mayoría de las naciones de la antigüedad, aunque hubiesen olvidado su filiación y las emigraciones de sus antepasados, era en ellas pensamiento dominante que se habían originado en Oriente; y, ¿Roma no atribuía la colonización de la Italia y su fundación á los Troyanos vencidos y errantes en los mares buscando un asilo?

Lo repito, la inteligencia seria, que no puede dar crédito á la antigua fábula engendrando casi sin transición una civilización sin par, debe forzosamente buscar en otra sociedad más antigua los secretos del pasado.

Libres sois, aquellos que os contentáis con ilusiones poéticas y con la revelación, de creer en Hércules, Feseo, Jasón, Osiris, en el buey Apis, en la maleza incendiada, en Moisés y en el origen sagrado de los Hebreos; para mí, es menester otro criterio; y sin respeto de clase alguna, rechazo todas estas pueriles invenciones.

No puedo, ciertamente, en una obra que abarca tantas materias, que se limita, por decirlo así, á dar una idea general, entrar en comparaciones filológicas demasiado extensas; sin embargo, á título de prueba, presentaré algunas sacadas del sanscrito.

¿Quiere saberse cuál es el origen de todos los nombres de la Fábula y de las Mitologías griegas? Seré breve, *ab uno disce omnes.*

Hércules.-En sanscrito: H*ara-Kala,* héroe de las batallas. Epíteto que generalmente se da á Siva, dios de los combates en la poesía india.

Teseo.- En sanscrito: Tha-Saha, el socio. Compañero de Siva según los indios.

Eaque.- Juez de los infiernos en la mitología griega.

En sanscrito Aha-Ka, juez severo, adjetivo calificativo que de ordinario acompaña al nombre de Jama, juez de los infiernos según los indios.

Ariana.-La desgraciada princesa abandonada por Teseo y que cometió la falta de ceder á un enemigo de su familia. En sanscrito: Ari-Ana, seducida por un enemigo.

Rhadamante.-Otro juez de los infiernos según la mitología. En sanscrito: Radha-manta que castiga el crimen.

Andrómeda.-Sacrificada por Neptuno y socorrida por Perseo. En sanscrito: Andha-ramedha, sacrificio á la pasión de los dioses de las aguas.

Perseo. -En sanscrito: Para-saha, socorro llegado á tiempo.

Orestes. -Célebre por sus furores. En sanscrito: O-raksa-ta, entregado á la desgracia.

Pílades.-El amigo de Orestes. En sanscrito: Pula-da, que consuela con la amistad.

Ifigenie.-La virgen sacrificada.- En sanscrito: Aphagana: que muere sin sucesión.

Centauro.-Personaje de la fábula, mitad hombre, mitad caballo. En sanscrito: hombre-caballo.

Las divinidades del Olimpo tienen el mismo origen.

Júpiter.-En sanscrito: Zu-pitri, padre del cielo, ó Zeus-pitri, del cual los griegos han formado la palabra *Zeus* y los hebreos J*eovah.*

Palas.-La diosa de la sabiduría. En sanscrito: *Palasa,* sabiduría que protege.

Athenaia.-Diosa de la castidad entre los griegos. En sanscrito: *A-tanaia,* sin hijos.

Minerva.-Diosa igual entre los romanos, pero revistiéndose además con los atributos del valor. En sanscrito: Ma-nara-va, que alienta y sostiene á los fuertes.

Bellona.-Diosa de la guerra. En sanscrito: *Bala-na.*

Neptuno.-En sanscrito: *Na-pata-na,* que domina el furor de las olas.

Poseidon.-Otro nombre griego de Neptuno. En sanscrito: *Pasa-uda,* que calma las aguas.

Marte.-Dios de la guerra. En sanscrito: *Mri,* que causa la muerte.

Plutón.-Dios de los infiernos. En sanscrito: *Plushta,* que hiere con el hierro.

Algunos ejemplos, ahora, tomados de nombres de pue-

blos; no hay mejor manera de demostrar las emigraciones que por medio de la etimología de los nombres.

Los pelasgos.-En sanscrito: Palaca-ga, que lucha sin piedad.
Los lelegos.-En sanscrito: *Lala-ga,* que avanza infundiendo temor.

¡Cómo el sentido de estas palabras se adapta al gusto de los pueblos jóvenes y guerreros á quienes gusta aplicarse nombres en relación á sus hábitos y costumbres!

Los *helenos.-En* sanscrito: H*ela-na,* guerreros adoradores de Hela ó la Luna. La Grecia también se llamaba la Helada.
Los *espartanos.*-En sanscrito: *Spardha-ta,* los rivales.
Y estas palabras sanscritas se han convertido pasando á Grecia en los nombres de los hombres célebres.
Pitágoras.-En sanscrito: *Pitha-guru,* el maestro de escuela.
Anaxágoras.-En sanscrito: *Ananga-guru,* el maestro de la inteligencia.
Protágoras.-En sanscrito: *Prata-guru,* el maestro distinguido en todas las ciencias.

Si de la Grecia pasamos á Italia, Galia ó Germania y Escandinavia, encontramos las mismas relaciones, idénticos orígenes del sanscrito.

*Los italianos.-N*ombre que proviene de ltalo, hijo del héroe de Troya. En sanscrito: I*tala,* hombre de clase baja.
Los *bretii.-En* sanscrito: *Bharata,* pueblo de la casta de los artesanos.
Los *tirrenos.-En* sanscrito: *Tyra-na,* guerreros veloces.
Los *sabinos.-En* sanscrito: *Shaba-na,* casta de guerreros.
Los *samnitas.-En* sanscrito: *Samna-ta,* los desterrados.
Los *celtas.-En* sanscrito: *Kalla-ta,* los jefes invasores.
Los *galos.* -En sanscrito: *Ga-lata,* pueblo que avanza conquistando.
Los *belgas.-En* sanscrito: *Bala-ja,* hijos de los fuertes.
Los *sequanos.-Del* sanscrito: *Saka-na,* los guerreros por excelencia.
Los *sicambros.-En* sanscrito: *Su-kam-bri,* los jefes buenos de la tierra.

Los *escandinavos.-En* sanscrito: *Skanda-nava,* adoradores de Skanda, dios de los combates.

Odin.-EI jefe de los tribus emigrantes en las llanuras del Norte. En sanscrito: *Y odin,* el jefe de los guerreros.

Los *suecos.-En* sanscrito: *Su-yodha,* los buenos combatientes.

Noruega.-En sanscrito: *Nara-vaja,* país de los hombres del mar.

El *Báltico.-En* sanscrito: *Bala-ta-ka,* el agua de los conquistadores poderosos.

Los *alemanes.-En* sanscrito: *Ala-manu,* los hombres libres.

Los v*alacos.-En* sanscrito: *Vala-ka,* de la clase de los servidores.

Los *moldavos.-En* sanscrito: M*al-dha-va,* hombres de la última casta.

La *Irlanda,* que los poetas denominan la verde Erin. En sanscrito: *Erin,* rocas rodeadas de agua salada.

El *Thane.-Nombre* que se daba á los antiguos jefes de clan en Escocia. En sanscrito: *Tha-na,* jefe de los guerreros.

En Asia, toda la dinastía de los Jerjes y de los Artajerjes es de origen indio. Todos los nombres de las plazas fuertes, ciudades, regiones, son sanscrito casi puro. A continuación van algunos ejemplos.

Ma.-Divinidad lunar de las tribus del Asia y de todo el extremo Oriente. En sanscrito: M*a,* la Luna.

Artajerjes.-En sanscrito: *Artha-xatrias,* el gran rey. ¿No es verdad que de igual modo lo denominan los griegos?

La *Mesopotamia.-Región* abundante en ríos y corrientes de agua. En sanscrito: M*adya-potama,* tierra en medio de los ríos.

Castabala. -Plaza fuerte. En sanscrito: K*astha-bala,* la fuerza impenetrable.

Y Zoroastro, que introdujo en Asia el culto al Sol. En sanscrito: S*urya-stara,* que difunde el culto al Sol.

Limitémonos á esto; serían necesarios muchos volúmenes para desarrollar esta materia como debiera serlo; tan resuelta está hoy día en el terreno científico que no es ninguna novedad hacer remontar al sanscrito todas las lenguas antiguas y modernas. La filiación es tan clara, tan precisa que no cabe la más ligera duda.

Si he elegido, pues, algunos nombres de los tiempos

heroicos y fabulosos, así como de los principales pueblos antiguos y modernos, ha tenido por único objeto aclarar mi discusión con algunos ejemplos.

Todos los nombres de héroes, guerreros, dioses, filósofos, países y pueblos, no pueden descomponerse en las lenguas á las cuales pertenecen, y como sería absurdo creerlos formados por el azar, la opinión más sencilla y racional es la de relacionarlos con el sanscrito, que no sólo los explica en su origen gramatical, si que también hasta en su sentido simbólico ó real, histórico ó figurado.

Así, las poblaciones de origen indio, Jones, Dorios y otros, abandonan el Asia-Menor para ir á colonizar á Grecia, llevan allí los recuerdos de su cuna, todas las tradiciones que la poesía les ha conservado, sin duda transformándolas, pero dejándoles un sello tan especial que nos es posible hoy día encontrarlas y explicarlas, a pesar de los siglos, que pasando sobre ellas, las han fatalmente rodeado de obscuridad y olvido.

Entre los recuerdos de estos colonizadores de una tierra nueva, llaman la atención en primer término, las innumerables hazañas del dios de la guerra entre los indios y sus antepasados, es decir, Siva; olvidan el nombre de este dios que no sólo está adornado de atributos belicosos en la mitología de la alta Asia, para conservarle el calificativo de Hara-kala, que los poetas indios le aplican cuando preside la guerra.

Hara-Kala, el héroe de las batallas, se convierte en Hércules; el nuevo pueblo que se va formando lo hace suyo bajo este nombre y la fábula griega, igual que la india, continúa atribuyéndole la matanza de leones, serpientes, hidras y hasta ejércitos enteros; no es otra cosa sino la tradición que se perpetúa.

Zeus-Dios, nombre de la Trinidad india, Brahma, Visnu y Siva, se ha conservado sin transformación.

Tha-saha, socio de Siva, se convierte en Teseo.

Aha-ka, Radha-manta, Manarava, A-tanaya, Napatana, Balana, Palasa, Andha-ra-meda, Ari-ana, se convierten en Eaque, Radamante, Minerva, Athenaide, Neptuno, Belone, Pallas, Andrómeda y Ariana.

Brahma, también llamado Zeus-pitri, Dios padre, pasa á ser Júpiter, y si esta última palabra puede descomponerse en griego, sin perder su sentido, es debido á que este idioma ha conservado en casi toda su pureza las

dos palabras sanscritas que le forman, Zeus y pitri, en griego Zeus y pater.

Protha-guru y Ananga-guru se transforman en Protágoras y Anaxágoras, es decir, que estas palabras no son nombres propios, sino calificativos aplicados á hombres que se han distinguido en la filosofía y en la ciencia; y Pitágoras, derivado de Pitha-guru, revela aún mejor su origen oriental, difundiendo en Grecia el sistema indio de la metempsícosis.

Y así de muchos otros, todos los nombres de la antigüedad fabulosa tienen con las palabras indias los mismos contactos de significación y de origen. Me sería fácil seguirlos uno á uno, descomponerlos é indicar la etimología y el sentido de las palabras, si este fuera el objeto principal de este libro.

Ya lo he dicho más arriba: otros profundizarán más estos vestigios; existe en todo esto un inmenso campo para escudriñar para los investigadores y los eruditos, y yo no lo hubiera siquiera rozado, si no hubiera considerado con razón, que atribuyendo á la India la revelación bíblica, era indispensable demostrar á grandes rasgos, que este préstamo que pedimos á la India no estaba aislado, y que todos los pueblos antiguos y modernos eran deudores á aquel país del origen de su idioma, de sus tradiciones históricas, de su filosofía y de su legislación.

Lo que he indicado respecto de los nombres de los héroes y semi-dioses de la antigua Grecia, se aplica por igual á los nombres de los pueblos modernos de los cuales también he presentado algunas etimologías, tales como los breti, los tirrenos, los samnitas, los celtas, los galos, los sequanos, los sicambrios, los escandinavos, los belgas, los noruegos, los alemanes, los valacos, los moldavios, etc... La unidad de raza de todos estos pueblos, su común origen, adquiere entonces carácter indiscutible, y es en las vastas llanuras que se extienden al pie del Himalaya donde la más inteligente de las dos razas que pueblan el globo, es decir la raza blanca, tuvo su origen.

Aceptando esta opinión, la aureola fabulosa que rodea la cuna de todos los pueblos de la antigüedad, sobre los cuales la historia se reduce á conjeturas desprovistas de fundamento, se explica por sí misma y se hace posible esclarecer la obscuridad del pasado.

De las diversas comparaciones que acabo de hacer,

resulta que todos los héroes de la antigua Grecia, así como las diversas hazañas que les han acompañado, solo son recuerdos de la India, conservados y transmitidos por la poesía y la tradición, y que más tarde, después de haber perdido de vista su origen indio y transformado su primitivo lenguaje, los primeros poetas griegos los han de nuevo cantado y celebrado como pertenecientes al origen de su propia historia.

El Olimpo griego ha nacido del Olimpo indio. Jasón conquistando el vellocino de oro, es una leyenda que aun en la actualidad está en las bocas de todos los habitantes de la India, y la Ilíada de Homero solo es un eco, un débil recuerdo del Ramayana, poema indio en el cual Rama va, al frente de sus aliados, á apoderarse de su mujer Sita, robada por el rey de Ceilán.

Los jefes se injurian é insultan de igual manera, luchan montados en carros con lanchas y flechas. Esta lucha divide por igual á los dioses y á las diosas, de los cuales unos se declaran á favor del rey de Ceilán y los otros son partidarios de Rama. Hasta la cólera de Aquiles después del robo de Briseida, puede hallar su relación en este inmenso poema. La imitación es flagrante, innegable llega hasta los últimos detalles. El epíteto de Boopis (ojos á lo buey) que Homero aplica á cada momento á Juno, constituye para el poeta la más sublime de las comparaciones, pues, sin ser adorado como un dios, el buey es en la creencia india el animal adorado por excelencia, y este epíteto no tiene explicación en griego.

Inútil es decir, que respecto á Homero comparto la opinión de los sabios alemanes, que consideran las obras de este poeta sólo como una continuación de cantos ó rapsodias, conservados por la tradición, recogidos y arreglados bajo Pericles. Es la única opinión que está conforme con la índole de los pueblos modernos y sobre todo de aquellos que tienen su origen en Oriente.

Entre los fabulistas antiguos, la imitación es aún más notable, y puede afirmarse, sin temor á que se nos tache de exagerados, que Esopo y Babrias se han limitado á copiar la fábula india que había llegado á su conocimiento á través de la Persia, la Siria y el Egipto. Este último escritor, aunque griego, se encarga, al principio de su segundo *proaemium,* de reivindicar para el Oriente la gloria de la invención de estos ingeniosos apólogos,

que, bajo formas ligeras, ocultan á menudo profundas enseñanzas.

"La fábula, oh hijo del rey Alejandro, es una antigua invención de los sirios, que ,vivieron en otro tiempo bajo Nino y bajo Belo.»

Basta hojear las fábulas del indio Pilpay, del brahmán Ramsamyayer, de Esopo, de Babrias y de Lafontaine, para notar que proceden las unas de las otras y que los fabulistas griegos y modernos ni siquiera se han tomado la molestia de cambiar la acción de estos pequeños dramas.

Así, á cada paso, y cuanto más se estudia á los antiguos, más se persuade de la verdad de esta proposición que yo ya he indicado; á saber: que la antigüedad ha tenido una antigüedad que le ha inspirado, y le ha ayudado á alcanzar rápidamente aquel alto grado de civilización artística, filosófica, y literaria que á su vez fecundó al genio moderno.

"Qué de cosas maravillosas, escribía M. Langlois, tenemos que aprender de los otros».

¡Y sin embargo, los gobiernos agotan su capital en excavaciones, en misiones científicas á Egipto, Persia, África y los sabios apuran su ingenio construyendo sistemas apoyados en trozos de columnas y en inscripciones! Sin ninguna clase de duda, no resultan inútiles estos trabajos, y mucho hemos adelantado en la ciencia del pasado, pero faltan demasiados eslabones en la cadena para que podamos reconstituirla por entero.

¿Por qué no se les envía á la India á estudiar sus orígenes y traducir libros? Solamente allí se encontrará la verdad.

¿Por qué no se deciden á cerrar esta escuela de Atenas que no tiene razón de ser, que es incapaz hoy de prestar el menor servicio, para sustituirla por una escuela de sanscrito que fundada en Pondicheri ó en Karikal; en el sud de la India, prestaría en poco tiempo, á la ciencia eminentes servicios?

En apoyo de la tesis de que la India todo lo ha dado al mundo civilizado, voy á exponer rápidamente los puntos culminantes de la legislación india, legislación que volvemos á encontrar por entero en Roma, á la cual le fue legada por la Grecia y el Egipto, que habían bebido en las primitivas fuentes.

No podemos presentar aquí, igual que para el estudio

de los orígenes de las lenguas, sólo algunos sucintos datos, y se comprende; este volumen entero no bastaría para dilucidar semejante asunto.

En todas las legislaciones, las materias más importantes de derecho, son: El matrimonio, la filiación, la patria protestad, la adopción, la propiedad, las leyes referentes á los contratos, el depósito, el préstamo, la compra-venta, las sociedades, las donaciones y los testamentos.

Hallaremos en este estudio, que estas divisiones han pasado iguales del derecho indio al derecho romano y al francés, y que la mayoría de aquellas disposiciones particulares están aún hoy día en vigor.

En esto, no caben comentarios, no es posible la discusión; allí donde se encuentra el texto, sólo hay sitio para una afirmación.

Las leyes indias han sido codificadas por Manú, más de tres mil años antes de la era cristiana; copiadas por toda la antigüedad, y principalmente por Roma, que sólo nos ha dejado un derecho escrito, han sido más tarde tomadas como base para todas las legislaciones modernas, que se han inspirado en el derecho de Justiniano.

Veamos y comparemos:

ESPONSALES, MATRIMONIOS

El matrimonio, según la ley india, se verifica por la *donación* de la mujer que el padre otorga, y la *aceptación* por el marido, con la ayuda de la ceremonia del agua y del fuego.

Idénticas formalidades en Roma: Leg 66. § I del Digesto de Justiniano. *Virgini in hortos de dustae... Die nuptiarum priusquam ad eum transiret, et priusquam aqua et igne acciperetur, id est nuptiae celebrarentur... obtulit decem aureos dono.*

La unión de las manos, así como la *confarreatio,* otro de los ritos sacramentales de Roma, sólo son copias de las prescripciones del legislador Manú.

En el matrimonio indio, hay que considerar dos épocas, la de los esponsales y la celebración; los esponsales siempre se han verificado muchos años antes de la celebración de la ceremonia definitiva.

Iguales usos, idénticos períodos distintos, transportados á Roma.

"La palabra esponsales *(sponsalia),* leg 2, tit. I,

I. XXIII del Digesto, deriva de la palabra prometer *(a spondendo);* pues fué costumbre propia de los pueblos antiguos estipular y hacerse prometer una futura esposa."

«A menudo, dice la ley 17 en el mismo título, justas causas hicieron alargar los esponsales, no sólo durante un año ó dos, sino á veces tres y cuatro y hasta más.»

El consentimiento textualmente exigido por la ley india, lo era por igual en Roma. Ley 2, tít. II, *Sponsalia sicut nuptioe consensu contrahentium fiunt.*

Entre los indios, la joven esposa permanece con la familia hasta la edad núbil; el padre en aquel entonces envía un mensaje al esposo, manifestándole que sus derechos han empezado y que puede presentarse a reclamar a su mujer.

Lo mismo sucedía en Roma: *In potestate manente filia, pater sponso nuntium remittere potest (Leg IO de Sponsalibus).*

La conducción de la mujer á la casa de su marido, constituía en la India igual que en Roma la ceremonia final del matrimonio. Esta conducción se realizaba acompañada de cantos y fiestas.

Los matrimonios en la ley de Manú, en línea directa, están prohibidos en todos los grados hasta el infinito; en la línea colateral hasta el séptimo en la línea paterna, y hasta el quinto en la línea materna. En fin, el padre que en la India casa su hija con uno después de haberla prometido á otro, está tachado de infamia.

Escuchad lo que dice la ley romana (leg 13, § I, lib. III): I*tem si alteri sponsa, alteri nupta sit, ex sententia edicti punitur*.

No es esto aun todo; el espíritu indio informa el derecho romano hasta en aquellos enlaces que las legislaciones modernas, exceptuando el Brasil, no han querido reconocer; el concubinato tolerado, reglamentado en Roma es una institución procedente de la India, que los romanos aceptaron por respeto á la tradición: las costumbres puras y rígidas de los primeros tiempos no habrían podido jamás inducirles á que sancionaran los amores libres.

Aquí sólo rozamos todas estas riquezas; ¡qué magníficos estudios críticos podrían resultar con un examen profundo y detenido de las admirables leyes de la antigua cuna del género humano!

Sólo una palabra más, y habremos terminado con el matrimonio.

El divorcio, legalmente instituído en la India, también lo estuvo en Roma. Oigamos al legislador indio enumerando los motivos por los cuales una mujer puede separarse de su marido.

«El marido puede ser abandonado por su mujer, si es criminal, impotente, degradado ó atacado de lepra, ó después de una ausencia prolongada en países extranjeros.»

La ley romana no establece otras causas, la máxima disminución de cabeza ó la muerte civil, la impotencia, una enfermedad contagiosa y la ausencia.

En la India lo mismo que en Roma la mujer adúltera está privada de su dote; y el marido no está obligado á restituirla.

Así pues, en esta sección tan importante del derecho, que es el fundamento de las sociedades y de las naciones vemos ya á la India dar lecciones de las cuales se han aprovechado todos los pueblos. Prosigamos el *curso* de estas comparaciones que no por ser sumarias, dejan de ser seguras y probatorias.

FILIACIÓN, PATRIA POTESTAD, TUTELA Y ADOPCIÓN

La regla *Pater is est quem justae nuptiae demonstrant,* considerada en derecho romano, como axioma, aceptada por el código francés, que dice en su artículo 3[12]: «El hijo concebido durante el matrimonio tiene por padre al marido» está dictado por Manú, en la forma siguiente:

«El hijo nacido en una casa pertenece al marido de la mujer».

La ley india divide á los hijos, en hijos legítimos, naturales, incestuosos y adulterinos. Los hijos naturales tienen derecho, aunque pequeño, en la sucesión de sus padres; los incestuosos y adulterinos sólo pueden reclamar alimentos.

Establece luego la acción en desacuerdo con aquellas palabras: «Si según las circunstancias, queda demostrado con certeza que el verdadero padre es otro y no el marido, el hijo es adulterino y queda privado de derechos en la familia. Por último, disposición muy notab1e, admite la legitimación del hijo natural por subsiguiente matrimonio.

Puede sentarse la conclusión, sin temor de incurrir en error, que todos los principios más arriba citados, adoptados por la ley romana, rigen aún la cuestión en derecho francés, y en la mayoría de las naciones europeas. ¡Qué admiración no debe apoderarse del pensador, del filósofo, del jurisconsulto, en presencia de este derecho tan prudente, tan sencillo, tan práctico, que cinco mil años después lo hemos adoptado, no hallando otro que le supere!

De igual manera la filiación y la patria potestad presentan los mismos puntos de contacto; tales como fueron en la India, tales fueron en Roma.

«El jefe de familia, dice Gibelin, tenía en su mano y á título de dueño su mujer, sus hijos y sus esclavos». Aun en la actualidad, el hijo no puede adquirir ni poseer nada que no sea para su padre.

Cualquiera que sea su edad; dice el comentador indio Catyayana, mientras el padre esté vivo, el hijo no es nunca independiente.

En cuanto á la tutela, son siempre los mismos principios admitidos en derecho romano y reconocidos hoy. Parecería en verdad, que en lugar de estudiar á la India, estuviéramos en el terreno del derecho moderno.

La ley india admite ante todo la tutela legítima de los ascendientes; luego la de los agnados y de los cognados, y por último la tutela dativa, así como la intervención del consejo de familia y de la autoridad pública, para la conservación de la persona y bienes del menor.

Como concordancia particular, señalemos la disposición del legislador indio dando la preferencia á la tutela del hombre á la de la mujer, mientras haya parientes del sexo masculino. Concordancia y aproximación más notable aun, la madre pierde la tutela de sus hijos, si viuda vuelve á casarse sin el consentimiento del consejo de familia.

Terminemos este breve estudio del derecho personal en la India con algunas palabras respecto á la adopción. El derecho indio admite la adopción, ya para introducir un hijo en una familia que carece de ellos, ya por un motivo de agradecimiento respecto al adoptado mismo. De igual manera que en derecho romano, la adopción debía realizarse con solemnidad, en presencia de la familia, de los ancianos, de los brahmanes y jefes de casta.

El derecho francés, al copiar estos principios, ha que-

rido revestir igualmente á este acto de una solemnidad y autenticidad poco comunes, exigiendo para que la adopción sea permitida, la autorización de un tribunal de primera instancia y de un consejo superior.

Realizada la adopción el hijo formaba parte de la familia, con los mismos títulos que los otros que nacieran posteriormente. La misma disposición encontramos en derecho romano y en derecho francés.

Uridd'ha-Gantama, comentado por Nanda-Pandita, dice:

«Si existe un hijo adoptivo adornado de buenas cualidades y un hijo legítimo nacido posteriormente, se dividirán por partes iguales la herencia de su padre»

En Atenas, la fórmula de adopción era esta:

«Adopto un hijo á fin de tener quien pueda realizar sobre mi tumba las ceremonias sagradas, perpetuar mi raza, y transmitiendo mi nombre por una cadena no interrumpida de descendientes, revestirle hasta cierto punto con la inmortalidad.»

Esta fórmula de adopción griega es reproducción de la fórmula india del texto de Manú:

«Yo que carezco de descendientes varones, me apresuro solícito en adoptar un hijo, para la continuación de las ofrendas funerarias y de los ritos sagrados y para la perpetuidad de mi nombre.»

Hagamos notar que la ley india fue la primera en considerar el matrimonio como un lazo indisoluble. Ni la muerte lograba destruirlo, pues, en las castas en que el matrimonio de los viudos era permitido, sólo lo era en el caso en que el difunto no habiendo dejado hijos, era urgente procurarle un hijo que pudiese realizar sobre su tumba las ceremonias necesarias á su salvación. Pues en la teología india, el padre no llega á alcanzar la mansión de los bienaventurados sino gracias á las ceremonias expiatorias de su hijo. El segundo marido llegaba al matrimonio como medio; el hijo que nacía de él no era considerado como suyo, correspondía al difunto y heredaba todos sus bienes.

Y otra cosa hay que no admiraremos nunca lo bastante, y que la antigüedad desconoció por completo: es el respeto á la mujer, elevado á la altura de un culto.

No es posible *leer* sin admiración este pasaje de Manú (lib. III, sloca 55 y siguientes).

«Las mujeres deben estar rodeadas de atenciones y

regalos por parte de sus padres, hermanos, maridos y los hermanos de sus maridos, cuando deseen alcanzar gran prosperidad.

«En todos los sitios en que las mujeres viven afligidas, la familia no tarda en extinguirse; pero cuando son amadas y respetadas y rodeadas de cuidados y atenciones, la familia aumenta y prospera en todas las circunstancias.

»Cuando las mujeres son respetadas, las divinidades están satisfechas; pero cuando no se las respeta, todos los actos de piedad resultan estériles.

»Las casas malditas por las mujeres á las cuales no se les han tributado los homenajes debidos, ven la ruina caer sobre ellas y destruirlas, como heridas por un poder oculto y misterioso.

»En todas aquellas familias en que el marido vive en armonía con su mujer, y ésta con aquél, la felicidad está asegurada para siempre.»

Esta veneración por la mujer produjo en la India una época de caballería aventurera, durante la cual vemos á los héroes de los poemas indios realizar hechos tan altos que en comparación con las hazañas de los Amadises, de los caballeros de la Tabla Redonda y los paladines de la Edad Media éstas resultan juegos de niños.

¡Grande y hermosa época que por desgracia la India tiene hoy un poco olvidada! pero, ¿á quién corresponde la culpa si no es á estas brutales y estúpidas invasiones, que desde siglos se disputan aquel terreno tan fértil y hermoso?

LA PROPIEDAD, LOS CONTRATOS, EL DEPÓSITO, EL PRÉSTAMO, LA COMPRA-VENTA, LAS SOCIEDADES, LAS DONACIONES Y LOS TESTAMENTOS.

Los derechos reales no son menos dignos de admiración que los derechos personales; están informados con una alteza de mira y tal rectitud de crítica que los diferentes legisladores modernos no los han sobrepujado. Estos derechos que Roma recopiló, son, con ligeras variantes, los nuestros.

En nuestros días, dos sistemas separan á los jurisconsultos para explicar el origen de la propiedad. Los unos admiten el derecho de propiedad basado únicamente en la ley natural, y querrían como consecuencia, reducirlo á la posesión. Los otros la consideran como una necesidad social y la hacen derivar de la ley positiva.

El legislador indio, á quien se le presenta el mismo problema, lo resuelve de esta manera

«Cuando la ocupación esté probada, pero no haya ninguna clase de título, la compra-venta no puede admitirse. El título y no la ocupación es esencial para el apoyo de la propiedad, tal es la regla establecida.» (Manú, lib. VIII, sl. 200).

Este es el fundamento. La propiedad en la India deriva pues de la ley; y análoga idea informa el modo de ser de nuestros códigos.

Ocupándose de la manera de adquirir las cosas que aun no son de nadie, ó de aquellas que por su naturaleza sólo tienen dueño accidentalmente, Manú, declara que el campo cultivado es de propiedad de aquel que ha cortado el bosque para desmontarlo y la gacela del primer cazador que la ha herido mortalmente.

Estudiando luego la naturaleza de los bienes en sí mismos, la ley indostánica los divide en muebles é inmuebles, distinción que las legislaciones modernas han adoptado sin modificación alguna, pero que había sido rechazada por la ley romana.

Los inmuebles á su vez se dividen en inmuebles por su naturaleza é inmuebles por el destino; después los bienes, dadas las relaciones con los que los poseen, se dividen en cosas que no son de nadie y en cosas comunes, en cosas de dominio público y de dominio privado. La ley india dispone que sólo estas últimas pueden ser objeto de comercio y de las transacciones entre particulares.

«Así es que las divisiones de los bienes, dice Gibelin, según su naturaleza, su origen, sus poseedores y en una palabra el derecho de propiedad, son en Europa otras tantas tradiciones de la ley oriental.»

Las leyes indostánicas son el origen de nuestro derecho actual así como del derecho romano, las reservas para la familia, la limitación, las donaciones, los contratos no sólo en su esencia, sí que también en sus divisiones, todos aquellos principios, en una palabra, que nuestro derecho civil ha reducido á su más simple y justa expresión, por la fusión de las leyes romanas y de las costumbres germánicas, es decir, por la reunión de las dobles tradiciones indias que han venido á poblar el Norte y el Mediodía, de un lado por la Rusia, los países escandinavos y la Germania, y por el otro lado por la Persia, el Egipto, Grecia y Roma.

En la India toda transmisión de propiedad, hecha bajo cualquier título, oneroso ó gratuito, debía estar rodeada de las formas propias de la donación, es decir, de la entrega del dinero y del agua acompañados de granos y yerbas, *tila* y *cusa.*

El dinero era entregado por el vendedor ó donador al comprador ó donatario, para acabar de satisfacerle, si la propiedad no tenía valor suficiente. El agua se arrojaba, igual que en el matrimonio, en señal de donación; el grano y las yerbas eran entregados como parte y producto de la propiedad en señal de tradición.

No dudemos que todas las fórmulas romanas referentes á la solemnidad de los contratos y las costumbres de los pueblos del Norte para la tradición por el agua y la tierra, por la yerba y los granos, provienen todas ellas de la influencia del derecho indio.

Seremos aún más concisos respecto á algunos extremos de la legislación india que aun nos falta tratar, á pesar de que en rigor ya hemos dicho lo bastante para llegar á las conclusiones que pretendemos deducir de esta sumaria exposición de los orígenes sánscritos y de los principios generales del derecho indostánico.

No obstante algunas palabras acerca de los contratos, las donaciones y los testamentos no serán quizás mal acogidas por el lector. En efecto, las diversas maneras de obligarse y las donaciones, sean entre vivos, ya por causa de muerte, resultan por modo más evidente, si es posible, copiados en sus principios y en sus efectos por el derecho romano y por las legislaciones modernas.

Como principio necesario é indispensable para la validez de los contratos, el legislador señala la capacidad de los contratantes.

Las mujeres bajo la autoridad del marido, los niños, los esclavos y los que sufren interdicción, son incapaces de contratar.

Incapacidad absoluta para los niños y los esclavos, relativa para la mujer que puede contratar con la autorización de su marido y para el que sufre interdicción que queda sometido á la autorización de su curador.

Anotemos, de paso, la coincidencia notable con la ley francesa, que la mujer india, faltándole la autorización marital, puede hacerse excusar su incapacidad por medio de la autoridad judicial.

Al lado de estas incapacidades que pueden terminar

por medio de un cambio de estado, la mayor edad del menor, la libertad del esclavo, por ejemplo, la ley establece otras que tienen por fundamento una situación particular de las personas. *Digesto de las leyes indias,* vol. II, p. 193 y Manú: «El contrato celebrado por un hombre embriagado, insensato, imbécil ú otra persona cuyas facultades mentales estén gravemente alteradas, ó por un viejo de cuya debilidad se abusa ó de toda otra persona sin capacidad, es enteramente nulo».

Manú añade aún:

«Lo que está dado por la fuerza, poseído por la fuerza es declarado nulo».

¿No parece esto un comentario al código de Napoleón hecho á cuatro ó cinco mil años de distancia?

Como nos hallamos muy lejos de las bárbaras costumbres de las primitivas edades en donde todo se resolvía por la violencia y la fuerza, ¡cuánta admiración no debe causarnos un pueblo que en la época en que la fábula bíblica querría colocar la creación del mundo, había llegado ya á este extraordinario grado de civilización manifestado por estas leyes tan sencillas y tan prácticas!

Que nadie se engañe: el mejor juicio que se puede formular sobre el estado de las naciones es el que se basa sobre el estado de su derecho escrito.

No nos extenderemos ahora sobre los auxiliares de los contratos, que solo serían comprendidos en sus detalles y consecuencias por las personas conocedoras del derecho; nos bastará manifestar, remitiendo a los manantiales á quienes aquellos estudios pueden interesar, que la fianza, la prenda, el alquiler, el arrendamiento, la anticresis y la hipoteca de origen indio, han pasado sucesivamente al derecho romano y á nuestras leyes, iguales, sin más cambios que aquellos que forzosamente aporta á las naciones el predominio del derecho civil sobre el religioso.

Aun hay más: si descendiéramos á los detalles, encontraríamos que todas las causas aceptadas por las leyes romanas y francesas para la extinción de las obligaciones habían sido previstas y aplicadas por el derecho indostánico.

Así la novación, la rebaja de la deuda, la cesión de bienes, la compensación, la confusión, la pérdida de cosas específicas, las acciones de nulidad, de rescisión,

de posesión y de petición son admitidas en la India y producen los mismos efectos que entre nosotros.

¿A quién corresponde el mérito de la prioridad? Según mi opinión, es indiscutible.

Oíd el texto de Smitri-Chandrica instituyendo la substitución:

«El acreedor puede transportar ya á su propio acreedor ya á un tercero que le libere, la prenda entregada por su deudor para seguridad de la deuda, con el título que la establece pero haciendo mención de todas las circunstancias del transporte que admite y consiente».

Otro texto de igual obra, acerca las ofertas y la consignación:

«Si el acreedor rehusa aceptar su deuda cuando el deudor le ofrece el pago, hágase la consignación del total de la deuda, especies, frutos ó mercancías ó ganados en manos de una tercera persona destinada á este fin, y los intereses dejarán de correr tan pronto se ha verificado la consignación. Este procedimiento se llama liberación».

Vamos á ocuparnos, para dar idea del admirable trabajo de comparación á que un jurisconsulto podría entregarse y principalmente para demostrar aún de una manera más evidente que las leyes romanas y las nuestras son copia del derecho antiguo de la India, parangonar, según Gibelin, los textos de las tres legislaciones acerca del depósito y el préstamo de cosas que se consumen por el uso ó sea el *comodato.*

Texto indio: Catyayana. «Lo que se presta á título gratuito no produce interés».

Código civil: Art. 1876. «El préstamo de las cosas de uso es esencialmente gratuito».

Derecho romano: «Commodata res tunc propie intelligitur, si nulla mercede accepta vel constituta, restibi utenda data est».

Texto indio: Catyayana. «Si la cosa perece por vicio propio, el prestatario no es responsable, á menos que haya culpa por su parte».

Código civil: Art. 1884. «Si la cosa se deteriora solamente por el uso porque ha sido pedida en préstamo, y sin ninguna culpa por parte del prestatario, éste no es responsable del deterioro. »

Derecho romano. «Quod vero senectute contigit, vel morbo, vel vi latronum ereptum est, aut quid simile

accidit, dicendum est nihil eorum esse imputandum ei qui commadatum accipit, nisi aliqua culpa interveniat. »

Texto indio: Catyayana: «Cuando una cosa ha sido prestada para un uso determinado ó por un cierto tiempo y es reclamada antes de cumplir el plazo ó sin que haya terminado el indicado uso de la cosa, el prestatario no puede ser obligado á restituirla.»

Código civil: Art. 1888. «El prestador no puede retirar la cosa prestada hasta que ha terminado el plazo convenido, ó en defecto de pacto, hasta que ha servido para el uso para que había sido pedida en préstamo.»

Derecho romano: «Adjuvari quippe nos, non decipi beneficio oportet.»

Texto indio: Catyayana. «Pero cuando los intereses del propietario pueden resultar comprometidos por una necesidad imperiosa de la cosa prestada, el prestatario podrá ser compelido á restituida antes del tiempo estipulado.»

Código civil: Art. 1889. «Sin embargo, si durante el plazo, ó si antes que la necesidad del prestatario haya cesado, sobreviene al prestador una necesidad imperiosa é imprevista de la cosa prestada, puede el juez, según las circunstancias obligar al prestatario á devolverla.»

Texto indio: Narada. «Cuando un hombre entrega en confianza uno de sus efectos á otro, pero con obligación de restituirla, este acto es un depósito.»

Código civil: 1915. «Depósito en general es el acto por el cual se recibe cosa de otros, con obligación de guardarla y restituirla.»

Derecho romano; «Depositum est quod custodiendum alicui datum est.»

Texto indio: Vrihaspati. «El depositario que permite que la cosa depositada se destruya por su negligencia, cuando conserva sus propios bienes con mucho mayor cuidado, estará obligado á pagar su valor junto con los intereses.»

Código civil: Art. 1927. «El depositario debe desplegar en la custodia de la cosa depositada los mismos cuidados que emplea en la custodia de las cosas de su pertenencia.»

Derecho romano: «Nec enim salva fide minorem us quam suis rebus diligentiam praestabit.»

Texto indio: Yajuyawalcya. «El depositario no devolverá lo que ha sido destruido por el rey, por la Provi-

dencia ó por los ladrones. Pero si esta pérdida, ocurre cuando el objeto no ha sido restituido después de haberlo pedido, debe devolver el valor del depósito y pagar una multa legal.»

Código civil: Art. 1929. «El depositario no responde en ningún caso de los accidentes de fuerza mayor, á menos que haya tenido ocasión de devolver la cosa depositada.»

Derecho romano: «Si depositum quoque eo die depositi actum sit periculo ejus, apud quem depositum fuerit, est si judicii accipiendi tempore potuit, id reddere reus, nec reddidit.»

Texto indio: Id. «Si el depositario utiliza la cosa sin el consentimiento del propietario, será castigado y obligado á pagar el precio de la cosa junto con los intereses.»

Código civil: Art. 1930. «No puede utilizar la cosa depositada sin el consentimiento expreso ó tácito del deponente.»

Derecho romano: «Qui rem depositam, invito domino, sciens prudeusque, in usus convertit, etiam furti delicto succedit.»

Texto indio: Id. «Lo que ha sido encerrado en un cofre y entregado en manos del depositario sin habérsele declarado su contenido, debe ignorarlo y devolverlo en el mismo estado que se le entregó.»

Código civil: Art. 1931. "No debe en ningún modo procurar conocer, los objetos que le han sido depositados, si le han sido entregados en un cofre cerrado ó en un sobre lacrado.»

Respecto á esta cuestión, Manú añade:

«En caso de que se trate de un depósito sellado, el depositario que quiere evitar responsabilidad debe restituirlo al deponente sin alterar el sello».

Texto indio: Manú. «El depósito debe ser restituido igual como se recibió así en cantidad como en calidad; tal cual es la entrega, tal ha de ser la restitución.»

Código civil: Art. 1932. «El depositario debe devolver la cosa de un modo idéntico al que lo recibió.»

Texto indio: Manú. «Si el depósito cae en poder de los ladrones ó es atacado por la polilla ó arrastrado por el agua ó consumido por el fuego, el depositario no viene obligado á restituirlo, á menos que el deterioro ó la pérdida provengan de él.»

Código civil: Art. 1933. «El depositario sólo viene

obligado á devolver la cosa depositada en el estado en que se encuentre en el momento de la restitución. Los deterioros que no son ocurridos por hechos naturales, son á cargo del deponente.»

Derecho romano: «Quod vero senectute contigit, vel morbo, vel vi latronum ereptum est, nihil eorum esse imputandum, nisi aliqua culpa interveniat.»

Texto indio: Vrihaspati. «Cualquiera que sean las ventajas que el depositario obtenga del objeto depositado, debe restituirlas junto con la cosa.»

Código civil: Art. 1936. «Si la cosa depositada ha producido frutos que han sido percibido s por el depositario, está obligado á restituirlos.»

Derecho romano: «Hanc actionem bonae fidei esse dubitari non oportet. Et ideo, et fructus in hanc actionem venire, et omnem causam, et partam dicendum est ne nuda res veniat.»

Texto indio: Vrihaspati. «La cosa depositada debe ser restituida al mismo que la depositó.»

Código civil: Art. 1837. «El depositario sólo debe restituir la cosa depositada al que se la entregó.»

Texto indio: Manú. «El depositario no puede ser objeto de reclamación por parte de ninguna persona cuando restituye el depósito al heredero del deponente fallecido.»

Código civil: Art. 1939. «En caso de muerte natural ó civil de la persona que haya constituido el depósito, la cosa depositada sólo puede ser entregada al heredero.

Texto indio: Manú. «En el sitio en que se constituyó el depósito, allí debe ser restituido.»

Código cicil: Art. 1943. «Si el contrato no señala el sitio de la restitución, debe ésta verificarse en el mismo lugar en que se constituyó el depósito.»

Texto indio: Vrihaspati. «Que el depositario guarde el objeto con cuidado y que lo entregue al primer requerimiento del deponente.»

Código civil: Art. 1943. «El depósito debe ser entregado al deponente tan pronto lo reclame.»

Derecho romano: «Est autem apud Julianum ... scriptum, eum qui rem deposuit, stratim posse depositi actionem agere. Hoc enim ipso dolo facere eum qui suscepit quod reposcenti rem non dat.»

Texto indio: Manú. «Aquel que no devuelve un depósito después de haberlo recibido, es declarado infame por la ley.»

Código civil: Art. 1945. «El depositario infiel no disfruta del beneficio de cesión.»

¿Hay necesidad de continuar por más tiempo estos estudios y estas comparaciones, y puede la luz surgir por modo más resplandeciente, sobre todo si se tiene en cuenta los siglos que nos separan de aquella época y de las transformaciones inevitables que todas las cosas han experimentado?

Estas aproximaciones, estas comparaciones podrían hacerse en todo el derecho: encontraríamos constantemente la legislación indostánica, racional, filosófica, completa y digna en todos los puntos dar nacimiento al derecho escrito en el mundo.

La compra-venta, las donaciones, los testamentos, cuyos principios generales hemos visto, presentarían en sus detalles igual filiación lógica, los mismos puntos de contacto, iguales bases iluminadas por el más estricto buen sentido.

Manantial de todas las leyes modernas sobre el particular, apenas hallaríamos algunos insignificantes cambios derivados de la diversidad de costumbres, de clima, civilización y que demuestran más y mejor aquella influencia, pues las legislaciones antiguas y modernas se apartan de las de la India sólo en lo que las costumbres nuevas han exigido imperiosamente otras disposiciones.

El legislador Manú, cuya autenticidad es evidente, se remonta á más de tres mil años antes de la era cristiana; los brahmanes le atribuyen un origen más antiguo aun.

¡Qué enseñanza para nosotros y qué prueba casi material en favor de la cronología oriental, que menos ridícula que la nuestra (basada en fábulas, apoyada en los tiempos heroicos y en las tradiciones bíblicas, copias á su vez de obras más antiguas) admite para la formación de este mundo una época en armonía con la ciencia!

Ya no estamos en aquellos tiempos en que existía el peligro de ir á parar en la hoguera por contradecir un texto de la Biblia ó de Aristóteles. Pero es preciso reconocer que la Edad Media, durante su tutela, nos ha legado una innumerable cantidad de opiniones é ideas hechas, de las cuales nos es muy difícil despojarnos.

En vano la ciencia, con timidez al principio, con

atrevimiento luego, se ha convertido en la demoledora de todos estos prejuicios; su marcha es lenta, y de igual manera que el hombre no puede llegar jamás á olvidar por completo los cuentos que han alegrado su cuna, de idéntica manera las naciones occidentales carecen de fuerzas para rechazar algunas fábulas de los siglos pasados, aunque, precisa decirlo, también se hallan sin fuerzas para creerlas.

Existe cierto número de ideas que se discuten libremente ante un reducido número de personas, las cuales nos harían ruborizar el creerlas haciendo examen de conciencia; pues el hombre solo, consigo mismo, exige argumentos serios para convencerse.

Agitadlas y discutidlas en público y veréis gritar á cien voces ¡favor, justicia! «No se puede tocar esto! exclaman por doquier.-¿Y por qué ?-Respetad esto, respetad aquello. --Otra vez, ¿por qué?» Estamos enamorados de las cosas antiguas y nos repugna cambiar nuestros viejos vestidos.

Si se sienta la afirmación, por ejemplo, de que 1a cronología que hace remontar la creación del mundo á seis mil años atrás, es un absurdo sin sentido, ¡qué de tempestades no se desencadenan en ciertos campos! ¡casi amenazados con un cuchillo, es necesario presentar argumentos matemáticos, cuando ellos se creen en el derecho de sólo oponer fábulas y textos sagrados!

Desprendámonos de toda esta impedimenta de tímidas credulidades y entonces nos haremos cargo que no nos corresponde á nosotros, pueblos occidentales, los últimos aparecidos, querer orgullosamente fijar el origen del mundo con ayuda de nuestros recuerdos que datan de ayer, y destruir de un solo trazo de pluma la civilización y la historia de los pueblos orientales que nos han precedido en algunos millares de años sobre la tierra. Más lógicos que nosotros, estos pueblos, que podrían contentarse con su antigüedad, se consideran ellos mismos salidos de otros pueblos que le han precedido y que una serie de cataclismos semejantes á aquél, del cual todas las naciones actuales guardan el recuerdo, ha hecho desaparecer del globo.

Sea lo que fuere, preciso es admitir, en presencia de estas 1eyes admirables organizando la sociedad, 1a familia, 1a propiedad, revelando, sea dicho en una palabra, la más avanzada civilización, que este progreso,

ni más ni menos que nosotros, la India no lo ha podido realizar en un día, y que han sido menester para ello siglos.

Han debido pasar, como todas las naciones primitivas, antes de llegar á un sistema de leyes escritas, codificadas, por un derecho consuetudinario, transmitido por la tradición, reuniéndose poco á poco en colecciones de sentencias dictadas por los prudentes y los jueces, hasta el momento en que la división de las costumbres y la diversidad de las sentencias les habrán obligado, al igual que los romanos, y como á nosotros mismos nos sucedió á unificar la legislación, á crear la ley.

Algunos siglos han conducido á las naciones antiguas y modernas á este estado, gracias á las luces asiáticas, que han venido á dirigirlas y á abreviar su época de gestación. ¡Pero cuán largo no habrá debido ser para los orientales, aun admitiendo, siguiendo su opinión, que ellos, igual que nosotros, han tenido predecesores cuyas huellas han seguido!

Sobre aquel terreno espléndido, bajo aquel sol de fuego, en medio de una vegetación sin igual, procurando al cuerpo todas las satisfacciones y al alma todos los ensueños, el progreso sólo ha podido moverse lentamente, hasta en los tiempos primitivos en que sus habitantes eran jóvenes y llenos de fuerza. Así es que puede asegurarse que nuestros siglos del Norte, de marcha febril y activa no deben representar entre ellos muchos millares de años.

A medida que adelanto en estos estudios comparativos, no puedo librarme de una admiración profunda y misteriosa y más se incrusta en mi ánimo la creencia de que todos los pueblos proceden los unos de los otros tan fatal y necesariamente como los hijos proceden de sus padres, como los anillos inferiores de una cadena derivan de los anillos superiores y que aunque esté algunas veces interrumpida esta filiación, es decir, estos lazos que los unen, es fácil enlazar los unos á los otros con ayuda de investigaciones concienzudas y libres de prejuicios.

Cierto es que no hay en esto ninguna idea nueva de la que quiera reivindicar el mérito para mí. Interrogad la historia, y sus resultados modernos os dirán que ella ha descubierto su cuna y que se esfuerza en investigar las pruebas que pueden relacionarse con ella; registrad

los escritos de todos los grandes orientalistas, y principalmente los de Humboldt, este coloso de la ciencia, y veréis que su preocupación constante ha sido el de señalar á nuestros orígenes su verdadera antigüedad y de luchar contra los tristes legados de la Edad Media, que esclavizando el pensamiento, han retardado por mucho tiempo la marcha de las inteligencias hacia una ciencia del pasado más racional y más libre.

Sin duda todos los grandes espíritus de nuestra época están persuadidos de estas verdades, pero es necesario condensarlas, hacerlas sensibles para todos, hacerlas asequibles á las masas, pues, sólo entonces y cuando salen del dominio de los privilegiados es cuando germinan y producen frutos.

Algunas palabras acerca la filosofía india, y habré terminado con los principios generales acerca el idioma, la legislación y la filosofía que he creído debían ser tratados antes de entrar en una serie de pruebas más especiales que seguirán en último á los estudios acerca los orígenes religiosos de la Biblia y del innovador cristiano.

La filosofía india, lo mismo que la religión, se apoya en los Vedas ó Escritura Santa. Desde el aspecto de la autenticidad, los Vedas tienen prioridad sin duda alguna sobre las obras más antiguas; estos libros sagrados, que según los brahmanes, contienen la palabra de Dios revelada á sus criaturas, disfrutaban de honor en la India mucho antes que Persia, el Asia-Menor, el Egipto y la Europa no fuesen colonizadas y habitadas.

«No es posible, afirma el célebre indianista Guillermo Jones, rehusar á los Vedas el honor de la más remota antigüedad. ¿Pero en qué época fueron compuestos? ¿Quién es el autor? Por más que retrocedamos á los tiempos más antiguos é interroguemos los anales antiguos del género humano, nos es imposible resolver estas cuestiones, nada nos dicen respecto al particular.

Algunos autores hacen remontar su composición á los primeros períodos después del cataclismo; pero según los brahmanes son anteriores á la creación; han sido, según afirma Sama Veda, formados del alma de aquel que existe por sí mismo, y es Brahma quien los ha revelado á los hombres.

Los Vedas son en número de cuatro: el Ritch-Veda, el Sama-Veda, el Yadjon-Veda y el Atharva-Veda. Sólo

algunos fragmentos de estos libros han sido traducidos y entregados al conocimiento de los sabios; antes de poco, una traducción inglesa, debida á los cuidados de la Sociedad Asiática de Calcuta, permitirá leerlos y estudiarlos en su conjunto.

Si, como ya he indicado antes, los Vedas son el único hogar en que brilla la llama del genio brahmánico, si la filosofía de la India tuvo su origen en el santuario de los templos, como más tarde en Grecia, ha debido salir de los misterios que reconocían análogo origen. No tarda en mostrarse independiente y llegada á su desarrollo, se separa de la autoridad de la Santa Escritura y del dogma religioso para avanzar apoyada sólo en el libre examen y en la razón.

También se divide la filosofía india en sistema ortodoxo y en sistema heterodoxo.

Entre los más célebres autores de la filosofía ortodoxa, ó mejor dicho de la teología brahmánica, figuran en primera línea Djeminy y Richna Divipayana-Uyasa, este último comúnmente conocido con el nombre de Veda-Uyasa porque dicen que reunió las hojas sueltas de los cuatro Vedas.

Djeminy pertenecía á la secta de los Saniassys ó mendigos; llevaba el bastón y la palangana y las ropas amarillas. Uyasa, parece que se dedicó un poco más á las cosas terrenas y gozó en la India fama de poeta por lo menos igua1 á la que tuvo como filósofo. William Jones habla de él con veneración.

Las obras de estos dos autores que han sostenido la filosofía escolástica de la India, son conocidas, la de Djeminy bajo el nombre de Pouroa-Mimansa y la de Vyasa bajo el nombre de Onttara-Mimansa ó Vedanta.

No sólo han tenido por objeto comentar los Vedas y determinar el sentido, si que también Djeminy estudia el aspecto casuístico; y el trabajo de Vyasa contiene una dialéctica del género de Aristóteles, con una psicología en la que el autor hace llegar el escepticismo y el idealismo hasta el punto de negar la existencia de un mundo material.

Es en su totalidad el sistema de Pirrón; sin duda este filósofo griego que había viajado en la India, había traído de sus relaciones con los brahmanes el principio de que á excepción de Dios mismo, todo lo demás es ilusión.

El Pourva-Mimansa ofrece además una gran afinidad con el dogma misterioso del filósofo de Samos, que Platón había adoptado en parte.

Según Djeminy, todo es armonía en el universo, todo es un concierto perpetuo; el mismo Dios es un sonido harmonioso, y todos los seres por él creados, no son más que modificaciones del primitivo sonido.

De este sistema de los sonidos deriva naturalmente el de los números, á los cuales atribuye el Mimansa un poder misterioso. Los números uno y tres son el símbolo de la Trinidad en la unidad, el signo de los tres atributos de la divinidad: creación, conservación y transformación por la destrucción.

En igual sentido el sacerdote de Menfis, en Egipto, explicando al iniciado el número tres, decía que la monada primera ha creado la Dyada, la cual ha engendrado la Triada y que esta es la que brilla en la naturaleza entera.

El número dos significa la naturaleza andrógina, el agente y el paciente, la potencia generadora base de todas las leyendas sagradas, fuentes de donde los mitógrafos han sacado esta inmensa variedad de fábulas, ritos y símbolos.

"Cuando el soberano poder divino, dice Manú, hubo terminado la obra de la creación fue absorbida en el espíritu de Dios y sucedió así á una época de energía otra de reposo».

Más adelante y con mayor detención nos ocuparemos de esta idea de la Trinidad é indicaremos de donde todas las religiones sin distinción la sacaron.

Los autores de los dos Mimansa han igualmente discurrido acerca de las cuestiones más abstractas, *la eficacia de las obras,* Karma. *La Gracia,* Isvara-parasada; la *Fe,* Sradha y el *Libre examen,* suscitó mucho antes que Abailard y Guillermo de Champeaux, la cuestión de los nominales y de los universales.

Esta fue en la India la época de la fe ardiente, época en que toda ciencia, toda filosofía, toda moral se hacía derivar de un texto de la Escritura Santa. Ya se comprende que volveremos á tratar este asunto, con ocasión de los estudios religiosos, acerca de todas las cuestiones tratadas por Djeminy y Veda-Vyasa y que dividieron después de ellos á los filósofos cristianos.

Los Sastras y el Maha-Barata, que profesan iguales

doctrinas, se pierden en la noche de los tiempos. Si es necesario apoyarse en la cronología de los brahmanes, según los cálculos del sabio orientalista Halled, deben tener el primero más de siete millones y el segundo más de cuatro millones de años de antigüedad, cronología que choca de frente con todas nuestras ideas europeas acerca de esta materia.

Semejantes cosas excitan con facilidad la risa, sobre todo en Francia, país de espíritu superficial y también de afirmación.

Nos hemos creado un pequeño mundo para nuestro uso, cuya edad apenas llega á seis mil años y creado en seis días, y no se quieren abandonar estas ideas; esto responde á todo y dispensa de pensar.

Algunos apoyándose en la ciencia, han pretendido, desde algún tiempo, cambiar estos seis días en seis épocas. El margen es amplio, millares de años pueden deslizarse entre cada época; esta opinión da la mano á la de Oriente.

Pero prestad atención y oiréis de todas partes los partidarios del pasado lanzar rayos sobre esta vanguardia escogida y mancharla con el lodo de sus hisopos.

¡Ah! cuidado con el ultramontanismo, si no queremos terminar, como los indios, en la desmoralización y el embrutecimiento.

Los Sastras no son las únicas obras que reivindican una antigüedad tan lejana. Según los filósofos indios, las leyes de Manú fueron también reveladas en el Crida-Yonga ó edad primera. El Sourya-Sidanta se remontaría á varios millones de años, y respecto á este asunto, Halled, el traductor de los Sastras, hace notar que ningún pueblo posee anales de una autoridad tan incontestable como aquellos que nos han transmitido los antiguos brahmanes, y, en apoyo de su aserto, hace mención de un libro escrito hace más de cuatro mil años que explica la historia del género humano remontándose á varios millones de años atrás.

Esta cronología no tiene nada de exagerada para los indios, por el contrario concuerda lógicamente con sus creencias, que consideran la materia existente en la eternidad con Dios.

¿Qué otra nación hay que haya tenido más ideas, removido más cuestiones y discutido mayor número de problemas? El desarrollo del pensamiento, la marcha

progresiva de las ciencias, no han perjudicado en nada á las especulaciones filosóficas de aquellos hombres tan alejados de nosotros.

Legislación, moral, metafísica, psicología, todo lo han estudiado y profundizado.

Cuando se estudian los monumentos de su literatura, cuando se abren estos vastos depósitos filosóficos en que resplandecen por doquier las luces primordiales que tan alto hablan en favor de una civilización tan elevada, nos sentimos conmovidos ante esta majestuosa imagen de la divinidad, que el poeta, el historiador, el legislador y el filósofo sin cesar colocan bajo los ojos del hombre, invocando su creencia en la providencia inmediata.

Sólo después de haber elevado su espíritu hacia Dios, sólo después de haberle tributado la vehemencia de su corazón agradecido es cuando entran en materia. Las doctrinas, las teorías, las nociones sublimes de estos sabios nos producen profunda admiración por las creencias y la fe que en ellas resplandecen.

"El Ganges que corre, dice Sama-Veda, es Dios; el mar que amenaza es él; el viento que sopla, es él; la tempestad que estalla es él. De igual manera que en toda la eternidad el mundo estaba en el espíritu de Brahma, también todo lo que existe *hoy es su imagen.*»

Manú, antes de invitar á Brighon á que revele á sus discípulos los Maha-Richis, sus inmortales leyes, empieza por explicarles los atributos de la divinidad y los misterios de la creación. De igual manera el autor de Maha-Barata, revela en majestuoso lenguaje, por la boca del divino hijo de la virgen Devanaguy, ante los asombrados ojos de Ardjouna, todas las sublimes ideas del deísmo indio. Y los Sastras, de los cuales ya hemos hecho mención, conducen al lector el conocimiento de la Inteligencia suprema, que todo lo ha creado y arreglado con libertad y poder infinitos.

Pero, después de estas primeras edades de fe ardiente, de creencias indiscutibles, pronto llegó el culto de la razón pura, que sin desechar la antigua revelación, no quiso admitirla sin someterla al libre examen.

De esta libertad nacieron forzosamente los más diversos sistemas, y al lado de los espiritualistas, aparecieron los escépticos, cuyas teorías fueron renovadas en la antigüedad por los pirronianos, y en nuestros días por los discípulos de Montaigne y de Kant, sin que á

estos últimos les corresponda la gloria de haber añadido un solo argumento.

La filosofía Sankya, que tiene por fundador á Kapila, desconoce formalmente la creación divina; sostiene que no hay pruebas de la existencia de una causa espiritual que haya dado nacimiento al universo; que por otra parte no está demostrada ni por los sentidos, ni por el razonamiento, es decir, ni por percepción ni por inducción, dos de los tres *criteria* por los cuales se alcanza el conocimiento de las cosas. Pues la naturaleza de la *causa* y del *efecto* siendo la misma, resulta que lo que no existe no puede por ninguna operación posible de una causa, recibir la existencia.

Argumento análogo al empleado por Leucippe, Lucrecio, etc., que Dios para crear debía sacar al mundo de la nada, y que no es posible sacar nada de la nada.

Sin embargo, Kapila reconoce una fuerza plástica inherente á la naturaleza, un ser procedente de ella, atributo especial de la materia, y que es el manantial de todas las inteligencias individuales.

De la acción opuesta, *de la cualidad creadora* y *de la cualidad destructora,* surge la fuerza obrante ó el movimiento, que está dotado igualmente de tres cualidades distintas:

1. El movimiento plástico.
2. El movimiento de desunión.
3. El movimiento ó fuerza de inercia.

Estas son las sutilidades á que se lanza la imaginación oriental de aquellos antiguos tiempos.

Los filósofos indostánicos se entretienen en un largo examen de estas tres cualidades ó atributos inseparables de la naturaleza, y que se infiltran necesariamente en todo lo que existe. No son puros accidentes de la naturaleza, dice Gantama en su tratado de filosofía, pero constituyen su esencia y forman parte de su composición.

La primera es la presencia de todo lo bueno y la ausencia de todo lo malo.

La última es la ausencia de todo lo bueno y la presencia de todo lo malo.

La del centro participa de las otras dos.

Fijémonos en que la doctrina de los Sastras ofrece una analogía admirable con los sistemas de un gran número de filósofos de la antigüedad. Empédocles admitía como principio de las cosas á cuatro elementos,

pero al mismo tiempo reconocía el principio de la amistad y el de la discordia.

Platón decía que el amor era el más poderoso de los dioses, el verdadero creador, y que había nacido del caos.

Los estoicos tenían el recurso de una substancia única productora, según ellos, de los cuatro elementos, y el filósofo de Stagiria admitía una quinta de la cual hacia derivar el origen del alma.

La fuerza ó el movimiento, según los Sastras, uniéndose con el tiempo y la bondad, engendraba la materia, la gran substancia, el Maha-Bonda, y el choque de impulsiones contrarias en la materia produce este elemento sutil, celeste, luminoso, llamado Agasa, flúido puro, eléctrico, esparcido por el espacio y que da la vida.

Así el amor es la madre universal, la causa primera, la suprema generadora del universo.

Como esposa de Brahma sin obrar, irrevelada, habitando según la expresión del Maha-Barada, en el lienzo negro, es Davahny.

Como esposa de Brahma, descendiendo de la inacción á la acción, manifestándose por la creación, animando á la materia, es Drahmy.

Como esposa de Visnú, conservador y preservador, es Latchoumy.

Como esposa de Siva, Dios que preside á la destrucción, pero para renovar y regenerar, es Parvady.

Brahma es considerado por los Vedas como sacrificándose por la creación. No solamente Dios se ha encarnado y sufrió para regenerarnos y conducirnos á nuestro origen divino, sí que también se inmoló para darnos la existencia.

Sublime idea, que se halla, dice M. de Humboldt, en todos los libros sagrados de la antigüedad.

De ahí, según la expresión de los libros santos:

«Brahma es á la vez el verdugo y la víctima, de tal suerte que el sacerdote que oficia todas las mañanas en las ceremonias de Sarvameda, sacrificio universal y simbólico de la creación, al presentar su ofrenda á Dios,se identifica con el sacrificador divino, que es Brahma. O *mejor dicho, es Brahma, víctima en su hijo Christna, que ha venido á morir en la tierra para salvarnos, realizando él mismo el sacrificio solemne».*

Estas últimas líneas ofrecen puntos delicados y dignos de comparación... No es esta la ocasión de ocuparnos de

ello; sólo trataré este asunto con muchas pruebas en el capítulo especial que se le dedicará, y esto, con la imparcialidad de un espíritu libre que sólo busca verdades científicas, sin preocuparse de los odios que podrá despertar.

Cuando el regulador de los mundos vio la superficie de la tierra esmaltada de encantadoras flores, los campos y las praderas cubiertas de vegetación, y la naturaleza brillante en fuerza y juventud, esparcir todos sus tesoros por el globo, envió al Espíritu-Santo, el Verbo, su primer engendro, que creó al hombre y á los animales.

El dios se presentó, dicen los Sastras, provisto de una variedad de formas y de una multitud de órganos, imagen clara de sumo poder y de la suprema sabiduría, que ningún espíritu puede representarse, y cuya extensión nadie ha podido medir ni sondar su profundidad.

Dotó al hombre de cinco sentidos, el tacto, la vista, el olfato. el gusto, el oído y un sexto admitido por todos los filósofos indios, llamado Mamas, que es el agente de la unión de los sexos.

Los sectarios de Buda, que fue el reformador, el Lutero de autoridad teocrática -entre los brahmanes, y cuyos principios se difundieron en el Norte de la alta Asia, en Tartaria, en China y hasta el Japón. no admitían el sexto sentido, ni el quinto elemento. Es uno de los muchos puntos acerca de los cuales se diferencian de los ortodoxos.

La filosofía sankya lo define: «un órgano por afinidad, participando de las propiedades de los otros y que sirve a la vez á la sensación y á la acción.»

Sabido es que Aristóteles admitía por igual este sexto sentido.

La opinión de los antiguos estaba dividida respecto al alma de los animales; los platónicos les concedían razón y entendimiento, pero en grado inferior al hombre; los peripatéticos sólo les reconocían la sensación.

Los Sastras, no sólo prometían al hombre la inmortalidad en los cielos, si que también proclaman la inmortalidad del alma y la existencia de otra vida para los animales.

Sin duda este es el principio del cual deriva la metempsicosis, que de la India, de donde en un principio fue admitida, pasó más tarde al resto de Asia y Grecia.

Estas mismas obras consideran á las almas individua-

les como emanación del alma suprema del universo, como una porción de la esencia divina; van á fundirse, llegado el momento de su descomposición, en el seno de Dios, igual que la gota de agua que la lluvia arroja sobre la arena vuelve al océano inmenso, ó para servirme de la bella comparación de los Vedas: son chispas que vuelven al inmortal hogar del cual han descendido.

Las almas de aquellos cuyo corazón y mano no han sido manchados por ningún crimen, ningún pecado, son las únicas que se reúnen y se identifican, una vez libres de su forma corporal, con la divinidad, en donde el sentimiento particular se confunde con la beatitud general, mientras las almas culpables, después de haber expiado sus faltas en el infierno, sufren distintas emigraciones y sólo entran en la naturaleza espiritual de Brahma después de haber sido purificadas de sus culpas.

El alma que vuelve á animar un nuevo cuerpo, dice el Vedanta, pierde su forma primitiva, y de igual manera que la gota de agua que atraviesa el aire para ir á dar fuerza y vida á las plantas sobre las cuales cae, penetra en el embrión animal al cual vivifica y anima.

Como se ve, la eternidad de las penas es un dogma que los filósofos indios no admiten, y con razón creemos nosotros; el crimen, cualquiera que sea, puede y debe al mismo tiempo, no admitiendo las sucesivas emigraciones, expiarse por el castigo, hasta que el alma purificada pueda ser juzgada digna de una felicidad sin límites por su reunión con el Gran-Todo, en la universal Sabiduría.

Eco fiel de las doctrinas de Oriente, Platón sustentaba idénticas ideas respecto á los futuros destinos del alma, acerca de la vida que ha de venir; pensaba que era un rayo emanado de la suprema inteligencia y que ella debía volver allí, y la facultad de absorberse era considerada según él como una recompensa de las buenas acciones y no la concedía á las almas impuras.

De este rápido bosquejo podemos concluir que las reminiscencias de la filosofía india, que se encuentran á cada paso en la doctrina profesada por los hombres ilustres de Grecia, son prueba evidente que del Oriente les había venido la ciencia, y que muchos de ellos sin duda fueron allí á fortificar su genio y apagando su sed de ciencia en los manantiales originales y primitivos.

¿Es por ventura posible que la luz se haga más com-

pleta? ¿Qué inteligencia, hasta la más parcial, podría negar la influencia que la India ha ejercido sobre el resto del mundo y principalmente sobre la antigüedad, por su lengua, su legislación y su filosofía? Seria menester, creemos, tener singularmente desarrollado el espíritu de negación, para atreverse á sostener, en presencia de semejantes puntos de contacto, mejor dicho de semejantes copias, que Grecia y Roma no deben nada á la India, y que se han elevado á la civilización que conocemos por su sola iniciativa, sus solas fuerzas y su genio.

Admitimos con facilidad que Roma ha sido inspirada por Grecia, Grecia por el Asia-Menor y Egipto; ¿por qué sobre todo en presencia de pruebas tan claras como las que acabamos de presentar, no seguir igual razonamiento, que conserva igual fuerza lógica y aceptar y considerar á la India como á la iniciadora de los pueblos antiguos? No hay en esto paradoja ni teoría especulativa más ó menos ingeniosa, pero sí una verdad que se abre paso, que todos los grandes indianistas han aceptado desde mucho tiempo, y que no será rechazada, creemos, más que por los hombres de cierto partido, porque es un argumento demasiado evidente á favor de idéntico origen de las tradiciones y revelaciones religiosas en todos los pueblos.

Si la India es, en efecto, la cuna de la raza blanca, la madre de las diferentes naciones que cubren el Asia, parte del África y Europa; si como prueba de esta filiación, encontramos, por igual en la antigüedad que en los tiempos modernos, señales imborrables que delatan este origen, que este país nos ha legado por su lengua, su legislación, su literatura, sus ciencias morales y filosóficas, ¿no se convierte en un hecho evidente que las tradiciones religiosas, que se han transformado y purificado bajo la acción del tiempo y los esfuerzos del pensamiento libre, han debido provenir igualmente de allí, pues lo que los pueblos emigrantes y colonizadores conservan más preciosamente son los recuerdos, como lazo piadoso entre la nueva patria y la antigua, en donde descansan las cenizas de los que no han de volver más?

CAPITULO II

MANÚ. -MANÉS. -MINOS. –MOISÉS

Un hombre da á la India leyes políticas y religiosas, y se llama Manú.

El legislador egipcio recibe el nombre de Manés.

Un cretense se traslada á Egipto para estudiar sus instituciones con las cuales quiere dotar á su país, y la historia conserva su recuerdo con el nombre de Minos.

Por último, el libertador de la casta dominada de los hebreos, funda una nueva sociedad, y se llama Moisés.

Manú, Manés, Minas, Moisés, estos cuatro nombres rigen por entero al mundo antiguo; aparecen en la cuna de cuatro pueblos distintos, viniendo á desempeñar el mismo papel, rodeados de análoga aureola misteriosa, los cuatro legisladores y grandes sacerdotes, los cuatro fundando sociedades sacerdotales y teocráticas.

Que hayan procedido los unos de los otros, que Manú haya sido su precursor, acerca de esto no puede haber la menor duda, en presencia de la semejanza de los nombres y de la identidad de las instituciones que han creado.

En sanscrito, Manú significa el hombre por excelencia, el legislador.

¿Manés, Minos y Moisés no derivan de la misma raíz sanscrita? ¿Estas palabras, no revelan un origen único é indudable, y cuyas diferencias, pequeñas por cierto, de la pronunciación y de la escritura, pueden atribuirse á las lenguas egipcia, griega y hebrea, que las tres apoderándose de este nombre primitivo de Manú, debían necesariamente escribirlos con cambios apropiados á su genio y á sus formas particulares?

Tenemos aquí, sabiéndolo seguir, el hilo de Dédalo que debe guiarnos en nuestras investigaciones á través de las civilizaciones antiguas y en el inmenso campo de explotación del cual saldrán multitud de pruebas con-

vincentes á favor de la paternidad de la India y de su influencia directa sobre todas las naciones de los tiempos antiguos.

Por este camino también vamos á poder remontarnos á los orígenes únicos de la revelación y de todas las tradiciones religiosas.

Cuando habremos demostrado que Manés el egipcio, Minas el cretense y Moisés el hebreo sólo son los continuadores de Manú, entonces que ya no se podrá negar que la antigüedad no fue más que una emanación de la India, más fácil será el realizar la tarea que nos hemos impuesto, de hacer derivar del alta Asia los orígenes de la Biblia y de demostrar que la influencia y los recuerdos de la cuna continuándose á través de las edades, Jesu-Cristo vino á regenerar el mundo nuevo, siguiendo el ejemplo de Iezeus-Christna, que había regenerado el mundo antiguo.

En el umbral de cada civilización que se funda, aparecen hombres que más inteligentes que sus semejantes, se imponen á las masas ya con un fin de dominación ó de progreso; solos contra todos, en época en que la fuerza brutal es la ley suprema, el medio de obtener el poder que intentan fundar, es buscar un apoyo en esta Idea del Ser Supremo, abandonada por el Creador en la conciencia de todos, y entonces se rodean de una misteriosa aureola, ocultan su origen, se titulan profetas ó enviados celestes, y para hacerse aceptar más fácilmente, acuden á las fábulas, á los prodigios, á los sueños, á las revelaciones obscuras que sólo ellos pretenden explicar, lo mismo que todos los fenómenos físicos, que se convierten en sus manos en hábiles manifestaciones de la cólera celeste que pueden suscitar ó apaciguar á voluntad.

Ello es de ver en los mitos de todas clases que rodean á la infancia de la mayoría de las naciones, y que la historia se ha acostumbrado á anotar piadosamente, sin percatarse que almacenaba ridículos prejuicios y les concedía autenticidad, en *lugar* de combatirlos enérgicamente y relegarlos al dominio de la fantasía y de la poesía.

Con este auxilio es como los ambiciosos han esclavizado y dominado á los pueblos en los tiempos antiguos; y aun hoy día con la ayuda de estos recuerdos fabulosos se intenta sujetarlos,

Manú, uniéndose con los brahmanes y los sacerdotes para derivar la primitiva sociedad de los Vedas, ha sido el punto de partida del descenso y ruina de su país, ahogado bajo el peso de una teocracia egoísta y corrompida.

Su sucesor Manes, sujetando Egipto a la dominación de los sacerdotes, le preparaba la inmovilidad y el olvido.

Y Mosés ó Moisés, prosiguiendo con igual éxito el papel despótico de sus antecesores, no ha sabido hacer de su nación, llamada tan pomposamente el pueblo de Dios, más que un rebaño de esclavos, muy disciplinado por el yugo, y constantemente llevado en esclavitud por los pueblos extranjeros vecinos.

En Atenas y en Roma, se produjeron, es cierto, algunos chispazos de libertad del pensamiento, algunos conatos de independencia; pero rodeadas de naciones embrutecidas y en plena decadencia, debían sufrir la suerte común, y sucumbieron porque no tuvieron fuerzas para luchar contra la corrupción general.

Una nueva era apareció; la idea religiosa tentó la regeneración por la moral, el libre examen y la razón. Pero el filósofo cristiano se convirtió pronto en un revolucionario para sus sucesores, que salieron de las catacumbas para sentarse sobre tronos, y á partir de este momento se dedicaron sin tregua á substituir esta sublime palabra: «Mi reino no es de este mundo» por esta otra, que amenaza abrirse paso y hacer camino: «El mundo entero es nuestro reino».

Los tiempos brahmánicos, sacerdotales y levíticos en la India, en Egipto y en la Judea no tienen nada que oponer á las hogueras de la inquisición, á las matanzas de los Vandois y á San Bartolomé, para la cual Roma cantó un *Te-Deum* de alegría en San Pedro.

Enrique de Alemania, emperador y rey, permaneciendo tres días con los pies en la nieve, la cabeza inclinada bajo la mano estúpida de un sacerdote fanático, no ha tenido igual entre los sectarios de Brahma, de Isis ó de Jehová. ¡Atención, pues!

El 89 ha venido a dar la señal de la lucha entre aquellos que siguiendo la ley de Dios, marchan adelante á la conquista del progreso y de la libertad, y aquellos que pretenden servirse de la ley de Dios para destruir la libertad y el progreso.

Nada de debilidades de ninguna clase; miremos hacia atrás y pensemos si queremos acabar como las naciones de la antigüedad.

Tengamos aquella fe que agradece á Dios la razón que nos ha dado; rechacemos la fe que convierte á Dios en instrumento para sujetar la razón.

Esto es lo que significan los cuatro nombres de Manú, Manés, Minos y Moisés; estas son las enseñanzas que deduzco del pasado y que me enseña la historia desprovista de fantasías, prejuicios y supersticiones, historia que deberíamos hacer estudiar a nuestros hijos, en lugar de esta ciencia convencional que se pavonea en los tiempos heroicos y fabulosos, eleva altares á los asesinos de la humanidad y preconiza los sortilegios, las pitonisas, los milagros, Dios, el diablo y la revelación.

Antes de estudiar la influencia política y religiosa de Manú sobre la India, Egipto, la Judea, Grecia y Roma, no puedo resistir el prurito de sentar las bases de un proceso contra la historia, que será preciso tarde ó temprano, fallar, si deseamos regenerarla, convertirla conforme á la humanidad y á nuestras aspiraciones hacia el porvenir.

Aquí solo expongo ideas personales. Los calificará de locuras el quiera.

Los admitirá quien piense hallar algunas verdades.

CAPITULO III

LO *QUE* SIGNIFICAN LAS LECCIONES DE LA HISTORIA

La historia, tal como la conocemos, de la manera que se enseña á aquellos que se quiere hacer hombres, no es una ciencia, es un vulgar engaño, un instrumento de la cual se sirven las pasiones de los unos y de los otros para agrandar ó empequeñecer las cosas, negar o atenuar los hechos, tan pronto elevar sobre el pavés como arrastrar por el lodo á ciertos hombres, crear influencias ficticias, rechazar otras serias y verdaderas, á favor de los tiempos, de los partidos y de las ambiciones triunfantes ó vencidas.

No puedo oír sin indignación hablar de la gran voz de la historia, del juicio de la historia, de la imparcialidad de la historia, etc. y cuando examino de cerca esta gran voz, este juicio, esta imparcialidad, todas estas palabras sonoras, en fin, con las cuales se satisface la admiración de la multitud, y que los hábiles explotan audazmente en provecho suyo.

La historia, juzgando desde lo alto y con imparcialidad, está aún por nacer; por ahora no es más que una alcahueta complaciente y servil de todas las causas y de todas las opiniones.

Harmodius y Aristogiton asesinan á Hiparco en nombre de la libertad dicen unos; porque el príncipe había seducido á su hermana dicen los otros y la historia les concede coronas.

Bruto apuñalea á su bienhechor, y la historia no tiene bastantes palabras para alabar al *virtuoso ciudadano.*

Volved algunas hojas del libro, dejad transcurrir algunos siglos, y Jaime Clemente, Ravaillac y Louvel son por la misma historia señalados con hierro candente con el sello de la ignominia y de la reprobación.

¿Qué significa esta indigna comedia? ¿ Por qué estos ramos de laurel y alabanzas para los unos y esta santa indignación para los otros? ¿ Por qué no tienes el valor,

tú á quien se llama la maestra de los pueblos y de los reyes, de fustigar á los asesinos de todas las épocas, y de rechazar como medio de traición, el puñal y el veneno?

Es en vano que busque tus principios, no puedo hallarlos.

¿Es que el famoso principio de que el fin justifica los medios, procede de ti?

Tentado estaría en creerlo, viéndote sin pudor de clase alguna ya admirando o ensalzando el mismo hecho como considerándolo indigno y despreciable para las edades futuras.

¿Quién te paga esta obra tenebrosa de bajeza é inmoralidad? ¿ Es esto lodo lo que puedes y debes enseñarnos?

Un loco revoluciona el Asia; durante quince años arrastra como séquito los despojos de veinte pueblos vencidos y diezmados; deja huellas profundas de su paso sobre la tierra por el hierro, el fuego y la devastación, y tú en presencia de tantas ruinas y de tantas miserias, sólo tienes cantos de triunfo para este nombre maldito, que se convierte, gracias á tus estúpidas adulaciones en Alejandro Magno.

¡Ah! sin embargo tu héroe no es completo; hallas una sombra en el cuadro: Alejandro se embriagaba y mató á Clito. Y, olvidando los millares de hombres á quienes este loco cavó la tumba, te dignas darle una pequeña lección de moral, demostrando en distintas ocasiones, que si hubiera sido más sobrio no habría muerto á su amigo.

Después, siempre con la misma lógica, Atila, Tamerlan, Gengis-Khan, son considerados por ti, imparcial historia, como azotes devastadores y monstruos sedientos de sangre.

¿Por qué? Porque al fin son vencidos y junto con sus hordas indisciplinadas no han logrado fundar nada.

Aplaudir á los audaces afortunados, vituperar á los audaces que fracasan, elevar sobre el pináculo de la gloria á los destructores de naciones y olvidar á las víctimas, considerar como conquistadores á los que triunfan y como aventureros á los que sucumben, esta es tu misión.-¡Vamos, pues! ¡no nos hables de tu imparcialidad, de tu grandeza, aduladora de las suertes propicias, vil esclava del dios éxito!

César, que destruyó, ¿no es para ti más grande que

Vercingétorix que defiende á su patria, y has sabido acaso sujetar tus juicios á la eterna ley moral que aprecia el hecho por el hecho mismo, rechaza el crimen porque es crimen y no incurrirá jamás en la debilidad de excusarlo por la intención y el fin que se propone?

¿Qué has hecho también de esta gran idea de la divinidad? Cuando no la niegas por completo, la mezclas tan íntimamente con las cobardías y debilidades de la especie humana, que en verdad no se sabe si es preferible que no te ocupes de ella.

¿Sabes por qué la humanidad lucha tan penosamente desde siglos para alcanzar el bien y la fraternidad universal que debe constituir la única ambición del porvenir? Es que tú, anciana narradora de espíritu débil, no has tenido el valor de separar á nuestra cuna de todas las fábulas, y de todas las supersticiones que la rodean; y que el hombre que formas está obligado á emplear las energías de su edad madura en extirpar, antes de poder marchar hacia adelante, todos los errores que tu enseñanza le ha legado.

Del mismo modo que la ciencia ha empleado siglos y siglos para hacer mover á la tierra, porque le plugo á un iluminado hacer parar el sol; del mismo modo, con los leños encendidos, los misterios de Isis ó de Eleusis, las revelaciones en las cumbres de las montañas rodeadas de rayos y truenos, los sortilegios y los milagros que has recogido sin atreverte á combatir, la razón moderna no puede avanzar con plena independencia, sujeta como está á veces por todas estas ilusiones del pasado que tienen partidarios encarnizados y que no se pueden vencer en un día.

La historia que merecerá el nombre de tal, será aquella, que basada en la justicia eterna, la moral eterna y la eterna verdad, rechazando toda componenda, toda transacción de conciencia, juzgará con igual severidad, pesará en idéntica balanza los actos del débil y del fuerte, las faltas de los pueblos y de los reyes, los crímenes de los aventureros y de los conquistadores.

Hasta el presente la moral de la historia no se ha elevado por encima de esto:

Cartucho no ha llegado á reunir más que una cuadrilla de trescientos hombres; es un ladrón.

Alejandro ha podido reunir y arrastrar tras sí á más de cien mil pillos; es un gran genio.

El condestable de Borbón ha levantado la bandera de la revolución contra su rey; no ha obtenido éxito; es un traidor.

César ha pisoteado las leyes de su país; ha triunfado; es un gran hombre.

¡Qué perversión han de producir en la inteligencia semejantes estudios!

Nosotros los que soñamos en un porvenir de concordia, de trabajo, de paz y de libertad, inculquemos á nuestros hijos el odio á este pasado corrompido, apartemos de ellos á la prostituida historia que sólo ha sabido humillarse ante la fuerza brutal, los traidores favorecidos por la suerte y los destructores de naciones. Enseñémosles que aquellos que lanzan unos pueblos contra otros, como fieras en celo ó gladiadores pagados, son seres malditos, escoria de la humanidad á los que es preciso señalar con la nota de infamia.

Sepamos hacerles distinguir entre los heroicos defensores del suelo patrio, del hogar doméstico, de aquellos vulgares ambiciosos que convierten en trono un campo de matanza... Enseñémosles que no existe un Dios de los ejércitos, y que los cantos triunfantes de un *Te-Deum* y de H*osannah,* cuando veinte ó treinta mil hombres han sido degollados la víspera, sólo son manifestaciones bárbaras é impías, y que el Ser Supremo, cuya bondad iguala á su poder, debe volver la cabeza para no oírlos.

Después, destruyamos por su base á todos los mitos, á todos los misterios, a todos los milagros que no tienen explicación física, medios de dominación inventados en la infancia de los pueblos y que se tiene mucho cuidado en no renovar en la época de madurez; apartémonos de todas las intolerancias religiosas que convierten á lo divino y á lo revelado en instrumentos del poder, para seguir sólo las luces de la conciencia y de la razón.

De esta manera habremos profundizado el verdadero surco del porvenir, arrojada la semilla y preparada la cosecha.

Que se sepa, el momento es solemne... Es necesario romper sin vacilaciones, sin mirar hacia atrás, con un pasado que hasta el presente, no ha sido poderoso más que para la destrucción, si no queremos dar á las generaciones futuras un ejemplo más de civilizaciones caídas por la corrupción y la teocracia.

CAPITULO IV

LIGA DE MANÚ Y DE LOS SACERDOTES PARA CONFISCAR EN SU PROVECHO Á LA SOCIEDAD PRIMITIVA DE LOS VEDAS. -CREACIÓN DE LAS CASTAS.

Divide et impera.

Los Vedas crearon por medio de la revelación religiosa una época de fe ardiente que aunque el libre examen y la razón estuvieran en predicamento en los primeros pueblos de la India, debió preparar el terreno para la obra de la dominación brahmánica ó, dicho en otros términos, de los sacerdotes; dominación que se estableció en aquella antigua región á continuación de la venida de Christna, que vino á cumplir la palabra de Dios y á rescatar á la humanidad de las faltas cometidas por sus antecesores.

Verdad es que si existió en el mundo una sociedad, una civilización enérgicamente constituida, destinada á desafiar los siglos y á sobrevivir á invasiones de diversas clases, fue la sociedad brahmánica, viva aún hoy día á pesar de la pérdida de su antiguo prestigio y de su potencia política.

Como que había sabido hacer aptos á los hombres para 1a obediencia y el respeto, no permitiendo que su voluntad realizara ningún acto de la vida pública ó privada, reglamentando hasta el derecho de comer ó de vestir, había suprimido para siempre estos dos adversarios tan molestos para todo poder despótico, como son la voluntad y la libertad.

¿De dónde proceden estos brahmanes que hablaban la más hermosa y perfeccionada lengua que exista en el mundo, que han profundizado y registrado en todos sentidos el problema de la vida, y no han dejado nada para innovar á los investigadores de la antigüedad y de los tiempos modernos en el dominio de las ciencias morales, filosóficas y literarias? ¿De dónde proceden estos

hombres que después de haberlo estudiado todo y haber dudado de todo, que derribaron todo lo existente y lo reconstruyeron, llegaron en último análisis á relacionarlo todo con Dios con la fe más acendrada, y consecuentes con sus principios á levantar una sociedad teocrática que no ha tenido igual, y, después de más de cinco mil años, resiste toda innovación, todo progreso, orgullosa de sus instituciones, de sus creencias y de su inmovilidad?

Vamos á ver cual fue el origen de todas las sociedades antiguas que lo copiaron más ó menos servilmente ó, mejor dicho, que conservaron la tradición llevada á los ángulos del globo por las sucesivas emigraciones.

Según unos, los brahmanes fueron invasores guerreros que sujetaron á la India bajo sus leyes; según otros, los brahmanes fueron los descendientes, los sucesores del innovador Christna, que utilizaron los grandes recuerdos dejados por este último en el pueblo para confiscar en su provecho la tradición religiosa y echar las bases de su poder.

La segunda de estas dos opiniones parece ser la mas verdadera y más conforme con la lógica de los hechos.

Si, en efecto, la dominación brahmánica hubiera sido el resultado de una invasión brutal, el nuevo poder que se habría fundado sin despreciar completamente la influencia religiosa, habría sido sin duda, más feudal y al menos los jefes de las tribus invasoras, al hacerse reyes, no habrían jamás consentido en relegarse en segundo término y á ser solamente los vasallos y los servidores de sus sacerdotes.

Este poder sacerdotal ha debido y ha podido establecerse merced al poderío hábilmente explotado de la idea religiosa sobre las conciencias; sin esto no habría sido aceptado ni por los jefes ni por el pueblo que no debían obtener ninguna ventaja de su esclavitud.

Los brahmanes comprendieron la necesidad de atribuir un origen divino á la sociedad que habían logrado dominar; también, conservando para ellos la tradición primitiva de la Escritura Santa acerca del Génesis y la creación del hombre, hicieron desempeñar un papel conveniente á Brahma y que debía asegurarles para siempre su superioridad.

Tuvieron imitadores constantes, y después de ellos puede decirse, con la historia de los pueblos en la mano,

que Dios se convirtió en instrumento dócil del sacerdote.

Según ellos:
De la boca de Brahma salió el Brahmán, es decir el sacerdote.
De su brazo salió Tchatrías ó el rey;
De su muslo salió Vaysias ó el comerciante ó el labrador;
Su pie, por último, produjo el Sudra, es decir, el artesano, el criado, el esclavo de las otras castas.
A los brahmanes les fue reservada la enseñanza de los Vedas ó Escritura Santa, la celebración de los sacrificios y la vigilancia de los reyes.
Tchatrías tiene por deber el gobernar, siguiendo la ley de Dios, con el apoyo de los sacerdotes y proteger al pueblo.
Vaysias fue obligado á cultivar la tierra, cuidar el ganado, tejer telas, fabricar todos los objetos necesarios á la vida, comerciar y pagar los impuestos.
En cuanto á Sudras, creado el último, tuvo que resignarse, según hemos dicho, á la obediencia y á la esclavitud.

Cada hombre, y esto fue regla inflexible, no pudo ni por servicios prestados, ni por actos brillantes, ni por ningún otro motivo salir de la casta en que había nacido, y desde entonces no solicitándole ninguna ambición, ninguna esperanza de una situación mejor se le ofrecía como estímulo á su energía; el indio, cuyos pasos y cuyos movimientos desde el nacimiento á la muerte, estaban contados, reglamentados por costumbres y leyes, se entregó á aquella vida de ensueños, de supersticiones religiosas, de fanatismo y de materialismo que es lo que le guía aún hoy día, y que es lo que le hace rechazar todo cambio como un mal, todo progreso como un delito.

Cierto es que los brahmanes pusieron á la nación en condiciones de fácil gobierno, incapaz de sacudir el yugo y hasta sin fuerzas para quejarse; obtuvieron durante largo tiempo honores, afecciones, riquezas y respeto. Pero desde el día en que también los pueblos del Norte miraron con envidia los esplendores y las riquezas de la India, desde el día en que la invasión mongólica lanzó contra ellos sus veloces hordas, en vano intentaron defenderse, todos sus esfuerzos resultaron impotentes para hacer apto para la lucha á este pueblo del cual habían hecho un rebaño de esclavos y que habían atrofiado para

poder dominarlo. Sólo los Tchatrias se hicieron matar, pero sin poder retardar la hora fatal de la común caída. Y los brahmanes, al tiempo que imploraban en sus pagodas á un Dios impotente para salvarles, vieron derrumbarse el prestigio de su nombre y de su poder político gracias á las mismas precauciones tomadas por ellos para conservarlos.

Después la India ha sido la tierra clásica de las invasiones, y sus pueblos se han sometido siempre sin murmurar al nuevo yugo á que se les sujetaba, y quizás hasta contemplaban con cierta satisfacción la caída de las elevadas castas que por tan largo tiempo les habían dominado.

Entre los escritores antiguos, remontándonos á la civilización de los Vedas, había Manú, el sublime y sagrado legislador. Los pueblos habían conservado su recuerdo; había inscrito á la cabeza de sus leyes religiosas y políticas la responsabilidad de los actos, la igualdad del hombre, el libre albedrío y la libertad; era peligroso conservarlo de esta manera, así es que los brahmanes lo primero que hicieron fue falsificar esta obra reduciéndola y adaptándola á sus nuevas doctrinas, dando el capcioso pretexto á aquellos que habrían podido notar la alteración, de que el libre original estaba destinado á ser estudiado por los sabios y los héroes.

Leemos en un tratado de legislación de Narada, prefacio escrito por uno de sus adeptos, complaciente con el poder brahmánico: «Manú habiendo escrito las leyes de Brahma en cien mil slocas ó dísticos que abarcaban ochenta libros y mil capítulos, entregó la obra á Narada, el prudente entre los prudentes, que lo compendió para el uso del género humano en doce mil versos, que entregó á un hijo de Bhrigou llamado Soumati, quien para mayor facilidad de los hombres, los redujo á cuatro mil. Los mortales sólo leen el segundo compendio hecho por Soumati, mientras que los dioses del cielo inferior y los músicos celestes estudian el código primitivo.»

No hay duda, añade William Jones, que las leyes de Manú tales como las conocemos y que no contienen más que dos mil seiscientos ochenta slocas, no pueden ser la obra atribuida á Soumati, que probablemente es la que se designa con el nombre de Vriddha-Manava ó antiguo Código de Manú, y que no ha podido reconstituirse por entero, aunque numerosos pasajes de este li-

bro hayan sido conservados por la tradición y citados con frecuencia por los comentadores.

Así es como los brahmanes resumieron á Manú y lo convirtieron en sostén de sus nuevas doctrinas. Lo que les interesaba en gran manera era que las castas no pudieran salvar la línea de demarcación trazada por ellos, para formar un pueblo que hubiera podido reclamar su independencia. A este fin no sólo prohibieron el matrimonio entre castas distintas, sí que también las asociaciones, y las reuniones de cualquier clase que fuesen.

No se pudo rezar, comer ó divertirse más que con las gentes de su propia condición, bajo pena de degradación.

Manava-Dharma-Sastra, libro X, slocas 96 y 97: «Que el hombre de bajo nacimiento que vive dedicándose á ocupaciones propias de las clases superiores, sea al instante privado por el rey de todo lo que posee.

«Es preferible desempeñar las funciones propias de manera defectuosa que desempeñar perfectamente las de otro, pues el que vive cumpliendo los deberes de otra casta pierde en el acto la suya».

Esta prohibición alcanzaba con igual rigor á los brahmanes y á los reyes que á las gentes de baja ralea. Se concibe que aun era más urgente la necesidad de que el mal ejemplo no viniera de arriba.

Manava-Dharma-Sastra, libro X, slocas 91 y siguientes:

«Si el Brahmán se convierte en comerciante de granos en lugar de destinados á su alimentación y á oblaciones, que se conviertan él y sus descendientes en el cuerpo de un gusano inmundo rodeado de excrementos de perro.

»Si vende sal, carne ó laca, incurre en degradación; si vende leche, entra inmediatamente á formar parte de la casta de los sudras.

»Si vende otras mercancías menos degradantes, el séptimo día pasa á ser Vaysias.

»El brahmán antes deberá mendigar que entregarse al más ligero trabajo manual y bajar al nivel del artesano.»

De la misma obra, sloca 102 y siguientes:

«El brahmán que cae en la miseria, debe admitir y recibir de quienquiera que sea; pues, según la ley no puede acontecer que la pureza perfecta sea manchada.

»Enseñando la Santa Escritura, dirigiendo los sacrificios, recibiendo presentes en los casos prohibidos, los

brahmanes no cometen ninguna falta; aunque sean desgraciados, son tan puros como el agua y el fuego.

»Aquel que hallándose en peligro de morir de hambre, recibe alimento de quienquiera que sea, no queda manchado por el pecado igual que el sutil éter no se mancha con el barro.

»Adjigarta, hambriento, estuvo á punto de hacer perecer á su hijo Saunahsepa; sin embargo, no fue culpable de ningún crimen, pues buscaba un alivio contra el hambre.»

El comentador Collouca Batta, dice que Adjigarta ató á su hijo á un poste para ofrecerlo en holocausto al Señor, pero éste, satisfecho de su obediencia le detuvo el brazo. Volveremos á ocuparnos de esta leyenda que hallará su sitio en los orígenes bíblicos.

«Vamadeva, que sabía distinguir perfectamente el bien del mal, no se convirtió en impuro por haber deseado en un momento que se hallaba apremiado por el hambre, comer carne de animales inmundos.

»EI severo penitente Bharadwdja, atormentado por el hambre, y hallándose solo en una selva desierta con su hijo, aceptó varias vacas del humilde artesano Vridhon.

»Viwamitra, que fue un personaje santo, falleciendo de necesidad se decidió á comer el muslo de un perro que había recibido de un enterrador.»

Puede verse, después de estos pasajes citados, si la prohibición de todo trabajo, que les habría hecho perder su prestigio ante los ojos de la multitud, fue severamente formulada por los brahmanes.

Lo mismo aconteció para los reyes y las demás castas; nada fue tan igualado á un crimen como la tentativa de cambiar de situación, castigada en este mundo con la degradación y la infamia, y en el otro por la emigración de las almas manchadas con este delito á los cuerpos de los animales más inmundos.

A partir de este momento, la brillante civilización de la India se estaciona, la ignorancia se apodera de las masas, que olvidándose de su pasado glorioso, sólo piensan en la satisfacción de sus sentidos, se entregan á la más desvergonzada corrupción, favorecida por los sacerdotes, que redunda en beneficio de su influencia.

Y solamente los Brahmanes guardaron las antiguas tradiciones filosóficas, religiosas y morales que se con-

virtieron en materia privilegiada de estudios para esta casta y en medio para mantener á los reyes bajo su dominación por el doble prestigio del respeto religioso y de la ciencia.

Al culto religioso, sencillo y puro de la revelación primitiva y de los Vedas, lo substituyeron por la adoración á multitud de personajes que bajo el nombre de devas ó ángeles y santos, eran considerados los unos como los agentes inmediatos entre Dios y sus criaturas, los otros como los brahmanes que después de haber vivido en la tierra practicando todas las virtudes, habían ido á ser absorbidos en el seno de la divinidad.

Brahma, esencia pura divina, no tardó mucho tiempo y en carecer de altares, y las plegarias de los mortales debieron para llegar á él, dirigirse á los seres inferiores cuyas imágenes poblaron las pagodas y los templos, y que Buda intentó más tarde derribar por medio de una reforma que no carece de analogía con la intentada por Lutero en la Edad Media.

Esto fue el golpe más terrible dirigido á la antigua sociedad india, el último golpe á esta obra de decadencia y decrepitud y cuyos efectos muy pronto tendremos ocasión de estudiar.

El sacerdote se cobijó en el dogma y en el misterio, pretendió ser el único guardián, el solo dispensador de la verdad en asuntos morales y religiosos, y llamando en su auxilio las leyes civiles que se entregaron servilmente á su disposición, desterró el libre pensamiento y la razón, doblegó toda voluntad, toda clase de libertad bajo la fe, é imaginó en fin esta famosa máxima que después ha logrado tan gran éxito: «Que no hay nada más agradable á Dios que creer sin comprender; inclinarse sin saber; llevar en el atrio de sus templos una inteligencia desprovista de lo que constituye la inteligencia, es decir, el examen y la creencia razonada.»

Vamos á ver muy pronto al Egipto, Judea, Grecia, Roma, toda la antigüedad, en fin, copiar á la sociedad brahmánica en sus castas, sus teorías, sus opiniones religiosas y adoptar sus Brahmanes, sus sacerdotes, sus levitas como habían ya adoptado el idioma, la legislación y la filosofía de la antigua sociedad de los Vedas, de donde sus antepasados habían partido para ir a esparcir por el mundo todas las grandes ideas de la primitiva revelación.

CAPITULO V

DE DONDE PROCEDE EL PARIA, ESTE MACHO CABRIO EMISARIO DEL ORIENTE

La India antigua, si bien reconocía á la sociedad el derecho de castigar á uno de sus miembros, por las faltas ó crímenes cometidos contra ella, no tuvo acerca de este derecho las mismas nociones que los pueblos modernos ni igual manera de aplicarlo.

Según los legisladores brahmánicos, algunas facultades, esenciales á la naturaleza intelectual, no pueden ser atacadas por este derecho sin atentar á la obra divina, y subordinaron á estas ideas, que quizás no serán estudiadas sin interés por el pensador y el filósofo, toda represión penal.

Así es, que no admitieron nunca que el hombre pudiese ser privado de su libertad corporal, y por idéntico título que pudiese ser privado de su libertad moral, es decir, de la facultad de pensar.

De ahí nació un sistema penal, que á pesar de haber ejercido su influencia en la antigüedad, no fue adoptado en igual medida por todas las naciones de aquella época, y ha desaparecido por completo de los códigos modernos.

Las penas aplicadas por el antiguo derecho indostánico posterior al de los Vedas, son:

1. La muerte.
2. Separar de una casta superior á otra inferior.
3. Separación completa de toda casta.
4. Paliza, y tormentos.
5. Las purificaciones y los sacrificios.
6. La multa.

La prisión fue completamente desconocida para los legisladores primitivos, y, casi consecuentes con su principio de que la mano del hombre debía detenerse allí donde comenzaba la obra de Dios, no admitieron la le-

gitimidad de la pena de muerte más que en poquísimos casos y casi solamente para crímenes relativos á la misma esencia de sus instituciones políticas.

Estaban castigados por la separación completa de toda clase de casta:

El asesinato de un brahmán o de un tchatrias.

El adulterio cometido con la mujer de su padre o de su director espiritual.

Estaban castigados para ser arrojados de una casta superior y pasar á otra inferior:

El abuso de los licores fuertes.

Las falsas acusaciones.

Los falsos testimonios, el olvido de la Santa Escritura y el desprecio á los Vedas.

El levantamiento de un depósito.

El adulterio.

El abandono de sus hijos y de sus padres y de sus amigos en la adversidad.

La usura, la venta de la propiedad ajena.

El vivir de un oficio vergonzoso de la mujer.

Los robos de granos, ganados y metales preciosos.

La muerte de los animales fuera del caso de legítima defensa.

La acción de recibir regalos y comerciar con la justicia.

El acto de derribar un árbol, al cual la savia aun *no* le ha abandonado, y las cosechas antes de su madurez.

La destrucción de las plantas medicinales.

La acción de hacerse pagar para la administración de los sacramentos, y la enseñanza de la Santa Escritura.

La venta de una mujer ó de un niño.

El comercio con mujer de clase inferior.

El comercio con mujer de su casta pero de costumbres licenciosas.

El olvido del voto de castidad por el sacerdote que lo ha pronunciado.

La muerte por equivocación de un individuo de igual casta que la suya.

La castración de un buey ó de una vaca.

El insulto dirigido á un dwidja (sacerdote sacrificador que ha recibido todos los sacramentos).

Eran castigados con el rebajamiento de la casta:

La calumnia contra los brahmanes y los tchatrias.

El asesinato de todo individuo de una casta superior, de un amigo y de una mujer.

El robo del tesoro de los brahmanes.

Todo comercio carnal con las hermanas del padre ó de la madre y con las mujeres de la clase mezclada (parias).

Con las esposas de un amigo, de un pariente ó de un hijo.

La acción de oficiar en los sacrificios los hombres de castas bajas.

La violación y todos los ultrajes hechos á una virgen.

Toda solicitación dirigida á una nodriza para que infrinja su voto de castidad.

La venta de una propiedad, vasos, muebles, frutos ó cualquier otra cosa consagrada a los templos.

La venta de substancias que puedan ocasionar la muerte.

La acción de apagar con malicia el fuego sagrado que debe arder sin tregua en el santuario de las pagodas.

El asesinato involuntario de un tchatrias.

El acto de un hombre de una casta superior que se pone al servicio de un sudra.

La unión carnal de dos individuos de un mismo sexo.

El abuso de un mandato dado en confianza.

El rehusar alimentos y socorros á su padre, á su madre, a sus hermanos y hermanas sumidos en la miseria.

El aborto y toda provocación al mismo.

La embriaguez del brahmán.

La unión carnal con los animales.

Los contactos impuros en la persona de los niños.

El asesinato premeditado, y con objeto de dañar, de animales útiles, tales como el asno, el caballo, el camello, el elefante, el macho cabrío.

La negación de la divinidad, de la vida futura, de las recompensas y de los castigos que por las buenas obras y las faltas deben merecer los hombres después de su muerte.

El acto de inducir al rey en error y hacerle cometer injusticias con relaciones falsas.

La confusión introducida en los sacrificios por los piadosos ermitaños.

El acto de arrojar substancias impuras en la manteca clarificada, el aceite santo y el agua en la cual el brahmán ha prodigado sus plegarias y que sirve para mojar á los recién nacidos.

Los garrotazos y las torturas eran aplicados á los autores de los diferentes delitos y fallas que acabamos de enumerar, cuando la expulsión parcial ó total de toda casta no parecía ser un medio suficiente de expiación, atendidas las circunstancias agravantes que se podían hallar en la causa.

Iguales motivos decidían respecto á la aplicación de la multa.

Las purificaciones y los sacrificios sólo se aplican á las faltas ligeras y que revestían particularmente un carácter religioso, tales como:

Alimentarse de alimentos impuros y prohibidos.

No sujetarse al ayuno y á la abstinencia en las épocas prescrita.

La cohabitación con su mujer, durante ciertos días de cada mes.

La acción de convidar a comer a un hombre degradado.

El olvido de la plegaria de la noche y de la mañana, y de las oblaciones que deben acompañarlas.

El acto de no realizar un sacrificio conmemorativo cada año en el aniversario de la muerte de su padre ó de su madre.

La lectura de libros obscenos ó injuriosos para los brahmanes.

Los gestos y actitudes contrarios á las buenas costumbres, realizados en público ó delante de los niños.

Todo olvido, por último, ligero ó grave de su dignidad, de la de los otros y de sus deberes religiosos.

El más terrible de todos estos castigos era la expulsión

total de toda casta. La muerte y los tormentos más atroces eran preferidos.

La pérdida de la casta, era la pérdida de las riquezas, de sus amigos, de todos los derechos civiles y políticos, no sólo en su propia persona, sí que también en la de sus descendientes nacidos posteriormente á la condena.

Oid á Manú anatematizándoles:

«Estos hombres marcados con señales bochornosas deben ser abandonados por sus parientes paternos y maternos y no merecen compasión ni atenciones.

«N o se debe comer con ellos, ni sacrificar con ellos, ni estudiar con ellos, ni aliarse por medio del matrimonio con ellos, que anden por la superficie de la tierra en un estado miserable, apartados y excluidos de todos los deberes sociales.»

Esta expulsión de la casta, era política ó religiosa y podía ser dictada por el príncipe ó sus mandatarios, haciendo justicia y aplicando la ley civil, ó por el sacerdote, juez religioso, pronunciando sus sentencias bajo el pórtico de las pagodas y de los templos en presencia del pueblo reunido.

Y de igual manera que el culpable iba á confesar sus crímenes delante los tribunales civiles, debía presentarse ante el tribunal religioso y hacer en alta voz la confesión de sus faltas y de sus pecados, para que el sacerdote pudiera dictar el castigo proporcionado al acto cometido.

Acordémonos de este pasaje para volver á encontrarlo más adelante.

De este sistema penal, de esta expulsión completa de toda casta, proviene este ser desgraciado deshonrado para siempre que se llama el paria, y que aun hoy día es para todos los indios de casta, un objeto repugnante, repugnancia que hasta las inteligencias más cultivadas no pueden dominar.

Y para que esta deshonra fuese indeleble, para que aquel que la merezca no pueda sustraerse á ella marchando á un país lejano á ocultarla, el culpable era marcado con un hierro candente, ya en la frente, ya en la espalda, según los crímenes que hubiera cometido.

El *agua,* el *juego* y el *arroz,* debían serle rehusados por todo hombre de casta, bajo pena de degradación.

Y de esta manera se formó dentro de la nación misma otra nación reputada impura y colocada por el legislador debajo de la bestia inmunda.

Serán menester quizás siglos para destruir este prejuicio, que á pesar de la desaparición del antiguo derecho civil y religioso, no ha perdido, según acabamos de decir, su fuerza entre las poblaciones.

En las grandes ciudades de la India y bajo la vigilancia europea, que individualmente se complace en protegerle y en subsanar el olvido á la impotencia de la ley que aun no se ha atrevido en dulcificar su situación, empleado, por otra parte, como hombre de fatiga en muchas industrias, el paria debe sentirse menos miserable; hoy su vida casi sería tranquila, con tal que no salga de su barrio para ir á mezc1arse con las fiestas y regocijos indios. Pero en el campo su situación es siempre intolerable y digna de lástima.

Si ve á un sacerdote dirigirse hacia él que salga apresuradamente del camino y á diez pasos de allí que se tienda en el polvo en señal de humillación, que de no hacerla así, los servidores del brahmán le harían morir a garrotazos.

Si es un hombre de casta aquel á quien encuentra, está obligado á arrodillarse, sin levantar la cabeza ni la mirada, hasta que haya pasado.

Si carece de fuego y alimentos, que busque ó robe; ninguna casa india se abrirá para él, ninguna mano le dará un puñado de arroz ni un leño del hogar.

He visto á estos miserables á quienes la miseria y el hambre había convertido en idiotas, semejantes á esqueletos sin poderse sostener á penas, seguir por 1a noche en la oscuridad, las orillas de un riachuelo ó senderos desiertos, con la esperanza de encontrar algún animal muerto... innoble alimento, que aun estaban obligados á disputar a los chacales y á las aves de rapiña...

Cosa extraña, el paria está tan persuadido de que es un ser inferior y degradado que jamás ha procurado en ninguna época sustraerse á su condición por el trabajo y la riqueza; es cierto que por este medio y con el tiempo, habrá quizás hecho desaparecer el estigma que pesa sobre él, pues el oro es en la India un dios soberano, adorado al menos con tanto fervor como en Europa. Nada habría sido tan fácil para el paria como intentar 1a prueba, por medio del comercio con sus propios hermanos.

Muchos poseen pequeñas tiendas al aire libre, en donde venden solamente á los parias, no hay necesidad de

decirlo, los objetos indispensables á su existencia; la madera, el coco, el aceite, el arroz y los pequeños granos de carry; por modesto que sea, este comercio podría ser explotado y extenderse: con habilidad y economía, el cesto de arroz podría convertirse en saco, la jarra de aceite en tonel, la pequeña tienda de bambú en almacén, etc. ... Habría aquí seguramente las bases de una revolución social en provecho de estos desgraciados que será por mucho tiempo imposible tentar por otros medios.

Pero el paria no encontrará jamás en sí mismo la energía necesaria para entablar semejante lucha, que de otra parte, no haría más que preparar una cosecha muy lejana, y de cuyos resultados sólo podrían aprovecharse sus descendientes.

La única preocupación de este pobre embrutecido, su regla invariable, es vender inmediatamente sus pequeñas mercancías.

Tan pronto ha logrado arrinconar la suma necesaria para vivir varios meses sin hacer nada, libre y feliz se va á tender y á dormir al sol á lo largo de los caminos, bajo la sombra de los cocoteros, sólo interrumpiéndose para renovar de vez en cuando el betel que masca con voluptuosidad, ó comer un poco de arroz hervido sobre una hoja de banano.

Cuando no le quedará más que una pequeña suma, comprará de nuevo algunas pocas provisiones que venderá como antes en un ángulo de una calle ó sobre una piedra del mercado hasta que llegue de nuevo para él la hora del descanso.

Tratados como lo fueron los hebreos en Egipto durante la Edad Media, los parias no han conocido y tenido un Moisés para elevarlos y conducirlos á la libertad bajo cielos más clementes, y no sabrán jamás convertirse por el comercio y la industria, en los judíos de la India.

Tal fue aquel espantoso sistema penal, con cuya ayuda los brahmanes supieron conservar las castas en el surco que estaba trazado á cada una, y dominarlas á todas, por el miedo a la prescripción, obligándolas á respetar su despótica autoridad.

Vamos á ver lo que esta organización legó á su vez á los diferentes pueblos de la antigüedad, y qué desastrosa influencia tuvieron para Egipto, Judea, y hasta para Grecia y Roma, estas divisiones de casta, esta de-

presión por la degradación moral é indeleble del culpable y de su descendencia, este predominio constante en fin sobre los pueblos y las instituciones de la alta Asia, del sacerdote egoísta y dominador, de este explotador hábil de la idea religiosa, por medio de la obscuridad, de las profecías, de los milagros y las mentiras.

¡Divide, corrumpe et impera!

Antigua divisa que los sacerdotes de Brahma transmitieron á los sacerdotes de Menfis y de Eleusis, á los levitas y á los arúspices, y que quizás estamos amenazados de ver elevarse vencedora sobre la cabeza de las naciones modernas, para empujarlas hacia la decadencia y la decrepitud, si no sabemos entablar una lucha suprema y hacerla borrar en el libro del porvenir por la mano de la Libertad.

CAPITULO VI

MANÉS Y SACERDOTES. -SU INFLUENCIA SODRE EL EGIPTO

El Egipto por su posición geográfica ha debido necesariamente ser una de las primeras regiones colonizadas por las emigraciones de la India, uno de los primeros pueblos que recibió la influencia de aquella antigua civilización, cuyos rayos han llegado hasta nosotros.

Esta verdad nos llama aún más la atención cuando se estudian las instituciones de este país, de tal manera copiadas de las del alta Asia, que se hace imposible opinar de otra manera, ya que las prevenciones y los prejuicios deben desaparecer ante el conjunto imponente de pruebas que pueden presentarse respecto á este asunto.

Cierto es que no podría presentarlos todos dentro de los estrechos límites que me he impuesto, habiéndose ya podido ver, que hasta sujetándome á los principios generales, cada capítulo de esta obra se convertiría fácilmente en un volumen, si todos los asuntos que en él se tratan, todas las cuestiones que en él se suscitan, fueran desarrolladas con la extensión que podría dárseles.

Lo que me interesa principalmente demostrar, es la similitud de las instituciones civiles y políticas de todos los pueblos de la antigüedad, la unidad de iniciación con la India como iniciadora, de igual manera que demostraré más adelante, la unidad de la revelación religiosa con la India para punto de partida.

¿Qué fue el gobierno de Egipto, refiriéndonos á las épocas más antiguas? Una copia idéntica del de la India, bajo la inspiración del mismo legislador, Manú o Manés, cuyas leyes habían sido conservadas por la tradición emigrante, y sirvieron para fundar en el nuevo país una sociedad semejante á la de la madre patria.

El nombre de Manú ó Manés, ya lo hemos dicho, no es un sustantivo aplicándose á un hombre determinado; su significación sánscrita es; *el hombre por excelencia,* el legislador. Es un título ambicionado por todos los pastores de hombres de la antigüedad, y que les ha sido concedido en recompensa de sus servicios, ó que ellos mismos han tenido á gloria el atribuírselo.

También, como hemos visto, el primer Manú, el de la India, ejerce sobre las legislaciones antiguas la misma influencia que el Digesto de Justiniano sobre las leyes modernas.

Bajo la dirección de este legislador, Egipto fue naturalmente teocrático y sacerdotal; tuvo, igual que la India, un culto y una jerarquía impuestos con idéntica severidad y con el mismo fin de dominación.

En primer término se encuentra el sacerdote, protector y guardián de toda verdad civil y religiosa, dominador de los reyes y de los pueblos, emanación de Dios, irresponsable de sus actos, por encima de todas las leyes, así como de todos los hombres.

Después de él viene el rey, á quien el sacerdote quiere dejar reinar, pero á condición de que sólo reinará merced á sus inspiraciones y consejos.

Después, más abajo encontramos, lo mismo que en la India, el comerciante, encargado de acrecentar la fortuna de las dos primeras castas, de satisfacer su lujo, sus caprichos, sus vicios y en fin, el artesano ó trabajador que le ha de ser obrero, criado, esclavo...

Los sacerdotes se reservaron el conocimiento exclusivo de las ciencias; y gracias á los fenómenos físicos que ellos eran los únicos en comprender, les fue posible dominar el espíritu de los reyes y de la multitud. Se reservaron igualmente para ellos las sublimes nociones acerca Dios y la Trinidad, la obra de la creación y la inmortalidad del alma, dejando á la plebe adorar monstruos, estatuas, imágenes, y aun como en la India, el buey, que como se sabe, fue también en Egipto un animal sagrado.

He visto, en la India, á los brahmanes reír disimuladamente, cuando un piadoso y modesto indio venía á arrodillarse ante el rey de la pagoda para ofrecerle arroz y frutos.

Aquellos sacerdotes de Tebas y de Menfis, en las profundidades de sus inmensos y sombríos templos que eran

á la vez sus palacios, ¡cuánto debían sonreír de lástima y disgusto, cuando les era necesario abandonar sus elevados estudios ó sus placeres, para pasear, con gran pompa y para mayor alegría de un pueblo embrutecido, aquel buey Apis, que habían creado dios en el orgullo de su fuerza y de su desprecio por la nación servil que dominaban!

¡Y qué gran número de bromas debía ofrecerles la muerte de aquel buey, que estaban obligados á reemplazar para que el dogma de su inmortalidad no sufriera ningún ataque!

¡Con cuánto interés conservaron durante siglos el depósito de sus conocimientos, origen de todo su prestigio, y con qué de juramentos terribles ataban á aquellos á quienes consentían en iniciar!

Igual que la sociedad brahmánica, los sacerdotes egipcios impidieron elevarse encima de la clase en que cada uno, por su nacimiento, se encontraba colocado, imprimiendo así á sus instituciones idéntico sello de inercia é inmovilidad.

El sistema penal fue el mismo, y la represión se ejerció por la degradación, es decir, la expulsión total ó parcial de la casta.

De aquí nació igualmente una raza de no clasificados y de parias, de los cuales nos ocuparemos en un capítulo especial, pues nuestra opinión, obligada por la lógica de los hechos, es que esta raza de parias y no clasificados dieron origen á los hebreos, regenerados por Manés, Moses ó Moisés.

Sin embargo, los sacerdotes egipcios no encontraron una raza de reyes tan dúctil ni maleable como la de los Tchatrias, que nunca intentaron rebelarse contra la autoridad de los brahmanes.

Sea que los descendientes de Osiris hubieran acabado por ser demasiado exigentes, sea que los Faraones hubieran soñado con una independencia que debía adular su ambición, sea que la mano del tiempo quisiera atacar aquellas antiguas instituciones, legadas por el brahmanismo, para edificar otras más jóvenes; después de algunos siglos de este sueño del cual para la India aun no ha llegado la hora de despertar, Egipto se encontró agitado por la lucha de los sacerdotes y de los reyes, que llamando a su lado á sus partidarios, se disputaron con la lanza y la espada un poder que sólo fue el premio

del más fuerte, y durante largos años el pueblo vio sobre su cabeza, sucederse á capricho del azar ó del éxito de las batallas, dinastías tan pronto guerreras como sacerdotales.

Es a esto, sin duda alguna, á lo que es necesario atribuir la desaparición de la antigua civilización egipcia de la escena del mundo. El gobierno teocrático sólo había sabido hacer, como en la India, esclavos, y tan profundas raíces habían echado las divisiones de castas, que después del triunfo definitivo de los reyes, estos últimos no supieron romper con las estrechas tradiciones del pasado y regenerar sus pueblos para apoyarse en ellos. Se convirtieron como Sesostris en invasores nómadas, que llevaron el hierro y el fuego á los territorios vecinos, pero no consiguieron fundar nada, pues el poder despótico de uno solo será siempre incapaz de avanzar con el progreso, cuando cada hombre de la nación estará reducido al estado de rueda en lugar de constituir una individualidad.

Edificarás grandes edificios de piedra, admiración de los siglos venideros, ahondarás lagos, cambiarás el curso de los ríos, levantarás gigantescos palacios, seguirán tras de tu carro triunfante cien mil esclavos conquistados en la guerra, la historia servil y aduladora te trenzará coronas; los brahmanes, los levitas, los sacerdotes á quienes habrás hartado de honores y riquezas, cantarán tus méritos, te presentarán á los pueblos prosternados como un enviado de Dios que realiza su misión; pero para el filósofo y el pensador, para la historia de la humanidad, y no para la de los dominadores, no habrás sido más que una piedra de escándalo en este trabajo de progreso para la concordia y la libertad, que es el fin destinado por Dios, y que cada nación ha de esforzarse en alcanzar. Sólo habrás sido un hecho brutal, haciendo comprender y demostrando una vez más la debilidad de la naturaleza humana, y de qué manera las naciones caen en la decadencia.

Así es como bajo la mano de los sacerdotes y de los reyes, el antiguo Egipto se encaminó paso á paso hacia la ruina y el olvido después de la caída de su gobierno teocrático; no estando preparado y no teniendo con qué sustituirlo, sólo tenía el recurso de morir.

De esta manera, poniendo cara á cara aquellos dos antiguos países para hacer el paralelo, la India y el

Egipto, vemos el mismo gobierno, las mismas divisiones de castas, iguales instituciones producir idéntico resultado é impedir á estos pueblos el papel que pudieran desempeñar en la historia del porvenir.

En presencia de semejantes aproximaciones, nadie vendrá, creo, á negar á Egipto un origen puramente indostánico, á menos de admitir que la casualidad haya hecho germinar en este país una civilización calcada sobre la del extremo Oriente, o, lo que sería aún más absurdo que sea Egipto quien haya colonizado á la India y Manú copiado á Manés.

Concibo que semejante opinión pueda germinar en el espíritu de personas interesadas en negar ó que no conozcan á la India; me limitaré á contestarle: No tenéis á vuestra disposición más que una afirmación y esta frase trivial que ya he oído pronunciar: ¿Quién me asegura que no es la India la que ha copiado al Egipto? y pedís que esta afirmación sea combatida con ayuda de pruebas que no dejen la menor sombra de duda.

Para ser entonces completamente lógicos, quitad á la India el sánscrito, lengua que ha dado origen á las demás, pero enseñadme una hoja de papirus, una inscripción de columna, un bajo relieve de templo que venga á demostrarme que nació en Egipto.

Privad á la India de todos sus monumentos de literatura, de legislación, de filosofía, que aun permanecen en pie, conservados en la lengua primitiva desafiando la acción del tiempo y la mano de los profanos, pero indicadme cuáles fueron sus orígenes en Egipto.

Destruid, no me opongo, esta gran corriente de emigración por el Himalaya, la Persia, el Asia-Menor y la Arabia, de la cual la ciencia ha encontrado las señales. Pero mostradme, hacedme ver el Egipto colonizador, esparciendo á sus hijos por toda la superficie del globo. ¿Qué lengua, qué instituciones ha legado al mundo que podamos hoy encontrar?

¿Acaso no se ve que el Egipto de Manés, el Egipto sacerdotal no tuvo más que instituciones idénticas á las de la India en las primeras edades; que olvidando poco á poco la tradición que había recibido, sacudió por medio de sus reyes la dominación de los sacerdotes y que á partir de Psaméticus derribó la idea teocrática pura para substituirla con la idea monárquica, que en adelante iba a dominar las nuevas civilizaciones? ¿Acaso no sabemos

que las divisiones de castas fueron abolidas en tiempo de los Ptolomeos?

El mérito del Egipto consiste en esto, pero sería un error atribuirle otros. Fue la primera nación que en la antigüedad tuvo la fuerza de derribar el gobierno del sacerdote que se había originado en el extremo Oriente sin poder evitar á pesar de ello la caída que la influencia deletérea y corrompida que aquel último le había preparado.

Además, si pudiésemos estudiar y profundizar este asunto con todos sus detalles y sólo hallásemos estas grandes semejanzas en los principios, que son la base de la existencia de las naciones y son suficientes para apoyar la tesis que sostenemos, demostraríamos con la mayor facilidad que la unidad de Dios, admitida por los sacerdotes de Menfis, que Knef, Fta y Fre, que son los tres dioses demiurgos, los tres creadores por excelencia, las tres personas de la Trinidad en la teología egipcia, son simbólicas importaciones indias; que las creencias en los animales, en el ibis ó en el buey por ejemplo, son supersticiones venidas de la India por una tradición cuyo camino es fácil de seguir. La materia ó lodo primitivo llamado Bouto por los iniciados y representado bajo la forma fecundante de un huevo, no es más que un recuerdo de los Vedas y de Manú, que comparan el germen de todas las cosas á «un huevo brillante como el oro».

Sea suficiente haber indicado estos puntos de contacto que, según nuestra opinión, explican el Egipto antiguo por la India y la influencia brahmánica, y levantan por modo lógico, en la medida de lo posible, una punta del obscuro velo que oculta la cuna de todos los pueblos.

CAPITULO VII

MINOS Y LA GRECIA

La prueba más irrefutable de la influencia de la India sobre la Grecia está en el hecho, acerca del cual ya nos hemos ocupado extensamente, de que el sánscrito ha formado la lengua de este país.

En efecto, todos los nombres de las épocas fabulosas y heroicas de los dioses y semi-dioses, todos los nombres de los pueblos que Grecia nos ha transmitido, son sánscrito casi puro; igualmente puede decirse que la mayoría de las palabras que componen esta lengua y su sintaxis tienen el mismo origen y esto sin temer la más ligera contradicción, y si las discusiones pudieran tener lugar respecto al particular, fácil nos sería demostrar que esta afirmación es sencillamente una verdad matemática, que como tal, puede enérgicamente afirmarse y probarse. También sólo dedicaremos unas líneas al legislador cretense, cuya obra escrita, por otra parte, no nos ha llegado.

Minos tiene un origen indudablemente asiático; la historia griega lo hace venir de Oriente á Creta, en donde el pueblo, maravillado de su sabiduría, le pidió leyes. Viajó entonces por Egipto, cuyas instituciones estudió; recorrió el Asia, la Persia, y las orillas del Indus interrogando las tradiciones y las legislaciones antiguas, después regresó para dar á los cretenses su libro de la ley, que poco después, fue adoptado por Grecia entera.

Probablemente á continuación de sus viajes fue cuando recibió el nombre de Minos, cuya raíz en sánscrito, según hemos dicho ya, significa legislador, y se concibe que en vista de sus peregrinaciones por Egipto y Asia, atendido su origen oriental nos fuera fácil acercarlo á Manú y Manés, y emitir la opinión, corroborada por los

hechos, puesto que se remontó á las fuentes primitivas para instruirse, que se inspiró en las obras de los legisladores indios y egipcios, y que tuvo á gran honor el apropiarse el título honorífico que la gratitud de los pueblos había concedido á sus dos antecesores.

No repetiremos demasiado que las palabras Manú, Manés, Minos y Moisés no son sustantivos propios, sino títulos calificativos llevados por los legisladores antiguos, del mismo modo que los reyes de la India llevaban el título de Tchatrias ó Xchatrias, los de Persia el de Jerjes y los de Egipto el de Faraón.

Así pues, dándonos por satisfechos con las pruebas ya expuestas en el primer capítulo de esta obra, no investigaremos si las fiestas griegas, las pitonisas y los misterios de Eleusis, tan hábilmente explotados por los sacerdotes, si se relacionan, según nuestra firme creencia, con las fiestas, con los devadassis y con los misterios del brahmanismo; de igual manera que Grecia, que experimentó en grado tan elevado la influencia de la lengua, de la filosofía y de la literatura india, separándose rápidamente de su origen fabuloso, pronto tomó á risa su Olimpo, sus dioses esbozados en una tradición supersticiosa, y, como ya hemos visto, marchar con paso seguro por el camino que los Sastras le habían preparado, á la conquista de la independencia del pensamiento.

Si Roma no hubiera venido, con su invasión brutal, á secar la fuerza y la vida de aquella admirable región, hace mucho tiempo que todos los problemas de progreso y libertad, para los cuales Europa no ha terminado aún de agitarse y revolucionarse, habrían sido resueltos por los hijos de la Helada, por estos descendientes de la libre y primitiva sociedad indostánica.

Aunque los sacerdotes y la familia de los Eumolpides, encargados del culto de Ceres, que fueron una casta de levitas, hubiesen también gozado en Grecia de una gran influencia, principalmente en el período antiguo, parece que jamás llegaron á conquistar en provecho suyo el gobierno de la nación, y á esto debe principalmente atribuirse el desarrollo considerable del espíritu humano en este pequeño país, que había logrado establecer en ella el reinado de la democracia y de la libertad en una época en que todos los despotismos políticos y religiosos se daban la mano para sujetar al mundo.

Sabemos, en efecto, que á partir de la caída de Hippias hasta las conquistas macedónicas y romanas, Atenas ofrece á las naciones modernas el ejemplo de un gobierno popular, en el cual la libertad supo hacer fructificar todas las espléndidas glorias, de la literatura, de la filosofía y de las artes.

El ciudadano nombraba por sufragio universal sus archontes, sus magistrados y sus funcionarios, el derecho de paz y el de guerra, el poder legislativo; la discusión de todos los grandes intereses de la república correspondían á las asambleas generales del pueblo, á las cuales todo hombre libre debía llevar, bajo pena de la pérdida de sus derechos, el auxilio de su palabra y su voto.

Esta fue la primera aparición de la idea nacional en el mundo substituyendo aquella servil obediencia á los caprichos de un amo que hasta entonces había dominado á las sociedades.

La India se estremece y muere bajo el mando del sacerdote; el Egipto, heredero de esta tradición, acaba por derribar á la teocracia para arrojarse en los brazos de los reyes, y Grecia, acordándose del Oriente y de las dominaciones sacerdotales de las que había huido para florecer en una tierra más libre, añade aún otro progreso, y substituyendo al esclavo por el ciudadano, funda el gobierno de la nación por la nación.

De aquí ha nacido todo el espíritu moderno.

Así, aquellas primeras emigraciones indias por el Sur, después de haber experimentado durante largo tiempo la influencia de la revelación y del sacerdote, habían logrado poco á poco derribarlos y vislumbrar el progreso por la independencia y la razón.

¿Por qué fue preciso que la segunda corriente de emigración por el Himalaya y las llanuras del Norte, que trajo á Europa las tribus escandinavas, germanas y eslavas, detenida sin duda por la aridez del suelo y los rigores de un clima nuevo para ellos, no pudiese alcanzar la civilización tan rápidamente como las naciones del mediodía, y el día menos pensado se precipitara sobre ellas para destruirlas?

Salvajes hijos de las selvas, adoradores de Odin y de Skanda, aquellos pueblos habían guardado el recuerdo legendario de su origen; sus cantos y sus poesías repletas de tradiciones orientales les prometían que volverían á encontrar su cielo sin nubes y su cuna; y en busca de

Asgard, la ciudad del sol, encontraron á... Roma, y el mundo antiguo desapareció.

Y el mundo nuevo dormitó durante más de quince siglos bajo un poder ni menos sacerdotal ni menos tiránico que el de la antigüedad, antes de volver á hallar los grandes recuerdos, las grandes verdades sociales y políticas legadas por Grecia.

CAPITULO VIII

ZOROASTRO Y LA PERSIA

El nombre del innovador que desempeñó en la Persia el papel de un enviado celeste, es en idioma persa Zerdust, en zend Zertochtro, en pehlvi Zaradot. Estas diferentes expresiones no son más que variaciones del nombre primitivo, que es en sánscrito Zuryastara (que practica el culto del sol) de donde vino el nombre de Zoroastro, que sólo es un título aplicado á un legislador político y religioso.

Así como su origen sánscrito lo revela suficientemente, siguiendo por igual las indicaciones de la historia, Zoroastro nació en la alta Asia, es decir en la India. Después de haber empleado la mayor parte de su vida en el estudio de la religión y de las leyes de este país, con los brahmanes que le habían iniciado, siendo sin duda de la misma casta que ellos, sus viajes le condujeron á Persia, en donde hallando las más supersticiosas prácticas, se propuso reformarlas y dotar á este país de una religión más conforme con la moral y la razón.

Zoroastro fue, sin duda, un desertor de las pagodas y de los templos de la India, que deseando que los pueblos se aprovechasen de las verdades y de las nociones sublimes que los sacerdotes se habían exclusivamente reservado, pero temiendo el poderío de estos últimos, se fue en busca de un país menos inmediatamente sometido á su dominio.

Llegado á la corte de los reyes Gouchtasp e Isfendiar, hizo brillar ante sus ojos la manera de sustraerse á la influencia de los brahmanes, de quienes les venía su investidura, y gracias á esta hábil tentación, habiéndoselos hecho suyos, pudo predicar la nueva doctrina y someter á sus leyes el Irán entero hasta el país del

Sind, es decir, hasta las fronteras mismas del santuario de la potencia brahmánica.

Asimismo, más tarde, Lutero haciendo vislumbrar á los príncipes de Alemania la posibilidad de sacudir el yugo caprichoso y despótico de los papas, los introdujo en el campo de la reforma.

Solamente que el gran monje de Wittemberg, en lugar de herir la imaginación de los pueblos, como sus antecesores, por lo maravilloso y los prodigios, en lugar de presentarse como un enviado divino, se limitó, para el buen éxito de su misión, á hablar en nombre de la razón. No hay ninguna clase de duda, que algunos siglos antes, sólo habría tenido que, para herir la imaginación de la multitud, rodearse de una aureola misteriosa y no levantar el velo más que para un pequeño número de adeptos o iniciados.

El origen de Zoroastro es tan indio, que la historia nos enseña que los brahmanes, furiosos por el abandono de su falso hermano que infería los primeros ataques á su pujanza, le mandaron que volviera á su lado para explicarse acerca de su cisma, y que no habiendo logrado hacerle caer en esta trampa, á la cabeza de una poderosa armada, partieron de Irán (India) oriental para invadir el Irán occidental y reconquistar aquel país, que se había sustraído á su dominación. Derrotados por Zoroastro, se vieron obligados á retirarse y dejar que prosiguiera en paz la obra comenzada.

En su enseñanza Zoroastro se apartó poco del sistema brahmánico. Dividió al pueblo en castas, á la cabeza de las cuales, y por encima de los reyes, colocó al mago ó el sacerdote, reglamentó la vida pública y privada, y admitió, en fin, un sistema penal semejante al que hemos visto establecer en la India y en Egipto. Su reforma religiosa sólo fue una en el sentido de que limitándose á rechazar las numerosas supersticiones á las cuales los indios permitían que la multitud se entregase á ellos, admitió en un todo, para vulgarizarlos, los principios religiosos de los Vedas, es decir, la unidad de Dios en la Trinidad.

A la esencia divina por excelencia, á la potencia creadora, le dio el nombre de Zervane-Akerene.

Al principio que preside á la conservación le dio el nombre de Ormuz, y al principio que preside á la descomposición y á la reconstrucción el nombre de Ahriman.

Es enteramente la trimourti (trinidad) india con sus atribuciones simbólicas y su papel en la creación.

Zoroastro no extirpó todas las supersticiones que quizás se había propuesto destruir; libre pensador al principio, pronto comprendió que se adelantaba á su siglo, y que los pueblos no habían llegado aún al estado de madurez para instituciones tales como él las podía comprender. Cada innovador, además, tiene por desgracia tras sí á sus discípulos, cuyas ambiciones personales vienen á desviar la marcha y cambiar los principios primitivos.

Los magos se convirtieron pronto en iniciados y en una casta absorbente como todas las castas sacerdotales. Las divisiones de clases concurrieron hábilmente á plegar el pueblo bajo su autoridad, y fue preciso, como en la India, los misterios, los sacrificios, las procesiones para el pueblo que ni más ni menos que los pueblos de aquellos últimos países, no hubiera comprendido un culto desprovisto de toda pompa y charlatanismo. De ahí aquellas monstruosas hecatombes y aquellas fiestas gigantescas del sol ó del fuego, de las cuales la antigüedad conservó largo tiempo el recuerdo.

Los discípulos de Zoroastro, en las leyendas que esparcieron con profusión respecto de su maestro, cuentan que un día que como quiera que estuviera rezando en una montaña, en medio de truenos y relámpagos que surcaban las nubes por doquier, fue trasladado al cielo, en donde contempló á Ormuz cara á cara en todo el esplendor de su grandeza y de su majestad, y recibió de él las enseñanzas divinas que más tarde debía revelar á los hombres.

Cuando Zoroastro descendió á la tierra, trajo el libro de la ley llamado Nosks que había escrito bajo la dirección del Ser Supremo.

Este libro no es más que una reminiscencia de los Vedas y de los libros sagrados de los indios que en su juventud Zoroastro había estudiado con los brahmanes.

Así, la influencia de la India sobre Persia y sobre todos los países del Sind, tiene la autenticidad de una verdadera historia. Aquí, la tradición, menos nebulosa que en Egipto, á todas las pruebas sacadas de la similitud de las instituciones religiosas y políticas, viene á añadirse el testimonio de la historia de aquellos tiempos atrasados á la cual le es posible seguir las huellas de

Zoroastro, de la India oriental á la India occidental, de las orillas del Ganges á las orillas del Indus.

¿Se comprende bien ahora como todas estas tradiciones indias, saliendo de aquel gran foco por la Arabia y el Egipto, la Persia y el Asia-Menor, han podido, transformándose, llegar á Judea, Grecia y Roma?

Hagamos constar, terminando el capítulo, que Zoroastro, lo mismo que sus predecesores Manú y Manés, se atribuyó en los pueblos que venía á regenerar ó sea dominar, un origen y una misión celestes.

CAP ITULO IX

ROMA Y SUS CASTAS

Es una verdad que casi no necesita demostración el atribuir á Asia los orígenes de Roma.

Italo, dice la leyenda, huyendo del Asia Menor con los troyanos vencidos, fue á establecerse en el suelo de Italo y le dio su nombre. Algunas tribus griegas, teniendo por otra parte igual cuna, coadyuvaron más tarde á la colonización.

Se dirá que presentamos pruebas pedidas precisamente á aquellas épocas heroicas y fabulosas que pretendemos derribar; la contestación es fácil. Sosteniendo que aquellos tiempos heroicos y fabulosos sólo son tradiciones índicas y asiáticas, admitiéndolos como un recuerdo del origen común, se convierte, se concibe, en una buena suerte para nuestro razonamiento, el encontrar en cada rincón de tierra colonizada la leyenda que hace venir de Oriente al colonizador. Y si de esta leyenda se desprenden instituciones y costumbres acusando y señalando aún más esta filiación y este origen, ¿no estamos en el derecho de sostener que hemos hecho luz sobre este asunto de la manera más acabada posible?

Hemos visto que Roma debía á la India sus grandes principios de legislación. Si el latín, lo mismo que el griego, sólo es, como la ciencia moderna admite, un derivado del sánscrito; sí, como es indudable, el Olimpo romano tan sólo es una emanación del Olimpo griego, que se originó en los misterios de la India y del Egipto, ¿qué nos falta añadir para hacer más evidente la verdad?

¿No tuvo Roma sus castas igual que las naciones más antiguas que le precedieron? ¿Y si estas divisiones tuvieron menos importancia y desaparecieron con mayor facilidad, este resultado acaso no debe atribuirse á la

infiltración de sangre más joven sobre un terreno más rico, más enérgico, produciendo con menos facilidad, sin duda, las cosas necesarias á la vida, y exigiendo por esto mismo más trabajo y mayor fuerza?

¿Es que la constitución del pueblo romano en sacerdotes, senadores, caballeros y proletarios, no os recuerda, aunque debilitada, la imagen de la sociedad india? ¿Es que iguales dificultades para salir de la clase en que se había nacido y ascender á otra más elevada, no habían sido decretadas? ¿Y acaso no sentimos, por último, al principio de esta nueva civilización, surgir las mismas ansias de dominación por medio de la esclavitud y el embrutecimiento sistemático de las masas?

En esta época, las envejecidas tradiciones del brahmanismo se derrumbaban en todas partes. Buda, es cierto, acababa de ser expulsado del Indostán, pero esto había producido á los sectarios de Brahma un descrédito del cual no se podían levantar. Zoroastro revolucionaba la India occidental y la Persia; á la era sacerdotal había sucedido el período monárquico, y Grecia, empujando y apartando las nubes del pasado, preparaba sus instituciones republicanas. Se comprende que la tentativa hecha en Roma de regenerar este estado de cosas, por medio del poder sacerdotal y algunas clases privilegiadas no debía dar por resultado más que una serie de luchas y guerras civiles, debiendo ir á parar tarde ó temprano á una igualdad social y política que los pueblos comenzaban á entrever y á exigir.

En vano fue que para conservar el poder, las altas clases hicieran brillar ante los ojos de los pueblos, y para emplear su energía, la guerra y las conquistas; les fue preciso ceder, y poco á poco doblegar la cabeza bajo el aire nuevo que amenazaba destruirlos.

Pero si las divisiones sociales fueron abolidas ó dejaron de ejercer su influencia, no quedaron menos signos imborrables de la primitiva tradición oriental en las costumbres y en las leyes, que conservaron hasta en las naciones modernas el sello de su origen.

No diluiremos estas reflexiones. Y de igual manera, ¿acaso el latín no se declara abiertamente salido del sánscrito, y no hemos visto ya, en nuestros precedentes estudios acerca de las legislaciones, mostrada la influencia preponderante y directa de la India sobre aquel país?

CAPITULO X

COMPARACIÓN DE LA EXPULSIÓN DE UNA CASTA EN LA INDIA CON LA DISMINUCIÓN DE CABEZA (CAPITIS MINUTIO) EN EL DERECHO JUSTINIANEO Y LA MUERTE CIVIL EN EL CÓDIGO DE NAPOLEÓN.

Hemos visto á los sacerdotes indios, después de la caída de la civilización de los Vedas, caída que fue su obra, dictar en provecho de su poderío y con el fin de inspirar un saludable espanto á los que estaban sujetos á su yugo, aquella terrible pena de expulsión parcial ó total de toda casta, que colocaba al desgraciado sujeto á ella por debajo de los brutos, pues no se podía sin incurrir en degradación y descender á su nivel, mantener con él la más pequeña relación social.

Hasta los lazos de familia quedaban destruidos; los hijos del descastado se convertían en huérfanos, y se les daba un tutor; su mujer quedaba viuda y podía volverse á casar si no pertenecía á una de aquellas castas que prohibían las segundas nupcias; su sucesión quedaba abierta; y en fin, si le asesinaban, la ley civil no alcanzaba al asesino, que únicamente debía cumplir las ceremonias religiosas de la purificación, porque había sido manchado por el contacto de un paria.

Del país indio, en donde nació esta institución del despotismo teocrático, poco tardó en pasar á las otras regiones, que lo adoptaron á su vez como un maravilloso instrumento de dominación. Y así fue como tomó carta de naturaleza en las costumbres de la antigüedad el considerar la interdicción del agua y del fuego como pena saludable y justa.

Una modificación, es necesario decirlo, fue sin embargo aplicada al ejercicio de esta severa represión.

Así, en aquel entonces en que la India el poder ca-

prichoso y arbitrario del sacerdote y del rey pronunciaba la expulsión de la casta igual por delitos que por crímenes, por faltas religiosas ó por faltas contra la sociedad, las diferentes naciones de la antigüedad que sufrieron la influencia india se limitaron á aplicar esta pena en todo su rigor, á los grandes crímenes religiosos y políticos, á las traiciones, á los atentados contra las bases mismas de la autoridad.

Los crímenes y delitos contra las personas fueron sometidos á otras leyes.

Esta excepción no alcanzó al Egipto que conservó este derecho en todas sus rigurosas y arbitrarias aplicaciones, y fácil es comprender la razón de ello.

Es que después de la India, Egipto nos ofrece el ejemplo del más espantoso é inmoral embrutecimiento y de la opresión de un pueblo, que privado de todo papel social y político, privado en cierto modo de la facultad de pensar puesto que se le había privado de la facultad de aprender, de obrar y de hablar, privado de toda suerte de iniciativas, teniendo sus horas señaladas para comer, para descansar ó rezar, fue durante largo tiempo un instrumento dócil, una máquina á la cual se exigía trabajo y oro, para satisfacer todos los caprichos, todas las pasiones de un corto número de elegidos que se habían impuesto por la idea religiosa, la mentira y el terror.

Zoroastro, conservando con todo esta penalidad, ordena sólo usarla contra los grandes culpables á los ojos de Dios y de los hombres y la reduce á un papel de excepción. En Grecia, sólo se empleaba con el nombre de ostracismo contra los hombres políticos, cuya influencia se temía; esta interdicción del agua y del fuego casi siempre se dictaba á título temporal y no se encuentran leyes especiales que hubiesen regulado su empleo.

Roma, con el modelo de la India y del Egipto, introdujo este modo de represión en su derecho escrito bajo el nombre de disminución de cabeza, *capitis minutio;* y de igual manera que el legislador del extremo Oriente, Manú, había admitido la expulsión parcial ó completa de la casta, el legislador romano introdujo varios grados en esta pena, y hubo la grande, la media y la pequeña disminución de cabeza.

En virtud de la gran disminución de cabeza, el ciudadano estaba privado de todos sus derechos políticos

y sociales, de todos sus derechos de su familia y se hallaba en la misma situación que el indio ó el egipcio expulsado de toda casta.

El agua y el fuego le estaban prohibidos con igual título y rigor como el que Manú prohibía el arroz, el agua y el fuego.

No le quedaba ni el recurso de servir como esclavo, y el matarlo no era considerado un crimen.

La media disminución de cabeza le privaba de todos sus derechos de *padre de familia* y de dueño; carecía de poder sobre sus hijos, que este hecho emancipaba, y su sucesión se dividía entre sus herederos.

En cuanto á la pequeña disminución de cabeza sólo le prohibía la entrada en la magistratura y el desempeñar cargos en el servicio de la república, dejándole la libre disposición de sus bienes y su autoridad paternal en toda su integridad.

Introducida así en las leyes escritas de Roma, esta pena se convirtió, como se ve, en una pena de derecho común.

Estos procedimientos bárbaros de represión, por la degradación de la dignidad humana, por el rapto brutal de todo lo que constituye la esencia misma de la vida que proviene de Dios, debía nacer en Oriente; y de ningún modo me maravilla el ver á los sacerdotes de Brahma y de Osiris inventar semejantes ignominias; que Roma haya seguido la regla del mundo antiguo y sufrido su influencia. ¡No encontraré motivo suficiente para anatematizarla, pero me estremezco de ira y vergüenza, cuando considero que nuestros legisladores modernos habían escrito en nuestros códigos la expulsión de la casta, esta *capitis minutio,* promulgado, en fin, la muerte civil!

¡La muerte civil! ¿Se creerá que quince ó veinte años atrás el hombre marcado con este horrible estigma, semejante al paria de la India, no existía en la tierra para él ni mujer, ni hijos, ni padres para pronunciar su nombre, que conservasen algo de cariño á este desgraciado, y permitirle al menos vivir, en el rincón de su calabozo, un poco por el recuerdo? ¿Se creerá que era permitido á su mujer el volverse á casar y á sus hijos repartirse su herencia?

Y el 89 había pasado por encima, sin atreverse á tocar este vergonzoso legado de la antigüedad, conservado

por aquella fanática y sacerdotal Edad Media, que había intentado implantar en Europa todos los despotismos y embrutecimientos del brahmanismo por las divisiones de castas y el gobierno del sacerdote.

¡Honor y recuerdo en nombre de los pueblos, en nombre de la humanidad; honor y recuerdo en la historia del progreso penosamente conquistado; honor en nombre de la eterna justicia, á la soberana influencia que hizo borrar de nuestros códigos, en 1853, este odioso resto de inmoralidad y corrupción antigua!

Hemos indicado que en la India la expulsión completa de la casta, la muerte civil, era pronunciada, ya por el juez que entendía en los delitos y crímenes puramente civiles, ya por el sacerdote que entendía en las infracciones religiosas. Sin duda correspondía á la Roma papal, que intentó en la edad media desempeñar el papel de los brahmanes indios, apropiarse semejantes costumbres; el instrumento se adaptaba demasiado bien á su modo de ser, y lo hubiera inventado, si no lo hubiera recibido de sus ilustres predecesores.

La excomunión no es más que un arma de despotismo recogida en las pagodas de Brahma para la sujeción de los pueblos y de los reyes y el triunfo del sacerdote... La hemos visto en acción durante la edad media, maldiciendo á los pueblos y á su descendencia, maldiciendo á los reyes y á su dinastía... Hemos visto á Savonarola morir en la hoguera por haber puesto al descubierto los desórdenes de Alejandro VI y Roberto de Francia, el piadoso, abandonado por sus amigos y servidores más fieles, reducido á doblar la rodilla bajo la mano de un religioso fanático.

Hemos visto hecatombes humanas en las hogueras de la fe... y la sangre enrojecer el altar.

Han transcurrido siglos... Desde ayer nacemos para el progreso por medio del librepensamiento... Pero esperemos luchas sin fin... hasta el día en que tendremos la energía de llevar la excomunión ante el tribunal de la libertad.

CAPITULO XI

LAS DEVADASSI, VÍRGENES DE LAS PAGODAS. -ELLAS SON LAS QUE CONSERVAN EL FUEGO SAGRADO. -SU DANZA ANTE EL CARRO DE LA TRINIDAD. -ESTAS COSTUMBRES SON CONSERVADAS POR TODOS LOS CULTOS ANTIGUOS. LAS PITONISAS EN ATENAS. -LAS PITONISAS DE EUDOR. -LAS VESTALES EN ROMA.

Seremos muy lacónicos respecto á las consideraciones que las materias de este capítulo puedan inspirarnos, que abrirían la puerta para un estudio completo de todos los cultos antiguos. Creemos que no hay necesidad de decir que este no es nuestro objeto.

Después de haber, en la medida de nuestras fuerzas, demostrado la influencia de la India sobre toda la antigüedad, por su legislación, sus ciencias morales y filosóficas, demostrado que la impotencia, la degradación y la caída de las civilizaciones antiguas no habían reconocido más causas que la corrupción de la idea religiosa por aquellos que habrían debido presentarla al pueblo en toda su divina pureza; después de haber demostrado la unidad de origen de todas las naciones de la raza blanca por la unidad de origen de todos los grandes principios que presidieron la existencia del mundo antiguo, queremos sencillamente manifestar ahora que avanzando más adelante de estos principios, estudiándolos en todos los detalles y en sus relaciones, en todos los resultados que produjeron, se encontrarán los mismos puntos de contacto, los mismos puntos de semejanza lógica, indicando, á pesar de la imaginación de los diferentes pueblos que ejerció su influencia sobre estos detalles, y debió necesariamente transformarlos, una filiación que se eleva á los mitos y á las leyendas indias.

Las Devadassi fueron, en los tiempos primitivos, vírgenes destinadas al servicio de las pagodas y de los templos, y cuyas funciones eran tan variadas como numerosas.

Las unas conservaban el fuego sagrado, que día y noche debía arder ante la estatua simbólica de Trimourti (Trinidad), Brahma, Visnu y Siva.

Otras, en los días de procesión, debían bailar delante del carro que conducía á través de los campos y aldeas ya la estatua de la trinidad ó ya la de las tres personas que la componían.

Otras, atacadas de un delirio impetuoso merced á una bebida excitante, de la cual los brahmanes de hoy día aun no han perdido el secreto, pronunciaban en el santuario los oráculos que tenían por objeto ya fanatizar á los fakires y á los niassys (mendigos de las pagodas) ya obtener del pueblo maravillado abundantes regalos en frutas, arroz, ganados y dinero.

Existían aún algunas cuya misión era ir á cantar los cánticos sagrados de alegría y de felicidad en los sacrificios ó en las fiestas de familia y entregar á los brahmanes, que las alquilaban, los regalos de diversa clase que cada asistente estaba obligado á hacer.

Su presencia era aún necesaria en las ceremonias funerarias que la ley religiosa obligaba á cada hijo á cumplir en la muerte y en el aniversario de la muerte de su padre y de su madre, y esto durante toda su vida.

Los reyes en la víspera de cada batalla y de todo gran acontecimiento, consultaban á aquellas que recibían las revelaciones de la divinidad y seguían piadosamente sus oráculos, que de otra parte, empezaban siempre así:

«¡Oh gran rey Douchmanta! cuyo poder es conocido del mundo entero, darás á los brahmanes cincuenta elefantes con caparazones de oro, doscientos bueyes que aun no hayan sufrido el yugo, etc. ...»

O bien de esta otra manera:

«¡Oh gran rey Vaswamitra! tú, cuyas riquezas llenarían el océano inmenso, si quieres un hijo tan grande, tan magnánimo como su padre, da á los brahmanes regalos cuyo esplendor no pueda ser sobrepujado, etc. ... »

En resumen, regalos para los brahmanes, presentes para los brahmanes... dad... dad, pues esta raza es insaciable.

Mirad con atención á estos vulgares ladrones tan há-

biles como rapaces, ocultos detrás de un velo y dictando sus respuestas á las Devadassi.

Ocioso es advertir que el gran rey Douchmanta, Vaswamitra u otro, se preocupaba en cumplir inmediatamente la orden divina.

Me ha sucedido muchas veces, reflexionando en las audacias y atrevimientos impunes de aquellos hombres que habían sabido organizar con tanta perfección el robo religioso, representarme las leyes penales y la policía correccional de nuestro siglo de ilustración, funcionando inopinadamente en medio de aquella sociedad corrompida...

Estas ideas, en verdad, sólo venían á herir mi imaginación en las horas de fantasías y ensueños. Pues en fin... era un anacronismo imposible.

Y después, estoy persuadido de que para aquellos brahmanes habría sido un juego de chiquillos el sustraerse á la ley ó eludirla.

Visionario de mí, como si además los grandes reyes Douchmanta y Vaswamitra hubiesen dejado tratar, ni más ni menos que como á simples mortales, á sus brazos derechos que estaban encargados de cantar sus alabanzas y conquistarles las simpatías de los pueblos.

Estas costumbres indias, sin duda alguna, fueron conservadas por las emigraciones, y á ellas debe atribuirse la introducción de la mujer en todos los misterios de la antigüedad.

Las vírgenes consagradas de Egipto, que bailaban delante de las estatuas de los dioses, las pitonisas de Delfos, las sacerdotisas del culto de Ceres que pronunciaban oráculos, las vestales de Roma que conservaban el fuego sagrado, no fueron otra cosa sino las herederas de las devadassi de la India; es imposible sustentar otra opinión respecto á este asunto, en presencia de la identidad completa de atribuciones y de papel.

Esta tradición de la mujer virgen y sacerdotisa es de tal manera importación oriental, que vemos á todas las naciones de la antigüedad expulsarla poco á poco y á medida que logran desprenderse de la superstición y del misterio. Sí, pues, no aparece más que como un legado de la primitiva cuna, nada más natural que relacionarla con el país de donde salieron todas las tribus colonizadoras.

Ni más ni menos que los demás pueblos de la antigüedad, los hebreos no pudieron sustraerse á las creencias generales de aquel entonces, y la Biblia nos dice que Saúl, la víspera de la batalla de Gelboe, fue á consultar á la pitonisa de Eudor, que hizo aparecer ante sus ojos la sombra del profeta Samuel.

Es inútil agitarse, discutir, negar; no se destruirá, nos atrevemos á sostenerlo, la influencia de la India sobre el mundo, que se encuentra á cada paso en los grandes principios lo mismo que en los detalles de su aplicación.

Seguramente que aquellas devadassi, las pitonisas, las vírgenes sagradas y las vestales en la antigüedad y en la India, fueron un medio más de dominación, un engaño añadido á los otros, para hacer pasar por el templo una corriente impura de dones piadosos y ricos regalos.

CAPITULO XII

OJEADA RETROSPECTIVA

Hemos terminado eL rápido examen de la influencia de la India y del brahmanismo en las civilizaciones antiguas.

Hemos explicado esta influencia, de un lado, por las emigraciones llevando en los distintos países que iban á colonizar los recuerdos de su idioma y de sus primitivas instituciones sociales y religiosas, y del otro, por los legisladores y los sabios, que todos para completar sus estudios, se marcharon á Oriente para hallar el origen de toda ciencia y de toda tradición.

En todas partes hemos visto, á la cabeza de cada nueva sociedad que se fundaba, la desastrosa influencia del sacerdote engendrando el despotismo más ignorante, la esclavitud de los pueblos y la más vergonzosa corrupción.

Hemos presentado al mundo antiguo, á pesar de sus veleidades de independencia, acabando como la India, de la cual era emanación, en una vejez prematura y en decrepitud que se originaron en la perversión de la idea religiosa y en la superstición de las masas.

Todas las verdades sublimes acerca de la unidad de Dios, la trinidad, la inmortalidad del alma, fueron conservadas por los brahmanes y los sacerdotes, que se hubieran avergonzado de creer en todas las supersticiones que habían engendrado ellos mismos en la multitud con un fin de dominación para su casta y sus iniciados.

Zoroastro tuvo, sin duda, intención de vulgarizar estas sublimes nociones. Pero fue arrastrado por sus sectarios y su reforma sólo dio por resultado una nueva consagración del poderío sacerdotal.

Buda, que le había precedido, después de haberse

hecho arrojar de la India por la independencia de su pensamiento, también más tarde, en el Tibet, en China, y en el Japón enarboló la bandera de la sujeción y de la intolerancia.

Estos innovadores avanzaban á su siglo y sus hombres aun no habían nacido.

En el curso de este libro, estudiaremos la obra de Moisés y de Cristo, obra que explicaremos por la de Christna, el más grande de los filósofos, lo afirmamos sin reparo, no sólo de la India, si que también del mundo entero.

Si hemos logrado demostrar que toda la antigüedad no fue por su idioma, sus usos, sus costumbres, sus tradiciones políticas, más que una derivación de la India, ¿quién se atreverá á apedrearnos, si nos vemos empujados lógica y fatalmente á sostener y probar que debe hallarse en la India la fuente de la revelación primitiva y de todas las tradiciones religiosas?

¡Qué! aquellos pueblos que dejaron por modo tan enérgico señales en Persia, Egipto, Grecia y Roma; que dieron á estos países su idioma, su organización política, sus leyes, ¿no habrían llevado igualmente la idea religiosa?

¡Qué! el griego, el latín, el hebreo ¿habrían nacido del sánscrito y el préstamo se habría limitado á esto?

Esto es inadmisible.

Del mismo modo que el brahmanismo importó en estos distintos países todas las supersticiones con la ayuda de las cuales había podido cegar á las masas para doblegarlas más fácilmente sobre su yugo, de igual manera Manú y Manés llevaron las puras tradiciones primitivas, las tradiciones de los Vedas que conservaron para los sacerdotes, los levitas y los iniciados, y que inspiraron á los dos filósofos á quien se debe la fundación de las sociedades hebrea y cristiana.

Veremos de dónde Moisés sacó su Pentateuco, es decir, los cinco primeros libros de la Biblia de la cual es el autor, y que son el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio.

Cuando habremos con esto desbrozado el terreno, demostrando que la civilización hebrea sólo ha sido, igual que todas las de los tiempos antiguos, un reflejo de la de la India, un recuerdo de aquella patria común, nos será fácil entrar sin temor en el estudio del papel desem-

peñado por la filosofía cristiana, que continuando la tradición hebrea, la depuró con la ayuda de la moral de Christna, el gran innovador indio, moral que sin duda él mismo había podido estudiar en los libros sagrados del Egipto y de la India.

¿Hay algo más natural, más sencillo y más lógico, que nuestra manera de pensar, desde el momento en que negamos enérgicamente toda revelación como contraria al buen sentido, á la razón y á la dignidad de Dios, del momento que arrinconamos todas las encarnaciones al dominio del mito y de la fantasía?

¿No deberíamos buscar si un lazo común une á todos los pueblos; si en la historia, en fin, las civilizaciones pasadas, todas las conquistas del pensamiento no han sido solidarias las unas de las otras?

¿Acaso los diez y nueve siglos de la Era Moderna no se han apoyado y sostenido los unos á los otros en su camino? ¿ Por ventura cada progreso realizado no se ha apoyado sobre un progreso ya conquistado?

El investigador que dentro de tres mil años, cuando otros pueblos habrán nacido, otras civilizaciones habrán sucedido á la nuestra, proclame esta verdad más vulgar que hoy día, no realizará sobre nuestra época una reconstitución diferente de la intentada en este libro acerca de los tiempos antiguos.

SEGUNDA PARTE

Mosés ó Moisés y la sociedad hebrea

CAPITULO PRIMERO

REVELACIONES. –ENCARNACIONES

Desde el comienzo de la segunda parte de nuestra obra, sentimos una necesidad: la necesidad de manifestar que hacemos caso omiso de toda revelación, así de la de Manú, de Zoroastro y de Manés, como de la de Moisés; y por modo igual rechazamos toda encarnación, lo mismo la de Christna y la de Buda, que la de Cristo.

Fácil es indicar las causas de esta opinión.

Dios, al crear, ha dado á la materia, á la *naturaleza física* leyes fatales que no puede ni quiere cambiar. Al crear el alma, la inteligencia, la *naturaleza moral,* la sometió igualmente á principios invariables, respecto á los cuales ni su dignidad, ni su sabiduría le permiten introducir la más pequeña modificación.

Dotó á la conciencia del hombre libre y responsable, las nociones sublimes de la inmortalidad en la vida futura, del mérito y del demérito por el bien y el mal, le hizo comprender que la mano de un ser omnipotente dominaba al mundo; después, dejó á la criatura que cumpliera acá en la tierra su misterioso destino con entera independencia.

Esto es todo lo que yo puedo sacar de mi razón que

es un regalo del mismo Dios. Pero, al menos, encuentro ahí la unidad de miras de la sabiduría eterna, en la naturaleza física y moral, que me satisface y que puedo comprender.

Para mí, no existe otra revelación.

Manú, Christna, Buda, Manés, Zoroastro, Moisés y Cristo, que todos pretendieron descender de Dios ó ser sus enviados, sólo fueron hombres, que para hacerse escuchar mejor de las masas, supieron hábilmente disimular su origen y llamar en su auxilio á los prodigios y á los misterios.

Consentís en aceptar el origen divino de Cristo y de Moisés como profeta.

Pero, olvidáis, pues:

Que el Egipto aceptó á Manés;

Que la Persia reconoció á Zoroastro;

Que la India divinizó á Manú y á Christna;

Que el Tibet, la Tartaria, la China y el Japón adoraron á Buda.

¿Muy cerca de vosotros, parte de la Europa, del Asia y del África, no se inclinan aún hoy bajo Mahoma?

¿Olvidáis, pues, que todos los pueblos, que constituyen mayoría en contra vuestra, desprecian vuestros profetas y vuestros enviados celestes con tanto encarnizamiento como vos despreciáis á los suyos?

¿Quién sois, pues, para poseer la verdad y atribuirles el error?

La casualidad me ha hecho nacer aquí ó allí, la casualidad va á decidir de la verdad ó de la falsedad de mis creencias.

Aquí, Dios aceptará mi plegaria; allí, la rechazará.

¡Oh! ¡cómo el hombre ha logrado hacer á su Dios á su imagen; prestarle todas sus debilidades, todas sus imperfecciones; sentarle en el umbral de todas las ambiciones, de todas las intolerancias!

Y en nombre de la suprema sabiduría y de la justicia suprema, se hacen naciones de brahmanes y naciones de parias. Se conceden á unas recompensas futuras y á las otras se les niegan. ¡Vamos! si las ideas sociales y políticas han progresado, por lo que se refiere á las religiosas estamos aún en los tiempos brahmánicos.

Y he aquí porque dejo de lado á la revelación, causa de todas las disensiones humanas, de todas las guerras religiosas, de todas las hecatombes, de todas las carnicerías, de todos los despotismos sacerdotales.

La revelación es la creencia en Dios, el conocimiento del bien y del mal, la fe en la inmortalidad, de todo lo cual la conciencia es la verdadera.

Todo lo demás no son más que supersticiones engendradas por el sacerdote con un fin oculto de despotismo.

Por lo que toca á la encarnación:

Si hubiera nacido en la India, debería creer en la de Christna; nacido en el Japón ó en China, debería creer en la de Buda.

He nacido en Europa: ¿debo creer en la de Cristo?

¡No! Me forjo de Dios una imagen más grande y más venerada; esta envoltura mortal que se les presta, no es digna, á pesar de todas las explicaciones poéticas y de las leyendas, ni de su presciencia, ni de su sabiduría; y 1a abandono á aquellos que se atreven á tener la audacia de desacreditarlo de tal modo!...

Christna, Buda y Cristo han desempeñado un papel humano, y Dios los ha juzgado, igual que á todos, según el bien que hayan podido realizar.

Justo es hacer notar, además, que ninguno de estos hombres pretendió haber salido de la divinidad. Cosa digna de tenerse en cuenta, han existido, dando á los pueblos que los escuchaban, la enseñanza por medio de ejemplos y con su palabra, sin dar á sus doctrinas la forma permanente de la escritura, dejando á sus discípulos el cuidado de conservar sus lecciones.

Fácil me sería creer que los sucesores, más hábiles que el Maestro, hicieron un Dios de este último, para hacer más fácil su tarea, presentarse ellos mismos á los pueblos como enviados celestes y consagrar de tal manera su ambiciosa influencia.

He ahí porque rechazo toda encarnación.

¿No es en su nombre igualmente que por todo el globo, en la India, en la China y en Europa, corrió la sangre y se levantaron hogueras?

¡Ah! ¡si jamás se le hubiera ocurrido á Dios la idea de encarnarse, es en estas épocas malditas en que el tormento reinaba en su nombre, que hubiera venido á castigar á los verdugos que se abrigaban bajo su ley!...

Las naciones han logrado realizar poco á poco sus revoluciones políticas y sociales; les falta realizar la revolución religiosa.

CAPITULO II

ZEUS. -IESUS. -ISIS. –JESÚS

Del mismo modo que Manú, Manés, Minos y Moisés, los cuatro legisladores de que hemos hablado, dominan por entero á la antigua sociedad, de igual manera estos cuatro nombres, Zeus, Iesus, Isis, Jesús, están á la cabeza de todas las tradiciones religiosas de los tiempos antiguos y modernos.

Zeus, en sánscrito, significa el Dios por excelencia; es el epíteto de Brahma, inactivo, irrevelado antes de la creación. Este nombre encierra en sí todos los atributos del Ser supremo: Brahma-Visnu-Siva.

Esta expresión de Zeus fue admitida sin el menor cambio por los griegos; para ellos representa igualmente Dios en su esencia pura, en su existencia mística; cuando sale del reposo y se revela por la acción, el Ser Supremo recibe de la mitología griega el nombre de Zeus-pater, es decir Júpiter, Dios padre, creador, dueño del cielo y de los hombres.

El latín, adoptando la palabra sánscrita y griega de Zeus, no le hizo sufrir más que una ligera modificación de escritura, y el nombre de Zeus se convirtió en Deus, de donde proviene nuestra palabra Dios con igual significación que los antiguos.

Dios, es en efecto, en la idea cristiana, el nombre del Ser simbólico, reuniendo en sí todos los atributos de las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Así, este nombre de Dios, en su origen gramatical, es decir, en su etimología, lo mismo que en el sentido figurado que se le atribuye, no es más que un legado del sánscrito y una tradición india. De Zeus, los griegos hicieron también Theos. Esta segunda expresión se alejaba poco de la primera, pues si hemos convertido en

th la *z* un poco aspirada del sánscrito y el *theta* del griego, siguiendo las reglas de pronunciación de estas dos lenguas, leeríamos Zeos, mejor que Theos. La *th* griega no es más que una *z* fuerte y aspirada.

Del Zeus sánscrito se ha originado igualmente el Jehová de los hebreos, que significa *el que existe por sí mismo,* copia evidente de la definición del Ser Supremo por Manú, libro I, sloca 6: «El Señor existiendo por sí mismo, y que no está al alcance de los sentidos externos.»

Para toda persona que se haya ocupado en estudios filológicos, es fácil comprender cómo Jehova deriva de Zeus.

En el estudio de las lenguas comparadas, no se estudian más que las radicales, es decir, las raíces de las palabras, siendo casi siempre arbitrarias las variaciones de las terminaciones.

Por otra parte, no se pueden utilizar para las comparaciones de las palabras antiguas nuestras letras cuyo empleo es siempre regular, fatal y demasiado lógico.

En la mayoría de las lenguas antiguas y orientales, en el sánscrito igual que el griego, el hebreo, el árabe y el persa, la *j* no existe. El sonido fonético de esta letra se expresa por la letra *i,* para los sonidos suaves, y por la letra *z*, para los sonidos ligeramente aspirados.

Así, según nosotros, Zehova representaría mejor la pronunciación oriental que Jehová.

Despreciando *va,* la terminación hebrea, nos queda el radical *Zeho,* que nos revela su origen y proviene de Zeus lo mismo que Theos ó Zeos, Deus y Dios.

Los hombres de ciencia hallarán, sin duda que estas etimologías carecen del mérito de la novedad, y me apresuro en compartir su opinión; quisiera también que dijeran otro tanto de este libro, que sólo aspira á desempeñar el modesto papel de vulgarizador en provecho de todas las ideas que se agitan desde mucho tiempo entre la clase privilegiada de los eruditos, y que hasta ahora nadie ha querido ó se ha atrevido á sacar á la luz pública.

Verdad es que no he creado ni las aproximaciones de los nombres ni de los hechos históricos, ni las identidades de las civilizaciones, ni las semejanzas de idiomas, que me hacen encontrar en Oriente y en la India la cuna de nuestra raza. Me reduzco á ser lógico, á no considerar

jamás los hechos aislados, para explicarlos por sí mismos ó por la casualidad, y á demostrar que si el hombre desciende del hombre, el corolario fatal de esta verdad es hacer proceder las naciones de otras naciones más antiguas.

No hay aquí, lo repito, ningún sistema nuevo; sólo hay la lógica de la razón aplicada á la lógica de la historia.

No sabría insistir demasiado sobre el particular, para que mis lectores se persuadan completamente; todo el mundo admite que los modernos han imitado á los antiguos, á los que se les atribuye el haber encendido la primitiva llama de la civilización. ¡Pues bien! será necesario decidirse tarde ó temprano y reconocer que la antigüedad ha copiado á la India más servilmente que ella lo ha sido por nosotros.

Será preciso formar su juicio y disminuir sensiblemente la admiración que se profesa desde muchos siglos para estos hombres que se nos presenta sin cesar como modelos que sólo han tenido imitadores y no han conocido antecesores. Sin duda hicieron brillar con intenso resplandor las luces primordiales que habían recibido del Oriente, pero estos resplandores no han de utilizarse para velar las antiguas civilizaciones de donde ellas habían descendido.

Hace apenas un siglo que la India se ha revelado á nosotros. Muy reducido es el número de aquellos que han tenido el valor de ir á registrar sobre el mismo terreno los monumentos, los manuscritos, todas las innumerables riquezas de las primeras edades. Es un número muy limitado los que han consagrado su vida al estudio del sánscrito y han intentado popularizar su estudio en Europa...

La cosecha ha sobrepujado todas las esperanzas... ¡Pero cuánto no queda por descubrir aún, cuánto á revelar! Se ha encontrado la lengua primitiva, aquella que quizás el primer hombre empezó á balbucear; algunos fragmentos de traducciones de libros nos han enseñado que la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, todas las creencias morales y filosóficas, no habían nacido ayer; el velo de la obscuridad que cubre los tiempos pasados comienza á desgarrarse... ¡Adelante, pues! sigamos siempre la línea recta; y los investigadores lograrán hacer tanta luz que ya no será posible negarla.

Pero para lograr esto, es preciso avanzar igual que en la conquista de las ciencias exactas, cerrar la puerta á la fantasía, al idealismo y al misterio; no considerar como axioma más que á Dios y á la razón, y creer firmemente que las civilizaciones que nos han precedido en la tierra no se han extinguido sin legar á sus sucesoras la influencia de sus ideas y de sus ejemplos.

Cada vez que rozo con este asunto, me detengo para profundizarlo más y más sin temor a los reproches que las repeticiones y dilaciones que estas digresiones podrán acarrearme.

No quiero presentarme sin defensa á la crítica ignorante y á la de espíritu de partido, por lo que intento desplegar una buena fe inatacable, desarrollando las opiniones racionalistas que han presidido estos trabajos.

Escribiendo para los partidarios decididos del libre examen y de la razón, voy á preguntarles:

¿Creéis en los misterios de Isis en Egipto, de Eleusis en Grecia, de Vesta en Roma? ¿Creéis en las malezas encendidas y en las misiones de los enviados celestes que ya no se atreven á presentarse más, sea cual fuese la necesidad que quizá tengamos de ellos?

¿Creéis que haya existido alguna época del pasado en que resucitaran los muertos, los sordos recobrasen el oído, y recobraran el uso de las piernas los cojos?

¿Creéis en los Rakchasas y en los Pisatchas, en Belcebú y en todos los diablos de la mitología?

¿Creéis en los devas, en los ángeles y en los santos? Sí, pues entonces no hojeéis este libro; no se dirige á vosotros. Os combato, y vuestro papel es de atacarme, pues formáis partido.

Si no, escuchadme y apoyadme, sólo me dirijo á vuestra razón y esta es la única que debe comprenderse.

Pensad, pues, qué hubiera hecho esta obra, si la época que sueño hubiera nacido, si no viera por un lado el fanatismo que exclama: *Credo quia absurdum, creo porque esto es absurdo;* y por otra parte los partidarios más fervientes del libre pensamiento, sugestionados por los recuerdos y las supersticiones seculares, diciendo: no puedo creer, y añadir inmediatamente: «Sin embargo, nos gustaría poder destruir y derribar con pruebas».

Y aun estamos en esto.

Es preciso pelearse con el absurdo para demostrarle que no existe.

Decía un día á un racionalista, al principio de mis investigaciones:

-Tengo la convicción de que Moisés ha debido sacar de los libros sagrados egipcios su Biblia y que aquellos procedían de la India.

-Serían menester pruebas, me respondió.

-Pero, continué, ¿no sabéis que fue iniciado por los sacerdotes de la corte de Faraón? ¿No es lógico creer, entonces, que se sirvió de los conocimientos que había adquirido cuando quiso dar instituciones á los hebreos?

-Serían menester pruebas.

-Lo consideráis pues, como un enviado de Dios?

-No, pero las pruebas no estarían de más. -¡Cómo! ¡vuestra inteligencia no ve en el hecho de que Moisés estudiase en Egipto durante más de treinta años, desconociendo hasta su origen hebreo, una prueba convincente en favor de la opinión que acabo de exponer! Dejemos, pues, esta sucesión de siglos que puede obscurecer el juicio.

¿Pensáis, acaso, que si un europeo fuera llamado á dictar leyes y dar un culto á una tribu salvaje del centro del África, se le ocurriría inventar el culto y las leyes, en vez de servirse de los conocimientos adquiridos en su patria, modificándolos y adaptándolos á las condiciones y modo de ser del pueblo que querría regenerar?

-Muy cierto es que esta opinión sería poco lógica.

-¡Ahora bien! entonces...

-Vuestro raciocinio es justo; pero creedme, nuestra vieja Europa adora á sus fetiches: si tocáis á Moisés, presentad pruebas, más pruebas y siempre pruebas.

Y he ahí porqué, en lugar de comparar sencillamente la obra de Manú y de los Vedas con la obra de Moisés; La obra de Christna y la de Cristo;

Y decir: esto viene de aquello, he querido para apoyar esta opinión, demostrar que la antigüedad entera había nacido en Oriente y en la India, de tal manera que sólo resta á mis adversarios el recurso de negarlo todo, lo que se convierte en admitirlo todo.

Así, como acabamos de ver, el nombre que todas las naciones han dado al Ser Supremo, proviene de la expresión sánscrita Zeus.

Iesus, otra palabra sánscrita, que significa la esencia pura divina, ha sido seguramente la raíz, el radical creador de una multitud de nombres antiguos aplicados ya

á los dioses, ya á los hombres célebres. Tal como Isis, diosa egipcia; Josué, en hebreo Iosuah, el sucesor de Moisés; Iosias, rey de los hebreos y Ieseus ó Jesús, en hebreo Ieosuah.

El nombre de Jesús ó Ieseus ó Ieosuah, muy común entre los hebreos, fue en la India antigua, el sobrenombre, el epíteto consagrado, dado á todas las encarnaciones, de la misma manera que todos los legisladores se apropiaron el nombre de Manú.

En la actualidad los brahmanes, que ofician en las pagodas y en los templos, sólo conceden este título de Iesus ó la esencia pura, ó la emanación divina, á Christna, el único reconocido como el Verbo, el verdaderamente encarnado por los partidarios de Vischnu y los librepensadores del brahmanismo.

Tomemos nota sencillamente de estas aproximaciones etimológicas cuya importancia puede comprenderse: más tarde serán un precioso auxiliar.

La crítica apasionada, estamos ciertos de ello, hará esfuerzos supremos para demostrar la falsedad de la opinión que atribuye un origen común á estas diferentes palabras, pero por más que haga no logrará destruir sus evidentes semejanzas. Esto nos basta.

El que querrá atribuirá estas semejanzas á la casualidad, este gran apoyo de los argumentos extremos; á nuestro lado estarán seguramente los espíritus serios é independientes.

CAPITULO III

LOS PARIAS DE EGIPTO Y MOISÉS

Hemos llegado al punto capital de nuestro trabajo; sobre este terreno candente, desde el cual vamos á atacar valerosamente todas las supersticiones, todas las absurdidades que el judaísmo ha legado á nuestras sociedades modernas, aportaremos un espíritu de crítica imparcial y serena, desembarazados de todo sistema y de toda creencia impuesta y no teniendo otro respeto que la verdad.

Las cosas de las cuales rechazaremos las imposibilidades en el presente, también de ellas rechazaremos las imposibilidades en el pasado.

Todas las veces que lo maravilloso estará en lucha con la razón, le exigiremos pruebas, con igual derecho que sus partidarios las exigen á la razón.

Cuando encontraremos lo absurdo, diremos sencillamente: Tu eres lo absurdo, y continuaremos.

El hombre no ha variado ni en su forma corporal, ni en sus facultades, y si admite como verdadero en los tiempos antiguos y fabulosos lo que hoy le haría sonreír de lástima, es que carece de valor para dar una opinión franca y razonada, y que no sabe desprenderse del bagaje de fábulas con las cuales se han entretenido en ofuscarle la inteligencia desde la cuna.

Comprendemos perfectamente por qué las intolerancias modernas se reúnen para lanzar sus rayos contra la razón y anatematizar ó excomunicar sus conquistas. Es que el día en que el libre examen será la única ley reconocida por todas las conciencias, su reinado acabará por la imposibilidad en que ellas se encontrarán de explicar los cuentos, las leyendas y las prácticas misteriosas que constituyen su fuerza.

Los pueblos modernos que se han convertido en colonizadores, no se han rodeado en el país nuevo al cual van á llevar vida y fuerza, de fábulas ridículas. Ningún

hombre se ha levantado para decirles: -Soy un enviado de Dios, y vengo á traeros la palabra que me ha sido revelada.

Id, pues, á preguntar á los australianos y á la libre América cómo habrían recibido á Buda, á Manú, á Zoroastro ó a Moisés.

¿Si se debe al desarrollo de la inteligencia y del libre examen que análogos hechos no han podido reproducirse en estos pueblos nuevos, no estamos en el derecho de decir que fue gracias á la ignorancia de las masas, á la esclavitud y á la división de castas, que pudieron realizarse en los pueblos antiguos?

Esta verdad es tan vulgar que basta enunciarla para comprender que no necesita demostración.

Puedan nuestros hermanos que han ido más allá del Océano á tierras vírgenes de todas las obscuridades del pasado, de todo despotismo sacerdotal, ayudarnos con su ejemplo á libertar pronto á la autoridad civil de la influencia religiosa, y esto que sea posible realizarlo en todas las constituciones de Europa.

El progreso no puede verificarse más que bajo estas condiciones; es imposible aun soñar con una alianza que ha sabido, hasta el presente, sólo encadenar al pensamiento, embrutecer á las naciones y sujetar á los reyes bajo su tutela.

Esto es lo que hemos visto por el esbozo rápido que hemos hecho de las civilizaciones antiguas ahogadas por el brahmanismo, que de la India las oprimió á todas; es lo que veremos más en particular aun por el estudio de todas las ideas religiosas que prestadas por la India y el Egipto á la Judea, han desempeñado en los tiempos modernos el papel anticivilizador que conocemos.

Según hemos demostrado, Egipto recibió de la India, por medio de Manés ó Manú, sus instituciones sociales y sus leyes, que dieron por resultado la división del pueblo en cuatro castas y colocaron en primer lugar á los sacerdotes, en el segundo á los reyes, después los comerciantes y los artesanos y en el último peldaño social, el proletario, el criado, casi el esclavo.

Estas instituciones y un mismo derecho penal, produjeron, lo mismo que en la India, con la ayuda de la expulsión de la casta dictada contra los culpables, una clase mezclada, escoria de las otras, que declarada para

siempre impura y proscrita, no logró borrar la mancha indeleble que la ley imprimió en su frente.

Estos *expulsados de la casta*, estos parias de Egipto, excitados por Moisés, que les hizo vislumbrar la libertad, dieron origen á los hebreos, nación pomposamente llamada el pueblo de Dios.

Es imposible formarse otra opinión acerca de la regeneración de esta raza dominada, cuando se estudia, sea en su conjunto, sea en sus detalles, todas las sociedades de aquella época.

Si la India tuvo sus parias, Grecia tuvo sus ilotas.

Si el Egipto tuvo á individuos fuera de las clases, Roma tuvo su casta servil á la que rehusó por largo tiempo el título de ciudadano.

Informó por completo el espíritu de los pueblos antiguos la idea de crear esclavos ya sea por medio de la conquista, ya sea por la degradación de los criminales, que se arrojaba del seno de la sociedad hasta en la persona de sus descendientes. Y, si hacemos descender á los hebreos de los egipcios expulsados de sus castas, es que registrando las tradiciones históricas más antiguas, no resulta que haya podido ser reducidos a la esclavitud por las vicisitudes de la guerra, y que como pueblo, solo datan de Moisés.

Además, es menester elegir entre este origen racional, conforme al estado social de las civilizaciones antiguas, ó el que el mismo Moisés atribuye á su pueblo en los dos primeros libros de su Biblia, el Génesis y el Éxodo.

Veamos, pues, lo que debió ser este legislador; de este estudio resultarán pruebas tan evidentes como sea posible de una época de la que nos separan cuatro mil años de distancia y que las fábulas y las leyendas de diversa naturaleza no poco han contribuido en rodearlo de nubes y de oscuridad.

Según la versión que Moisés da acerca de su nacimiento, habiéndose multiplicado tanto los hebreos, hasta el punto de llegar á formar una nación dentro de la nación é inspirar serios temores al Faraón que reinaba en aquel entonces, éste procuró hacerlos perecer por todos los medios de que disponía, principalmente ordenando la matanza de todos los niños varones que nacieran; una pobre mujer, no pudiendo resignarse á ver matar á su hijo, prefirió echarlo en el Nilo dentro de una cesta de junco embadurnada con betún.

La hija de Faraón, que había descendido á las orillas del Nilo para bañarse junto con su servidumbre, vio al niño y, llena de compasión, le salvó la vida, y habiéndolo hecho llevar á su palacio lo adoptó por hijo.

Este niño fue Moisés.

Educado hasta la edad de cuarenta años en la corte de los reyes de Egipto sin que le fuera revelada la humildad de su origen, se vio, un día, obligado á huir al desierto por haber muerto á un egipcio que maltrataba á un hebreo.

Y fue cuando Dios le reveló la misión que quería confiarle.

Pregunto hasta la persona más prevenida, si no es natural y lógico el pensar que Moisés, educado por los sacerdotes fue iniciado por ellos en el culto puro y á las ciencias reservadas á las clases altas y que de esto es de donde proviene la luz.

Y más tarde, cuando arrojado del palacio de Faraón, ya sea porque la mancha de su nacimiento, ocultada por la princesa que le había salvado, se hubiera sabido, ya porque hubiera muerto á un egipcio, según él nos indica, ¿no se comprende que el resentimiento y el deseo de venganza debieron empujarle á buscar los medios de emancipar la raza de la cual había descendido?

Entonces fue cuando aprovechando una de aquellas hambres terribles que asolan el Egipto en la ocasión que faltan las inundaciones del Nilo que fertilizan y fecundan la tierra, ó bien en una de aquellas plagas devastadoras que no son raras en aquellos países, como la peste ó el tifus, se presentó delante del príncipe reinante como un enviado celeste y, atribuyendo estos males á la cólera celeste, logró obtener el permiso de librar á los hebreos de su desgraciada suerte.

Sin embargo, mejor me inclino á creer que el levantamiento y la huída de los hebreos se debió á una revolución, preparada desde larga fecha por Moisés y su hermano Aarón, que le secundaba en sus proyectos, y la cual los egipcios sólo notaron cuando no era ya tiempo de reprimirla.

Por lo que se refiere á la destrucción de Faraón y de sus ejércitos por las aguas del mar Rojo, la relego, con el paso por los huidos de este mismo mar á pie seco, al dominio de la fantasía y del milagro apócrifo.

Se concibe que escribió todas estas cosas después, de

igual manera que se hacía pasar como un enviado de Dios, y que quisiera rodearse de una aureola misteriosa muy propia, por otra parte, para favorecer el cumplimiento de su misión.

Todos sus antecesores se habían hecho aceptar y obedecer de las masas incultas y supersticiosas por medio de lo sobrenatural y prodigioso, y, él, á fuerza de hombre hábil, quiso dar una sanción divina á su poder, para que estuviera menos sujeto á discusión.

En verdad no debía ser tarea fácil el conducir á través del desierto, en busca de un país fértil que pudiera recibirles y alimentarles, aquellas hordas indisciplinadas, la víspera esclavas, libres al día siguiente, que debían aceptar difícilmente todo freno nuevo que se intentase imponerles.

El desierto era inmenso; dónde tenían que ir, nadie lo sabía, y Moisés ni más ni menos que los otros; sin embargo era preciso señalar un fin á esta marcha al azar y acallar las murmuraciones que de día en día eran más amenazadoras. -Vamos á la conquista de la tierra de promisión, exclamó Moisés. Y continuaron avanzando...

Los días, los meses, los años transcurrían y la multitud errante no lograba salir de las arenas; tan pronto iban hacia adelante en línea recta, pisando el suelo con ira, tan pronto volvían sobre sus pasos; el cansancio se apoderaba de los proscritos y echaban de menos al Egipto y blasfemaban contra Dios de quien Moisés se había hecho el intérprete... Entonces acudía á su imaginación el recuerdo del buey Apis que habían visto en otro tiempo cómo era paseado por los sacerdotes, acompañado de bailes y cantos; se fabricó uno en oro ó en cobre con los brazaletes de las mujeres y los escudos de los hombres y se le adoraba, rogándole que pusiera término á los sufrimientos que padecían y que carecían de valor para resistir...

Y Moisés permanecía invisible, solo en su tienda, quizás también él desesperaba...

De golpe, al declinar el día, el cielo se llenó de nubes, los relámpagos cruzaban el espacio y se oía la voz del trueno.

Había llegado al momento de obrar, la multitud oía con terror las manifestaciones de aquellos fenómenos físicos que no podía comprender... Al momento el jefe

apareció, la inspiración resplandecía en su cara; aun antes de hablar, el respeto y la sumisión ya reinaban entre los que le seguían; rompió los ídolos y con voz vibrante anunciaba que la cólera celeste para castigarles de sus murmuraciones y de su poca fe, les condenaba á peregrinar aún adelante antes de alcanzar el país, fin de sus investigaciones... Y se marchaba siempre... Era tiempo ganado.

Llegaron por fin á la cumbre de una montaña desde la cual vieron vastas llanuras cubiertas de verdes cosechas... Ya era tiempo; gastado por las luchas y las fatigas, llegado al fin de su existencia, Moisés sólo pudo exclamar: -Hela ahí, esta es la tierra hacia la cual el Señor me había ordenado que os condujera. Extendió los brazos como para tomar posesión de ella, y murió, dejando á su hermano y á los fieles que había formado el cuidado de acabar su obra.

Durante sus largas peregrinaciones, había escrito un libro de la ley, en el cual, atribuyendo un pasado á este pueblo nacido ayer é inspirándose en las tradiciones y en los libros sagrados que había estudiado en Egipto, recuerda las leyendas indias acerca de Dios y la creación, instituye á los sacerdotes ó levitas, prescribe los sacrificios y la manera de hacerlos, y sienta en algunas leyes civiles y religiosas las bases de la nueva sociedad que sus sucesores iban á fundar.

Esta es, desprovista de fábulas y prodigios, descartando sobre todo el papel indigno de ella que Moisés hace desempeñar á la divinidad para la realización de sus proyectos, aceptó la tradición histórica de la huída de los hebreos y su llegada á la tierra que debían conquistar.

¿No es esto, por otra parte, la sencilla leyenda que podría aplicarse á todas las emigraciones antiguas, en los principios de todas las antiguas civilizaciones?

En todas partes encontráis un legislador, un hombre que dice ser enviado de Dios, y que logra reunir y dominar á la multitud, con el doble prestigio de su genio y del origen que se atribuye. De esta manera Manú, Manés, Buda y Zoroastro, lograron imponerse y hacer creer en la misión que les estaba confiada.

¿Se dirá que substituyo la fábula por la fábula? No, pues no hago más que tomar los puntos más salientes de la historia primitiva de los hebreos, los que me pa-

rece que deben ser considerados como auténticos, rechazando sólo lo misterioso y lo revelado, de igual manera que lo rechazo en la India, en Egipto, en Persia, en Grecia y en Roma, no teniendo el derecho de admitir las leyendas poéticas y sagradas de los unos, y rechazar las de los otros países.

Lo que constituye la fuerza de mi razonamiento, lo que nada podrá destruir, es esta unidad, esta identidad de papel de todos los fundadores de naciones, yendo á buscar su superioridad en la idea religiosa, que precisa reconocerlo, es la que tiene más fuerza en las inteligencias cándidas de los pueblos primitivos. Todos atribuyen á Dios su libro de la ley; todos regulan la vida religiosa y la civil con el mismo título; todos dividen al pueblo en castas y proclaman la superioridad del sacerdote; todos, en fin, después de hacerse pasar como una encarnación ó sencillamente como enviados de Dios, procuran rodear con el misterio su muerte, lo mismo que su nacimiento.

La India ignora cual fue el fin de Manú.

La China, el Thibet y el Japón, creen que Buda subió á los cielos.

Zoroastro fue robado por un rayo de sol.

Y Moisés, cogido por un ángel en el valle de Moab, desaparece de la vista de su pueblo, sin que éste pueda saber qué rincón de la tierra guarda sus cenizas, y se arraiga la creencia de que volvió á Dios que le había enviado.

Esto es todo lo que la razón puede admitir respecto á Moisés. He dicho que el papel atribuido á Dios por este legislador, era digno de la majestad y de la grandeza del Ser Supremo; basta leer los títulos de los diferentes capítulos de la Biblia respecto á este asunto para estar persuadido de esta verdad. (Edición del P. de Carriéres, de la Compañía de Jesús).

Exodo.-Capítulo VII, § I.- Moisés es considerado el Dios de Faraón. Va a encontrar á este príncipe. El bastón de Aarón se transforma delante de él en una serpiente que devora á la de los magos.

§ 2.-El corazón de Faraón habiéndose obstinado contra el milagro del bastón convertido en serpiente. Dios transformó en sangre todas las aguas del Egipto. Los magos de Faraón imitan el milagro, y su corazón continúa empedernido.

Capítulo VIII, § I.-Dios envia á Moisés á Faraón. Este príncipe continúa en su obstinación. Egipto es atacado por la segunda plaga, que es la de las ranas.

§ 2.-Faraón, insensible contra la segunda plaga, sufre la tercera plaga, que es de mosquitos y la cuarta formada de grandes moscas.

§ 3.-Faraón para librarse de estas plagas, promete la libertad al pueblo de Israel; pero cambia de modo de pensar y vuelve á obstinarse.

Capítulo IX, § I.-Quinta plaga. Por mandato de Dios todos los ganados de los egipcios son atacados de peste y se salvan los de los israelitas.

§ 2.-Sexta plaga. -Díos envía una lluvia de ceniza, lo que produce úlceras en los hombres y en los animales de todo el Egipto.

§ 3.-Séptima plaga.-El granizo y el rayo. Dios avisa a Faraón para que lo evite, pero su corazón cada día está más empedernido.

§ 4.-Faraón espantado ante esta plaga, promete dejar libres a los israelitas; pero habiendo desaparecido, su corazón vuelve á ser insensible.

Capítulo X, § I.-Dios hiere al Egipto con la octava plaga, que consiste en langostas que devoran todo lo que en Egipto había respetado el granizo.

§ 2.- El corazón de Faraón se convierte en indiferente contra estas plagas; Dios envía la novena que es la de las tinieblas que cubren todo el Egipto. Obligan al principio á que Faraón consienta en la partida de los israelitas, pero pronto se retracta y continúa empedernido.

Capítulo XL-Predicción de la décima y última plaga con la cual Dios quería herir á los egipcios. Orden á los israelitas de que pidan prestados á los egipcios vasos de oro y de plata.

Capítulo XII, § I.-El Señor da orden á los israelitas de celebrar la primera pascua, y prescribe las ceremonias que deben observarse.

§ 2.- El Señor permite que maten á todos los recién nacidos de Egipto y que respeten á los de los israelitas. Ordena celebrar eternamente la memoria de este día con una fiesta solemne.

§ 3.-0rdena á los israelitas que maten al cordero pascual y que pinten con la sangre las puertas (para que el ángel exterminador que tenía que cumplir su obra de muerte no confundiera las casas de los hebreos con las de los egipcios).

§ 4.- EI Señor mata á todos los recién nacidos de Egipto. Faraón espantado, impulsa á los israelitas para que abandonen el país. Piden prestados vasos de oro y vestidos á los egipcios y parten apresuradamente en número de seiscientos mil hombres, seguidos de una multitud.

¡Basta ya! El corazón se subleva con disgusto e indignación ante semejantes torpezas y semejantes supersticiones.

En realidad de verdad, si desde mucho tiempo no me hubiera separado de toda clase de admiración por ideas preconcebidas, de toda creencia estrecha, la lectura de estas absurdidades bastaría para conducirme al culto de la razón pura, que me facilita acerca de la divinidad nociones tan sencillas á la vez que tan sublimes.

Veis á este Dios demostrando su poder por medio de invasiones de ranas y de mosquitos, después hiriendo á un pueblo entero con el envío de la peste y de úlceras espantosas, y en último término, por la matanza de los recién nacidos de cada familia.

¡Qué gradación de lo risible... á lo horrible! ¡Ah! podéis registrar todas las mitologías antiguas, escudri-

ñar los misterios de todos los Olimpos, revolver las tradiciones obscuras de todos los pueblos; os desafío á que encontréis algo tan triste, tan profundamente desmoralizador. Y, me atrevo á decirlo francamente: si tuviera que elegir entre el Dios de Moisés y el buey Apis, preferiría á este último.

Cuando ha diezmado enérgicamente á Egipto con toda suerte de calamidades, Jehová corona su obra con una espantosa carnicería de niños... Pero esto no es suficiente aun; da orden á su pueblo de guardar recuerdo eterno de este elevado hecho y de festejar el aniversario con ceremonias y cantos.

Y el espíritu moderno se nutre aún con semejantes atrocidades. Oigo ya á los señores de Roma tratarme de insensato y de blasfemo!

¿Quién es: pues, el insensato? ¿Quién es, pues, el blasfemo?

¿Es el que ha creado á Dios una litera de sangre?

¿Es el que rehúsa ver un verdugo en el eterno poder, en la eterna sabiduría y en la eterna verdad?

Fue preciso que aquel esclavo fanático, educado por caridad en la corte de los Faraones, estuviera muy persuadido del envilecimiento y estupidez del pueblo que había levantado, para que se atreviera al escribir después la historia de aquella revolución rodeada de aquellos ridículos horrores.

Esto corresponde completamente á Moisés y no lo copió de ninguna parte. Cuando más adelante demostraremos que las tradiciones bíblicas sólo son una copia adulterada y mal hecha de los libros sagrados de la India, tendremos ocasión de ver que aquellos pueblos, lejos de convertir á Dios en un espantajo, se complacían en considerar como los más bellos atributos de su poder, la mansedumbre y el perdón.

¡Sin duda alguna, fue un pueblo de parias el que Moisés dirigió por el desierto!

La víspera aun, sujeto al yugo de penosos trabajos y embrutecido por la esclavitud, sólo veía en los dioses de Egipto sombríos genios del mal, á los cuales el dolor y los lamentos de las víctimas causaban alegría, conservado en estas ideas por las altas castas que le dominaban. El pueblo hebreo llegó á ser libre sin comprender aún su libertad. También Moisés, para domarlo mejor, debió hacer de su libro una amalgama extraña de puras

doctrinas y de vergonzosas supersticiones, flotando entre el recuerdo debilitado de los Vedas que había entrevisto en sus estudios con los sacerdotes, y las tradiciones del culto vulgar de los egipcios.

Tenía que dirigir una nación siempre dispuesta á volver á sus antiguas creencias, al buey Apis y al becerro de oro; y para hacer admitir al Dios único que proclamaba, no pudo sustraerse á la necesidad de hacerle desempeñar un papel idéntico al de los dioses del pasado.

¿Acaso no era menester, por fin, hacer creer en los prodigios é inspirar terror, para empujar hacia adelante aquel servil tropel de gentes á las cuales nada en el pasado unía como nación a no ser el recuerdo de los sufrimientos comunes?

Moisés pudo ya convencerse de la dificultad de su tarea, cuando un día, en el país de los Faraones, viendo á dos hebreos que se disputaban, dijo al que maltrataba al otro:

-¿Por qué insultas á tu hermano?

-¿Quién te ha hecho príncipe y juez para mandarnos y juzgarnos? Acaso quieres matarme como al egipcio á quien mataste ayer?

Después de esto, comprendió sin duda que la revolución que meditaba sería la parte más fácil de su tarea, y que tendría que soportar duras pruebas antes de lograr hacer un todo de la mezcla de aquellos individuos fuera de clase, esclavos y vagabundos.

Es así del único modo que puedo comprender la creación de este Jehová destructor, cuyas manifestaciones sólo son de amenaza y de venganza, freno saludable impuesto á la licencia y a las murmuraciones de los descontentos.

Pero si lo comprendo como medio al principio de una nación cuyo origen está en una revolución servil, no lo comprendo ya más y no puedo admitirlo como creencia del porvenir, relegándolo con todos los otros mitos, con todos los demás espantajos de que se han servido los fundadores de las sociedades antiguas.

¡Que no se nos hable ya más del pueblo de Dios! Rodeando su origen fabuloso de crímenes y rapiñas, pues siempre, siguiendo los mandatos de Dios, robaron á los egipcios el mayor número de vasos de oro y vestidos que pudieron, los hebreos no logran hacerme variar la opinión que he emitido acerca de ellos, que no fueron más que parias revolucionados. Además de los argumen-

tos que he desarrollado, encuentro uno en la misma Biblia que puedo calificar de irrefutable, á menos que en estos estudios sobre el pasado, sólo se considere verdadero lo absurdo.

Según la cronología judaica, es en el año 2298 cuando Jacob fue á establecerse con su familia en Egipto, compuesta de sesenta personas, hijos, nietos y biznietos.

Ahora bien, siempre siguiendo igual autoridad, es en el año 2513 es decir 215 años después, cuando los hebreos abandonan el Egipto en número de seiscientos mil hombres *sin contar las mujeres y los niños,* lo que debía formar por lo menos una nación de más de dos millones de almas.

¿Es posible atreverse á sostener ni por un momento, que en un período de tiempo tan restringido, y á pesar de los rudos trabajos á que fue sometida, la descendencia de Jacob haya podido multiplicarse en esta proporción, y no sería ir contra el buen sentido el procurar explicar la veracidad de esta leyenda?

La historia de los patriarcas y de José ó son ficciones inventadas por Moisés, ó, lo que prefiero creer, viejas tradiciones egipcias que este legislador recogió, y de las cuales se sirvió para probar que la misión providencial de los hebreos venía de lejos y que sus antecesores ya habían sido los elegidos del Señor.

Yo pregunto con entera buena fe: ¿es que no es digno de un crítico histórico inteligente y libre arrojar este conjunto de prodigios y de supersticiones monstruosas que sepultan el origen de la nación hebrea y querer someterla al menos á las leyes vulgares del sentido común?

¡Hemos rechazado con desdén las mitologías griega y romana! ¿Por qué, pues, admitir con respeto la mitología judaica?

¿Es que los milagros de Jehová deben de tener sobre nosotros más influjo que los de Júpiter?

¿Es que la Suprema Sabiduría, el Dios que la conciencia nos revela, puede encontrarse en uno o en otro de esos seres irascibles, sanguinarios, siempre dispuestos á la venganza, creados por la credulidad de los pueblos?

¿Y después, cuál es este papel de orgullo y de imprudencia único en la historia?

¡Una nación dice ser la única protegida por el Ser Supremo y sólo sabe enseñar á sus vecinos ejemplos

odiosos de crueldad, y en nombre de Dios asesina á los habitantes de las tierras que están á su alcance y en las cuales quiere establecerse!

Esclava de la víspera, ¿quiere al menos abolir la esclavitud en la nueva sociedad que funda? *No,* y hasta en virtud de órdenes divinas someterá á esclavitud los pueblos que habrá sometido.

No conozco ningún otro pueblo en el pasado cuya hipocresía haya sido más constante y que mejor haya santificado los medios para conseguir el fin.

Que esto no os extrañe. A la cabeza de esta teocracia establecida por Moisés tomando como modelo á Egipto, se encuentra el sacerdote, el levita, que no ha dejado de desempeñar su antiguo papel de desmoralización y de sujeción. Este heredero del brahmanismo indostánico ha continuado, lo mismo en Egipto que en Persia, y en todas las sociedades primitivas, á convertir el Ser Supremo en instrumento de sus pasiones despóticas, en explotar la idea religiosa para sujetar á los crédulos bajo la caprichosa influencia de su casta.

Cuando habremos demostrado por el estudio, en todos sus detalles, de aquella sociedad hebrea, que también ella, sólo fue una copia de la de Manú, ¿no será evidente que Moisés no fue más que el continuador del legislador egipcio Manés, y que su Génesis le había sido legado por la India antigua de igual manera que sus instituciones civiles?

Podemos afirmar que esta opinión, gracias á las investigaciones realizadas ya sobre los otros pueblos del mundo antiguo, no es hoy día una paradoja; únicamente es la continuación racional y lógica de aquel gran movimiento cuya influencia llegó á todas las partes del globo merced á las emigraciones venidas de las mesetas del Himalaya, influencia á la que, natural es pensarlo, no pudieron sustraerse los israelitas salidos de Egipto.

Aun será esto más cierto aproximando y relacionando la obra del legislador hebreo con la del legislador indio, y con el terreno de esta manera completamente despejada, podremos abordar sin temor los orígenes del mundo según los Vedas y las tradiciones escritas de los indios, que la Biblia ha reproducido salvo ligeras modificaciones.

Una palabra aun sobre el particular.

Ante estas opiniones que la razón y las investigaciones

acerca de las sociedades del mundo antiguo me inspiran, me parecen no desprovistas de interés las apreciaciones de los sectarios de la Compañía de Jesús, acerca de este tejido de crueldades é imposturas. Se verá que jamás el espíritu de partido ha descendido á tan miserables argucias.

Leo en la advertencia colocada á la cabeza del libro del Exodo por P. Carrieres:

«De esta manera los cristianos aprenden de aquel gran apóstol (San Pablo) á adorar la profundidad de los juicios de Dios en el empedernimiento en que ha abandonado á Faraón, y admirar su sabiduría infinita que supo convertir en gloria y manifestación de su poder, la dureza de aquel príncipe y la testarudez con que se atrevió á resistirle.

»El mismo apóstol les enseña aún a considerar el paso del Mar Rojo como imagen de su bautismo; el maná que caía del cielo como la figura de la Eucaristía; la piedra de donde salía el agua que siguió á los israelita en el desierto como la figura de Jesucristo que alimenta á los cristianos durante esta vida, y que les acompaña con su gracia y con su espíritu hasta que han llegado á la verdadera tierra de promisión; el monte Sinaí como la imagen de Jerusalén; la ley, como un maestro que no podía enseñar la verdadera justicia, pero que conducía á Jesucristo del cual se debía recibir; la gloria que resplandecía en la cara de Moisés, como la imagen de la del Evangelio: el velo con que se cubría como la figura de la ceguera de los judíos; el Tabernáculo como imagen del santuario celeste; la sangre de las víctimas como la figura de la de Jesucristo. »

Siempre para la mayor gloria de Dios, según nuestros modernos levitas, el Egipto fue diezmado con toda clase de plagas, la peste y las matanzas de niños.

Sin duda, igualmente como prueba del poder celeste, las hogueras y las hecatombes ensangrentaron la edad media. Y las víctimas de la San Bartolomé, así como los Vandois, no fueron más que una figura de los egipcios empedernidos.

¡Qué aberración! ¡qué perversión de la inteligencia y de la moral!

Entristece profundamente pensar que, aun hoy día, estamos obligados á contar semejantes supersticiones, y que cuatro ó cinco mil años de ruinas no han podido conducir á los pueblos por el camino del librepensamiento y de la independencia religiosa.

Sepamos, pues, señalar con energía sus orígenes y arrancar la máscara con que se tapan para enseñar á todos que únicamente son obra de la debilidad y de las pasiones humanas.

CAPITULO IV

MOISÉS FUNDA LA SOCIEDAD HEBREA, TENIENDO POR MODELO Á LAS DEL EGIPTO Y DE LA INDIA

Al sentar la base de las instituciones políticas y religiosas que quiso dar á su pueblo, Moisés no se sustrajo á la influencia que hemos señalado y que ha dominado al mundo antiguo; aunque hubiera intentado hacerla no lo habría logrado del todo.

Desde que hubo arrastrado al desierto aquella multitud que no pertenecía á ninguna casta, y que, según la expresión de la Biblia, había sido seguida por una muchedumbre inmensa de bajo pueblo, fue necesario disciplinarla, doblegarla á hábitos regulares, darle leyes. La idea de las divisiones de castas estaba demasiado infiltrada en las costumbres para que fuese posible abandonarla, así es que presidió á la constitución del nuevo gobierno, que no fue más que la representación exacta del brahmanismo indostánico.

En vez de cuatro castas, hubo doce, de las cuales la primera fue, como siempre, la de los sacerdotes, encargados de todas las funciones civiles y religiosas de la nación, dispensadora de la palabra de Dios, guardiana de los templos, los únicos encargados de los sacrificios, único juez de los pecados de conciencia y de las faltas cometidas contra la sociedad.

Esta teocracia tuvo por juez supremo un gran sacerdote, autoridad misteriosa y poderosa que nadie pudo discutir, cuya palabra era ley en lo espiritual como en lo temporal, y que sólo podía ser atacada por el juicio de Dios.

Es el ideal que sueña hoy el ultramontanismo, la autoridad que quisiera establecer en provecho de los Papas, reduciendo á las sociedades modernas á no ser más que

cuerpos en los cuales todo pensamiento y toda voluntad tendría en Roma su regla, su soberana inspiración.

¿Se dirá que las distintas tribus hebreas no formaban distintas castas, y que estas divisiones naturales proceden del origen atribuido á cada una de ellas, de su descendencia de los hijos de Jacob?

Esta filiación, para mí no es más que una ingeniosa ficción de Moisés para hacer admitir como creadas por Dios estas divisiones que él estableció, y contra las cuales el pueblo sin duda alguna habría murmurado. ¿No era, de otra parte, necesario presentar así estas imitaciones de un pasado que venía á recordar á los hebreos sus sufrimientos bajo el despotismo egipcio, para que, á pesar de esto, ningún hombre tuviera tentaciones de cambiar de tribu?

Como siempre es el mismo móvil el que inspira al legislador israelita, apenas libre, se rodea de iniciados, los asocia á su ambición, á sus proyectos, los consagra sacerdotes y los coloca bajo la protección divina para que el pueblo no caiga en la tentación de comprobar la legitimidad de su poder.

Estas tribus ó castas que existieron, con la prohibición de salir de ellas, igual que en el Egipto y en la India, sin duda fueron conservadas por Moisés para establecer para siempre la supremacía del levita, y para que la familia de este último, se conservase pura de toda mezcla con los otros miembros de la nación.

En una época en que todos los pueblos habían concedido el principio de autoridad al sacerdote, ¿qué más sencillo que reconocer que Moisés se había limitado á copiar modificándola la constitución, que las emigraciones y las colonizaciones indias habían puesto en predicamento en Egipto y en el Asia entera?

No es necesario explicar todo esto por medio de una misión divina y por la creencia en fábulas y prodigios de los cuales se sirvió el libertador de los hebreos para conducir con menos dificultades el tropel indómito y sin cohesión que estaba bajo sus órdenes. Las murmuraciones, las faltas de obediencia, las sublevaciones fueron tan frecuentes, que nos preguntamos como hubiera podido cumplir su misión, si no hubiera tenido la habilidad de inventar aquel Dios siempre á la brecha haciendo matar á los blasfemos y á los revoltosos y aterrorizando la multitud por la atrocidad de sus venganzas. ¿No fue

en nombre de Jehová en el de quien veintitrés mil israelitas fueron asesinados por los miembros de la tribu de Leví, es decir por los sacerdotes, obedeciendo á las supersticiones del becerro de oro? Por mucha que hubiera sido la energía de Moisés, y admitiendo estas espantosas escenas de carnicería, habría terminado por ser él mismo asesinado, si no hubiera dividido al pueblo en clases distintas, y sobre todo fanatizado la clase de los sacerdotes que fueron sus sectarios y sus más firmes partidarios. No puedo hallar, por mi parte, diferencia alguna entre el brahmanismo y el levitismo, y todo concuerda en demostrar que el uno descendió del otro.

Aproximando por las costumbres estas dos civilizaciones, pronto tendremos ocasión de demostrar que esta filiación no es imaginaria y que todo no se reduce á relaciones de semejanza en las instituciones.

Se atribuye á Moisés la gloria de haber sido el primero que estableció de una manera precisa y sin obscuridad, la gran idea de la unidad de Dios, que las naciones contemporáneas de aquella fundada por él, no parecían al menos en las tradiciones históricas de aquella época, haber comprendido de una manera tan perfecta. Esta opinión es el resultado de un error que nos costará poco destruir, aún cuando haya sido consagrado por el tiempo y el dogma cristiano que al aceptar la sucesión hebrea, debió necesariamente prohijarla y propagarla con ardor.

Moisés, iniciado en Egipto por su educación sacerdotal en los esplendores del deismo indio, en lugar de enseñar á los hebreos un culto basado en las supersticiones á las cuales los sacerdotes egipcios habían acostumbrado á las castas inferiores con un fin de dominación fácil de comprender, les reveló el primero de los misterios de la iniciación, fundado en la unidad de Dios, y las tradiciones de la creación del mundo, preciosamente conservadas por la India y por el Egipto para las castas privilegiadas de los brahmanes y de los gerefantos.

Pero existe un hecho digno de atención, y es, que, á la vez que entregaba á la multitud estas sublimes nociones acerca de la unidad del Ser Supremo, se vio obligado á alterarlas, no atreviéndose á presentarlas en toda su pureza á aquel pueblo nacido en la esclavitud, y que no había adquirido aún una inteligencia bastante racional, bastante libre del pasado para permitirle separar la

idea de un Dios todo poderoso, creador y bueno, de toda idea accesoria de crueles venganzas y terribles castigos.

Esta es la razón porque Moisés no se atrevió á hacer flotar á su Jehová por encima de los mundos con aquella figura serena y majestuosa de los libros sagrados indios que también sienta á su grandeza divina.

Si, por un lado, tuvo el mérito de atreverse, á diferencia de todos sus antecesores, á proclamar la unidad de Dios frente á la nación y de proscribir las supersticiones que Manú y Manés encontraron buenas para la plebe, por otra parte, dando un paso atrás, se vio obligado, para asentar su poder y las instituciones que fundaba, convertir aquel Dios en un ser despótico y cruel, propio para inspirar terror y sujetar á una obediencia ciega.

El cortejo de temores, aquellas terribles manifestaciones que los otros habían dividido hasta el infinito dada la multiplicidad de los ídolos, Moisés lo hizo derivar de uno solo, y su culto no fue ni menos sombrío ni menos sanguinario que los otros. ¿Acaso no es Jehová quien ordena todas las matanzas de la Biblia, todas las hecatombes de las naciones idólatras, y esto para glorificación de su nombre?

Sería preciso tener muy arraigado el respeto á lo horrible y la afición á las luchas estériles de la intolerancia muy desarrollada, para no ver en Moisés más que un enérgico fundador cuyo hierro y fuego fueron el principal auxiliar, y en Jehová un espantajo, un medio para dominar puesto al servicio de una oligarquía sacerdotal.

En resumen, el gobierno establecido por Moisés fue teocrático, sujeto al impulso de los sacerdotes. Las divisiones por tribus que él dictó, fueron castas destinadas á mantener al pueblo en un estado de estabilidad propio para asegurarle el reinado de las instituciones y del nuevo poder. Y puede afirmarse entonces que los hebreos no fueron, ni por sus creencias, ni por su estado social, una excepción á la regla sufrida por todos los pueblos de la antigüedad.

Hay algunos que escudándose en la sublimidad del Decálogo, rodean á los hebreos de una aureola de moralidad que niegan á los otros pueblos contemporáneos.

El Decálogo manda honrar padre y madre, no matar, no cometer adulterio, no robar, no levantar falsos testi-

monios contra sus semejantes, y no desear nada que pertenezca á los otros.

Estos principios no provienen del monte Sinaí, son anteriores á los hebreos y á todas las civilizaciones que les han precedido; y cuando Moisés en la montaña los reveló al pueblo, hacía mucho tiempo que la conciencia los había hecho conocer á todo hombre justo. Este Decálogo, dado á los hebreos con tanta pompa, en medio de sonidos de trompetas y truenos, me parece una burla muy cruel...

Basta leer la Biblia para ver que pocos pueblos fueron más corrompidos, que pocos usaron más doblez en sus relaciones con sus vecinos, que en fin, pocos fueron los que tuvieron menos respeto á las cosas ajenas.

Roban en Egipto antes de abandonarlo, atraviesan el desierto, continúan sus rapiñas, sus robos á mano armada en cada nuevo país que pisan, hasta que agotada la paciencia de los pueblos, son enérgicamente castigados y reducidos de nuevo á la esclavitud.

A pesar de los esfuerzos de Moisés y de sus sucesores, los parias continuaron siendo parias, y le fue imposible convertirlos en una nación seria, ligada á la tierra y con hábitos de trabajo, á aquellos antiguos esclavos de Faraón. Nómadas desde los comienzos, continuaron siéndolo á pesar de acampar en la Palestina, y las naciones vecinas parecen haberse unido de común acuerdo para castigar y rechazar sus incesantes agresiones, de igual manera que más tarde Europa entera tuvo que coaligarse y luchar contra los piratas musulmanes, que como ellos, habían tenido la Arabia y la Palestina por cuna.

¡Oh! es una sociedad completamente diferente aquella que veremos florecer en la India de los Vedas, en la India de las tradiciones primitivas, de las tradiciones sagradas; y si os causan admiración las vulgares verdades del Decálogo, mucho mayor será el sentimiento que se apoderará de vosotros ante los grandes principios filosóficos y morales, que más tarde, el innovador cristiano vino á revelarlos al mundo que los había olvidado.

Moisés los conoció, los estudió sin duda en su juventud; su tentativa en favor de la unidad del Ser Supremo, así como su Génesis, que no es más que un eco del Génesis indio, parecería demostrarlo. Y si estuvo por debajo de su obra de regeneración y copió más al brahmanismo que al vedismo, quizás deba atribuirse á la situación moral envilecida de los hebreos en Egipto, situa-

ción que la independencia no logró cambiar, y que acaso obligó al legislador á reinar, como ya hemos dicho, por la superstición y el temor de las venganzas de un Dios sin piedad.

A disponer de otro pueblo, quizás habría logrado edificar en Judea una sociedad comparable á la de los mejores tiempos de Grecia.

Así, pues, no fue el hombre á quien le faltó el genio necesario, pues había bebido en los manantiales antiguos, sino al pueblo á quien faltó la inteligencia para comprenderle.

Esto es tan cierto, estoy tan convencido de que la reforma de Moisés habría podido tornar otro carácter con un pueblo menos embrutecido por la esclavitud, que puede notarse que el Dios del Génesis, el Dios de los primeros hechos bíblicos, no se parece al Jehová celoso y colérico de los sacrificios humanos del Éxodo y de los libros siguientes.

Se diría que Moisés, á medida que los gritos y los levantamientos eran más frecuentes en el desierto, sentía la necesidad de ennegrecer cada vez más la figura de la divinidad, de hacerle pronunciar oráculos vengadores para restablecer la calma en el seno de aquella inquieta muchedumbre, y á la cual el lenguaje de la razón no producía efecto.

¿Qué habría venido á hacer aquí el Dios de los Vedas con sus inagotables tesoros de bondad y misericordia?... Aquel tropel de vagabundos y de esclavos lo habrían desterrado. Le fue menester, para conservarlo, un Dios con mano de hierro, sabiendo castigar, condenar á muerte, fulminar el fuego celeste y exterminar veinte ó treinta mil hombres por una imprecación, una blasfemia, una plegaria al becerro de oro.

Por esto Moisés abandonó los Vedas, después del Génesis, para arrojarse de lleno en el brahmanismo, es decir, en la dominación por y para el sacerdote.

Sin duda, muchos hallarán estas opiniones extrañas. ¡Tan cierto es que la educación que recibimos desde diez y nueve siglos no nos pone en condiciones para pensar con libertad y para entender la palabra libre!

Obligados como nos hallamos, por un lado, á admitir algunas ficciones religiosas, que se nos priva de discutir, y de otro, rechazar, sin más motivos, otras ficciones

religiosas, que sólo pueden discutirse para negarlas, ¿qué puede resultar de semejantes costumbres?

Verdad aquí, es decir, entre nosotros; error más allá, es decir, entre los otros... esta es la regla de todos los partidos, el sistema de todas las sociedades.

¡Oh! oigo perfectamente la voz de un librepensador, que tiene el valor de decir: "Todas las supersticiones, lo mismo que todos los despotismos, tienen un origen común; vengo á demostrarlo y á indicaros el manantial para que lo ceguéis, para que podáis formar el porvenir con la ayuda de las lecciones del pasado; vengo á demostraros que no es posible transigir con ciertas cosas en presencia de las ruinas que han producido...» Comprendo perfectamente que esta voz pueda ser infame y mirada con asco, como todas aquellas valerosas y enérgicas que siguen un camino firme y valeroso... y de las cuales se ha arrojado la obra al vertedero no pudiendo ya hacerla con el cuerpo.

CAPITULO V

LA REPRESIÓN ENTRE LOS HEBREOS

El sistema penal inaugurado por Moisés, no fue la representación exacta del Egipto ó de la India; pero las diferencias que podemos observar, lejos de dañar ó destruir el origen que hemos señalado á los israelitas, se convierten en argumentos tanto más claros en cuanto ellas tienen su causa en aquel mismo origen.

Lo mismo que sus antecesores, Moisés admitió como medios de represión y de expiación:

La muerte.
Los garrotazos.
La multa.
Y la purificación mediante los sacrificios.

Pero rechazó toda expulsión parcial y completa de la tribu ó de la casta, penalidad que, ya lo hemos visto, había sido adoptada por la Persia, la Grecia y Roma, la que, por el derecho de Justiniano, pasó más tarde en los códigos modernos bajo el nombre de muerte civil.

Esta prohibición del judaísmo de conceder derecho de ciudadanía á los grandes culpables sujetos á la interdicción del agua y del fuego, que sin embargo estuvo tan arraigada en las costumbres del Oriente, es una excepción que se explica lógicamente por sí misma.

No hay en esto, ni progreso, ni sentimientos de humanidad, pues habría sido preferible expulsar de la tribu, en lugar de asesinarlos, los veinte mil israelitas culpables solamente de haber retozado con las hijas de Moab. Y basta leer la Biblia para hacerse cargo de que está llena de hecatombes y de sacrificios humanos, y que este libro está escrito con sangre.

No puede verse en esto ningún lenitivo aplicado á las antiguas costumbres.

El pensamiento que guió á Moisés es demasiado senci-

llo para no ser verdadero, y puede decirse que fue forzosamente debido á la situación y á las circunstancias.

Si el pueblo hebreo, como ya hemos demostrado, se formó por la expulsión fuera de las castas de los egipcios culpables, si fue el paria de la sociedad de los Faraones, para Moisés fue necesidad imprescindible el no crear parias en la sociedad hebrea.

Ante todo era preciso no dejar vislumbrar al nuevo pueblo que podía por cualquiera que fuese el motivo, volver á la miserable situación de la cual él le había sacado.

Después existía una razón de Estado, indudablemente sospechada por Moisés, que consistía en no crear, por la expulsión fuera de la tribu, una nación dentro de la nación, que creciendo poco á poco, podía convertirse con el tiempo en un peligro social.

Los egipcios habían intentado detener el desarrollo de los israelitas por las matanzas y los duros trabajos; era propio de una política prudente prever que las mismas causas podrían obligar un día á imitarles por el temor de una revolución servil. Pues la introducción de esta antigua penalidad debía llevar infaliblemente fermentos amenazadores de descomposición para el porvenir, Moisés prefirió reemplazarla, en el orden religioso y civil, por las matanzas en masa de todos los grandes criminales. De esta manera se desembarazan de aquellos que negaban á Jehová, como de aquellos que murmuraban contra la autoridad del legislador y de los sacerdotes sus sucesores.

Para las faltas de menos importancia y que no atacaban esencialmente á la constitución teocrática del gobierno, se estableció la pena del talión:

«Ocu1um pro ocu1o, dentem pro dente, manum pro manu, pedem pro pede».

«Adustionem pro adustione, vulnus pro vulnere, livorem pro livore»

-Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano y pie por pie.

_Quemadura por quemadura, llaga por llaga, muerte por muerte.

(Exodo, capítulo IV, versículos 24 Y 25)·

¡Saludemos esta primera aparición del talión, este castigo bárbaro de las sociedades antiguas!

Lo que ni la India ni el Egipto teocráticos supieron

inventar; lo que Manú, Buda, Zoroastro y Manés hubieran rechazado con horror, al judaísmo de Jehová le cupo la gloria de dárnoslo.

En esto no hubo imitación, y Moisés puede considerar el talión como un florón original de su corona de legislador.

Este sistema de represión se encuentra más tarde, en los comienzos de otras varias naciones; pero no salió de la barbarie de los usos y costumbres primitivas; ningún pueblo se atrevió á seguir el ejemplo de Israel y conservarlo en su derecho escrito.

Cuanto más avanzaremos, más ocasión tendremos de comprobar que si la Judea varió en algo, la civilización legada por la India y el Egipto, sólo fue para retroceder á la barbarie, á la crueldad de las primeras edades, en que el hombre nómada no reconocía más derecho que la fuerza.

-Cédeme la tierra, ó te mato, dijo Caín á Abel.

-Obedeced, inclinaos ante la palabra de Dios, ó sino la muerte! dijo Moisés á los hebreos, y estos últimos á su vez se dirigieron á los pueblos vecinos y les dijeron: -Entregadme vuestras riquezas, vuestras hijas vírgenes y vuestras casas ó sino seréis destruidos por el hierro y el fuego.

No puedo resistir á la tentación de hacer en algunas líneas el balance de todos los asesinatos realizados, de toda la sangre derramada por las órdenes de Jehová, ya sea por Moisés y sus sucesores sobre los mismos israelitas, ya sea por estos últimos sobre los pueblos que querían aniquilar para apoderarse de sus despojos.

No será esto salirse del asunto. Además de que de esto se desprenderá una alta enseñanza religiosa y moral, podré deducir un victorioso argumento contra aquellos que no dejarán de negar la autenticidad de los libros sagrados de la India, para poder sostener que han copiado la Biblia.

Las sublimes tradiciones acerca de la unidad de Dios, la trinidad, la creación, el pecado original y la redención dieron por resultado en la India una alta civilización filosófica y moral.

La imitación de aquellas tradiciones, que no habían nacido en tierra hebrea, no pudo regenerar un pueblo que, salido del asesinato y del robo, no supo vivir más que por medio de asesinatos y robos.

Los primeros capítulos del Génesis hebreo no están en su lugar en este libro, que sólo es el panegírico audaz de la violencia y de la destrucción. Es preciso restituir este Génesis á los Vedas, á quienes pertenece.

¡Qué todas las supersticiones del pasado se levanten para lanzar el grito de anatema!

Estas son mis opiniones...

Y ahora presento mis pruebas...

CAPITULO VI

EL BALANCE DE LA BIBLIA. -CASTIGOS, MATANZAS, DESTRUCCIONES

Desde que nos ocupamos de Moisés, no hemos podido dejar pasar una página sin manifestar la indignación que excitan en nosotros el sombrío fanatismo y las crueles doctrinas de este libro de la Biblia, delante del cual se arrodillan las masas, sin abrirlo y sin comprenderlo; que para muchos es la obra suprema de la ley, de la sabiduría, pero que para nosotros no es más que un código de supersticiones y de crueldad.

Veamos: despojaos de esa admiración trivial que no es real y que el espíritu de partido se esfuerza en inculcaros; concentraos en vosotros mismos; entregaos á ese interior buen sentido que es la fuerza de la conciencia; después leed y juzgad.

-Jehová para facilitar la huída de los hebreos de Egipto, no halla medio mejor sino condenar á muerte á todos los recién nacidos de los egipcios, es decir, matar á inocentes.

-Los hebreos, al huir, se apoderan de todos los vasos de oro y los ricos trajes que pueden llevarse.

-Jehová ordena á los hebreos retroceder en su camino, al objeto de que viéndoles Faraón, les persiga y pueda destruirlos junto con sus ejércitos (Venganza inútil y cruel, pues, los hebreos están en salvo).

-Los israelitas mueren de hambre en el desierto, Jehová les envía codornices y el maná.

-Después de la adoración del becerro de oro, Jehová furioso quiere destruir a todos los israelitas; Moisés implora por ellos y le ruega se contente con veintitrés mil, que hace degollar por los sacerdotes. Después de este hecho de armas, Dios consiente en bendecir á los

hebreos. (Creo que sólo en las teogonías de los caníbales podríamos hallar semejantes atrocidades).

-Jehová anuncia á los hebreos que si le obligan de nuevo á manifestarse á ellos, les exterminará.

-Moisés desea ver á Jehová de frente y le responde que sólo puede verle por detrás: "Tollam que manum meam, et videbis posteriora mea”.

(Qué tristes y estúpidos absurdos!)

-Nadab y Abiu son condenados á muerte por haber ofrecido un sacrificio con fuego ajeno.

-Cualquiera que mate un buey, una oveja ó una cabra, destinadas a ser consagradas al Señor, será castigado con la pena de muerte.

-Aquel que consagra sus hijos á los ídolos, será castigado con la muerte.

-Los israelitas cansados murmuran contra el Señor; éste les envía fuego que devora un gran número de ellos.

-Jehová envía por segunda vez codornices á los israelitas, pero hace morir a todos aquellos que las comen con exceso.

-María, hermana de Aarón, habiendo murmurado contra Moisés, Dios hace que se vea atacada de lepra.

-Los hebreos murmuran de nuevo, Dios les condena a morir en el desierto á todos aquellos que tienen veinte años en adelante.

-Coré, Dathán y Abirón y una parte del pueblo, habiéndose insurreccionado contra Moisés, fueron devorados por las llamas que Jehová hizo salir de las entrañas de la tierra.

-Nuevas quejas y murmuraciones del pueblo; el mismo fuego destruye catorce mil setecientas personas.

-Los hebreos, habiendo otra vez blasfemado contra Jehová, envía contra ellos una serpiente de fuego que mata á un gran número de ellos.

-Los israelitas, por orden de Dios, destruyen á los cananeos y á los amorrehnos; reducen á trozos á Og, rey de Basán, y todo su pueblo, sin que ni un solo hombre logre escaparse; se instalan en el país conquistado.

-Veinticuatro mil israelitas son asesinados por los sacerdotes por haber tenido comercio con las hijas de los mohabitas.

-Jehová ordena á Moisés que castigue á los madianitas; doce mil israelitas avanzan contra ellos. Todos los hombres son degollados, los reyes son asesinados y las mujeres reducidas á esclavitud.

-Moisés se enfada de que todas las mujeres madianitas hayan sido respetadas; las hace matar junto con los niños varones, ordenando sólo respetar á las vírgenes. “Puellas autem, et omnes feminas virgines reservate vobis».

¿Hay necesidad de continuar por más tiempo estas citas, y la historia entera de aquellos primeros tiempos de los hebreos acaso podría enseñarnos otra cosa más que ruinas, matanzas y vergonzosas supersticiones?

¿Existe otro pueblo que haya tenido semejantes comienzos y se haya atrevido á colocarlos bajo la protección del Ser Supremo?

Admitiendo que todas estas matanzas hayan podido realizarse, no pueden apoyarse en otras razones, sino

en el fanatismo de Moisés, haciendo matar por sus seides, por sus sacerdotes, á cualquiera que se permitiera la más pequeña protesta contra su autoridad ó contra la de Dios que él imponía.

Quizás también no pudiendo el desierto procurar alimentos suficientes para el pueblo entero, el dictador se decidió á diezmarlo para evitar escenas de carnicería más violentas aún, que el hambre no habría tardado en suscitar.

Sea lo que fuese, esta época y este pueblo quedan juzgados por nosotros, y no existen en la historia del pasado pruebas más grandes de perversión y de la debilidad de la humanidad que las que provienen de allí.

Hay quien ve en estas matanzas, en las que ni se respetan á los niños ni á las mujeres, exceptuando las vírgenes... una manifestación del poder de Dios. Preferimos ver en ellas una manifestación del espíritu del mal, reinando exclusivamente sobre estas hordas bárbaras é indisciplinadas, que desde su salida de Egipto sólo dejaron señales de su paso, por el robo, el pillaje y el asesinato, semejantes á los errantes árabes que aún devastan aquellas regiones.

No, no es en este pueblo adonde iremos á buscar los orígenes de nuestras creencias y de nuestras tradiciones religiosas y filosóficas, y no es del libro de la Biblia de donde haremos salir la fe nueva de las modernas naciones.

Cristo ha venido á arrojar á nuestros pies y destruir todas estas supersticiones. Judío, renegó de los judíos; pues este apóstol de la igualdad, del bien por el bien y de la fe en la eterna bondad del Ser Supremo, no podía tener nada de común con la ley de venganza de Jehová.

Moisés había vislumbrado la unidad de Dios y las primitivas creencias acerca de la creación por virtud de las tradiciones del egipcio Manés. Dominador de un pueblo, empleó su ciencia en provecho de su dominación y en el de sus iniciados, y avanzó apoyado en el fuego y en el sable, legando sus doctrinas y su misión á Mahoma, que más tarde debía fundar, imitando sus ejemplos y copiando, su libro de la ley.

Cristo, desdeñando á Moisés y á Manés, y su inspirador Manú), y remontándose hasta las admirables enseñan-

zas de Christna, que el brahmanismo y el poder de los sacerdotes habían hecho olvidar, vino á anunciar á los hombres la ley de caridad y de amor, que había sido la de los antiguos pueblos del Oriente.

Christna y Cristo, estas son las dos figuras más admirables del antiguo y del nuevo mundo, figuras de regeneración, de concordia, de amor y de poesía, idealizando el bien y la belleza, y reflejando el cielo como el agua tranquila refleja la luz.

Christna fué ahogado por el brahmanismo.

Procuremos que el levitismo no ahogue á Cristo.

CAPITULO VII

ALGUNAS PRUEBAS PARTICULARES DE LA INFLUENCIA INDIA EJERCIDA POR EL EGIPTO SOBRE LA SOCIEDAD HEBREA

Los usos y costumbres de la Judea, recuerdan de tal manera los de la India, que bastarían para hacer desaparecer todas las dudas que pudieran conservarse acerca de la colonización del mundo antiguo por las emigraciones venidas del Indostán.

Hemos visto los grandes principios de esta antigua civilización dominar la Persia, el Egipto, Grecia y Roma; la Judea va á revelarnos la misma influencia hasta en los más insignificantes detalles de su organización social. Cogeremos al azar y sin orden entre estos numerosos puntos de contacto y semejanzas, tan evidentes que es imposible no afirmar con más energía aun esta unidad de origen de todos los pueblos de la antigüedad, que desde las primeras páginas de este libro hemos presentado casi como un axioma.

Casamiento de los viudos entre los hebreos y los indios.

Leemos en el Génesis bíblico:

«Juda hizo casar á Her, su hijo mayor, con una mujer que se llamaba Thamar. Her, hijo mayor de Juda, fue un malvado y el Señor le hirió de muerte.

»Juda dijo á Onan, su segundo hijo: Cásate con Thamar, la mujer de tu hermano, y vive con ella, á fin de que *suscites hijos á tu hermano.*

»Así es, que éste, cohabitando con la mujer de su hermano y sabiendo que los hijos que nacerían de ella no serían de él y serían considerados como pertenecientes á su hermano, *semen fundebat in terram.*»

Leemos en el libro de Ruth:

«Booz dijo: Tomo por mujer á Ruth la moabita, mujer de Mahalón, á fin de hacer revivir el nombre del difunto en su sucesión y que su nombre no se acabe en la familia, entre sus hermanos y entre su pueblo.»

Muchos otros pasajes de la Biblia nos demuestran que fue ley para el más próximo pariente de todo hombre muerto sin sucesión, el casarse con la viuda de este último para obtener descendientes. Los hijos que nacían eran considerados como hijos del difunto y se repartían su herencia.

¿De dónde provino esta costumbre? ¿cuál fue el motivo de esta obligación impuesta por el legislador? Por más que registremos los libros del Antiguo Testamento, no hallaremos ninguna luz respecto á esta cuestión. La mayoría de los comentadores, apoyándose en los motivos presentados por Booz en su casamiento con Ruth, creen que la unión de una viuda con el hermano ó con el pariente de su marido difunto no tenía otro objeto sino el de perpetuar la raza de este último.

Esta opinión no nos satisface.

¿El interés particular de un hombre que ya no existe, es pues, tan grande que obliga á un hermano y en su defecto á un pariente sacrificarse para perpetuar su descendencia?

¿Es que este hermano ó este pariente no debían también tener interés en no morir sin posteridad? ¿Por qué pues, obligarles á contraer un matrimonio, que continuando la familia de otro, debía esterilizar la fuente de la suya?

Esta costumbre, de la cual el judaísmo no puede darnos la explicación, es el resultado de una ficción cuyo origen está en las creencias religiosas de los indios, llevadas á Egipto por las emigraciones; se introdujo en las costumbres y fue adoptada por los hebreos, aunque la creencia que le había dado origen fuera abandonada ú olvidada.

Entre los indios, un padre no puede alcanzar la estancia celeste más que por los sacrificios expiatorios y las ceremonias funerarias que su hijo realiza sobre su tumba y que debe repetir y renovar cada aniversario de su muerte. Estos sacrificios hacen desaparecer las últimas manchas que se oponen á que el alma pueda, por su reunión con el Gran-Todo, disfrutar la suprema felicidad prometida al varón justo.

Es pues indispensable que todos los hombres tengan un hijo que pueda abrirles las puertas de la inmortal morada de Brahma. Por esto es que la ley religiosa hizo un llamamiento á la amistad del hermano ó del pariente

más próximo del difunto, tachando de infamia al que rehusara el cumplimiento de este deber sagrado.

Entre los hebreos, todos los hijos que nacen de la viuda pertenecen al marido difunto, lo que es absurdo, pues, para continuar la posteridad de un hombre se extingue la posteridad de otro.

Entre los indios, al contrario, el primer hijo que nace en estas condiciones tiene por padre al primer marido de su madre, hereda de él y debe realizar las ceremonias mortuorias; pero todos los otros hijos que en lo sucesivo puedan nacer, pertenecen al hermano ó al pariente que se ha casado con la viuda, y de esta manera, su sacrificio no causa la ruina de sus propios intereses. Si, después de haber procreado un hijo, no tiene otros, la ley le permite adoptar uno que llevará su nombre y realizará los sacrificios en sus funerales.

La costumbre hebrea es un contrasentido, pues declara hijos del difunto á todos aquellos que nazcan de su mujer, sin preocuparse del padre natural á quien priva de toda descendencia.

La costumbre india es racional y lógica, pues que salvaguarda los intereses de los dos, y además funda en un motivo este acto, que sería incomprensible sin la creencia religiosa, mientras que la Biblia no se cree obligada á dar explicaciones, que de otra parte, quizá le sería difícil dar.

Se ve por modo claro que sólo es la conservación de una tradición india, si bien haya perdido de vista el fin que la legitimaba y la hacía aceptable. Y Onan seguramente no hubiera pensado en prolongar la esterilidad de Thamar si la ley no hubiera atribuido á su hermano el primer hijo que pudiera nacer de su obra.

Animales impuros que según la Biblia está prohibido comer.

Moisés prohibe comer por impuros á todos los animales rumiantes que no tienen la pezuña hendida y el cerdo, que á pesar de tener la pezuña partida, no rumia.

Entre los peces, tolera á aquellos que tienen concha y aletas, rechazando á los demás como impuros.

Entre las aves, he aquí aquellos á que la prohibición alcanza:

El águila, el grifo y el halcón;

El milano, el buitre y todos aquellos de su especie;

El cuervo y otros semejantes;
El avestruz, el buho, el toro, el gavilán y todos los de igual raza;
La lechuza, el cormorán y el ibis;
El cisne, el alcaraván;
La garza real, la cigüeña, la abubilla y el murciélago.

Todos los que vuelan y al mismo tiempo andan con cuatro patas por la tierra.

Entre los animales que se agitan sobre la tierra son impuros y por consiguiente prohibidos:

La comadreja, el ratón y las demás especies semejantes.

La murasaña, el camaleón, el lagarto, la lagartija y el topo.

Todo hombre que come de estos animales es declarado impuro como ellos.

Todo hombre que los toca cuando están muertos es impuro hasta la caída del día.

Todo vaso que los contiene es impuro y debe ser roto.

Animales impuros que está prohibido comer, según Manú y las prohibiciones brahmánicas.

Cualquier duvidja (en sanscrito: hombre puro, santificado, regenerado) debe de abstenerse de comer la carne de los cuadrúpedos de pezuña no partida, á excepción de aquellos que autoriza la Santa Escritura.

El cerdo doméstico (por oposición al jabalí que está permitido) es declarado impuro á pesar de tener la pezuña hendida.

Todas las aves carnívoras sin excepción, tales como el milano, el buitre y el águila, están prohibidas. También lo están igualmente todas aquellas que hieren con el pico y destrozan con las uñas.

Igual prohibición alcanza al gorrión, que es llamado, cosa muy notable por cierto, *protector de las cosechas,* pues, destruye los *insectos dañinos.*

Después el cisne, el loro, la grulla, el cuervo, el picoverde y todos aquellos *cuya lengua atrae á los insectos.*

Todos los peces, excepción de los pertenecientes á las especies *pathina* y *rohita,* es decir, poseyendo como ellos escamas y aletas, no pueden formar parte de la alimentación de aquellos que siguen la regla prescrita.

Todos los animales, en fin, que se arrastran sobre

la tierra o la arañan y profundizan con sus uñas, son excluidos como más impuros que los demás.

Toda impureza ocasionada al hombre por su contacto con un cuerpo muerto, dura diez días y diez noches, o cuatro días, ó un día solamente según sea la reputación de prudencia y virtud de que goce.

El vaso de cobre, de plata ó de oro que ha contenido ó sencillamente ha tocado los cuerpos impuros, debe ser purificado, *según el modo establecido.*

El vaso de tierra debe ser roto y enterrado á gran profundidad en la tierra, pues nada puede purificarle. ¿Qué decir en presencia de semejantes puntos de contacto?

¿Se objetará que todas estas prohibiciones respecto á animales no son más que reglas de higiene, comunes á todos los pueblos de Oriente? Esto no impedirá á la India de haber sido la iniciadora, de haber la primera indicado el camino.

Sólo queda un medio para destruir todo esto, y es negar la antigüedad de la India. Espero algo semejante á esto de parte de los sostenedores jurados de ciertas castas; entonces les rogaría de ir un poco más lejos y que me demostraran que el sanscrito nació del hebreo... ¡Quién sabe si veré realizada esta obra!

TENTATIVAS CONTRA LAS MUJERES SOSPECHOSAS DE ADÚLTERAS

Leemos en la Biblia, libro de los Números:

»El marido conducirá á su mujer delante del sacerdote y presentará por ella en ofrenda la décima parte de una medida de harina de cebada. No pondrá aceite por encima y no colocará incienso, porque es un sacrificio de celos y una oblación para descubrir el adulterio.

»Y tomando (el sacerdote) agua santa de un vaso de tierra la mezclará con un poco de tierra del suelo del Tabernáculo...: Si ninguno se ha aproximado á ti... estas aguas amargas, cargadas de maledicciones no te dañarán... Pero si te has retirado de tu marido... que tu vientre se hinche y reviente y que tus muslos se pudran.

»Y les daba de beber...

Leemos en Gauttama (Comentarios acerca de Manú):

»Fué una costumbre antigua la de conducir á la mujer acusada de haberse manchado por los abrazos de otro hombre que no fuere su marido, á la puerta de la pagoda y entregarla al brahmán sacrificador. Este arrojaba en un vaso de agua sacada por un hombre de las clases mezcladas (paria) un tronco de cusa (hierba sagrada) con un poco de tierra recogida en el lecho de un animal inmundo, y se la daba á beber á la mujer diciéndole: »Si tu matriz no ha recibido se-

men extraño, esta agua maldita será para ti tan dulce como la aucrita (ambrosía), y si por el contrario tú estás manchada, morirás... y renacerás en el vientre de un chacal; pero antes tu cuerpo será atacado de elefantiasis y se pudrirá». Hoy, la ley ha substituído este sistema religioso, etc...»

Impureza de aquellos que tocan á los muertos, según la Biblia (libro de los Números).

Aquel que toca el cuerpo de un hombre muerto es impuro durante siete días; para purificarse debe recibir la aspersión del agua de la expiación.

Todos aquellos que entran en la tienda de un hombre muerto y todos los vasos que allí se encuentren, son impuros durante siete días.

Todo hombre impuro convierte en impuro todo lo que toca.

Impureza de aquellos que tocan á los muertos, según Manú y las tradiciones brahmánicas.

La impureza ocasionada por el contacto con el cuerpo de un muerto según declaración de la ley, dura diez días. (Manú, libro V).

Los brahmanes son purificados en tres días. Aquellos que entran en la casa de un vaysias o de un sudra muerto, permanecen impuros durante diez días.

Aquellos que entran en la casa de un rey después de su muerte, se convierten en impuros durante tres días.

La impureza que ocasiona el cuerpo de un brahmán solo dura un día.

Cuando un hombre muere, todos los vasos que contiene la casa pasan á ser impuros. Los vasos de metal se purifican por el fuego y los de tierra son destruidos y enterrados.

El hombre se purifica con abluciones de agua lustral.

Manú, que explica algunas maneras de purificación que estaban en uso en su tiempo, apartándose de estas prácticas supersticiosas, exclama, elevándose á una altura desconocida en la Biblia:

«Entre todas las cosas que purifican, la pureza en la adquisición de las riquezas es la mejor; aquel que conserva su riqueza al hacerse rico es realmente puro, y no aquel que sólo está purificado por la tierra y el agua.

"Los hombres instruidos se purifican por el perdón de las ofensas, por las limosnas y por la plegaria.

“El brahmán se purifica por el estudio de la Santa

Escritura. Del mismo modo que los miembros se purifican por el agua, el espíritu se purifica por la verdad.

»Las sanas doctrinas y las obras buenas purifican el alma. La inteligencia se purifica con la ciencia.»

No puede negarse que esta impureza con la que los muertos contaminan todo aquello que se les aproxima, á todo el que entra y se encuentra en sus casas, hasta los seres inanimados, sea un legado de la India. Moisés ha copiado palabra por palabra estas antiguas tradiciones; pero lo que se ha guardado de imitar al introducir estas costumbres, son estos horizontes amplios y elevados pensamientos que se encuentran á cada momento en Manú siempre y cuando olvidando su papel complaciente con los sacerdotes, se hacía eco del primer Manú á quien compendiaba y resumía en interés de estos últimos, y se inspiraba en las sublimes enseñanzas de los Vedas.

Esta no será la última vez que la Biblia estará por debajo y jamás llegará á sobrepujar á su modelo.

Pálido reflejo de aquella civilización antigua que inspiró al antiguo mundo, se diría que para ella fue ley el copiar solamente las ridículas supersticiones con las cuales los brahmanes rodearon al pueblo para entretenerle, hacerle soportar su yugo y olvidar la pérdida de su libertad.

Sacrificios y ceremonias según el Levítico y las costumbres indias.

Los sacrificios y las ceremonias tal como los instituyó Moisés, proceden hasta en sus menores detalles del culto vulgar de los indios.

El holocausto por excelencia de los sacrificios brahmánicos es el buey. La veneración de que goza este animal en la India procede de que es la ofrenda más agradable que se pueda hacer á Dios.

Igualmente es un buey lo que el Levítico ordena sacrificar á la puerta del Tabernáculo.

En las ceremonias de menos importancia, el sacerdote brahmán ofrece al altar cabras y cabritos, eligiendo de preferencia aquellos cuyo vellón sea rubio, ovejas sin mancha, así como gacelas negras, y una corza de piel mosqueada y tórtolas.

El Levítico ordena igualmente el sacrificio de ovejas y cabras sin mancha y palomas,

Entre los indios, las oblaciones de frutos consisten en harina, arroz, aceite, manteca clarificada y grasas de diversas clases.

Para idénticas oblaciones, los hebreos emplean la harina, el pan y el aceite y las primicias de todos los granos.

En los dos pueblos, la sal debe acompañar á todas las ofrendas, y los brahmanes y los levitas se reparten lo que queda de los sacrificios. Un fuego perpetuo arde en el altar de la pagoda india, alimentado por la deva-dassi ó sacerdotisas consagradas.

Análogo fuego arde en el tabernáculo judío, alimentado por los levitas, pues, Moisés no admitió á las mujeres en el servicio de su Dios.

Todas las faltas, en fin, contra la ley religiosa, todas las impurezas en la India como en Judea se borran y desaparecen con los sacrificios y las ceremonias de purificación.

No me extenderé más respecto á este asunto; lo que acabo de indicar me parece más que suficiente para demostrar y hacer patente la imitación.

¡Cosa extraña! Ni más ni menos que el Egipto, que lo divinizó para la plebe; ni más ni menos que la Persia y Grecia antigua que lo convirtieron en base de sus hecatombes, la Judea no pudo sustraerse á este culto general del buey, que nada podrá negar, se originó en la India. Así se encuentran en muchas páginas de la Biblia, frases del tenor siguiente:

«No atarás la boca del buey que hociquea en el grano, al contrario, le permitirás que lo coma.

»No trabajarás con un buey y un asno uncidos juntos.»

Estas pruebas de respeto, es preciso reconocerlo, son un resto de las antiguas supersticiones de las clases bajas inferiores, de las cuales le fue imposible á Moisés desembarazarse del todo.

PURIFICACIÓN DE LAS MUJERES RECIÉN PARIDAS, SEGÚN EL LEVÍTICO Y LA COSTUMBRE INDIA

Leemos en el Levítico:

«Si una mujer, *suscepto semine*, da á luz un niño, permanecerá impura siete días, y también lo será mientras dure el período mensua1...

«Si da á luz una niña, será impura durante dos semanas... y ella empleará sesenta días para ser purificada.

Cuando los días de su purificación habrán transcurrido, ya sea por un hijo ó por una hija, llevará en testimonio y para ofrecerlo en holocausto, a la entrada del Tabernáculo, un cordero de un año y una paloma ó una tórtola recién nacida que para la expiación entregará al sacerdote.»

Leemos en Manú:

«El nacimiento de un hijo constituye para los padres una mancha, pero principalmente para la madre, que es declarada impura durante tantos días como meses han transcurrido desde la concepción: deberá seguir la manera adoptada para la purificación siguiendo las estaciones naturales.»

Leemos en Callonca (Comentarios):

«Era costumbre en otro tiempo que la mujer, después de sus abluciones, terminase la ceremonia de la purificación por la ofrenda de un cordero joven que aun no había sido esquilado, acompañado de miel, arroz y manteca clarificada; y hoy día consisten, después de las abluciones, en hacer entregar a los brahmanes souniassys (ermitaños mendicantes) diez medidas de arroz y seis copas de manteca clarificada.»

Prohibiciones de algunas costumbres durante el duelo, según la Biblia.

En la India, cuando ocurría el fallecimiento del padre de familia, su mujer, sus hijos y sus esclavos debían hacerse afeitar por completo la cabeza y hacerse una pequeña incisión en la frente en señal de luto: había viudas, en alguna de las clases elevadas, que pintaban esta herida con un color diluido en un corrosivo cualquiera, á fin de que esta señal no se borrase, consagrándose de esta manera á luto perpetuo.

Los hebreos habían, sin ninguna clase de duda, conservado estas costumbres sacadas de Egipto; pues en el capítulo 14 del Deuteronomio, se les prohíbe inferirse incisiones y raparse la cabeza para llorar á los muertos. Es verdad que un poco más lejos, volviendo á aquella prohibición, se les ordena cortarse el cabello por la muerte de sus padres.

Sin duda, la costumbre habiendo continuado á pesar de la ley, se prefirió permitir lo que no se podía impedir.

LOS BRAHMANES NO DEBEN POSEER NADA EN PROPIEDAD

La misión del brahmán, según la Santa Escritura y Manú, debe enseñar la Santa Escritura y presidir los sacrificios; no puede distraer el tiempo, que lo tiene consagrado al Señor, para cultivar la tierra, cuidar el ga-

nado y recoger las cosechas. Estos trabajos son de incumbencia de los Vaysias á quienes el Señor se los ha confiado. Pero no hay un campo en la India, terreno, árbol ó animal doméstico que no deba contribuir en la satisfacción de las necesidades de los elegidos del Señor.

"Entregad á los brahmanes, dice el divino Brighon, las primeras medidas de nelly (arroz) que recolectéis, el primer becerro, la primera oveja, la primera cabra, que cada año nazcan en vuestros establos. Entregad igualmente los primeros frutos de los cocoteros, el primer aceite que mane de la prensa, la primera pieza de ropa que tejáis; no olvidéis que las primicias de todo lo vuestro les pertenece si queréis que el Señor os conserve en la posesión de vuestros bienes y que la tierra produzca en abundancia conforme vuestros deseos.»

PRESCRIPCIONES IDÉNTICAS ENTRE LOS HEBREOS

Jehová, por boca de Moisés y Aarón, prohíbe á los levitas tener parte en la tierra de los hijos de Israel:

"Os he dado, dice, lo mejor y más excelente en aceite, vino y trigo, todo lo que se ofrece como primicias al Señor.

»Todas las primicias de los bienes que la tierra produce y que son ofrecidos al Señor, serán reservados para vuestro uso; el que sea puro en vuestra casa comerá de ellos.

»Todo lo que los hijos de Israel me darán para librarse de sus votos será vuestro.

»Todo el que nazca primero ya sea en hombres ya sea en animales y que es ofrecido al Señor, os pertenecerá; de manera que al menos recibiréis el premio por el primer hijo recién nacido y os haréis purificar todos los animales que son impuros.

»Pero no haréis purificar los primeros que nazcan del buey, de la cabra y de la oveja, porque son agradables al Señor.»

La única diferencia entre las costumbres indias y las hebreas, es que el primer hijo nacido no era ofrecido á los brahmanes, y que no se podía darles las primicias de los animales impuros.

En presencia de tales analogías, creo que los comentarios huelgan, y puede afirmarse que la influencia de la India se revela lo mismo en los detalles que en el conjunto de los grandes principios que legó á las sociedades antiguas.

Impurezas y purificaciones entre los hebreos, según el Levítico.

Cuando se lee el capítulo XV del Levítico, las leyes de purificación para las impurezas involuntarias de los hombres y de las mujeres, se experimenta una admiración muy natural, viendo que se limitan á reproducir las ordenanzas sagradas que regulan esta materia entre los indios.

Tomemos por ejemplo los dos casos de que se ocupa el capítulo que acabamos de citar, para compararlos con sus similares de la India:

IMPUREZAS DEL HOMBRE

»Dirigíos a los hijos de Israel, y decidles que el hombre que sufrirá flujo seminal, será declarado impuro.

»Y se considerará que sufre este accidente, cuando á cada instante se recogerá un humor fétido que se pegará á su carne.

»Todas las camas en que dormirá y todos los sitios en que se sentará serán impuros.

»Si algún hombre toca su cama, lavará sus vestidos, y habiéndose él mismo lavado en el agua, permanecerá impuro hasta la noche.

»Si alguien se sienta donde aquel hombre se haya sentado, también lavará sus ropas, y habiéndose lavado en el agua, permanecerá impuro hasta la noche.

»Aquel que haya tocado la carne de aquel hombre, lavará sus ropas, y habiéndose también lavado, permanecerá impuro hasta la noche.

»Si aquel hombre arroja su saliva sobre el que es puro, lavará sus ropas y habiéndose también lavado, permanecerá impuro hasta la noche.

»La silla en la cual se habrá sentado será impura. Y todo lo que habrá estado debajo de aquel que sufre de este accidente será impuro hasta la noche. Y el que llevara alguna de estas cosas, lavará sus ropas y después de haberse lavado con agua, será impuro hasta la noche.

»Si un hombre en este estado, antes de haberse lavado las manos, toca á otro, éste lavará sus ropas, se lavará con agua y será impuro hasta la noche.

»Cuando una vasija habrá sido tocada por este hombre, si es de tierra, será rota y si es de madera será lavada con agua.

»Si el que sufre este accidente se cura, dejará pasar siete días desde su curación, y habiendo lavado sus ropas y todo su cuerpo en aguas corrientes, será puro.

»El octavo, tomará dos tórtolas ó dos palominos y presentándose delante del Señor, á la entrada del Tabernáculo del testimonio, los entregará al sacerdote, que inmolará uno para el pecado y ofrecerá el otro en holocausto, y rezará por él delante del Señor á fin de que se vea libre de esta impureza.

»El hombre que haya tenido contacto con una mujer (vir de quo egreditur semen coitus) se lavará el cuerpo con agua y será impuro hasta la noche.

»La mujer á la cual se haya aproximado se lavará con agua y será igualmente impura hasta la noche.»

IMPUREZAS DE LA MUJER

»La mujer, durante su período mensual (quoe redeunte meuse patitur fluxum sanguinis) deberá ser apartada de todas las cosas durante siete días.

»Cualquiera que la toque será impuro hasta la noche, y todos los objetos sobre los cuales habrá dormido ó se habrá sentado, durante los días de su separación, serán impuros.

»Aquel que habrá tocado su lecho lavará sus vestidos y después de haberse sumergido en el agua, quedará impuro hasta la noche.

»Cualquiera que toque los objetos sobre los cuales se haya sentado, lavará sus ropas y habiéndose sumergido en el agua, será impuro hasta la noche.

»Si un hombre tiene contacto con la mujer mientras ella está en

este estado que se renueva cada mes, será impuro durante siete días, y todos los lechos en que dormirá serán impuros.

»La mujer, que á más del tiempo ordinario, sufre este accidente varios días, que ordinariamente es mensual, ó aquélla á quien este accidente continúa cuando habría debido cesar, permanecerá impura mientras tanto dure el accidente.

»Y durante esta prolongación ... todos los lechos en los cuales habrá dormido y todos los objetos sobre los cuales se habrá sentado se convertirán en impuros. Quienquiera que los haya tocado lavará sus ropas y después de haberse él lavado, permanecerá impuro hasta la noche.

»Si este accidente se detiene, después que los efectos hayan cesado, la mujer dejará transcurrir siete días antes de purificarse.

»Y el octavo, ofrecerá para ella al sacerdote dos tórtolas ó dos palominos á la puerta del Tabernáculo.

»EI sacerdote ofrecerá uno por el pecado y el otro en holocausto y rezará delante del Señor para ella y por lo que ella ha sufrido siendo impura.

»Enseñaréis, pues, á los hijos de Israel á apartarse de todas las cosas impuras á fin de que no mueran por estas manchas y no manchen un Tabernáculo que está en medio de ellos.

»Tal es la ley que se refiere al que sufre un flujo seminal ó al que se mancha teniendo contacto con una mujer.

»Tal es también la ley que se refiere á la mujer aislada de todos los objetos por sus accidentes mensuales ó aquélla á la cual estos accidentes continúan fuera del período ordinario. Esto igualmente se refiere al hombre que se habrá aproximado á ella en esta situación.

IMPUREZAS Y PURIFICACIONES ENTRE LOS INDIOS, SEGÚN LOS VEDAS Y EL COMENTARISTA RAMATSARIAR

El Veda ó Escritura Santa, sienta el principio que deben purificarse todas las manchas del cuerpo por medio de abluciones, de igual manera que se limpian y purifican las del alma por las obras buenas y las plegarias.

Ramatsariar, cuyo comentario vamos á citar, es un sabio de la más remota antigüedad, muy respetado entre los brahmanes teólogos del sud del Indostán y que disfruta de gran autoridad en todo lo que se refiere á purificaciones, ceremonias y sacrificios del culto.

He aquí cómo se expresa respecto al asunto que nos interesa:

"Existe un estado en el hombre y en la mujer que les impide tomar parte en las fiestas de familia y en las ceremonias de la iglesia, pues son impuros, y la ablución hecha con las aguas sagradas del Ganges no les purifica hasta que aquel estado no haya cesado".

IMPUREZAS DEL HOMBRE

«Todo hombre que habrá contraído una enfermedad por el uso ó abuso de mujeres será impuro mientras la padecerá, hasta su curación y aun diez días y diez noches más adelante.

»Su aliento, su saliva y su sudor son impuros.
»No puede comer ni con su mujer ni con sus hijos ni con ninguno de sus parientes ó de su casta; los alimentos se convierten en impuros; también serán impuros durante tres días todos aquellos que comerán con é1.
»Sus ropas quedan impuras y deben ser purificadas con el agua austral, y todos los que los tocan se convierten inmediatamente en impuros durante tres días.
»Aquel que le había, estando en la dirección del viento, es impuro y se purifica por la ablución verificada al ponerse el Sol.
»La estera de su lecho es impura y nada puede purificarla; debe ser quemada.
»Su lecho es impuro y debe ser purificado con el agua lustral. Los vasos que utiliza para beber, los platos de tierra cocida en los cuales coloca su arroz son impuros; deben ser rotos y enterrados en la tierra.
»Si estos vasos ó estos platos son de cobre ó de otro metal, pueden ser purificados por el agua lustral ó por el fuego.
»Toda mujer que consienta á juntarse con él, conociendo el estado en que se encuentre, será impura durante diez días y diez noches y deberá ofrecer el sacrificio de la purificación después de haberse lavado en la piscina destinada a las manchas vergonzosas.
»Este hombre impuro no podrá cumplir las ceremonias funerarias por el aniversario de la muerte de sus padres; el sacrificio sería impuro y rechazado por el Señor de todas las criaturas.
»El caballo, el camello, el elefante en los cuales se sentará para ser llevado en peregrinación serán impuros y deberán ser lavados con agua en la cual se habrá hecho disolver un tallo de cusa.
»Si realiza la peregrinación al Ganges, sus faltas no le serán perdonadas, porque la ha verificado siendo impuro.
»Si se lleva agua del río sagrado no podrá utilizarla para preparar el agua lustral, pues se convertirá en impura como él.
»Si hiere en este estado á un hombre de su casta, será condenado al doble de la multa ordinaria y el herido será impuro hasta la puesta de sol.
»Cuando estará curado, se lavará en la piscina las manchas vergonzosas, después hará sus abluciones con el agua lustral, después dedicará un día a orar, pues no lo ha podido hacer con eficacia hasta este día.
»Hará abundantes limosnas a los sauniassys.
»Se trasladará entonces á la puerta de la pagoda en donde depositará ofrendas de arroz, miel y manteca clarificada junto con un cordero joven que aun no haya sido esquilado. Si es pobre y no puede ofrecer un cordero, entregará un par de palomas cuyo plumaje sea sin mancha, que no hayan criado ni hecho nido. Entonces estará purificado y podrá gozar con su mujer é hijos.»

IMPUREZAS DE LA MUJER

»El divino Manú ha dicho: Diez y seis días completos, con cuatro días distintos, prohibidos para la gente de bien, constituyen lo que se llama el período natural de la mujer, durante el cual su marido puede acercarse con amor seducido por el atractivo de la voluptuosidad. De estos diez y seis días, siendo los cuatro primeros ya prohibidos, lo mismo que el onceavo y el treceavo, los otros diez son aprobados.

»EI Veda ha dicho: El marido debe respetar á su mujer en el período natural, del mismo modo que se respeta la flor del bananero, que anuncia la fecundación y la cosecha próxima.

»El onceno y el treceavo días son señalados con la interdicción por motivos de abstinencia. Los cuatro primeros días sólo son considerados como engendradores de mancha y vergüenza para todos los que no los respeten.

»Durante estos cuatro días la mujer es impura; que se refugie en el fondo de su casa y se oculte lejos de su marido, de sus hijos y de sus servidores.

»Su aliento es impuro, su saliva es impura y su sudor es impuro.

»Todo lo que toca al momento se convierte en impuro y la leche se agria en el vaso que sostiene con sus manos.

»La estera de su lecho está manchada, debe ser quemada y el lecho purificado con el agua lustral.

»Todas las cosas sobre las que habrá descansado serán impuras, todos aquéllos que las tocarán se convertirán en impuros y deberán purificarse por medio de la ablución de la noche.

»Que no pronuncie el nombre de su marido, ni el de su padre, ni el de su madre, hallándose en este estado, pues es impura y los mancharía.

»Le está prohibido frotarse con azafrán.

»Le está vedado adornarse con flores.

»No puede hacerse trenzar los cabellos por sus mujeres; en este estado, no debe procurar agradar.

»Ha de dejar sus joyas; se convertirían en impuras y sería menester purificarlas por el fuego.

»No debe comer ni con su marido, ni con sus hijos, ni con sus mujeres, aunque estas últimas pertenezcan á la misma casta que ella.

»Le esta prohibido hacer ofrendas y asistir á las ceremonias funerarias; sus ofrendas serían impuras y las ceremonias serían manchadas.

»Si esta impureza de cuatro días, establecida por el divino Manú se prolonga dos, cuatro ó seis días, la purificación no podrá tener lugar durante este lapso de tiempo; así lo prescribe la ley.

»Cuando todos los signos exteriores habrán cesado y después de dos ab1uciones, la de la mañana y la de la tarde, que se llaman ablución del Sol naciente y ablución del Sol poniente, la mujer debe acabar de purificarse con el agua lustral.

»Entonces la mujer ha de ir á la puerta de la pagoda y que deposite ofrendas de arroz, miel y manteca clarificada; ofreced igualmente un cordero joven sin mancha que aun no haya sido esquilado, y si no puede, un par de palomas jóvenes que aun no hayan hecho nido.

»Y habiendo hecho esto, estará purificada y podrá reanudar sus ocupaciones en la casa.

»Y podrá llamar á su lado al marido que se había apartado, en cumplimiento de estas palabras de la Escritura: »Aquel que durante las noches prohibidas, se abstiene del comercio conyugal, se conserva tan puro como un dwidja ó un brahmatchar (alumno de la Santa Escritura, estudiante en teología).

Sería menester ser un partidario encarnizado de la revelación, para que en presencia de semejanzas tan evidentes entre la sociedad judía y la sociedad india, considerar á Moisés más que un legislador que teniendo que dictar leyes á un pueblo salido de la clase servil, de esta clase que no estaba sujeta mas que á las leyes del sufrimiento y del trabajo, se limitó á volver á copiar á Manés y las instituciones egipcias, cuyo origen oriental es innegable.

¿Acaso no sabemos que todos los pueblos del Asia fueron sometidos á semejantes costumbres, que aun hoy día están en vigor entre la mayoría de ellos? En aquellas

cálidas latitudes, la religión tomó bajo su salvaguardia los cuidados higiénicos de la limpieza del cuerpo, únicos medios de combatir las peligrosas epidemias que periódicamente devastan aquellas regiones, y prevenir la lepra, odiosa y repugnante enfermedad que ya Europa no conoce, pero que reina aún en Oriente con tanta fuerza como en los tiempos antiguos.

De Manú a Mahoma, estas leyes sanitarias fueron las mismas; el clima indicaba la necesidad, y con seguridad que no me habría tomado el trabajo de demostrar que Moisés sólo había sido un copista de costumbres más antiguas que él, pero que era natural adoptar, á no existir personas que llevadas de un entusiasmo sincero ó fingido, se obstinan en ver en todo el dedo de Dios y la revelación.

Moisés hace sacrificar un buey en el altar, siguiendo el ejemplo de los brahmanes, de los hierofantes egipcios, de los magos de Persia, de los sacerdotes de la antigua Grecia; en lugar de ver en esto una imitación muy natural de costumbres, cosa tan antigua como el mundo, los jesuítas Menochius y Carrieres hallan en esto el emblema, la figura de la Eucaristía.

Moisés ordena abluciones exigidas por el clima, se inspira en los reglamentos dictados por Manés y Manú, en vez de reconocer que solamente sigue la costumbre general de Oriente; los mismos jesuítas ven en estas abluciones impuestas á los hebreos la imagen de la pureza de la fe nueva que debe más tarde regenerar al mundo cristiano.

Es siempre el mismo sistema de comentarios; no se quiere admitir ningún acto por insignificante que sea, que no haya nacido en el monte Sinaí ó no sea de inspiración divina. ¡Pero también para apoyar y sostener esta opinión, á qué tristes argumentos no se ha de descender!

¿Por qué extrañarnos? ¿No sabemos hace mucho tiempo que para algunas castas no hay verdades históricas, ni buen sentido, ni razón fuera de ellas y de sus adeptos?

¿Acaso los brahmanes, los magos, los levitas y los hierofantes, al presentarse como elegidos de Dios, los únicos dispensadores de la verdad y del bien, permitieron un instante siquiera que se le discutiera? ¿Por ventura no proscribieron á sus enemigos? ¿No hicieron tem-

blar á los reyes que quisieron sustraerse á su influencia? ¿Es que no reinaron por medio del tormento y de la hoguera?

¿Por qué, preguntamos otra vez, maravillarnos si la tradición continúa, si la herencia ha encontrado sucesores y si el levitismo moderno emplea todas sus fuerzas y reune sus reservas para librar una batalla suprema con el fin confesado de proscribir la razón y la libertad y rejuvenecer este viejo despotismo sacerdotal que ya ha sembrado al mundo de ruinas y mártires?

PROHIBICIÓN DE COMER SANGRE DE LOS ANIMALES Y SANGRE DE LAS BESTIAS MUERTAS, SEGÚN LA BIBLIA

Leemos en el Levítico:

«Si un hombre, sea quien sea, ya pertenezca á la casa de Israel ó sea un extranjero de los que han venido á vivir entre ellos, come sangre, arrojaré sobre él mi cólera y lo exterminaré en medio de su pueblo.

«Porque la vida de la carne está en la sangre, Y que yo os la he dado para que os sirva en el altar para expiación de vuestras almas y que el alma sea expiada por la sangre.

«Por esto he dicho á los hijos de Israel que ninguno de vosotros ni hasta los extranjeros que han venido á habitar entre vosotros, puede comer sangre.

«Si algún hombre hijo de Israel o extranjero que habite entre vosotros caza alguna bestia, o coge con redes algún pájaro de aquellos que está permitido comer, que arroje la sangre al suelo y la cubra con tierra.

«Pues la vida de toda carne está en la sangre; y ésta es la razón porque he dicho á los hijos de Israel: «No comeréis sangre de ninguna carne porque la vida de la carne está en la sangre y cualquiera que la comiere será castigado con la muerte.

PROHIBICIONES RELATIVAS Á LAS BESTIAS MUERTAS

Si alguno, ya sea del pueblo de Israel ya sea extranjero, come una bestia que se haya muerto ó que hubiera sido muerta por otro animal, lavará sus ropas y él se lavará con agua; será impuro hasta la tarde y se convertirá en puro por esta ablución.

«*Pero si no lava sus ropas y su cuerpo, conservará la impureza.*»

PROHIBICIÓN DE COMER SANGRE DE LOS ANIMALES Y CARNE DE LAS BESTIAS MUERTAS, SEGÚN LAS INSTITUCIONES DE LOS BRAHMANES.

Leemos en Ramatsariar:

«El hombre que coma sangre de un animal no prohibido por el Veda, es decir, de aquellos con que se puede alimentar, es hijo de un pisotchas (especie de demonio vampiro) y morirá, pues nadie puede alimentarse con sangre.

«Aquel que come la sangre de un animal proscrito por el Veda, es

decir, del cual uno no se puede alimentar, muere atacado de lepra, y su alma debe revivir en el cuerpo de un chacal inmundo.

La sangre es la vida, es el divino licor que riega y fecunda la materia de que está formado el cuerpo, de la misma manera que los cien brazos del Ganges riegan y fecundan la tierra sagrada; y así como sería insensato ensayar el secar el origen ó manantial del inmenso río, de igual modo no pueden destruirse inútilmente el manantial de la vida ni profanarlo utilizándolo como alimento.

"Es por medio de la sangre como el fluido puro (agasa) emanado del gran todo, y que es el alma, se une al cuerpo. Por medio de la sangre el feto está unido á la madre y por la sangre estamos unidos á Dios.

"No se come la savia de los árboles, que es su sangre y que produce el fruto. Por idéntica razón no es menester comer la sangre de los animales, que es su savia.

"La sangre encierra los secretos misteriosos de la existencia; ningún ser creado puedo existir sin ella. Es profanar la gran obra del Creador el comer sangre.

"Aquel que se alimente con ella, tema no poder abandonar en las emigraciones sucesivas el cuerpo del animal inmundo en donde su alma debe renacer.

"EI brahmán sacrificador degüella al buey, al cordero y á la cabra, antes de ofrecerlos al altar; que esto os sirva de ejemplo.

"Cuando deseéis alimentaros con la carne de los animales puros y que no son prohibidos, sean rumiantes de cuernos partidos, sean otros cazados, volátiles ó cuadrúpedos, haced un agujero en tierra y tapadlo después de haber echado en él la sangre del animal que queráis comer.

"Además de los castigos del otro mundo, la elefantiasis, la lepra y las más vergonzosas enfermedades atacarán á quienquiera que sea que no respete estas prohibiciones.

PROHIBICIONES RELATIVAS A LOS ANIMALES MUERTOS

«Todo animal que muera ya de muerte natural, ya por accidente, es impuro, aunque no sea de aquellos que son prohibidos por la Santa Escritura, porque su sangre aun está en el cuerpo ya que nadie la ha esparcido por el suelo.

«El que come de este animal come su sangre con su carne, lo que está prohibido, y se convierte en impuro como la bestia de que se ha alimentado.

«Si la mayoría de las personas pertenecientes á las clases mezcladas mueren por la lepra y por enfermedades vergonzosas, que convierten á su cuerpo en depósito de gusanos, antes de que hayan cesado de vivir, es porque comen todas las bestias muertas que encuentran.

»El que las habrá comido deberá trasladarse á la piscina de las manchas vergonzosas, y después de haber lavado sus ropas, se sumergirá en el agua y hará tres abluciones prolongadas, y permanecerá impuro hasta la segunda salida de sol.

Al prohibir alimentarse con sangre, Moisés no funda esta prohibición más que en estas palabras: "Porque la vida de la carne está en la sangre", y como siempre, no acompaña á su pensamiento ninguna explicación.

Se ve perfectamente que se dirigía á un pueblo que más necesitaba ser dominado que ilustrado, y que aceptaba las prohibiciones sin buscar el motivo.

En la India, al contrario, la misma prohibición siente

la necesidad de desarrollarse, de dirigirse á la inteligencia, de hacerle comprender por qué ha sido dictada, y entonces las consideraciones con que se rodea la elevan á una altura que la Biblia no ha siquiera entrevisto, porque sólo ha sido un recuerdo debilitado...

»La sangre es la vida, es el divino licor que riega y fecunda la materia con que está formado el cuerpo, así como los cien brazos del Ganges riegan y fecundan la tierra sagrada.

»Por medio de la sangre el fluido puro (agasa) emanado del Gran Todo, que es el alma, se une al cuerpo.»

El sabio puede burlarse de esta definición del Veda, el pensador admira el emblema...

Y Moisés, con seguridad, no hizo otra cosa sino abreviar sus recuerdos cuando escribió aquella sencilla explicación respecto á la regla que imponía: »Porque la vida de la carne está en la sangre».

¿Estas extrañas aproximaciones no demuestran, por modo irrefutable, que la Biblia solamente es un eco de las instituciones de Oriente? No sé si me engaño, pero me parece que para todo espíritu grave, en todo esto no hay más que la realización de una idea que se desprende naturalmente de la sencilla lectura de las obras dejadas por Moisés.

En los cinco libros atribuidos á este legislador, se encuentran á cada paso detalles de los usos, de las costumbres, de las ceremonias, de las maneras y modos diversos de los sacrificios, de las leyes, que dados sin ninguna clase de explicación, no puede hallarse su razón de ser más que en la imitación de las civilizaciones antiguas y cuanto más avancemos en estos estudios comparativos, más nos persuadiremos que Moisés no hizo más que abreviar, para el uso de los hebreos, las instituciones de los egipcios que estos últimos habían recibido de la India.

PROHIBICIÓN Á LOS ISRAELITAS DE MATAR SUS BUEYES, SUS OVEJAS Y SUS CABRAS EN OTROS SITIOS QUE NO SEA DELANTE DEL TADERNÁCULO

El Levítico se expresa de esta manera:

»El Señor habló otra vez á Moisés y le dijo:

»Di á Aarón, á tus hijos y á todos los hijos de Israel: esto es lo que el Señor ha ordenado, esto es lo que ha dicho:

»Todo hombre de la casa de Israel que habrá muerto un buey, una

oveja ó una cabra en el campo ó fuera del campo, en vez de inmolarlos delante del Tabernáculo para ofrecerlos al Señor, será culpable de asesinato y perecerá entre el pueblo, como si hubiera derramado la sangre de uno de sus semejantes.

»He ahí porque los hijos de Israel deben presentar al sacerdote los animales que quieran inmolar, en vez de degollarlos en el campo á fin de que sean santificados por el Señor, á quien se los habrán ofrecido como sacrificios pacíficos, delante del Tabernáculo del testimonio.

»EI sacerdote esparcirá la sangre sobre el altar á la entrada del Tabernáculo del testimonio y quemará la grasa como olor agradable al Señor.

»Y de esta manera ya en el porvenir no inmolarán sus animales á los demonios á los cuales en otros tiempos se les abandonaban, y esta ley será eterna para ellos y para su descendencia.

»También les diréis: Si un hombre de la tribu de Israel ó de aquellos que han venido de fuera, y que son extranjeros entre vosotros, mata algún animal sin conducirlo á la puerta del Tabernáculo, á fin de que sea santificado por el Señor, morira en medio de su pueblo.

Antes de investigar el sentido simbólico de esta curiosa orden de no matar á los animales buey, oveja ó cabra sólo delante del Tabernáculo y por la mano del sacerdote, veamos cuales fueron las ordenanzas que regulaban las mismas costumbres en la India.

Leemos en Manú, libro V:

»EI Ser que existe por su propia voluntad ha creado los animales para el sacrificio, y el sacrificio es la causa del acrecentamiento de este universo: esta es la razón porque la muerte cometida para el sacrificio no es un crimen.

»Por cada pelo que el animal tenga en su cuerpo otras tantas veces aquel que lo degüelle, de una manera ilícita, morirá de muerte violenta en cada uno de los nacimientos que seguirán.

»Aquel que come la carne de un animal que ha comprado ó que ha recibido de otro después de haberla ofrecido á Dios, no es culpable. Pues comer carne, una vez cumplido el sacrificio, es lo que ha dispuesto la regla divina.

»Un brahmán nunca debe comer carne de los animales que no han sido consagrados por medio de plegarias, pero que coma, conformándose con la regla eterna, cuando han sido consagrados con palabras sagradas.

»Aquel que todos los días se alimenta con la carne de los animales que es permitido comer, no comete ninguna falta, pues Brahma ha creado algunos seres animados para ser comidos y otros para que se los coman.

»Que el dwidja sabedor de la ley jamás tenga el pensamiento de matar un animal sin hacer la ofrenda; que jamás coma carne sin conformarse á esta regla a menos de necesidad urgente.

»Aquel que únicamente por distracción mata animales inocentes, no ve aumentar su felicidad ni durante su vida ni después de su muerte. Pero el anacoreta retirado en los bosques no debe matar ningún animal sin la sanción de Veda, ni aun en caso de necesidad.

Procedente del Sama-Veda:

»Se debe respetar a los animales, pues su imperfección es obra de la sabiduría humana que dirige á los mundos, y es menester respetar esta sabiduría hasta en las obras más ínfimas.

»No matarás, pues, á los animales, que igual que tú, son de creación divina, sin motivo o para diversión.
»No los atormentarás.
»No les mortificarás.
»No les obligarás á desempeñar trabajos excesivos.
»No los abandonarás en su vejez en recuerdo de los servicios que te han prestado.
»El hombre no puede matar á los animales más que para su alimentación, evitando con cuidado el matar aquellos que son declarados impuros.
»Hasta inmolándolos para su alimentación, comete una falta de la cual será severamente castigado si no observa la regla prescrita.
»Que conduzca delante del templo al animal que desee comer, y el sacerdote lo sacrificará ofreciéndolo al Señor, y derramará la sangre de la víctima sobre el altar.
»Pues la sangre es la vida, y toda vida que se extingue debe volver á Dios.
»Aquel que come carne sin sujetarse á las prescripciones de la Escritura Santa, morirá de una manera ignominiosa, pues ha matado sin *santificar su asesinato, pues ha derramado la sangre sin ofrecerla al dueño de todas las cosas.*

ACERCA DEL MISMO ASUNTO, RAMATSARIAR (COMENTARIOS)

»Aquel que quiera observar la ley prescrita no comerá carne de los animales sino después de haberlos hecho ofrecer á Dios por el brahmán sacrificador, que derramará la sangre en el altar, pues la sangre debe ser ofrecida al Creador para santificar la muerte.
»Cualquiera que coma carne sin el sacrificio será maldito en este mundo y en el otro, pues el divino Manú ha dicho: Me devorará en el otro mundo aquel del cual yo coma la carne en este mundo.

Resulta de este pasaje del Levítico, que hemos citado anteriormente, que Moisés prohibió á los hebreos inmolar á los animales en cualquier sitio que no fuera la entrada del Tabernáculo, y esto bajo pena de muerte.
Pero como siempre, el legislador desdeña exponer sus motivos, hacer saber el objeto de su prohibición.
¿Por qué, siguiendo la misma expresión de la Biblia, prohibir la muerte de otro animal *in castris vel extra castra,* en el campo ó fuera del campo?
El párrafo 7 del capítulo XVII del Levítico que se ocupa de esta materia, contiene una explicación semejante en estas palabras: *"Et nequaquam ultra immolabunt hostias suas daemonibus."Y* ya de hoy en adelante no ofrecerán á los falsos dioses.
¿Pero qué demuestra este pasaje? Sencillamente indica que en otro tiempo los israelitas inmolaban sus animales delante de las estatuas de los dioses que Jehová había derribado y que las mismas costumbres habían sido conservadas en provecho del culto nuevo.

Lo que quisiéramos encontrar en lo obra de Moisés,

es la idea que pudo originar esta prohibición de inmolar en cualquier sitio, menos delante de la entrada del tabernáculo, *ut sanctificentur Domino,* á fin de que los animales sean santificados por el Señor.

¿Por qué, en fin, esta santificación de la sangre derramada?

¡Es preciso ir á parar en esto!

Moisés no hizo más que resumir las ordenanzas antiguas del Egipto y de la India, y, compendiador inteligente, conservando la costumbre, le sucede siempre que olvida la idea que la originó.

Fijémonos en los pasajes de Manú y del Veda que hemos copiado respecto al mismo asunto y entonces nos es posible disipar la oscuridad del texto bíblico, de explicarlo lógicamente, deduciendo la consecuencia natural que este texto, igual que los demás, únicamente es el resultado de una copia mal hecha.

Todas las naciones antiguas y principalmente las Indias, profesaron un respeto profundo á la obra misteriosa de la creación divina y su constante preocupación fue de no atacarla; de ahí su horror para la sangre y muerte de los animales. Colocados entre el temor de tocar á la obra divina y las necesidades de la vida material, que les obligaban á alimentarse de carne, imaginan esta ficción religiosa que consiste en inmolar el animal destinado á su subsistencia delante del templo de la divinidad, legitimando así la sangre derramada ofreciéndola al Creador.

Pues, según la expresión del Veda,

«La sangre es la vida, y toda vida que se extingue debe volver á Dios«.

De aquí el anatema lanzado por Manú y la Santa Escritura á todo brahmán, duvidja ú hombre puro que comiera carne de un animal que antes no fuera sacrificado á Dios.

De ahí también estas palabras de la Biblia:

«Todo hombre de la casa de Israel que mate un buey, una oveja ó una cabra en el campo ó fuera de él y que no los habrá presentado á la puerta del Tabernáculo para ser ofrecidos al Señor, será culpable de asesinato«.

De la India, no hay duda, el Oriente entero recibió esta costumbre de ofrecer á la divinidad la sangre de los animales para santificarlos antes de alimentarse con ellos.

Más tarde, la idea, primero se debilitó, se simbolizó, y cesaron de sacrificar al Creador cada animal que mataban. A la ceremonia de todos los días la substituyó las fiestas periódicas, durante las cuales el pueblo llevó animales de distintas especies, que el sacerdote sacrificó en el altar con un fin de pacificación general.

Únicamente la India permaneció fiel á sus antiguas costumbres, y, aun hoy día los brahmanes y miembros de las castas elevadas no comen carne sino cuando ha sido consagrada en el templo.

Ved, pues, como todas las civilizaciones antiguas proceden las unas de las otras, y como comparándolas en los más ínfimos detalles de su vida, de sus costumbres usuales, se logra encontrar esta comunidad de origen que, lejos de ser fruto de una idea paradójica, es el resultado fatal y lógico de las leyes que presiden al desarrollo de la especie humana.

La opinión católica, que persiste en ver en las antiguas costumbres hebreas una figura ó emblema de la Iglesia nueva, explica este capítulo del Levítico de distinta manera.

Según ella, estas prohibiciones han sido sencillamente establecidas por Dios para impedir á los judíos ofrecer sacrificios en otros sitios que no fueran el tabernáculo.

Ante todo haré notar que la Biblia se sirve de esta frase: *Homo quilibet de domo Israel,* es decir: todo hombre que haya muerto un animal en un sitio que no sea la puerta del tabernáculo.

Si se hubiera tratado de un sacrificio á la divinidad, sólo el sacerdote habría tenido el derecho de ofrecerlo; mientras que en la especie que nos ocupa, todo hebreo tiene el derecho de matar delante del tabernáculo, con tal que santifique el acto entregando la sangre de la víctima al sacerdote, que la arroja sobre el altar en señal de expiación.

Se trata, pues, de animales destinados á la alimentación, y no de aquellos destinados á las ceremonias puramente religiosas.

Ante ostium tabernaculi testimonii inmolent eas hostias pacíficas.

Sacrificarán sus víctimas pacíficas delante de la entrada del tabernáculo.

He ahí lo que está ordenado á los hebreos:

Fundetque sacerdos sanguinem super altare Domini.

El sacerdote arrojará la sangre sobre el altar del Señor.

Este es el papel que desempeña el levita.

Lo repito: si se hubiera tratado de un sacrificio simbólico á la divinidad, únicamente el sacerdote habría tenido derecho de inmolar á la víctima, y esto no á la puerta del tabernáculo, sino en el interior del templo, sitio en que él era el único que podía entrar.

Además, es preciso hacer sufrir al texto extrañas torsiones para convertir en posible esta explicación que combatimos.

Vamos á dar la traducción de este pasaje por el padre Carriéres, en la edición aprobada de la Biblia que tenemos á la vista.

Texto del Levítico:

Homo qui libet de domo Israel, si occiderit bovem, aut ovem, sive capram, in castris vel extra castra;

Et non obtulerit ad ostium Tabernaculi oblationem Domino, sanguinis reus erit: quasi si sanguinem tuderit, sic peribit de medio populi sui.

Ideo sacerdoti offerre deben filii Israel hostias suas quas occident in agro, ut sanctificentur Domino..

Traducción literal:

Todo hombre de la tribu de Israel que habrá muerto un buey, una oveja ó una cabra, en el campo ó fuera del campo,

Y que no la habrá ofrecido al Señor, delante de la puerta del Tabernáculo, será culpable de haber derramado sangre, y como si hubiera derramado sangre, perecerá en medio de su pueblo.

Esta es la causa porque los hijos de Israel deben ofrecer al sacerdote las victimas que han muerto en el campo, para que ellas sean santificadas por el Señor.

Traducción del padre Carriéres de la compañía de Jesús:

Todo hombre de la tribu de Israel *ó los prosélitos establecidos entre ellos que queriendo ofrecer un sacrificio al Señor*, haya muerto con este intento, un buey, una oveja ó una cabra en el campo ó fuera del campo,

Y que no lo haya presentado á la entrada del Tabernáculo para ser ofrecido al Señor, será culpable de asesinato, y morirá en medio de su pueblo igual que si hubiera derramado la sangre de un hombre.

Esta es la razón porque los hijos de Israel deben presentar á los sacerdotes las víctimas que quieran ofrecer al Señor á fin de que ellos las sacrifiquen delante del Tabernáculo, en lugar de degollarlas en los campos...

Todos los pasajes subrayados no existen en el texto: esta lealtad y fidelidad en la traducción no necesita comentarios. Fijémonos precisamente que estas interpolaciones poco escrupulosas sirven de base á esta opinión, que el Levítico ha oído, en este capítulo, hablar de los animales ofrecidos sencillamente en sacrificio á Jehová, y no aquellos destinados á la alimentación del pueblo.

Además, el Levítico, en el capítulo VII parece resolver esta cuestión cuando ordena ofrecer al Señor la sangre y la grasa de todos los animales muertos indistintamente, bajo pena de muerte, y de entregar al sacerdote el pecho y la espalda derecha de cada víctima sacrificada.

No se trata pues aquí más que de animales destinados á la alimentación; en esto no hay la menor sombra de duda. Igualmente no hay duda que se está obligado á remontarse al Extremo Oriente para hallar una explicación de estas costumbres, que la Biblia es impotente para darnos.

Impureza ocasionada por los muertos, y cuidados de limpieza según el Levítico.

Levítico, capítulo XXI:

«El Señor también dijo á Moisés. Hablad á los sacerdotes, hijos de Aarón, y decidles que el sacerdote en las ceremonias funerarias por la muerte de uno de sus conciudadanos no haga nada que le convierta en impuro.

»A menos que sea para las ceremonias de los que le están estrechamente unidos por la sangre y que son sus más próximos parientes, es decir: su padre, y su madre, su hijo y su hija y su hermano.

»Y su hermana virgen que aun no está casada. Pero no ejecutará nada de aquello que le pueda convertir en impuro, ni aun por la muerte del príncipe de su pueblo.

»En estas ocasiones, los sacerdotes no se afeitarán ni la cabeza ni la barba, y no practicarán ninguna incisión en su cuerpo.

»Se conservarán sanos para Dios y no mancharán su nombre, pues presentan el incienso del Señor y ofrecen los panes de su Dios; por esto es que deben permanecer puros.

Levítico, capítulo XXII.

El Señor habló también á Moisés y le dijo:

Habla á Aarón y á sus hijos, á fin de que tengan cuidado, cuando no son puros, de tocar las oblaciones sagradas de los hijos de Israel, para no manchar lo que me ofrecen y me está consagrado, pues soy el Señor.

»Diles para ellos y para sus descendientes: Todo hombre de vuestra raza que, habiendo pasado á ser impuro, se aproximase á las cosas

que le habrán sido consagradas y que los hijos de Israel habrán ofrecido al Señor, morirá delante del Señor.

»Todo hombre de la raza de Aarón que estará atacado de lepra ó sufrirá de lo que no debe suceder más que en el uso del matrimonio, no comerá las cosas que me han sido santificadas hasta que esté curado. El que tocase á un hombre convertido en impuro por haber tocado á un muerto ó á un hombre que sufriese lo que no debe suceder más que en el matrimonio,

»O el que tocase lo que se arrastra por el suelo, y generalmente todo lo que está impuro y que no puede tocarse sin ser manchado, será impuro hasta la noche; no comerá cosas que han sido santificadas antes de haberse lavado el cuerpo en el agua.

»Cuando el sol se habrá puesto, entonces, estando purificado, comerá cosas santificadas, pues es el único alimento que le está permitido.

»No comerán carne de un animal que haya muerto o que haya sido muerto por otro animal, y no se mancharán con estas carnes.

»Que cumplan mis preceptos, á fin de que no sean manchados y que no mueran en el santuario después de haberlo manchado, porque soy el Señor que los santifica.»

Si la Biblia no fuera un libro que se acostumbra á leer, sin preocuparse la mayor parte del tiempo en comprender el sentido, hace mucho tiempo que existiría la persuasión que sólo es una mezcla de los antiguos misterios, de los cuales los iniciados sólo tenían la clave, y de las más vulgares supersticiones del Egipto, haría mucho tiempo que la luz se habría hecho sobre el particular.

Estos dos pasajes que acabamos de citar necesitan algún desarrollo antes de hacerlos seguir con las ordenanzas indias de las cuales derivan.

El capítulo XXI ordena á los sacerdotes que no se mezclen en las ceremonias mortuorias, pues, se convertirían en impuros.

Les está permitido solamente presidir los funerales de sus más próximos parientes, absteniéndose sin embargo de todo aquello que les podría convertir en impuros.

Ni siquiera esta regla general tiene excepción con motivo de la muerte del príncipe del pueblo.

El capítulo XXII prohibe á los sacerdotes el tocar las cosas santas cuando son impuros, es decir, leprosos ó atacados de ciertas enfermedades, ó estando manchados por un muerto ó un hombre que ha tocado un muerto, ó en fin, cuando han tocado lo que se arrastra por el suelo, *y en general todo lo que es impuro*, según expresión del Levítico.

Y esto es lo que os quisieran hacer admitir come resultado de la revelación divina.

El sacerdote está manchado porque acompaña á su semejante á la última morada.

El sacerdote está manchado por el contacto de un muerto ó de un hombre que ha tocado un muerto.

El sacerdote está manchado cuando se halla atacado por una enfermedad independiente de su voluntad.

El sacerdote queda manchado por haber tocado animales que se arrastran por el suelo.

¡Qué extraño revoltijo de ridículas supersticiones, y cómo nos encogeríamos de hombros, de lástima, si encontrásemos disposiciones semejantes en la teología de algún pueblo bárbaro de la Oceanía!...

¡Qué! ¡de la boca de un Dios habrían salido semejantes palabras! ¡el Ser Supremo se habría manifestado á los hombres sólo para sujetarles á tan singulares prácticas!...

Comprendo, hasta cierto punto, que todo esto haya sido bueno para el pueblo de Israel, embrutecido por la esclavitud y que una vez libre sólo se distinguió por el asesinato y el robo, pero que en la actualidad nos quieran hacer doblar la rodilla ante estos fetiches... sería, me atrevo á decirlo, hacer dudar para siempre del buen sentido de la razón humana.

Nada hay más fácil, afortunadamente, que el demostrar que la revelación no ha revelado nada, hacer ver que Moisés no ha sabido hacer otra cosa sino continuar las tradiciones de Oriente y constituir los levitas bajo el modelo de los hierofantes y de los brahmanes.

Es digno de notar que en la Biblia del legislador hebreo, es decir, en los cinco libros que se le atribuyen, se encuentran pocas disposiciones respecto á manchas debidas á faltas, ó, si preferís á pecados... Toda mancha proviene de un contacto impuro.

No toquéis á un muerto... Un animal que se arrastra... Un hombre enfermo... Moriríais delante del Señor: *Peribit coram Domino.*

Este sistema de impurezas que terminan por medio de abluciones, *cum laverit carnem suam aqua,* es sencillamente el que la higiene inspiró á todos los pueblos de la alta Asia, á todos los pueblos de Oriente; y el Jehová de Moisés lo mismo fue el revelador que Moisés, que también colocó las abluciones tan necesarias en aquellos climas, bajo la tutela religiosa.

Pero los legisladores antiguos sintieron la necesidad de inculcar la limpieza á los indolentes habitantes de aquellas ardientes regiones, y Moisés que atribuye estas prescripciones al mismo Dios, es el único que no deja adivinar los motivos, convirtiendo aquellas prescripciones en absurdos.

Se podría decir mucho más de la prohibición siguiente: «Et ad omnem mortuum non ingreditur omnino; super patre quoque suo et matre non contaminabitur.

»Y no se aproximará jamás á ningún muerto, cualquiera que sea, ni aun al de su padre ó madre, pues sería manchado!»

Se muy bien que se me dirá que no comprendo la Biblia, que hay en todo esto un sentido figurado que me escapa, porque mis ojos no están iluminados por la luz de la fe, que estas costumbres no son más que imágenes, que esta pureza exigida á los antiguos levitas es sólo la figura de la pureza que deben tener los sacerdotes de la nueva Iglesia.

Conozco todas las opiniones del padre Carriéres, de otros y de sus adeptos, pero también conozco su manera de traducir... y de torturar los textos, ahora que no pueden torturar más á los herejes.

Sería verdaderamente demasiado extraño que se nos pudiera hacer creer que todos los usos y todas las costumbres, todos los actos de la vida de un pueblo han sido inspirados por Dios como emblema, figura, predicción de una religión que tenía la intención de fundar más tarde...

¡No! señores, no aceptaremos vuestras ideas. Dios no es para nosotros este obrero inhábil que necesita dos veces para completar su obra, y cuando nos ha creado con este fin misterioso que sólo conoceremos en la otra vida, nos da, dejando caer sobre nosotros un rayo de su divina majestad, la más sublime de las creencias, y la conciencia de todos guarda piadosamente el recuerdo de ellas.

Dejad, pues, la revelación hebrea que la razón no admitirá jamás, y creed que la sublime y conmovedora moral de Cristo no necesita tener por antecesores todas las supersticiones que los iniciados de los tiempos antiguos daban como pasto á la plebe.

173

IMPUREZA OCASIONADA POR LOS MUERTOS SEGÚN MANÚ, LOS VEDAS Y EL COMENTADOR RAMATSARIAR

Manú, libro V:

«La impureza ocasionada por un cuerpo muerto dura según la ley diez días para aquellos que presiden los funerales, hasta el momento en que los huesos son recogidos (sabido es que los indios queman á los muertos).

»La mancha causada por un muerto es común á todos los parientes.

»En un día y en una noche añadidos á tres veces tres noches, los próximos parientes del muerto que han tocado su cadáver son purificados; tres días solamente son necesarios para los parientes lejanos.

»EI alumno que asiste á la ceremonia de los funerales de su director espiritual sólo está purificado al cabo de diez noches; está colocado en igual categoría que los parientes que llevan el muerto.

»Para los niños varones (de la casta de los sacerdotes) que mueren antes de ser tonsurados, la purificación es de una noche.

Pero cuando han recibido la tonsura, se requiere una purificación de tres noches.

»Un niño muerto antes de la edad de dos años sin ser tonsurado, debe ser transportado por sus padres á la tierra bendecida, sin que se le queme para ser recogidos sus huesos... Y sus padres son sometidos á una purificación de tres días.

»Un dwidja, si su compañero de noviciado muere, es impuro durante un día.

»Los parientes maternos de las jóvenes prometidas, pero aun no casadas, que mueren, son purificados en tres días. Los parientes paternos se purifican de igual manera... Que se bañen durante tres días.

»Cuando un brahmán conocedor de la Sagrada Escritura muere, todo hombre que se le acerca está manchado solamente durante tres noches.

»Cuando un rey muere, todo lo que le rodea está manchado mientras dura la luz del Sol, si fallece de día, y mientras dura la luz de las estrellas, si muere de noche.»

Tales son en resumen las reglas generales de impureza para los que tocan á los muertos; veamos ahora en qué consiste la impureza del sacerdote y de qué manera debe purificarse del contacto de los muertos.

Procedente del Veda (preceptos):

«El brahmán que ha recibido la investidura sagrada y que por esto está destinado á ofrecer los sacrificios y á explicar la Santa Escritura, debe de abstenerse de todo contacto con los muertos, pues éstos dan la impureza y el sacerdote oficiando debe ser siempre puro.

»Solamente la vista de un hombre impuro le mancha, y debe, después de haber hecho las abluciones prescritas, recitar en voz baja las oraciones que borran las manchas.

»Mas el brahmán que verifica las ceremonias funerarias á la muerte de su padre y de su madre no está manchado, pues el Señor de todas las cosas ha dicho: Aquel que honre en esta vida a su padre y madre y sacrifica en su muerte, que es su nacimiento en Dios, no puede jamás ser impuro.

»Si preside los funerales de sus hermanos ó hermanas que aun no estén casadas, será impuro hasta el fin de la ceremonia y se purificará por la oración y las abluciones hasta la segunda puesta de sol.

»Que jamás entre en el templo siendo impuro para ofrecer el sacrificio del sorwamedha ó del aswanuda: el sacrificio que ofrecería sería impuro.

»Que asista á los funerales reales, que los santifique con sus oraciones, pero que no toque el cuerpo del difunto.»

Dejando entonces estas reglas de impureza del cuerpo, que le parecen secundarias, el Veda prosigue, elevándose á una altura á donde la Biblia jamás llegó.

«El verdadero sabio dos veces regenerado y que vive en la perpetua contemplación de Dios, nada le mancha en este mundo.

»La virtud es siempre pura, y él es la virtud.

»La caridad es siempre pura, y él es la caridad.

»La oración es siempre pura, y él es la oración.

»El bien es siempre puro, y él es el bien.

»La esencia divina es siempre pura, y él es una porción de la esencia divina.

»El rayo de sol es siempre puro y su alma es como un rayo de sol que vivifica todo lo que rodea.

»Hasta su muerte no causará la impureza de nadie, pues la muerte es para el sabio dos veces regenerado un segundo nacimiento en el seno de Brahma.

Ramatsariar (comentarios del Veda):

«El cuerpo se convierte impuro por el contacto impuro de los muertos y de todas las cosas que la ley ha declarado impuras.

»El alma se convierte en impura por el vicio.

»Estas leyes de impureza del cuerpo han sido establecidas por que existe por su solo poder, á fin de que el hombre mantenga la vida del cuerpo y le dé salud y fuerza por medio del agua, que es el soberano purificador...

»En cuanto á las impurezas del alma, se purifican por el estudio de la Santa Escritura, los sacrificios expiatorios y la oración, etc...

»Y como ha dicho el divino Manú: Un brahmán pasa á ser puro, desprendiéndose de todos los afectos mundanales.

PROHIBICIÓN Á LOS LEVITAS DE BEBER LICORES FERMENTADOS ANTES DE ENTRAR EN EL TABERNÁCULO

Levítico, capítulo X:

«El Señor dijo también a Aarón:

»No beberás, ni tampoco tus hijos, vino ni nada que pueda embriagar, cuando entraréis en el Tabernáculo del testimonio, por temor de que seáis castigados de muerte; este precepto es eterno y será seguido por todas las generaciones que os seguirán.

»A fin de que poseáis la ciencia para discernir lo que es santo o profano, lo que es puro ó impuro.

»Y para que enseñéis á los hijos de Israel las leyes que el Señor les ha dado por boca de Moisés.

PROHIBICIÓN Á LOS BRAHMANES DE BEBER LICORES FERMENTADOS ANTES DE ENTRAR EN EL TEMPLO

Procedente del Veda (del libro de los preceptos para los brahmanes):

«Que el brahmán oficiando, antes de afrontar la majestad del dueño del universo para ofrecerle en el templo el sacrificio de la expia-

ción, se abstenga de toda clase de licores espirituosos y de los placeres del amor.
»Los licores espirituosos producen la embriaguez, el olvido de los deberes; profanan la oración.
»Las divinos preceptos de la Santa Escritura no pueden salir de una boca apestada por la borrachera.
»La embriaguez es el peor de todos los vicios, pues mancha la razón, que es un rayo del mismo Brahma.
»Los placeres del amor permitidos á los hombres, están prohibidos á los sacerdotes, cuando se preparan para la contemplación del dominador de los ciclos y de los mundos...
»EI brahmán sólo puede aproximarse al altar del sacrificio con *un alma pura en cuerpo puro.»*

Quizás se encontrará que este último pasaje no tiene gran importancia teniendo en cuenta el hecho de que todas las religiones del Oriente se han juntado para proscribir las bebidas fermentadas.

La antigüedad de la India nos demuestra que la legislación religiosa de aquel país es la primera en cuanto á la fecha, que prohíbe á los sacerdotes el uso de los licores espirituosos y principalmente los placeres del amor, cuando aquellos se preparan á ofrecer el sacrificio.

Esta última prohibición no ha sido derogada por la Biblia, la cual, por otra parte, se ha preocupado muy poco de los asuntos referentes á las costumbres y aun sólo para dar lecciones de inmoralidad.

Sea lo que fuese, esta cita del Veda demuestra una vez más lo mucho que la Escritura hebrea está por debajo de las Escrituras sagradas de los indios, por lo que se refiere á la grandeza en las ideas y á la dignidad.

CASAMIENTO DE LOS SACERDOTES. - DEFECTOS QUE APARTAN DEL SACERDOCIO

Levítico, capítulo XXI:

«El sacerdote tomará por mujer á una virgen.
»No se casará con mujer viuda, ó mujer que haya sido repudiada ó deshonrada, ó que sea infame, sino tomará una mujer de su tribu.
»No mezclará la sangre de su raza con una persona del bajo pueblo, porque es el Señor quien lo santifica.
»El Señor dijo aún á Moisés:
»Digas aún á Aarón: Si un hombre de entre las familias de tu raza tiene alguna mancha en el cuerpo, no ofrecerá el sacrificio á Dios.
»Y no se aproximará al ministerio de su altar si es ciego, cojo, si tiene la nariz demasiado pequeña ó demasiado grande ó torcida.
»Si tiene la mano ó el pie estropeados.
»Si es jorobado, si es legañoso, si tiene una tara en un ojo, si constantemente está atacado de sarna esparcida por todo el cuerpo ó una hernia.
»Todo hombre de la raza del sacerdote Aarón que tendrá alguna mancha no ofrecerá víctimas al Señor ni panes consagrados.

»No obstante, podrá comer los panes que son ofrecidos en el santuario.

»Pero de tal manera, que no entrará dentro del velo y no se acercará al altar, porque tiene una mancha y no debe manchar mi santuario. Soy el Señor que los santifica...

CASAMIENTO DE LOS SACERDOTES SEGÚN LOS VEDAS Y LAS INSTITUCINES BRAHMÁNICAS

Sacado del Veda (preceptos):

»Que el brahmán se case con una joven brahmana virgen y sin chancha, cuando haya cumplido el tiempo de su noviciado y recibido la investidura sagrada.

»Que no busque a una viuda, una mujer enferma o de malas costumbres o cualquier otra perteneciente a una familia que no estudie la Sagrada Escritura.

»La mujer que elegirá deberá ser agradable y bien hecha; que su andar sea púdico y tímido, su cara dulce y sonriente, su boca pura de todo beso, que su voz sea melodiosa y acariciadora como la del dathyona, que sus ojos sean inocentes en el amor. Pues así es como la mujer inunda la casa de alegría y de felicidad y atrae la prosperidad.

»Que se aparte de toda mujer de raza impura o vulgar; se mancharía con su contacto, y sería la causa de la degradación de su familia.

»Pues la mujer cuyas palabras, pensamientos y cuerpo son puros, es un bálsamo celeste.

»Feliz será aquel cuya elección será ratificada por todas las gentes honradas».

Manú, libro III, id.:

»Se le ordena al dwidja de elegir mujer de su clase...

»Que tome una virgen bien formada, cuyo nombre sea agradable, que su andar sea gracioso como el del cisne ó del elefante joven, cuyo cuerpo esté revestido de un suave vello, cuyos cabellos sean finos, los dientes pequeños y los miembros de una armonía encantadora.

»Que evite aquella cuya familia descuide los sacramentos, que no tenga hijos varones ó no estudie la Santa Escritura ó aquella cuyos padres estén afectados de enfermedades vergonzosas »

Ramatsariar (comentarios), id.:

«El brahmán que se case con una mujer que no es virgen, que es viuda, que ha sido repudiada por su marido ó que no es conocida como mujer virtuosa, no puede ser admitido á ofrecer el sacrificio, pues es impuro y nada puede salvar su impureza.

»No se tiene noticia, dice el divino Manú, ni por la historia, ni por la tradición, que ningún brahmán, ni aun por fuerza, se haya casado con una mujer de baja clase.

»Que el brahmán se case con una brahmina, dice el Veda.

»Pues está escrito que el brahmán no puede buscar á una mujer de baja clase ó de la clase servil.

»EI divino Manú dice aún:

» El brahmán que duerma con una mujer sudra será arrojado de la morada celeste.

»La ley no dispone nada acerca de la purificación para aquel que tiene los labios manchados por los de una mujer sudra, y que ha respirado su aliento impuro...»

DEFECTOS QUE EXCLUYEN Á LOS SACERDOTES EN LOS SACRIFICIOS DIVINOS SEGÚN LAS INSTITUCIONES BRAHMÁNICAS.

Ramatsariar (Comentarios):

«El brahmán atacado de alguna enfermedad vergonzosa, como lepra, elefantiasis ó sarna, no puede entrar en el templo para ofrecer el sacrificio, pues es impuro, y Dios no recibiría su ofrenda.

»Esta impureza durará todo el tiempo de la enfermedad y diez días más y se purificará por medio de abluciones en el estanque sagrado del templo y por tres veces se rociará con agua lustral.

»Si la enfermedad no puede curarse, será excluido para siempre de los sacrificios, pero tendrá su parte en las ofrendas de arroz, de miel, de manteca clarificada, de granos y animales sacrificados; pues el divino Manú ha dicho que sería herido de muerte en todos los nacimientos sucesivos, el brahmán que usaría una alimentación no consagrada.»

De esta manera, como puede verse, los libros sagrados y los teólogos de la India sólo alejan del templo y de los sacrificios al brahmán afectado de enfermedades contagiosas y esto mientras dura la enfermedad.

Después de haber copiado este principio, la Biblia lo exagera en sus aplicaciones, y, como siempre, con una estrechez de miras vecinas al ridículo.

¿Qué os parece este Jehová de Moisés que arroja de su templo á todos aquellos que tienen una mancha en el ojo, ó que tienen la desgracia de nacer con una nariz demasiado grande ó demasiado pequeña ó torcida?

Las luces de la fe sin duda deben guardar el secreto de estas cosas tan tristes como extrañas, y demuestran tan claramente la estrechez de miras y la poca elevación de espíritu de su autor.

¡Fundar los vicios de excepción religiosa en una afección de los ojos ó en la forma de la nariz!

¡No valía la pena de renegar de las supersticiones de Egipto y hacer exterminar á los sectarios de Moloch!

Ha llegado la hora, creemos, de terminar estas comparaciones entre las costumbres indias y las hebreas, y no es que nos falte materia ni que carezcamos de textos, pero nos parece ocioso acumularlos en este volumen en perjuicio de otros asuntos que aun debemos estudiar.

Lo mismo también que la prueba de la tesis que sostenemos, á saber: Que la sociedad judía no fue para el Egipto más que una emanación india, igual por otra parte, que las demás civilizaciones de la antigüedad,

nos parece suficientemente demostrada para que nos sea permitido abordar la parte más interesante de nuestra tarea.

Sería negar la evidencia, en presencia de tantos puntos de contacto tan evidentes, en vista de los estudios generales de la primera parte de este libro, el rechazar la influencia de las sociedades primitivas de Oriente sobre toda la antigüedad, para atribuir estas semejanzas á un acaso no inteligente.

Sólo queda a nuestros adversarios posibles dos medios para intentar derribar estos hechos y las conclusiones que de ellos derivan.

El primero consistirá en sostener que la influencia atribuida por nosotros á la India sobre los pueblos antiguos, puede igualmente venir de Moisés y de la revelación bíblica.

El segundo consistirá en poner en duda la autenticidad de los libros sagrados de la India, ó al menos atribuirles un origen posterior al de Moisés.

Estas dos objeciones, que por otra parte, ya he visto presentar, solamente son graves en apariencia; pero es justo tenerlas en cuenta y si bien las primeras páginas de este libro fueron escritas para combatirlas, nos falta aún demostrar que no son más que el resultado de un anacronismo histórico y filosófico.

Esta cuestión, una vez dilucidada, aligerará tanto las sublimes tradiciones del Génesis indio, que vamos á emprender, por encima de todo, disminuir el interés lo menos imposible.

CAPITULO VIII
IMPOSIBILIDAD DE LA INFLUENCIA BIBLICA SOBRE EL MUNDO ANTIGUO

Algunos escritores católicos, llevados de un entusiasmo que comprendo, han querido hacer de Moisés el iniciador de los pueblos antiguos.

Creo que sin gran peligro, podría negarse á esta opinión el honor de una discusión; los hombres serios y conocedores de la antigüedad serían de esta opinión. Sin embargo, una apariencia de objeción puede nacer de esta pretensión.

Veamos, pues, lo que vale.

Comprendo que una gran nación, el imperio romano, por ejemplo, pueda hacer sentir y aceptar su influencia á los pueblos que somete á sus leyes por medio de la conquista.

Comprendo que un pequeño pueblo, los Atenienses, por ejemplo, logre en virtud del desarrollo extraordinario de su genio artístico, de su genio literario, filosófico y moral, servir de modelo á sus sucesores en este gran camino del progreso que surca al mundo y no conoce nacionalidades.

En efecto, no se borrará de la escena del mundo civilizado los siglos de Pericles y Augusto.

¿La Judea puede acaso reivindicar un pasado semejante?

¿ Dónde están sus grandes conquistas transportando á lo lejos la influencia de su nombre?

¿Dónde están sus monumentos artísticos, filosóficos y literarios?

Nacidos en la esclavitud, descendientes de los parias del Egipto, los hebreos caminan durante largo tiempo por el desierto; rechazados en todos lados por los pueblos limítrofes, que ni querían aliarse con ellos ni permi-

tirles el paso por sus tierras, se precipitaron el mejor día como una horda de salvajes hambrientos, sobre las pequeñas tribus de la Palestina, quemando, saqueando, ya á los amalecitas, ya á los cananeos, ya á los madianitas, ya á los amorseos, etc.

¡Estas fueron sus conquistas!

Jamás ninguna cuadrilla de bandidos, de invasores nómadas dejaron tras sí tantas ruinas ahogadas en sangre. Es verdad que estos violentos ataques y robos se realizaron en nombre de Jehová, lo que para muchos individuos constituye aún hoy día una excusa suficiente.

En efecto, este Dios de paz y de amor no encontraba jamás á sus adoradores bastante feroces... su baño de sangre bastante profundo. Se habían respetado algunas desgraciadas madres y á sus pequeños hijos, su cólera hacía estremecer las nubes; fulminaba amenazas espantosas contra los hebreos que no cumplían del todo sus órdenes... y »¡Pronto¡» que se degüelle á todas las mujeres ancianas y á sus hijos que no son útiles para nada; conservad únicamente á las vírgenes.

¿Es esto bastante inmoral? ¿Es prueba suficiente de impudor?

Siempre me he preguntado por qué los partidarios de la revelación rechazan el Corán; encontrarían en éste, sin embargo, lecciones de humanidad que el espantajo hebreo ha tenido mucho cuidado en no dar.

Afortunadamente, todas estas escenas de carnicería, todas estas torpezas no salieron del círculo restringido de la Judeá, y además los antiguos dueños de Egipto, lo mismo los asirios que los babilonios, se ocuparon de vez en cuando en imponer la razón á aquellos bandidos, que jamás pudieron vivir en paz, ni dejar su afición al robo y al pillaje.

No es, mediante semejantes ejemplos, como este pequeño país perdido en medio de las naciones de la antigüedad, y englobado más tarde en la conquista romana, pudo ejercer su influencia.

Si nos volvemos del lado del progreso en la literatura, en la filosofía, en las artes y en las ciencias, nos vemos obligados á confesar, y bendeciríamos al que nos demostrara nuestro error, que sólo hallamos la mayor oscuridad y la más profunda ignorancia.

No existe otro pueblo en el mundo que haya obrado tan poco, producido tan poco y pensado tan poco...

Tenemos el arte colosal de Egipto que hace soñar por sus gigantescas proporciones, si no causa tanta admiración por la belleza y sublimidad de sus obras como el arte ateniense.

Tenemos el arte indio, padre del de Oriente entero, que igualmente se distingue por su grandeza y majestad.

Las investigaciones modernas han hallado las esculturas enterradas de Babilonia y de Nínive.

¿Dónde están los legados artísticos de la Judea?

¡Oh! sé la respuesta.

Los hebreos no conocieron ni tuvieron arte. Leed la Biblia y las descripciones del templo dedicado á Jehová.

Los hebreos no tuvieron poesía ni literatura. Leed la Biblia.

Los hebreos no tuvieron ciencias morales y filosóficas.

Leed la Biblia...

Siempre la Biblia, y otra vez la Biblia ... Todo está en este libro...

¡Y bien! esto, francamente no puede satisfacerme, y, preciso es manifestarlo, la página más insignificante de Platón ó de Vyasa, la más sencilla tragedia de Sófocles ó de Eurípides, una escena de Sacountala, un brazo suelto de una estatua de Fidias, ó una escultura de Dahonta me satisfarían mucho más.

Acaso no veis que el pueblo de Israel, embrutecido por la esclavitud y que había conservado sus tradiciones nómadas del desierto, oprimido por un levitismo tan inepto como despótico, constantemente conservado en esclavitud por las naciones vecinas, ni tuvo idea ni tiempo en adquirir afición á las grandes cosas. Ahora bien, cuando se habla de civilización hebrea se pronuncian palabras vacías de sentido.

¿En qué la Judea se asemeja á Egipto, á Persia, á la India, para que podamos encontrar su influencia? La Judea si en algo se aproxima á estos países es por las supersticiones que estos últimos sólo consentían y admitían para la plebe...

Las altas clases, en Egipto y en Oriente, se entregaban al estudio de las ciencias, á la investigación de las verdades inmortales que han sido depositadas en germen en la conciencia del hombre. Creían en la unidad de un Dios todopoderoso, protector, supremo generador del bien, imagen del poder y de la bondad, abandonando á los esclavos y á los artesanos el sacrificio de los anima-

les, las ofrendas de las simientes y del pan, que constituyen todo el bagaje de la teología judía.

Es evidente que los hebreos no hicieron más que continuar su tradición de esclavos, y sería demasiado ridículo querer hacer nacer entre ellos el soplo iniciador de los tiempos antiguos.

¿Acaso las sociedades egipcia é india no existían ya formadas en el momento en que estos esclavos huyeron ó fueron arrojados al desierto?

Hacía mucho tiempo que la India de los Vedas había dicho su última palabra: su esplendor decaía para dar paso á la decadencia.

El Egipto se preparaba á sacudir el yugo sacerdotal para arrojarse en brazos de los reyes, si ya no lo había hecho.

¿De qué manera la Judea habría podido legar sus usos y costumbres, sus creencias, que adoptaba precisamente en la época en que sus usos y costumbres y sus creencias se transformaban, se modificaban en los otros pueblos que primitivamente los habían tenido?

¿Acaso no fueron los hebreos en el mundo antiguo los últimos representantes del régimen teocrático puro? ¿Por ventura no fueron los últimos en conservar las castas de sacerdotes y levitas, que á imitación de los hierofantes de Egipto, dominaron al pueblo por los misterios y las más groseras supersticiones y no se abstuvieron de destronar á los reyes que no se hicieron esclavos de su poder?

Los israelitas fueron el pueblo más despreciado de la antigüedad; ninguna de las naciones vecinas había olvidado su origen servil. Así es que cuando necesitaban esclavos, se los procuraban mediante una excursión á la tierra de Judea.

Hemos repetido suficientemente que la Biblia no es un libro original; basta leerla atentamente para convencerse de ello; ninguna de las costumbres que impuso le pertenecen; todas ellas se encuentran en las más antiguas civilizaciones de Egipto y Oriente.

¿Se dirá que es este libro quien ha introducido en el mundo los sacrificios de animales, el holocausto del buey, por ejemplo? Sería faltar á la historia ú olvidar que el Egipto, la Persia y la India realizaban estos sacrificios mucho tiempo antes que Moisés los hubiera ordenado.

El sistema de las purificaciones por medio de las

abluciones, es tan viejo como el mundo, en los pueblos asiáticos, y en esto la innovación es imposible.

Además la Biblia fue un resumen de los antiguos libros sagrados, entrevisto por Moisés en la corte de Faraón que á cada momento copia pasajes inexplicables por sí mismos y que se refieren á libros enteros de Manú ó de los Vedas.

¿Dónde está el capítulo especial de las cosas impuras, de todo lo que esta prohibido tocar bajo pena de mancha?

No existe en la Biblia. En un sitio y en otro habla de alguna impureza de los hombres, de la mujer y de algunos animales, pero todo esto ahogado, á un lado y á otro, por un sin fin de repeticiones ociosas, que impiden conocer el pensamiento, causa de la ley.

Por el contrario, en los libros sagrados de los indios se encuentra una nomenclatura completa y especial de todos los casos de impureza y de todos los objetos que la ocasionan, con la manera de purificarse, del mismo modo que numerosas explicaciones acerca del espíritu que ha presidido aquellas ordenanzas.

¿Quién debe proceder, pues, uno del otro?

¿Es la doctrina detallada, racional de la India respecto á estas materias? ¿Son, por el contrario, estos fragmentos de la Biblia escritos de prisa, sin orden, sin método y que sólo pueden explicarse remontándose á las sociedades más antiguas que nos dan la clave de ellos?

Esto no resiste la discusión.

¿Se dirá que la Biblia ha inculcado á los pueblos esta gran idea de la unidad de Dios que nada, antes de llegar á ella, había sabido apartar y librar de la superstición y de los misterios?

A esto responderemos que Moisés no ha hecho más que desfigurar la idea primera que sacó de la teogonía egipcia, y que su Jehová, irascible, sanguinario y destructor de naciones, lejos de ser un progreso, no es más que la perversión de la primitiva creencia.

No fue de esta manera, muy pronto la veremos, como la India se formó idea y comprendió al dueño soberano de todas las cosas.

Me interesa más el Júpiter griego que el Dios de Moisés, que si nos presenta algunos ejemplos de moral no muy refinada, al menos no hace bañar los pies de su altar en olas de sangre,

¿Se dirá aún que Moisés nos ha conservado las tradiciones de la creación del hombre y del diluvio?

Demostraremos que lo que ha hecho fue obscurecerlas con fábulas ridículas, lo que no ha dejado de hacer, por otra parte, en todas las cosas en que puso la mano.

¿Qué os parece este cuento de las *Mil y una noches* que atribuye al robo de una manzana la salida de nuestros primeros padres del Paraíso terrestre y todos los males que después afligen á la humanidad?

Se necesita poca cosa, confesémoslo, para contentar la sabiduría humana. Me maravilla sin embargo, que teniendo fe en semejantes cosas se atrevan á compadecer á las poblaciones ignorantes que han conservado la creencia en los magos.

Vamos, es detenernos demasiado en semejante asunto, y quizás no habríamos tenido que conceder tanta importancia á esta objeción, que sin duda sólo hallará sostenedores entre aquella gente que han inscrito en su bandera la divisa que ya hemos encontrado en nuestro camino:

CREDO QUIA ABSURDUM.

CAPITULO IX

AUTENTICIDAD DE LOS LIBROS SAGRADOS DE LOS INDIOS

Demostradnos la autenticidad de los libros sagrados de la India si queréis que podamos admitir vuestro sistema, se nos dirá de todas partes.

Unos pronunciarán esta frase con la mejor buena fe, otros la utilizarán como lazo ó trampa.

Me explicaré:

Si un escritor europeo se encargase de explicar Moisés y la Biblia, Cristo y su misión, así como igualmente los escritos de los evangelistas á los chinos ó á los japoneses, los que en estos pueblos conocieran la lógica no dejarían de decirle: Todo esto está muy bien, pero demostradnos la autenticidad de todas estas gentes y de sus obras: pues nos vemos obligados á confesar que jamás hemos oído hablar de ellos. Si se tratase de Buda ó de Confucio, sería cosa muy diferente.

¿Qué haría nuestro compatriota?

Para presentar sólo un ejemplo, no hay duda que se expresaría de la siguiente manera:

«¿No conocéis el libro de los Evangelios, sabios japoneses é ilustres chinos? Sabed, pues, que nada hay tan fácil como demostraros la autenticidad de esta obra".

Cuatro autores diferentes pusieron la mano en ella. El primero, que es San Juan, escribió...

-Alto, exclamarían los interruptores; demostradnos ante todo, la existencia de este hombre, después trataréis de su obra.

- Tenéis sobrada razón. San Juan fue un pescador elegido por Cristo...

-¡Permitidme una palabra! Si demostráis la existencia de Juan por medio de Cristo, probadnos ante todo á Cristo á quien tampoco conocemos.

-Obedezco vuestro razonamiento, chinos magnáni-

mos. Escuchad, pues: El año treinta y uno del reinado de Augusto, un niño, cuyo nacimiento había sido profetizado por...

-Pero siempre lo mismo, exclamarían inmediatamente los japoneses. ¿Quién es, pues, este Augusto de quien nos habláis?

- Ya que lo queréis así, vaya por Augusto... Este príncipe, hijo adoptivo y sucesor de César...

-Oh, dirían los chinos á su vez, tenéis la manía de los nombres...

¿No podríais demostrarnos la veracidad de vuestro libro y su existencia histórica sin todos estos señores de los cuales oímos hablar por la primera vez?

– ¡Ay no! respondería nuestro infortunado compatriota y veo que para llegar á la prueba que me pedís, estaré obligado á daros un curso completo de historia de las antiguas civilizaciones de Occidente, y además dada vuestra manía de interrumpirme á cada momento y á cada nombre, llegaría infaliblemente a puntos oscuros que no podría explicar, á nombres de héroes, de legisladores y de reyes de los cuales no encontraría los precursores.

¿Qué harían entonces los chinos y los japoneses? Aquellos que obrarían de buena fe dirían: ¡Esto es verdad!

Aquellos que os habrían tendido el lazo, se volverían hacia los asistentes diciéndoles:

«Este hombre se burla de nosotros y la mentira habla por su boca«.

No se espere, pues, á que diga: Fue Richi Bhrigon, cuyo origen se pierde en los tiempos mas antiguos de Oriente, el primero que recogió las leyes sueltas de Manú que ya hacía siglos que estaban en predicamentos en la India. Después de él, Narada que vivía antes del Diluvio, etc...

O aun:

Los Vedas, según los brahmanes, fueron revelados en el crida-yonga (primera, edad), es decir, en los primeros tiempos de la creación. El primer comentario de estos libros religiosos se remonta al rey santo Bhagiratha, contemporáneo de Bhrigon, etc...

Sería caer en el lazo que acabo de señalar y no dejarían de exclamar con alegría algunos partidarios de determinadas ideas:

«¡Eh, nos queréis embromar con vuestro Bhrigon,

vuestro Narada y vuestro rey santo Bhagiratha! ¿Qué pueden ser todos estos hombres que invocáis como autoridades?

Y el juego estaría hecho.

Y como quiera que en contestación no podría hacer en dos artículos de periódico un curso de historia de todas las civilizaciones antiguas (lo que exigiría la vida de varias generaciones) para reducir á la nada los argumentos de mis adversarios, se arrojaría el libro sin querer confesar que no es culpa mía, si tanta gente vive en una ignorancia tan supina de las antiguas sociedades que nos han precedido, de muchos millares de años sobre la tierra, sin querer confesar que yo no tengo la culpa de que se enseñe el latín y el griego, sin remontarse á la lengua madre que es el sánscrito; si se enseña la historia antigua sin remontarse á la historia madre, que es la del extremo Oriente.

Las pruebas generales, las pruebas más evidentes de la autenticidad de los libros sagrados de los indios, ya las hemos presentado en la primera parte de esta obra; los estudios á que me he dedicado no han tenido otro fin. Las he presentado igualmente en mis investigaciones acerca de las sociedades hebreas é índicas, y en las comparaciones que los han acompañado y seguido.

Las he presentado también para el sánscrito, idioma en el cual estas obras están escritas, y que no se hablaba ni escribía desde muchos siglos antes de Moisés.

Además, ¿cuando encontráis en un país y en un pueblo, leyes, costumbres, usos, ideas religiosas, tradiciones poéticas de la antigüedad, no hay fundamento para sostener que la antigüedad ha dejado sentir su influencia por modo evidente?

Ningún pueblo de esta última época fue la imagen completa de la India y por consiguiente ninguno puede reivindicar el conjunto de estas costumbres que encontráis esparcidas por aquí y por allá, á derecha y á izquierda, en Persia, en Egipto, en Judea, en Grecia y en Roma, costumbres que sólo la India posee en su integridad y en su conjunto.

Y si a todo esto se añade aún esta lengua primitiva, esta lengua maravillosa que no sólo ha originado todos los idiomas de Oriente, si que también el griego, el latín, las lenguas eslavas y germánicas, tenemos el derecho de decir: Estas son las pruebas de la autenticidad

que invocamos en favor de los libros sagrados de la India.

Presentadnos, pues, algunos que sean más imponentes, más sensibles y evidentes, sobre todo después de haber desafiado las revoluciones de toda clase y la acción de los siglos.

CAPITULO X

ESPIRITUALISMO DE LA BIBLIA

Este capítulo será corto. Lo compone una sencilla reflexión, pero de estas pocas líneas podría nacer un volumen.

En vano he registrado y revuelto en todos sentidos la obra de Moisés, á quien no se regatea la sublimidad, y no he encontrado ni un pensamiento, ni un versículo, ni una palabra, que haga la más pequeña alusión, la más lejana, ni la más encubierta respecto á la *inmortalidad del alma.*

En medio de esta orgía espantosa de desórdenes y de asesinatos, no hallamos ninguna palabra que se eleve hasta los cielos para aliviar al corazón; ningún movimiento de esperanza hacia la vida futura; ¡nada más que sacrificios de bueyes... sombrías supersticiones... y arroyos de sangre humana corriendo en nombre de Jehová!

CAPITULO XI

MORALIDAD DE LA BIBLIA

Una sola cita será suficiente.

Números, capítulo XXXI.

«Y Moisés se encolerizó contra los principales oficiales del ejército, contra los tribunos y centuriones que venían del combate.

«Y les dijo: ¿Por qué habéis respetado a las mujeres y á los niños?

«Matad, pues, á todos los niños varones é igualmente á las mujeres que ya han sido casadas.

«Pero reservaos para vosotros a todas las jóvenes y aquellas que sean vírgenes.»

FIN DEL TOMO PRIMERO

La Biblia en la India

Tip. El Anuario.—Diputación, 344.—F. Granada y C.ª
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

Biblioteca Contemporánea

La Biblia en la India

VIDA DE IEZEUS CHRISTNA

POR

LUIS JACOLLIOT

PRIMERA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

POR

R. COMAS SOLÁ

Tomo II





F. GRANADA Y C.ª, EDITORES
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS
RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

MAUCCI HERMANOS
1.ª DEL RELOX, 1
MEXICO

4

ÍNDICE

TERCERA PARTE

GÉNESIS INDIA.—LA VIRGEN DEVANAGUY Y IEZEUS CHRISTNA

6

Págs.

EPÍLOGO

CUARTA PARTE

ORÍGENES INDOSTANOS DE LA IDEA CRISTIANA

8

TERCERA PARTE

Génesis india.—La virgen Devanaguy y Iezeus Christna

CAPITULO PRIMERO

ZEUS Y BRAHMA. — CREENCIAS RELIGIOSAS ACERCA DE LA EXISTENCIA DE LOS MUNDOS

Los primeros escritores que se ocuparon de los indios y de sus dogmas religiosos, mal informados, desconociendo la lengua del país, influídos por ideas preconcibidas, no se cuidaron más que en reanimar supersticiones, ceremonias que les parecieron ridículas, sin reflexionar en que las formas particulares de un culto, independientes hasta cierto punto de la idea religiosa, varían según la imaginación y el carácter de los pueblos.

No vieron que se encontraban en una tierra envejecida, cuya decadencia se remontaba á tres ó cuatro mil años, que las sencillas creencias de las primeras edades habían sido reemplazadas por mitos é innumerables leyendas poéticas, y que era preciso penetrar en el interior de los templos, interrogar la tradición y los sabios brahmanes, obligar al libro á revelar sus secretos, para conseguir comprender el esplendor del pasado y las miserias del presente.

Después de ellos vinieron aquellos infatigables investigadores, gloria de nuestro siglo, Strange, Colbrovell, Weber, Schelegel, Bournouf, Desgranges y otros, que exhumaron y presentaron ante el mundo maravillado el idioma primitivo, del cual los idiomas antiguos y modernos provienen.

Se comenzó á vislumbrar la verdad acerca de este antiguo país, que fué la cuna de la raza blanca, pero hasta este día se dedicaron mucho más á traducir fragmentos de numerosas obras filosóficas, los inmensos poemas que la India nos legó, que no en condensar la primitiva idea que dió nacimiento á la ciencia filosófica y á los mitos religiosos de la poesía.

Se ha estudiado demasiado el brahmanismo, es decir, la época de la decadencia, y no lo suficiente el vedismo, es decir, el período de las creencias primitivas, que alcanza la creación del mundo y la venida del redentor Christna, hasta la revolución social verificada por los sacerdotes.

La pura religión india no reconoce, no admite más que un solo y único Dios.

Y el Veda lo define de esta manera:

«Aquel que existe por sí mismo y que está en todo, porque todo está en él».

Manú, comentando al Veda, dijo:

«Aquel que existe por sí mismo, que sólo el espíritu puede percibir, que escapa á la acción de los sentidos, que está sin partes visibles, eterno, alma de todos los seres y que nadie puede comprender».

El Maha-Barata presenta también la definición siguiente:

«Dios es uno, inmutable, desprovisto de partes y formas, infinito, omnisciente, omnipresente y omnipotente; es él quien ha hecho salir los cielos y los mundos del abismo, de la nada y los ha lanzado por los espacios infinitos; es el divino motor, la gran esencia original, la causa eficiente y material de todo».

Oigamos aún al Veda, que en un arranque poético exclama:

«El Ganges que corre, es Dios; el mar que ruge es él; el viento que sopla es él; la nube que truena es él; el rayo que brilla es él. Del mismo modo que en la eternidad el mundo estaba en el espíritu de Brahma, de igual modo hoy todo lo que existe es su imagen».

No creo que el transcurso de los siglos, y lo que se ha convenido en llamar el desarrollo del espíritu humano, hayan añadido nada á estas definiciones.

Los teólogos indios distinguen á Dios en dos situaciones distintas.

En la primera es Zeus, es decir, Dios sin obrar, aún no revelado.

De él los Pouranas han dicho en sus comentarios á los libros sagrados:

«Espíritu misterioso, fuerza inmensa, poder insondable, ¿cómo se manifiesta tu poder, tu fuerza, tu vida, antes del período de la creación? ¿Dormías como un sol apagado en el seno de la descomposición de la materia? ¿Esta descomposición estaba en ti, ó la habías ordenado? ¿Eras tú el caos? ¿Eras la vida encerrando en ti todas las vidas que habían huído de la lucha de los elementos destructores? Si eras la vida, también eras la destrucción, pues la destrucción viene del movimiento, y el movimiento no existiría sin ti.

»¿Has arrojado los mundos en un horno ardiente para regenerarlos, hacerlos renacer de entre la descomposición, como el árbol viejo renace de su semilla, que germina en el seno de la podredumbre?

»¿Tu espíritu andaba errante sobre el agua, puesto que te llaman Narayana?»

Este nombre de Narayana nos da pie para un extraño y singular punto de contacto con la expresión de la Biblia, una prueba más añadida á las otras respecto al origen indio de este libro.

Expliquemos, ante todo, esta palabra, pero dejemos hablar á Manú (libro I).

«Las aguas han sido llamadas naras, porque eran producción de Nara (en sanscrito, espíritu divino); estas aguas habiendo sido el primer sitio en movimiento (en sanscrito, ayana) de Nara. El (Brahma) ha sido en consecuencia llamado Narayana, el que se mueve sobre las aguas».

Génesis de la Biblia, capítulo I.

«Terra autem erat inanis et vacua...
Et spíritus Dei ferebatur super aguas.»

«La tierra era informe y desnuda...
Y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.»

Nara, el espíritu divino; *Ayana*, que se mueve (sobre las aguas) *Spíritus Dei*, el espíritu divino; *ferebatur super aguas*, era llevado sobre las aguas.

¿Es lo suficientemente claro y evidente? ¿Hay alguna manera más clara de coger á la Biblia en flagrante delito de imitación?

Sólo existe un medio para salir del atolladero, y es negar el sanscrito; nada es imposible... Pero ya veremos.

En la segunda situación, Zeus se convierte en Brahma, es decir, Dios revelado y creando, Dios creador.

Cedamos aún la palabra á los Pouranas:

«Cuando Brahma pasa de la inacción á la acción, no viene á crear la naturaleza, que existía en todo tiempo en su esencia y atributos, en su inmortal pensamiento; viene á desarrollarla y hacer cesar la disolución.

»¡Oh Dios, padre creador, qué forma revistes en la acción! Los actos de tu grandeza, de tu poderosa voluntad maravillan nuestras miradas. El Océano no mueve sus olas furiosas y se calma; se oye el ruido del rayo y se calla; el viento silba y cesa; el hombre nace y muere; por todas partes se nota tu mano que manda y protege; pero ni se la puede comprender, ni ver...

»... ¿Es preciso negar la causa primera? ¿Quien nunca ha negado su pensamiento por qué no ha podido verlo?».

No sé si los señores de Roma encontrarán esto suficientemente ortodoxo; en cuanto á mí, me siento invadido por una admiración sin igual por estos libros sagrados, que me dan de Dios una idea tan grande y tan despojada de todas las imperfecciones con que algunos hombres de otros países la han acompañado, atribuyéndole en sus lucubraciones y principalmente convirtiendo al Ser Supremo en sostén de sus ambiciones.

Según la creencia india, la materia está sometida á las mismas leyes de existencia y de descomposición que las plantas y los animales; después del período de vida llega el período de disolución; todo se destruye, todo cae en el caos; la harmonía de los mundos cesa; el aire, el agua, la tierra, la luz, todo se mezcla y extingue; es el Pralaya ó la destrucción de todo lo que existe; pero existe un germen que se purifica por el reposo, hasta el día en que Brahma viene de nuevo á desarrollarlo, darle la vida, la fuerza creadora, y producir los

mundos, que empiezan poco á poco á formarse, á engrandecerse, á moverse, para llegar aún á una nueva descomposición, que está seguida del reposo, y después de igual regeneración.

Ley fatal de la materia, que se usa por la existencia, envejece y muere, pero renace fecundada por Dios.

¡Cosa maravillosa! La revelación india, que proclama la formación lenta y gradual de los mundos, es de entre todas las revelaciones la única que esté en completa armonía con las ideas de la ciencia moderna.

Si Moisés, en su trato con los sacerdotes egipcios, conoció estas sublimes tradiciones, se debe creer que las juzgó demasiado elevadas, demasiado por encima de la inteligencia del pueblo de esclavos que tenía que dirigir para que se dignase comunicárselo. Quizás también, como ya lo hemos dicho, en el Egipto no fué más que un iniciado en grado inferior.

El período de acción y reconstitución de los mundos dura, según el Veda, un día entero de Brahma, y este día corresponde á cuatro millones trescientos veinte mil años humanos.

El Pralaya, ó época de disolución, dura una noche entera de Brahma y esta noche equivale al mismo número de años humanos que el día divino.

Estas opiniones de los libros sagrados, acerca de la destrucción y de la reconstitución de los mundos, han dado nacimiento á una multitud de sistemas filosóficos, que no tenemos tiempo ni deseos de estudiar aquí; limitémonos á indicar las dos doctrinas que, en todos los tiempos, dividieron á las escuelas teológicas de la India respecto á este asunto.

La primera sostiene que una vez el germen de la materia fecundado por Brahma, los fenómenos de transformación se operan, sin la participación directa de Dios, según las leyes inmutables y eternas que él ha creado.

La materia, apartándose de su centro, de su hogar generador, se fracciona y gravita en el espacio; todas las partículas se unen; la luz nace, los más pequeños fragmentos se desecan, los vapores que se exhalan producen la atmósfera y el agua, y estos fragmentos se convierten en mundos habitables.

Poco á poco los demás pocos, las otras partículas, en razón de su grosor, se extinguirán á su vez, pero á medida que se convertirán en habitables, la luz y el calor

disminuirán, hasta que habiendo completamente desaparecido, la materia, privada de sus más activos agentes de vida y de reproducción, vuelve otra vez al caos, en *la noche de Brahma.*

Esta opinión, que no es contradicha por el Veda, es sin embargo atacada por los ortodoxos, que atribuyen mucha mayor participación, á la iufluencia divina.

Reconocen sin dificultad que es así como la naturaleza se desarrolla, que los elementos se forman, que todos los fenómenos de la existencia se realizan, que igualmente de esta manera los mundos y la materia acaban y se pierden en la noche de Brahma. Pero, según ellos, Dios es la ley suprema de todos estos fenómenos y no existe fuera de ella; preside constantemente estas transformaciones, que cesarían súbitamente de seguir su curso, si ocurría, aunque no fuera más que por un instante, que cesara su dirección y retirase su apoyo.

Los sacerdotes brahmanes no pueden recibir la unción, si de antemano no se declaran partidarios de este último sistema, que como se concibe, es mucho más importante que el primero en el espíritu religioso.

El libro de Moisés, ocupado únicamente en el hecho brutal no se dedica á estas teorías, que forman la base de la teología oriental. Las religiones modernas las han incluído en el número de sus misterios.

CAPITULO II

DESPERTAR DE BRAHMA. — CREACIÓN DE LOS DEVAS Ó ÁNGELES. — SU SUBLEVACIÓN. — LOS VENCIDOS SON PRECIPITADOS EN LOS INFIERNOS CON EL NOMBRE DE RAKCHASAS Ó DEMONIOS.

Hemos dicho que fué de la India de donde partieron, merced á las emigraciones, todos los mitos religiosos que han constituído la base de todas las religiones antiguas y modernas; sin duda no será leída sin interés aquella leyenda de los Vedas que el cristianismo ha adoptado sin modificar, no indicando la fuente de donde la tomó.

Como la noche de Brahma tocaba á su fin, antes de crear este mundo, de cubrirlo de plantas y de animales, el Señor de todas las cosas, habiendo dividido los cielos en doce partes, determinó animarlos con seres procedentes de él, y á los cuales podría confiar algunos de sus atributos y una porción de su poder.

«Y habiendo dicho: Quiero que los cielos se pueblen de espíritus inferiores, que testificarán mi gloria y me obedecerán, los devas salieron de su pensamiento y vinieron á agruparse alrededor de su trono».

Como que estos espíritus habían sido creados en un orden jerárquico de poderío y perfección, Dios siguió igual regla en la habitación que designó á cada uno. Colocó á los más perfectos de entre los devas en los cielos más cercanos á él, y á los otros en los cielos más alejados.

Pero, apenas había dado sus órdenes, cuando una disputa se levantó en el cielo; los espíritus inferiores que habían recibido por habitación los cielos más apartados, se negaron á entrar y habiéndose puesto al frente Vasonki, que fué el primero que les excitó á la subleva-

ción, se lanzaron encima de los devas mejor tratados para apoderarse del sitio que se les había destinado.

Estos últimos, habiéndose amparado en bandera de Indra, aguantaron valerosamente el choque, y el combate se libró en presencia de Brahma que no hizo nada para impedirlo.

Vasonki derribado por Indra, todos sus compañeros, espantados le abandonaron, declarando que estaban dispuestos á someterse á la voluntad de Brahma; pero éste irritado por su desobediencia, los arrojó del cielo, prohibiéndoles por igual la tierra y los demás planetas, y sólo para morar les dejó los infiernos. Y los llamó Rakchasas, es decir, los malditos. De esto nacieron todos aquellos demonios, que bajo el nombre de Rakchasas, Nagas, Sarpas, Pisatchas, Assouras, aterrorizan la poética india oriental, que los presenta viniendo sin cesar á turbar los sacrificios y las devociones de los mortales que se ven obligados á llamar en su auxilio á los devas ó ángeles lo mismo que á distintos santos personajes.

¡De ahí igualmente deriva el mito del arcángel Miguel!

La primera vez que leí esta leyenda en la India no me causó la más pequeña admiración.

Largo tiempo hacía que encontraba indigno del Ser Supremo la creación de esta especie de semi-dioses, que apenas salidos de la nada, se rebelan contra la autoridad divina y se entregan, ante sus ojos, á un combate suscitado por el orgullo y la envidia de igualar su poder.

Antes de conocer la India y sus mitos tan precisos, de los cuales se han originado los otros, ya sabía que en todas las mitologías antiguas se hallaba admitida esta rebelión de los primeros seres creados, y así era como ellas hacían descender á la tierra el espíritu del mal.

La lucha de los Titanes contra Júpiter, en el Olimpo griego, no hay duda que no reconoce otro fin sino el de explicar el nacimiento del bien y del mal, y la influencia de estos dos principios sobre la naturaleza.

Solamente la mitología griega, heredera de la India, ignorando las creencias primitivas y los Vedas, fué una emanación de las leyendas poéticas que dividieron el principio antiguo hasta el infinito, mientras que la creencia cristiana volvió á hallar en Egipto la tradición primitiva desprovista de las exageraciones creadas por la imaginación oriental.

Hasta olvidando á la India, puede decirse que la revolución hebrea ó cristiana *nada ha revelado;* ¿qué importa, en efecto, que deis á los revoltosos contra Dios el nombre de titanes ó de ángeles? Esto sólo puede originar una discusión sobre palabras; el principio y la idea son los mismos.

Los primeros hombres viendo surgir entre ellos el mal, triunfando, por desgracia demasiado á menudo, del bien, debían procurar explicarlo de esta manera; y no pudiendo hacerlo nacer de Dios, que idealizaba el bien, no pudieron hallar el origen más que en una lucha entre el mismo Dios con la primera criatura emanada de su bondad.

Sea lo que fuese, de la India y de ningún otro sitio vino esta antigua tradición que igualmente se halla en los Nosks de Zoroastro y que sólo parece haber sido imaginada como explicación de estos dos principios del bien y del mal que dividen al mundo.

El libre pensamiento, depurando y simplificando su creencia, debe rechazar este mito como contrario á la dignidad de Dios á su presencia y á su soberano poder.

Cuanto más nos alejemos de la fantasía y de la poesía, más digna del Creador será la idea que de él nos formemos.

No busquemos el origen del mal en otro sitio que no sea en la debilidad de la naturaleza humana; en esto comienza el misterio, aquí no podemos comprender ya los motivos del Ser Supremo... Pero en lugar de explicarlos por medio de absurdas fábulas, ó de negarlos por un exceso contrario, abstengámonos y tengamos confianza en la inagotable bondad de aquél que no ha creído deber iniciarnos en sus designios.

Si la luz que nos ha dado es débil, que la razón la siga sin temor. Los semi-dioses, los reveladores y los profetas nada nos han dado, nada enseñado que esta luz no nos haya ya dado y enseñado á los hombres antes que ellos. Si algo les debemos, son los esfuerzos intentados por ellos ó por sus sucesores, para extinguir las sanas doctrinas del libre examen y de la conciencia.

18

CAPITULO III

TRINIDAD INDIA. — SU PAPEL. — CREACIÓN DE LA TIERRA

Cuando la duración del Pralaya (disolución) terminó, Brahma, según expresión de Manú, «*pareció resplandeciente con el brillo más puro, y desplegando su propio esplendor*, disipó la oscuridad y desarrolló la naturaleza, habiendo resuelto en su pensamiento hacer emanar de su substancia todas las criaturas.»

Bagaveda-Gita:

«Cuando la profunda noche en la que el germen de todas las cosas se regeneraba en el seno de Brahma se disipó, una luz inmensa recorrió los espacios infinitos y el Espíritu celeste apareció en toda la fuerza de su poder y de su majestad; á su vista el caos se transformó en una matriz fecunda, de donde iban á salir los mundos, las estrellas resplandecientes, las aguas, las plantas, los animales y el hombre...»

En el momento en que Zeus, el irrebelado, no obrando, se convierte en Brahma, es decir, el Dios obrando y creador, tres personas se revelan en él para ayudarle en su obra, sin alterar por esto su unidad.

Esta divina Trimourti (Trinidad) dicen los libros sagrados y los brahmanes es indivisible en su esencia y en su acción, misterio profundo que el hombre sólo podrá comprender cuando su alma podrá reunirse á la gran alma (brahmatma) en el seno de la divinidad.

Esta trinidad se compone de Brahma, Visnu y Siva.

Brahma representa el principio creador, y recibe en sanscrito el nombre de Padre.

Visnu representa el principio protector y conservador; es el hijo de Dios, el Verbo encarnado en la persona de Christna, que ha venido á la tierra, y, pastor y profeta, para salvar á la humanidad, después morir,

una vez su obra realizada, de muerte violenta é ignominiosa.

Siva, por último, ó Nara, es decir, el espíritu divino, es el principio que preside á la destrucción y á la reconstitución, imagen de la naturaleza, que encierra en ella dos atributos de fecundidad y de vida: los de la descomposición y de la muerte. Es, en una palabra, el espíritu que dirige este eterno movimiento de existencia y de disolución que es la ley de todos los seres.

A partir del primer acto de la creación, el papel de esta Trinidad comienza: Brahma crea, Visnu protege y Siva transforma y Dios continúa ejerciendo sus triples atribuciones, hasta una nueva disolución de la naturaleza, hasta el día en que todo cese de existir, cuando todo volverá al caos.

Según la revelación védica, la materia está sometida á una ley única, que por igual se encuentra en todos los cuerpos, en todas las plantas y en todos los animales.

Así, una semilla es arrojada á la tierra, un germen se desarrolla; nace un arbusto ó un árbol; este arbusto ó este árbol crece, envejece, muere y vuelve á la tierra. Pero este arbusto ó árbol produce simientes, que á su vez reproducen el tipo primero que ha desaparecido. Lo mismo sucede con los animales y con todo lo que existe.

Del mismo modo la materia nace de un germen fecundado por el Ser Supremo, se desarrolla según leyes fatales y acaba, igual que el árbol, el arbusto y el animal, por descomposición. Pero queda un germen, que se regenera, se fecunda de nuevo en el seno de la gran alma de la suprema potencia, y de nuevo da nacimiento al universo.

Durante este período la Trinidad se pierde y confunde en la unidad; es como si no existiera, puesto que no se revela por su acción.

Lo que me seduce en esta creencia india, es que todo lo reduce á la unidad aceptando las consecuencias lógicas. ¡Cuán grande es esta ley de la materia y sublime en su sencillez!

Creo que se pueden escudriñar todos los sistemas filosóficos y todas las religiones sin hallar ideas tan racionales, tan conformes con las reglas de la naturaleza y la dignidad de Dios.

Veamos ahora la obra de esta Trinidad bajo la dirección suprema de Brahma.

Dios sacó de la materia, ante todo, la luz, el aire, las aguas y la tierra.

Después extrajo del alma suprema, la vida ó *manas* común á las plantas, á los animales y al hombre, después el *ahancara*, es decir, la conciencia, el yo, con todas sus facultades, y que debía ser adorno solamente del hombre.

Luego para distinguir las acciones que iban á nacer de la conciencia, estableció lo justo y lo injusto, y de ello dió noción á esta antorcha, á este yo, destinado á guiar á las criaturas razonables que iba á sacar de su substancia.

Después de esto, Dios creó las plantas, los árboles y los animales, y cuando, según la expresión de los libros sagrados, la naturaleza entera no fué más que un canto de amor y agradecimiento, Brahma formó al hombre y á la mujer de lo más puro de él; y hecho esto, descansó y se admiró en su obra.

El Manú, compendiado y transformado por los brahmanes en provecho del nuevo sistema que acababan de establecer, no tiene la sencillez y la grandeza del Veda; acerca de estas materias, sin embargo, puede decirse que las palabras siguientes son un eco, aunque imperfecto é infiel, de la doctrina primitiva.

«Cuando Dios se despierta, al momento el universo realiza sus actos; cuando se duerme, el espíritu queda sumergido en un profundo reposo y entonces el mundo se disuelve.»

«Pues, durante su tranquilo sueño, los seres animados, provistos de los principios de la acción, abandonan sus funciones y, el sentimiento, es decir, la vida, cae en la inercia.»

«Y cuando están disueltos al mismo tiempo en el alma suprema, entonces, esta alma de todos los seres duerme tranquilamente en la más perfecta quietud.»

«Después de haberse retirado en la oscuridad primitiva, permanece largo tiempo con los órganos de los sentidos, no realiza sus funciones y se despoja de su forma.»

«Cuando reuniendo de nuevo los principios sutiles elementales, se introduce en la materia, entonces adquiere forma nueva.»

«Así es como por medio de un despertar ó por un reposo alternativo, el Ser Supremo hace revivir ó morir eternamente todo este conjunto de criaturas móviles é inmóviles.»

En virtud de su papel de protector, Visnu reviste una forma visible ó se encarna y viene á la tierra á recordar á los hombres la fe primitiva cada vez que se apartan de ella.

Esta creencia india en la encarnación divina tiene, al menos, este aspecto lógico, de pensar que Dios se manifiesta sobre la tierra cada vez que la debilidad y los errores de la humanidad hacen necesaria su presencia.

La Trinidad en la unidad, rechazada por Moisés, ha servido más tarde de base á la teología cristiana, que sin ningún género de duda tomó la idea de la India. Pruebas suficientes demostrarán, en tiempo y lugar oportuno, la verdad de esta opinión.

CAPITULO IV

NACIMIENTO DEL HOMBRE. — ADIMA (EN SANSCRITO EL PRIMER HOMBRE). — HEVA (EN SANSCRITO LO QUE COMPLETA LA VIDA). — LA ISLA DE CEYLÁN LE ESTÁ INDICADA COMO MORADA. — FALTA ORIGINAL COMETIDA POR ADÁN. — SU MUJER LE SIGUE POR AMOR. — DESESPERACIÓN DE ADIMA. — HEVA LE CONSUELA É INVOCA AL SEÑOR. — PERDÓN DE BRAHMA. — PROMESA DE UN REDENTOR.

Recorred toda la punta oriental de la India y la isla de Ceylán, en donde la tradición se ha conservado en toda su pureza, interrogad al indio en su humilde cabaña, ó al brahmán en su templo, todos os explicarán la leyenda de la creación del mundo tal como vamos á relatarla aquí, según el Veda. En el Bagaveda-Gita, Christna la recuerda en pocas palabras á su discípulo y fiel colaborador Ardjouna, y poco más ó menos en las mismas palabras que los libros sagrados.

Los pasajes entre comillas son simples traducciones del texto.

La tierra estaba cubierta de flores, los árboles se encerraban bajo el peso de los frutos, millares de animales se solazaban en las llanuras y en los aires, los elefantes blancos se paseaban tranquilamente bajo la sombra de las selvas gigantescas, y Brahma comprendió que había llegado el momento de crear al hombre que debía habitar esta morada.

Sacó de la grande alma, de la esencia pura, un germen de vida con el cual animó dos cuerpos que hizo macho y hembra, es decir, aptos para la reproducción, como las plantas y los animales, y les dió el ahancara, es decir, la conciencia y la palabra, lo que les con-

virtió en superiores á todo lo que ya estaba creado, pero inferiores á los Devas y á Dios.

Adornó al hombre con la fuerza, la altura y la majestad y le dió por nombre Adima (en sanscrito, el primer hombre).

La mujer recibió en cambio la gracia, la dulzura y la belleza y la llamó Heva (en sanscrito, lo que completa la vida).

En efecto, dando una compañera á Adima, el Señor completaba la vida que acababa de darle, y fijaba de esta manera las bases de la humanidad que iba á nacer, proclamando la igualdad del hombre y de la mujer en la tierra y en el cielo.

Principio divino que ha sido más ó menos olvidado por las legislaciones antiguas y modernas, y que la India sólo abandonó por la influencia nefasta de los sacerdotes en tiempo de la revolución brahmánica.

El Señor dió entonces á Adima y á su mujer Heva, el antiguo Taprobano de los ancianos, la isla de Ceylán, para morada, isla digna por su clima, sus productos y su espléndida vegetación de ser el paraíso terrestre, la cuna del género humano.

Aun en la actualidad es la perla más hermosa del mar de las Indias.

«Id, les dijo, uníos y producid seres que serán vuestra imagen viva en la tierra, durante siglos y siglos después que vosotros habréis vuelto á mí. Pero, señor de todo lo existente, os he creado para adorarme durante toda vuestra vida, y aquellos que tendrán fe en mí compartirán mi felicidad después del fin de todas las cosas. Enseñad esto á vuestros hijos; que no olviden jamás mi recuerdo, pues estaré con ellos en tanto que pronunciarán mi nombre.»

Luego prohibió á Adima y á Heva de abandonar á Ceylán y continuó con estas palabras:

«Vuestra misión debe limitarse á poblar esta isla magnífica, en donde todo lo he reunido para vuestro placer y comodidad, y en extender mi culto en el corazón de aquellos que nacerán. El resto del mundo está aún inhabitado; si más tarde el número de vuestros hijos aumenta de tal manera que esta morada resulte insuficiente para contenerlos, que me interroguen durante los sacrificios y yo daré á conocer mi voluntad.»

Dicho esto, desapareció.

«Entonces Adima volviéndose hacia su joven mujer la miró... Su corazón saltó en su pecho á la vista de una belleza tan perfecta... Ella permanecía en pie delante de él, sonriendo con virginal candor, estremecida de desconocidos deseos; sus largos cabellos flotaban amoldándose alrededor de su cuerpo, abrazando en sus caprichosas espirales su púdico rostro y sus desnudos senos que la emoción empezaba á agitar.»

«Adima se aproximó á ella, pero temblando. A lo lejos el sol desaparecía en el Océano, las flores de los bananos se levantaban para aspirar el rocío de la noche; millares de pájaros de variados plumajes murmuraban dulcemente en la cima de los tamarindos y de los palmitos, las luciolas fosforescentes empezaban á revolotear por los aires, y todos estos ruidos de la naturaleza subían hasta Brahma que se regocijaba en su celeste morada.»

Adima se atrevió entonces á pasar la mano por la cabellera perfumada de su compañera; sintió un estremecimiento recorrer el cuerpo de Heva, y este estremecimiento le dominó... La cogió entonces con sus brazos y le dió el primer beso, pronunciando en voz baja el nombre de Heva, que acababa de serle dado... ¡Adima! murmuró dulcemente la joven al recibirlo... Y temblando, desvanecida, su hermoso cuerpo se doblegó sobre los brazos de su esposo...»

«La noche había llegado, los pájaros callaban en los bosques; el Señor estaba satisfecho, pues, el amor acababa de nacer, precediendo á la unión de los sexos.»

«Así lo había querido Brahma, para enseñar á sus criaturas que la unión del hombre y de la mujer sin amor, no sería más que una monstruosidad contraria á la naturaleza y á su ley.»

«Adima y Heva vivieron durante algún tiempo en perfecta felicidad; ningún sufrimiento venía á turbar su placidez; sólo tenían que levantar la mano para coger de los árboles los más sabrosos frutos, sólo tenían que bajarse para recoger el arroz más fino y hermoso.»

«Pero un día una vaga inquietud empezó á apoderarse de ellos: celoso de su felicidad y de la obra de Brahma, el príncipe de los Rakchasas, el espíritu del mal, les inspiró deseos desconocidos. — Paseemos por la isla, dijo Adima á su compañera, y veremos si encontramos un lugar más hermoso aun que éste.»

«Heva siguió á su esposo; anduvieron durante días y meses, deteniéndose á las orillas de cristalinas fuentes, bajo los tamarindos que les ocultaban la luz del sol... Pero, á medida que avanzaban la mujer se sentía presa de un temor inexplicable y de extraños temores. — Adima, decía, no vayamos más lejos; me parece que desobedecemos al Señor. ¿No hemos abandonado ya el lugar que nos señaló para morada?».

«—No tengas miedo, respondió Adima, esto no es aquella tierra horrible, inhabitable, de la cual nos ha hablado.»

«Y andaban siempre...»

«Llegaron, por fin, á la extremidad de la Isla de Ceylán; al frente vieron un hermoso brazo de mar poco largo y del otro lado una vasta tierra que parecía extenderse hasta el infinito; un estrecho sendero formado por rocas que se elevaban del seno de las aguas unía su isla á este desconocido continente.»

«Los dos viajeros se detuvieron maravillados: la región que veían estaba cubierta de grandes árboles, y pájaros de mil colores distintos revoloteaban entre la enramada. — He ahí cosas muy bellas, dijo Adima, ¡y qué hermosos frutos deben producir estos árboles! vamos á catarlos, y si ese país es preferible á este, plantaremos allí nuestra tienda.»

«Heva, trémula, suplicó á Adima no hiciese nada que pudiera irritar al Señor contra ellos. — ¿No estamos bien en este lugar? ¿No tenemos agua pura, frutos deliciosos, por qué buscar otra cosa?»

—¡Y bien! volveremos, dijo Adima. ¿Que mal puede haber en visitar ese país desconocido que se ofrece á nuestra vista?

«Y se aproximó á las rocas. Heva temblorosa le siguió.»

«Puso entonces á su mujer sobre sus espaldas y empezó á atravesar el objeto de sus deseos.»

«Tan pronto hubieron puesto pie á tierra, un ruido espantoso se dejó oir; árboles, flores, frutos, pájaros, todo lo que veían desde el otro lado en un instante desapareció; las rocas sobre las cuales acababan de llegar se hundieron en las olas; sólo algunas rocas agudas continuaron dominando en el mar, como para indicar el paraje que la cólera celeste acababa de destruir.»

Estas rocas que se elevan en el Océano Indico, en-

tre la punta oriental de la India y la isla de Ceylán, aun en la actualidad son conocidas en el país bajo el nombre de Palam-Adima, es decir, Puente de Adam.

Cuando los vapores que van á China y á las Indias han pasado las Maldivas, el primer punto de la costa india que ven es una cúspide azulada, á menudo coronada de nubes, y que se eleva majestuosamente en el seno de las aguas.

Fué desde el pie de esta montaña, según la tradición, que el primer hombre salió para ir á la costa de la tierra grande.

Desde los tiempos más antiguos esta montaña tiene el nombre de Pico de Adam, y aun hoy día, con este nombre la ciencia geográfica moderna lo designa.

Cerremos este paréntesis para continuar nuestra narración.

«La vegetación que habían notado desde lejos sólo era un espejismo engañador, suscitado por el príncipe de los Rakchasas para conducirlos á la desobediencia.»

«Adima se dejó caer sobre la arena llorando, pero Heva se arrojó en sus brazos diciéndole: — No te desesperes, vale más que roguemos al Autor de todas las cosas que nos perdone.»

Mientras ella hablaba de esta manera, una voz se dejó oir entre las nubes, que decía estas palabras:

«—¡Mujer, tú no has pecado más que por amor á tu marido, á quien te había mandado amar y tú has confiado en mí. Te perdono, y á él también por tu causa! Pero no entraréis más en este lugar de delicias que había creado para vuestra felicidad. Por desobedecer mis órdenes, el Espíritu del mal acaba de invadir la tierra... Vuestros hijos, condenados á sufrir y á trabajar la tierra por vuestra falta, se convertirán en malos y me olvidarán. Pero mandaré á Visnu, que se encarnará en el seno de una mujer y os llevará á todos la esperanza de la recompensa de otra vida, y la manera, suplicándomelo, de dulcificar sus males.»

«Se levantaron consolados, pero desde aquel día tuvieron que someterse á un trabajo duro, para lograr que la tierra los alimentase». (Ramatsariar, narraciones y comentarios acerca de los Vedas).

¡Cuánta grandeza y sencillez en esta leyenda india, y al mismo tiempo cuán lógica!

El redentor Christna nacerá de una mujer para re-

compensar á Heva de no haber desconfiado de Dios, ni tenido idea del primer pecado, del cual sólo fué cómplice por amor á aquél á quien el Creador le había mandado amar.

¡Esto es hermoso y consolador!

Esta es la verdadera Eva, y se concibe que una de sus hijas pueda ser más tarde la madre del Redentor.

¿Por qué el inhábil copista del Génesis hebreo no supo transcribir esta versión sin adulterarla?

¿Es por olvido, es con intención que Moisés ha cargado á la mujer todo el peso del pecado original?

No dudamos en decir que es intencionadamente por una cobarde deferencia á las costumbres de su época, que este legislador ha falseado la antigua tradición de Oriente. En el próximo capítulo diremos el motivo en que apoyamos esta opinión.

¿Qué diremos de esta leyenda?

Por seductora que sea, la razón debe rechazarla, lo mismo en la religión india que en la idea cristiana.

No pueden atribuirse á Dios semejantes debilidades y creer que por una sencilla desobediencia de nuestros primeros padres, ha podido condenar á la humanidad entera, inocente, al mal y al sufrimiento.

Esta tradición ha nacido de una necesidad.

Los primeros hombres viendo su debilidad, su naturaleza compuesta de instintos buenos y malos, ante los dolores que tenían que sufrir, en lugar de maldecir á Dios que los había creado, prefirieron buscar en una falta primitiva la razón ó motivo de su miserable situación. De aquí esta falta original que se encuentra en todas las creencias de los distintos pueblos del globo, y hasta en las tribus salvajes de Africa y de Oceanía.

Quizás también solamente es un recuerdo de la vida fácil y feliz de los antiguos habitantes del globo, en época en que la tierra menos cargada de hombres, producía en abundancia y sin trabajo todas las cosas necesarias á la subsistencia.

CAPITULO V

¿POR QUÉ MOISÉS ATRIBUYE Á LA MUJER LA INICIATIVA DEL PECADO ORIGINAL? — LA MUJER DE LOS VEDAS Y LA MUJER DE LA BIBLIA.

La India de los Vedas tuvo por la mujer un verdadero culto, de lo cual parece dudarse en Europa, cuando se acusa á las regiones del extremo Oriente de haber desconocido la dignidad de la mujer y de no haber sabido hacer de ella más que un instrumento de placer y obediencia pasiva.

Lo que es cierto para la antigüedad no lo es cuando se trata de la India antigua; y los sublimes esfuerzos de Cristo no han hecho más que devolver á la mujer la situación social que ya había tenido en los primeros tiempos de la humanidad.

Es menester saber que fué la influencia sacerdotal y la decadencia brahmánica que cambiando el estado primitivo del Oriente, sujetó á la mujer á este estado de sujeción que aun no ha desaparecido completamente de nuestras costumbres.

Léanse estas máximas, copiadas al azar de los libros sagrados de la India:

«El hombre es la fuerza, la mujer es la belleza; él es la razón que domina, pero ella es la prudencia que apacigua; el uno no puede existir sin el otro, por esto es que el Señor los ha creado á los dos, para un solo fin.»

«El hombre sólo es completo por la mujer, y todo hombre que no se casa cuando llega á la edad viril, debe ser tachado de infamia.»

«¡El que desprecia á su mujer, desprecia á su madre!»

«Aquel que está maldito por una mujer, es maldito por Dios.»

«Las lágrimas de las mujeres atraen el fuego celeste sobre aquellos que las hacen verter.»

«¡Desgraciado del que se ríe de los sufrimientos de las mujeres! Dios se reirá de sus plegarias.»

«Los cantos de las mujeres son gratos á los oídos de Dios; los hombres no deben, si quieren ser escuchados, cantar las alabanzas de Dios sin las mujeres.»

«Que el sacerdote permita á la mujer quemar perfumes en el altar, cuando sacrifica por la creación, por los frutos, por las cosas y por las flores.»

«Las mujeres deben ser rodeadas de cuidados y colmadas de presentes por todos aquellos que quieran gozar de largos años de vida.»

«¡Por una plegaria de mujer, el Creador ha perdonado á los hombres; maldito sea aquel que lo olvide!»

«La mujer virtuosa está libre de toda purificación, pues jamás se mancha, ni aun por los contactos más impuros.»

«Aquel que olvide los sufrimientos de su madre, cuando le dió á luz, renacerá en el cuerpo de un mochuelo durante tres emigraciones sucesivas.»

«No existe crimen más odioso que el de perseguir á las mujeres y aprovecharse de su debilidad para apoderarse de sus bienes.»

«Al entregar la parte que corresponde á su hermana, cada hermano debe añadir de lo suyo y entregarle en regalo la más hermosa ternera de su ganado, el azafrán de su cosecha y la mejor joya de su estuche.»

«La mujer vigila en la casa, y las divinidades (devas) protectoras del hogar doméstico son felices con su presencia. No se debe confiarle jamás los trabajos duros de los campos.»

«La mujer debe ser para el hombre de bien el descanso del trabajo y el consuelo en la desgracia.»

Los sentimientos que se deducen de estas citas que no son aislados ni el resultado de una sola obra; todos los libros antiguos están impregnados de igual amor y respeto por la mujer. Hasta el resumen de Manú, escrito por los brahmanes en provecho de sus ideas dominadoras, aún colocando á la mujer en situación más sumisa, más borrosa, no puede menos, en muchas cir-

cunstancias, de hacerse eco de estos principios primitivos que no podían tan pronto hacerse olvidar.

Hemos ya, en efecto, citado un pasaje de este libro que no nos parece inútil recordar aquí:

«Las mujeres deben ser colmadas de atenciones y regalos por sus padres, hermanos, maridos y los hermanos de sus maridos, cuando todos ellos deseen gran prosperidad.»

«Por todas partes en que las mujeres viven en la aflicción, la familia no tarda en extinguirse; pero cuando son amadas, respetadas y rodeadas de cuidados, la familia aumenta y prospera en todas las circunstancias.»

«Cuando las mujeres son honradas y respetadas, las divinidades están satisfechas, pero cuando no se las honra, todos los actos resultan estériles.»

«Las casas malditas porque á las mujeres no se les han tributado los homenajes debidos, ven la ruina apoderarse de ellas y destruirlas, como si estuvieran heridas por un secreto poder.»

«En todas las casas en que el marido se place con su mujer y ésta con aquél, la felicidad está asegurada.»

Leemos aún en la misma obra:

«Cuando los parientes, por extravío del espíritu, entran en posesión de los bienes de una mujer, de sus coches ó de sus joyas, estos malvados pasan á la mansión infernal.»

«Si una mujer no es dichosa ni va vestida de una manera digna de ella, no llenará de gozo el corazón de su marido, y si el marido no conoce la dicha, el matrimonio será estéril.»

«Cuando una mujer es dichosa, toda la familia lo es igualmente.»

«La mujer virtuosa no debe tener más que un solo esposo, del mismo modo que el hombre de bien no debe tener más que una sola mujer.»

Bajo el imperio de los Vedas, el matrimonio era considerado de tal manera indisoluble que hasta la muerte de uno de los esposos no daba la libertad al otro, si habían nacido hijos de esta primera unión. El que quedaba en esta tierra de destierro debía vivir, por el recuerdo y en el luto, hasta el día en que la muerte le permitiese encontrar en el seno de Brahma la parte de él mismo, la santa afección que había perdido.

¡Cuán grande fué, por la conciencia, por la idea del deber y los sentimientos del corazón, aquella civilización de las primeras edades que tan cerca de la cuna de la humanidad, no había aún visto nacer las tristes ambiciones que después, repartiéndose el globo, cubriéndolo de ruinas, han hecho olvidar al hombre su origen celeste y la santa inocencia de sus primeros pasos!

Se ve perfectamente que no podemos aceptar el judaísmo con su cortejo de supersticiones, de inmoralidad y crueldades, como el guardián de la revelación primitiva y el iniciador del espíritu moderno. La Judea, lo mismo que la Persia y el Egipto, han salido del brahmanismo y de la decadencia india, y sólo se ha acordado de alguna de las hermosas tradiciones de la madre patria para adulterarlas y adaptarlas á las costumbres de la época.

El primer resultado de la triste dominación de los sacerdotes en la India fué el rebajamiento y la degradación moral de la mujer, tan respetada, tan honrada en el período de los Vedas.

La casta sacerdotal, en Egipto, siguió las inspiraciones de los brahmanes y se abstuvo de alterar en lo más mínimo aquella situación.

Si queréis dominar cuerpos de esclavos y conciencias embrutecidas, hay un medio de una sencillez sin igual que nos enseña la historia de aquellas épocas vergonzosas: *Degradad á la mujer*, *pervertidle la moral*, y pronto habréis hecho del hombre un ser envilecido, sin fuerzas para luchar contra los más duros despotismos; pues, según la bella expresión de los Vedas, «¡la mujer es el alma de la humanidad!»

Había comprendido, este autor misterioso y desconocido de los libros sagrados de la India, que la mujer, hija, esposa y madre, dominaba á la familia por todos los lazos más sagrados del corazón y que inspirando á la familia por sus dulces y castas virtudes, moralizaba á la sociedad...

¡Pero también comprendieron perfectamente, aquellos sacerdotes corrompidos y hambrientos de poder, que allí había la unión, el nudo que era preciso cortar para fundamentar mejor su dominación!

¿Moisés vino á cambiar aquel estado de cosas y á devolver á la mujer su verdadera misión, aquella que ya

había desempeñado en los tiempos primitivos del Oriente?

¡No!

¿Capituló y cedió con las costumbres de su época contra las cuales fué impotente para reaccionar? Es posible, pero esto es una razón de más para que no se nos hable de revelación...

¡Ah! partidarios de Jehová, ¡qué idea tan pequeña procuráis darnos de Dios, y sobre qué singulares tradiciones descansan vuestras creencias!

¡Cómo! ¡nos hallamos con una civilización más antigua que la vuestra, no podéis negarlo, que coloca é iguala á la mujer al hombre y les concede á los dos un lugar igual en la familia y en la sociedad, la decadencia llega y derriba estos principios... Nacéis y os tituláis orgullosamente «pueblo de Dios» y no sois más que el fruto de la decadencia india, y no sabéis hallar las puras doctrinas de las primeras edades... y no sabéis levantar ni ensalzar á la mujer, á vuestra madre!...

¡Vamos, pues, pueblo de Israel, pueblo de parias, cesa de predicarnos tu origen divino; tu reinado fué el de la fuerza y del asesinato, y no supiste comprender á la mujer, que únicamente habría podido regenerarte!

Tienes á Ruth, es cierto, de cuyo candor te enorgulleces y de su figura poética y conmovedora... Sabemos lo que vale y cómo se prostituye á Booz, siguiendo los consejos de su madre, para lograr casarse.

Eran costumbres de la época, se dirá.

¡Y esto es precisamente lo que yo censuro, á vosotros que pretendéis descender de la revelación!

¿Por qué no las habéis transformado aquellas costumbres? Habéis sabido dictar el código de la conquista por el robo, el hierro y el fuego; pero habéis sido incapaces de dictar el código del pudor y de las castas virtudes.

¡Acordaos, pues, de las hijas de Loth, prostituyéndose y entregándose á su padre! ¡De Abraham que abandona á los hijos que había tenido con sus esclavas! ¡De Jhamar entregándose á su suegro!

Acordaos de aquel sacerdote, de aquel levita de Efraím que para calmar y escapar del furor de algunos

borrachos, les entrega su mujer y la abandona á sus ultrajes durante una noche...

¡Hora es ya de juzgar todas estas cosas en su valor!

Si no sois partidarios de la revelación, acepto vuestra excusa, y admito con vosotros que aquellas tristes cosas estaban en las costumbres del tiempo.

¡Si sois la revelación, os rechazo y os digo: Vuestra revelación es inmoral!

¡Oh! ¿querríais hacernos creer que Dios ha creado una moral progresiva y perfectible?... ¿Por ventura hay una ley antigua tolerando la falta de pudor y una nueva ley que lo proscribe?

Pues, bien: os contesto que sólo hay una ley de moral eterna dada por Dios á la humanidad cuando ésta se hallaba en la cuna y que todos los pueblos que la desconocieron violaron la ley de Dios.

Me ha maravillado siempre el ver á las notabilidades del protestantismo, de esta religión del libre examen, desechar y apartar de su comunión aquellos que niegan la revelación, basándose en la luz de la razón.

Un hombre á quien se califica de ilustre, porque ha derribado un trono y que derribaría otros si estuviera por el momento en disposición por vicio de sustitución, se ha puesto en estos últimos tiempos á predicar en los libros.

No es católico porque no tiene la fe ardiente y santa que podría disculparle.

No es protestante porque proscribe la independencia y el libre pensamiento.

No es judío, porque admite y acepta la ley antigua para el pasado y la rechaza para el presente.

¿Qué es, pues?

Fué un hombre que despreció á los hombres, un ministro que despreció á los ministros, un diputado que despreció á sus electores, un individuo que despreció á su rey...

Y es en fin un hombre que habiendo sentido desprecio por todo... y para todos... está en camino de recoger lo que tan liberalmente ha sembrado.

¡Pues bien! este hombre que se ha puesto á predicar en los libros, se ha erigido en sostenedor de la revelación judía.

Cree en esto porque así le conviene; rechaza aquello

porque aquello le disgusta; es ecléctico, pero el eclecticismo sólo es para él; es librepensador, pero el pensamiento sólo lo tiene él y no quiere ni admite el de los demás.

¿Qué es lo que le empuja á desempeñar este papel?

El deseo de rodear á su nombre con el último escándalo.

Vamos, M. Guizot, dejad la pluma de igual modo que habéis dejado el ministerio; descorazonáis á los creyentes y á los librepensadores; es todo cuanto puedo deciros en nombre de la juventud pensadora.

Debe respetarse aquel que defiende una idea y una bandera, pero nunca aquellos que no tienen más idea ni más bandera que ellos mismos.

Acabo de releer esta digresión que quizás no tiene razón de ennegrecer estas páginas. ¿Debo borrarlas?...¡No! ¡Andando á la ventura, mi pluma quizás ha tropezado con un grito de la conciencia pública!

El nombre se ha presentado por sí mismo entre todos los defensores de la revelación hebrea, y es el único que me ha arrastrado, porque es el único que ha sacado tanto partido de su *yo*... y personificado en *él* el egoísmo social, el político y el religioso.

Supongamos que todo esto no ha sido más que un paréntesis y volvamos á nuestro asunto.

Decía á la revelación que no es la revelación porque no ha sabido levantar á la mujer, y que rechazando las tradiciones de la India antigua, de la India de los Vedas, solamente ha sabido continuar las tradiciones de la India de los tiempos brahmánicos.

La mujer de los Vedas es una mujer digna y casta; la mujer de la Biblia no es más que una esclava y á menudo sólo una prostituta.

La mujer de los Vedas es una compañera para el hombre y el honor del hogar doméstico.

La mujer de la Biblia no es más que una concubina.

El indio sólo podía tener una mujer.

El israelita realizaba excursiones por el territorio de sus vecinos para procurarse jóvenes vírgenes y no desdeñaba el venderse á sus propias hijas cuando le ofrecían un buen precio.

No es necesario buscar en otro sitio, sino en la corrupción de costumbres de los hebreos, los motivos que han

obligado á Moisés á cambiar los papeles y adulterar la versión india acerca de la creación del mundo, copiada por él en Egipto, de los libros sagrados de los sacerdotes.

El legislador hebreo no pudo en aquella época del reinado de la fuerza, vislumbrar la bella y conmovedora figura de la mujer libre, casta y afectuosa, reinando por el corazón sobre su marido y sus hijos. Digámoslo, en una palabra, y por descargo suyo: si hubiera tenido el valor de hacer una tentativa en este sentido, su pueblo no le habría comprendido, ó infaliblemente, habría sucumbido en una revuelta general.

En todo el Oriente, la mujer había pasado á ser la esclava del dueño y nadie pensaba aún en su emancipación, ni en restituirla en su lugar; y Moisés, ni más ni menos que los otros, no tuvo idea de volver á las primitivas tradiciones.

No podía, pues, en estas circunstancias, copiar la leyenda india en toda su sublime sencillez. Considerar al hombre autor del pecado original habría sido disminuir su prestigio, lastimar el orgullo de este déspota y hacer comprender á la mujer que sin motivo ni razón se la había esclavizado en nombre de la Divinidad.

No fué sólo en esto que Moisés olvidó á la India; en el Génesis, Jehová no anuncia la venida del Redentor á Adán y Eva después de su pecado, y no deja de extrañarme, lo confieso, el ver la idea cristiana apoyarse en Moisés para sostener que el Señor anunció al Mesías á nuestros primeros padres.

Veamos de qué manera se expresa el Génesis cuando Adán fué arrojado del paraíso terrenal.

«Y dijo (Jehová): He ahí á Adán convertido casi en uno de nosotros (Jehová parece no estar cierto de ser él sólo y único Dios) y conociendo el bien y el mal; ahora es preciso arrojarlo, por miedo de que levante de nuevo su mano sobre el árbol de la vida, y que comiendo sus frutos viva eternamente.»

«Dios le hizo salir entonces del paraíso de las delicias á fin de que trabajara la tierra de donde lo había sacado.»

«Y habiéndolo arrojado, puso querubines delante del paraíso de delicias, que hacían brillar una espada de fuego para guardar el árbol de la vida.»

En vano he escudriñado cada frase, cada expresión,

no sólo de este libro, sino aun de los otros cuatro atribuídos á Moisés; me ha sido imposible descubrir algo que de cerca ó de lejos, ya en sentido recto ó figurado pueda aplicarse al Redentor.

Fué más tarde cuando los profetas recogieron esta tradición que la India había legado á todos los pueblos y que se encuentra en todos los libros sagrados del pueblo.

Tampoco es inútil hacer notar que Moisés no dijo una palabra de la creación y de la rebelión de los ángeles, lo que según nosotros, es también sacado posteriormente de las creencias del Oriente.

Así pues, esta religión hebrea se forma poco á poco de piezas y trozos, recogidos aquí y allá de todas las mitologías antiguas y puestos bajo la salvaguardia de una revelación que no puede resistir el examen.

Resulta de todo esto que Moisés conoció mucho menos los libros sagrados de la India y del Egipto que los levitas y los profetas que vinieron á completar su obra.

CAPITULO VI

EL DILUVIO SEGÚN EL MAHABARATA Y LAS TRADICIONES BRAHMÁNICAS

En este asunto tropezamos con la dificultad en la elección; no existe en la India antigua, ya sea tratado de teología ó poema, que no dé su versión acerca del gran cataclismo del cual todos los pueblos han guardado recuerdo.

Copiemos un resumen de la narración de los Vedas acerca de este acontecimiento:

«Según la predicción del Señor, la tierra se pobló, y los hijos de Adima y de Heva pronto fueron tan numerosos y tan malos que ya no pudieron entenderse entre ellos. Olvidaron á Dios y sus promesas y acabaron por cansarle con el ruido de sus sangrientas querellas.»

«El rey Daytha llegó un día á tener la audacia de fulminar sus imprecaciones contra el rayo, amenazándole que si no desaparecía, iría á conquistar el cielo á la cabeza de sus guerreros.»

«El Señor determinó entonces imponer á sus criaturas un castigo terrible, que sirviera de lección á aquellos que sobrevivirían y á sus descendientes.»

(Como puede verse, Brahma no siente, como Jehová de la Biblia, el haber creado el mundo, debilidad que se compaginaría muy mal con su presciencia).

Habiendo mirado Brahma á este mundo para saber cuál era de entre todos los hombres, el que merecía ser salvado y conservar la raza humana, eligió á Vaiwasvata á causa de sus virtudes, y veamos cómo le dió á conocer su voluntad y lo que sucedió.

Vaiwasvata había alcanzado aquella edad en que los fervientes servidores de Dios deben abandonar su familia, sus amigos, para retirarse en el desierto y en las

selvas, para acabar allí sus días en medio de austeridades de toda clase, en la perpetua contemplación de la pura esencia divina.

Un día que estaba haciendo sus abluciones en las orillas sagradas del Viriny, un pequeño pez adornado de brillantes colores saltó á la arena.

—Sálvame, dijo este último al santo personaje; si no escuchas mi ruego voy á ser infaliblemente devorado por los peces más grandes que yo que pueblan este río.

Lleno de piedad, Vaiwasvata lo colocó en el vaso de cobre que le servía para sacar agua del río y se lo llevó á su morada; empezó á crecer con tal rapidez que pronto un vaso más grande no pudo contenerlo, por lo que Vaiwasvata se vió obligado á transportarlo á un lago en donde su crecimiento continuó con igual rapidez y pidió á su salvador ser transportado al Ganges.

—Esto es superior á mis fuerzas, respondió el santo ermitaño, sería preciso ser el mismo Brahma para sacarte ahora de aquí.

—Pruébalo, respondió el pez.

Y Vaiwasvata, habiéndolo cogido, lo levantó con la mayor facilidad y lo depositó en el río sagrado, y no solamente el pez era ligero como un haz de paja, si que también esparcía alrededor de él los más suaves perfumes.

Vaiwasvata comprendió que realizaba la voluntad del Señor y esperó maravillosos acontecimientos.

El pez no tardó en volverle á llamar, y esta vez pidió ser conducido al Océano, lo que fué realizado con igual diligencia. Entonces dijo á su salvador:

«—Escucha, hombre prudente y bienhechor: la tierra va á ser sumergida por las aguas y todos los que la habitan serán ahogados, pues la cólera del Señor va á soplar sobre las nubes y los mares para encargarles del castigo de esta raza mala y corrompida que olvida su origen y la ley de Dios. Tus semejantes no saben ya contener su orgullo y se atreven á desafiar á Dios, pero sus amenazas han llegado hasta el pie del trono de Brahma y éste va á dar á conocer su poder.»

«Apresúrate, pues, en construir un barco en el que te encerrarás con toda tu familia.»

«Tomarás de igual modo semillas de todas las plantas y una pareja de todas las especies de animales, dejando aquellos que nacen en la podredumbre y en los vapores,

porque su principio de vida no ha emanado de la gran alma.»

«Y tú aguardarás con confianza.»

Vaiwasvata se apresuró en seguir esta recomendación, y habiendo construído el barco se encerró en él junto con su familia, las semillas de las plantas y una pareja de cada animal, según estaba dicho.

Tan pronto como la lluvia empezó á caer y los mares á desbordarse, un pez monstruoso, armado de un cuerno gigantesco, se colocó á la cabeza del navío, y Vaiwasvata habiendo atado una cuerda á este cuerno, el pez se lanzó en medio de todos los elementos desencadenados y guió al barco.

Y aquellos que iban en el barco vieron que la mano de Dios les protegía, pues ni la violencia de la tempestad ni la de las olas pudieron nada contra ellos.

Esto continuó de esta manera, días, meses y años hasta el momento en que la obra de destrucción estuvo completamente terminada. Habiéndose calmado los elementos, los viajeros guiados por su misterioso conductor, pudieron hacer pie en la cumbre del Himalaya.

«Es Visnu quien os ha salvado de la muerte, les dijo el pez abandonándolos; merced á sus ruegos Brahma ha perdonado á la humanidad; id ahora á cumplir la obra de Dios y volved á poblar la tierra.»

Según la tradición, recordando á Brahma que en otro tiempo le había prometido enviarle á la tierra para conducir á los hombres á la fe primitiva y rescatar sus faltas, fué como Visnu obtuvo de Vaiwasvata fuera salvado, á fin de que la promesa de Dios pudiera cumplirse más tarde.

Esta leyenda, pensamos, que no necesita comentarios, y el lector sabrá con facilidad comprender todas las consecuencias que se derivan.

Según unos, Vaiwasvata fué el padre merced á su descendencia de los pueblos nuevos.

Según otros, sólo tuvo que echar piedras en el barro causado por las aguas, para hacer nacer hombres en número tan grande como quiso.

Es, por un lado, el mito hallado y adoptado por el judaísmo y el dogma cristiano.

Por otra parte, es la tradición de Deucalión y Pyrro llevada á Grecia por los cantos poéticos de los emigrantes.

CAPITULO VII

LA LEYENDA DEL PATRIARCA ADGIGARTA

No podemos hacer aquí, se comprende, la historia de la descendencia de Vaiwasvata, ni relatar todas las leyendas indias que se refieren á la vida de los patriarcas después del diluvio. Vamos, pues, á limitarnos á explicar la vida de Adgigarta que por su notable semejanza con la de Abraham, según la Biblia, será una prueba muy favorable en favor de la opinión sostenida por nosotros, de que Moisés ha sacado sus tradiciones genésicas, patriarcales y otras de los libros sagrados del Egipto, que no fueron más que una emanación de los Vedas y de las creencias religiosas de la India. Opinión que es imposible no admitir á menos de persistir en no querer juzgar aquellas épocas antiguas más que por las fábulas absurdas del legislador hebreo, y con la ayuda de una cronología de la cual la ciencia moderna ha demostrado la imposibilidad.

Es digno de ver, en efecto, para juzgar con acierto esta cronología, el singular esfuerzo por el cual Moisés se relaciona con Adán; no creo que sea posible encontrar nada en el mundo que más choque con las más vulgares leyes del buen sentido.

Según la Biblia:

¡Moisés vivió largo tiempo con Leví!

Leví vivió treinta y tres años con Isaac:

Isaac vivió cincuenta años con Sem:

Sem vivió noventa y ocho años con Matusalem:

Matusalem vivió cuarenta y tres años con Adán.

Así, Moisés no estaría separado de la creación del mundo más que por cuatro generaciones de hombres y del diluvio por dos generaciones.

Hay que tener en cuenta que los cuatro hombres que

separan á Moisés de Adán, habrían vivido, tomando la cronología bíblica, *dos mil cuatrocientos treinta y tres años*. De lo que resulta una vida media de más de seiscientos años por hombre.

Esta atrevida broma, que no se puede intentar discutir seriamente, inspira sin embargo al jesuíta de Carriére las reflexiones siguientes:

«De manera que la creación del mundo y todo lo que está relacionado en el Génesis podía haber venido en conocimiento de Moisés por la narración que le habían hecho sus padres. Hasta quizás se conservaban memorias entre los israelitas, y es de estas memorias de donde sacó el tiempo del nacimiento y de la muerte de los patriarcas, el número de sus hijos y de sus familias y los nombres de los distintos países en que cada uno de ellos fué á establecerse, siendo guiado por esto por el Espíritu Santo á quien se debe considerar siempre como el principal autor de los libros sagrados.»

¡Es preciso, sin embargo, entenderse, reverendo padre! Moisés no conoció la Trinidad; os desafío á que me citéis un sólo versículo de su obra que demuestre lo contrario de esta afirmación, y siendo así, ¿por qué sustituir el Espíritu Santo á Jehová? No lo decís, pero lo comprendo; con ayuda de estos añadidos que jamás hacen falta cuando se deja sentir la necesidad, ¿cómo explicáis la Biblia y veis y halláis lo que no existe?

Hay lo bastante con estos hombres viviendo quinientos, seiscientos y hasta novecientos años, como Matusalem, para no tener que hacer intervenir al Espíritu-Santo, que no debería tener nada de común, si sipierais respetarlo, con estas groseras tradiciones.

Es preciso confesar, sin embargo, que tenemos una historia fácil de contentar, pues, á pesar de haberle demostrado victoriosamente la ciencia veinte veces su error, persiste en adoptar esta cronología hebrea.

Según la cronología india, el diluvio tuvo lugar al fin del twapara-yonga, es decir, en la tercera edad de la existencia del mundo, más de cuatro mil años antes de nuestra era, y fué en el siglo siguiente cuando vivió el patriarca Adgigarta, nieto de Vaiwasvata.

He ahí la leyenda que se refiere á este patriarca que vivía 2500 años antes que Moisés y que inspiró á este último la leyenda de Abraham.

«En el país de Ganga habitaba un hombre virtuoso

que se llamaba Adgigarta; por la mañana y por las tardes iba á los claros de los bosques ó á las orillas de los ríos cuyas aguas son naturalmente puras, para ofrecer allí el sacrificio.»

«Y cuando el sacrificio estaba ofrecido y su boca estaba purificada por el alimento divino, después de haber pronunciado en voz baja la palabra misteriosa ¡Aum! que es un llamamiento á Dios, cantaba el himno consagrado de la Savitri:»

«Bhour! Bhouvah! Shouar!

»Señor de los mundos y de las criaturas, recibe mi humilde invocación; apártate por un momento de la contemplación de tu inmortal poder. Una sola de tus miradas purificará mi alma.

»Ven á mí, que oiga tu voz en el estremecimiento de las hojas, en el murmullo de las aguas del río sagrado, en la oscilación de las llamas del Avasathya (fuego consagrado).

»Mi alma siente necesidad de respirar el aire puro que emana de la gran Alma; escucha mi humilde invocación, Señor de los mundos y de las criaturas.

»Bhour! Bhouvah! Shouar!

»Tu palabra será más dulce para mi alma sedienta que las lágrimas de la noche sobre las arenas de los desiertos, más suave que la voz de la joven madre que llama á su hijo.

»Ven á mí, oh tú por quien la tierra está en flores, por quien maduran las cosechas, por quien se desarrollan las semillas, por quien brillan los cielos, por quien las madres tienen hijos y los prudentes conocen la virtud.

»Mi alma tiene sed de conocerte y de separarse de su envoltura mortal para gozar de la beatitud celeste y absorberse en tu esplendor.

»Bhour! Bhouvah! Shouar!»

(Extracto del Sam-Veda).

«En seguida el prudente Adgigarta, después de esta invocación á Dios, se volvía hacia el sol y le dirigía este himno como á la más magnífica creación de Brahma:»

«Oh, radiante y brillante Sol, recibe este canto siempre excelente y siempre nuevo que dirijo á tus virtudes.

»Dígnate aceptar mi invocación; que tus rayos desciendan á visitar mi alma ávida, como un joven enamorado que corre á recibir los primeros besos de su amante.

»Sol! tú que iluminas la tierra, y cuya luz fecunda todas las cosas, protégeme!

»Meditemos acerca de tu admirable luz, puro y resplandeciente Sol, que iluminas y diriges nuestra inteligencia.

»Los sacerdotes con sacrificios y cantos santos, te honran, oh Sol resplandeciente, pues su inteligencia ve en ti la más bella obra de Dios.

»Avido de alimento celeste, solicito para mis humildes plegarias tus dones preciosos y divinos, oh, sublime y brillante Sol!»

(Extraído del Rig-Veda).

«Después de haber recitado estas plegarias y hecho sus abluciones según el modo prescrito, el prudente Adgigarta empleaba aún la mayor parte del día en estudiar el sentido místico y profundo del Veda, bajo la dirección de un santo personaje llamado Pavaca (el purificado) que no distaba mucho de la edad (setenta años) en que el verdadero servidor de Dios debe retirarse en las selvas para llevar y hacer la vida cenobítica.»

«Cuando Adgigarta hubo cumplido 45 años, habiendo pasado todos sus días en el estudio y en el rezo, su maestro una mañana le hizo á la salida del sacrificio el presente de una ternera sin manchas y coronada con flores diciéndole:»

«—Este es el regalo que el Señor recomienda hacer á aquellos que han terminado el estudio del Veda; tú ya no necesitas más mis lecciones, oh, Adgigarta; piensa ahora en procurarte un hijo que pueda realizar sobre tu tumba las ceremonias funerarias que deben abrirte la morada de Brahma.»

«—Padre mío, respondió Adgigarta, oigo vuestras palabras y comprendo su bondad, pero no conozco ninguna mujer, y si mi corazón desea amar, no sabe dónde dirigir sus súplicas.»

«—Te he dado la vida por la inteligencia, dijo entonces Pavaca, voy á darte la vida por la felicidad y el amor.»

«—Mi hija Parvady brilla entre todas las vírgenes por la prudencia y la belleza; desde su nacimiento te la destino para mujer; sus ojos aun no se han fijado en ningún hombre, y ningún hombre ha visto su gracioso rostro.»

«Al oir estas palabras, la alegría de Adgigarta llegó á su colmo.»

«El brahmya-houta (banquete de bodas) se verificó, y el matrimonio se realizó según la manera consagrada para los dividjas.»

«Los años transcurrieron sin que nada viniese á alterar la felicidad de Adgigarta y de la bella Parvady; sus ganados eran los más numerosos y los mejores; su cosecha de arroz, de granos menudos y la del azafrán eran siempre las más hermosas.»

«Pero una cosa faltaba á su felicidad: Parvady á quien su marido siempre había conocido en la estación favo-

rable, según la ley de Dios, no le había dado ningún hijo y parecía estéril.»

«Fué inútil que hiciera una peregrinación á las aguas sagradas del Ganges; á pesar de los votos y de las infinitas plegarias, no había concebido.»

«El octavo año de su esterilidad se acercaba, y, según la ley, Parvady debía ser repudiada por *no haber podido procrear un hijo*, lo que era un asunto de perpetua desolación para los dos esposos.»

«Un día Adgigarta tomó una cabra joven de vellón rojo, la más hermosa que encontró en su rebaño, y se fué á sacrificarla á Dios en una montaña desierta, y con los ojos llenos de lágrimas, oraba.»

«—Señor, decía, no separéis lo que habéis unido...Pero los sollozos apagaban su voz y no podía continuar.»

«Como que se hallaba con la cara al suelo, gimiendo é implorando á Dios, una voz que salía de entre las nubes le estremeció, y oyó claramente estas palabras:»

«—Vuelve á tu casa, Adgigarta, el Señor ha oído tu plegaria y ha tenido piedad de ti.»

«De regreso á su casa, su mujer, resplandeciente de alegría, corrió delante de él y como hacía mucho tiempo que no la había visto tan alegre, le preguntó por qué estaba tan contenta.»

«—Durante tu ausencia, respondió Parvady, un hombre que parecía muerto de fatiga ha venido á descansar en el umbral (veraudah) de nuestra habitación; le he ofrecido agua clara, arroz cocido y manteca clarificada que se da á los extranjeros; después de haber comido, estando á punto de partir, me dijo:—Tu corazón está triste y tus ojos están marchitos por las lágrimas, alégrate, pues dentro de poco tú concebirás, y de ti nacerá un hijo á quien llamarás Viashagana (salido de la limosna), que te conservará el amor de tu marido y será el honor de su raza.»

«A su vez, Adgigarta habiéndole explicado lo que le había sucedido, se regocijaron, pues pensaron que todos sus males estarían acabados y que no estarían obligados á separarse.»

«Llegada la noche, después de haberse perfumado y frotado los miembros con azafrán, Adgigarta se aproximó á Parvady, pues se encontraba en la estación propia y concibió.»

«El día en que vino al mundo el niño fué señalado

por regocijos generales en los que tomaron parte los parientes, los amigos y los servidores.»

«Sólo Pavaca no asistió, pues estaba muerto para el mundo y no vivía más que en la contemplación del Señor.»

«El niño recibió el nombre de Viashagagana ó Viashagana, conforme se había dicho.»

«Parvady tuvo después un gran número de hijas que fueron por su belleza el adorno de la casa, pero Dios no le concedió ningún otro hijo.»

«Cuando el niño iba á cumplir doce años y se distinguía entre todos por su fuerza y su altura, su padre resolvió llevárselo para ofrecer un sacrificio conmemorativo en la montaña en donde en otro tiempo el Señor había escuchado sus ruegos.»

«Después de haber, igual que la primera vez, escogido una cabra joven, sin mancha de vellón rojo, de entre su rebaño, Adgigarta se puso en marcha con su hijo.»

«Avanzando por su camino y mientras pasaban por una selva muy espesa, encontraron una paloma joven caída del nido y que aun sólo revoloteaba perseguida por una serpiente. Viashagana se lanzó sobre el reptil, y después de haberlo muerto de un bastonazo, colocó á la paloma en su nido, y la madre que volaba por encima de su cabeza se lo agradeció con alegres gritos.»

«Adgigarta quedó encantado y lleno de gozo al ver que su hijo era valiente y bueno.»

«Cuando hubieron llegado á la montaña, empezaron á recoger la leña para el sacrificio, pero mientras se hallaban ocupados en esta tarea, la cabra que habían atado á un árbol rompió la cuerda y emprendió la fuga.»

«Adgigarta dijo entonces:—Tenemos leña para la hoguera, pero no tenemos víctima; y no sabía qué hacer, pues se hallaba alejado de toda suerte de casas, y sin embargo, no quería irse sin haber cumplido sus deseos.»

«—Vuelve, dijo á su hijo, hasta el nido en que has colocado la paloma y me la traerás. En defecto de cabra, nos servirá de víctima.»

«Viashagana iba á obedecer las órdenes de su padre, cuando la voz irritada de Brahma se oyó que exclamaba»:

«—¿Por qué ordenas á tu hijo que vaya á buscar la paloma que ha salvado para inmolarla en lugar de la

cabra que habéis dejado escapar? ¿Sólo la habéis librado de la serpiente para imitar la mala acción de ésta? Este sacrificio no me sería agradable.»

«Aquel que destruye el bien que ha hecho no es digno de dirigirme sus plegarias.»

«Esta es la primera falta que has cometido, oh Adgigarta; para borrarla, es preciso inmolar al hijo que te he dado sobre esta hoguera, tal es mi voluntad.»

«Al oir estas palabras, Adgigarta fué preso de un profundo dolor; se sentó en la arena y abundantes lágrimas manaron de sus ojos.»

«—Oh, Paravady, exclamó, ¿qué dirás cuando me veas entrar solo en casa, y qué podré responder cuando me preguntes qué ha sido de tu primer hijo?»

«Se lamentó de esta manera hasta llegar á la noche, no pudiendo determinarse á cumplir el funesto sacrificio; sin embargo, no pensaba en desobedecer al Señor, y Viashagana, á pesar de su juventud, estaba sereno y le animaba para que ejecutase las prescripciones divinas.»

«Habiendo reunido la leña y construído la pira, con mano temblorosa ató á su hijo y levantando el brazo armado del cuchillo del sacrificio, iba á degollarlo, cuando Visnú, bajo la forma de una paloma, se posó en la cabeza del niño.»

«—Oh, Adgigarta, dijo, corta las ataduras de la víctima y esparce la pira; Dios está satisfecho de tu obediencia y tu hijo por su valor ha sido perdonado por él. Que viva muchos y largos días, pues de él nacerá la virgen que debe concebir por inspiración divina.»

«Adgigarta y su hijo rezaron largo tiempo para dar gracias al Señor; después, llegada la noche, juntos emprendieron el camino de su casa, hablando de estas cosas maravillosas y llenos de confianza en la bondad del Señor.»

(Ramatsariar, profecías.)

Los dos himnos á Brahma y al Sol no se encuentran en el texto de la Leyenda, que se limita á indicar estas plegarias hechas por Adgigarta en la montaña. El lector nos agradecerá, sin duda, el haberlas sacado del Rig-Veda y del Sam-Veda para incluirlas en esta traducción.

Esta es la narración antigua del sacrificio de Adgi-

garta, que, la primera vez que tuvimos conocimiento de él nos causó profunda admiración.

Al gran indianista William Jones es á quien somos deudores de haber descubierto la huella. Un día que leíamos su traducción de Manú, una nota nos condujo á consultar el comentador indio Collonca Batta, en el cual encontramos una alusión á este sacrificio del hijo por el padre, que Dios detuvo después de haberle él mismo ordenado. No tuvimos ya desde aquel entonces más que una idea fija, la de encontrar en el conjunto laberíntico de los libros religiosos índicos, la narración original de este acontecimiento. Nos hubiera sido imposible lograrlo sin la amabilidad de un brahmán con el cual estudiamos el sanscrito, que cediendo á nuestras súplicas, nos trajo de la biblioteca de su pagoda las obras del teólogo Ratmasariar que tan útiles nos han sido para este libro.

Cuando pruebas semejantes de detalle vienen á añadirse al conjunto, ¿no sería ir contra la evidencia el no querer creer que todas las tradiciones antiguas tuvieron un origen común, cuyas bases deben hallarse en los mitos del Extremo Oriente?

Nunca repetiremos demasiado lo siguiente: si es cierto y lógico decir que todos los pueblos modernos han ido á buscar en el mismo foco de luces filosóficas y religiosas, ¿por qué sería falso sostener que todos los pueblos de la antigüedad no han hecho más que adoptar, transformándolas, las creencias de sus predecesores? Esta leyenda del patriarca Adgigarta, transformada por Moisés, se ha convertido en la leyenda de Abraham.

CAPITULO VIII

ENCARNACIONES.—PROFECÍAS ANUNCIANDO LA VENIDA DE CHRISTNA

Sin duda nada nuevo enseñaremos á nadie diciendo que la encarnación, es decir, la venida de Dios á la tierra para regenerar á sus criaturas, es la base de la religión india. Esto es suficientemente conocido de cualquiera que haya abierto un libro acerca de la India, para que nos hallemos á nuestras anchas anunciando esta proposición y reivindicando para aquel país la prioridad de esta creencia religiosa.

Pero si esta verdad parece ser generalmente admitida, si nadie duda que la India haya tenido sus encarnaciones, parece que hasta el día sólo se ha preocupado en ridiculizar aquellas tradiciones, queriendo á la fuerza representar las diferentes venidas de Brahma entre los hombres como supersticiones insensatas.

No sería fácil hallar la fuente de estas opiniones, que no pudieron ser imparciales, emitidas como lo fueron por los misionistas de todos los cultos que tuvieron que luchar en la India con creencias semejantes á las que ellos iban á implantar.

Usaron para ello de un medio muy fácil que vamos á indicar: en lugar de estudiar los principios religiosos de los indios en los libros especiales de teología, en donde habrían podido hallar, si no armas, sublimes enseñanzas, se dirigieron á la poesía, á las fábulas, á las tradiciones heroicas, para poderse burlar á su gusto de Brahma, de la trinidad y de las encarnaciones.

Un sacerdote indio en Europa podría desempeñar igual papel, si rechazando la moral evangélica y las sublimes lecciones de Cristo, no quisiera, con idea preconcebida, estudiar nuestra religión más que en los dramas sagrados y las farsas religiosas de la Edad Me-

dia, en las cuales Dios padre sale en escena junto con el diablo, en donde se atribuye á la Virgen, á Jesús, á los apóstoles y á los santos absurdos sacrílegos y hasta á veces obscenidades...

En Oriente, país de la fantasía y de la poesía, la religión debe estudiarse mucho menos aun que en otras partes, en las obras de imaginación, que multiplican hasta al infinito á los ángeles, santos y demonios y los mezclan constantemente en la obra de Dios y en las acciones humanas.

Es preciso estudiar con los sacerdotes brahmanes y en sus libros, y sonreir de todas aquellas supersticiones que la Europa atribuye á la India, bajo la palabra parcial é interesada de algunos hombres.

Según la creencia india, hasta el día de hoy, nueve veces Dios ha venido á la tierra; las ocho primeras veces sólo han sido cortas apariciones de la Divinidad, viniendo á renovar á santos personajes la promesa de un Redentor, hecha á Adima y á Heva después de su pecado; la novena sólo es una encarnación, es decir, la realización de la predicción de Brahma.

Esta encarnación es la de Christna, hijo de la virgen Devanaguy.

Veamos algunas de las predicciones anunciando su venida, coleccionadas por Ramatsariar en el Atharva, los Vedangas y el Vedanta.

No presentamos más que un reducido número de estos curiosos trozos de poesía religiosa, que se parecen, por otra parte, casi todos por el fondo y por la forma.

(Atharva).

«Vendrá coronado con luces, este flúido puro emanado de la gran alma, de la esencia de todo lo que existe, y las aguas del Ganges se agitarán desde sus orígenes hasta el mar, igual que una mujer embarazada siente en su seno el primer salto de su hijo.»

«Vendrá, y los cielos y los mundos estarán alegres, y las estrellas palidecerán delante de su esplendor, y el sol encontrará sus rayos demasiado débiles para iluminarlo, y la tierra será demasiado estrecha para la extensión de sus miradas, demasiado pequeña para contenerle.»

«Pues él es el infinito, pues es el poder, pues es la sabiduría, pues es la belleza, pues está todo en todo.»

«Vendrá, y todos los seres animados, todas las flores, todas las plantas, todos los árboles, todos los hombres, mujeres, niños, esclavos, el elefante soberbio, el tigre, el león, el cisne de blanco plumaje, todos los pájaros y todos los insectos, todos los peces, en los aires, en la tierra y en las aguas, entonarán el canto de alegría, pues es el Señor de todo lo que existe y de todas las criaturas.»

«Vendrá, y los Rackchasas malditos huirán á lo más profundo de los infiernos.»

«Vendrá, y los Pisatchas impuros cesarán de roer los cadáveres.»

«Vendrá, y todos los seres inmundos se espantarán; los buitres de siniestros gritos y el mal oliente chacal no encontrarán podredumbre para alimentarse ni escondrijos para ocultarse.»

«Vendrá, y la vida desafiará á la muerte, y el período de disolución suspenderá su siniestro trabajo y rejuvenecerá la sangre de todos los seres, y regenerará todos los cuerpos y purificará todas las almas.»

«Vendrá, más dulce que la miel, más puro que el cordero sin mancha, y que la boca de una virgen, y todos los corazones serán trasportados de amor. Él vendrá el primer día del mes de *sravana*. ¡Feliz la matriz bendita que lo llevará en su seno! ¡dichosas las orejas que oirán sus primeras palabras! ¡afortunada la tierra que recibirá sus primeros pasos! ¡felices los pechos que el estrujará con su boca celestial! ¡por su leche bendita todos los hombres serán purificados!»

«¡De Norte á Sur, de Oriente á Poniente, este día será un día de embriaguez, pues Dios manifestará su gloria y hará resplandecer su poder y se reconciliará con sus criaturas!»

No hago más que transcribir; todo comentario debilitaría el soplo de inspiración del poeta, y por otra parte, ¿con qué reflexiones continuaríamos estas páginas?

El lector, igual que nosotros, sabrá comprender, comparar y juzgar.

(Sacado de los Vedangas).

«Es en el seno de una mujer que el rayo de esplendor divino recibirá la forma humana, y parirá siendo virgen, pues ningún contacto impuro la habrá manchado.»

(Procedente de Pourowava).

«El cordero nace de una oveja y de un carnero, el cabrito de una cabra y de un macho cabrío, el niño de una mujer y de un hombre; pero el divino Paramatma (alma del universo) nacerá de una virgen que será fecundada por el pensamiento de Visnu.»

(Sacado del Narada).

«Que los Yakchas, los Rackchasas y los Nagas tiemblen, pues se acerca el día en que debe nacer aquel que pondrá término á su reinado en la tierra.»

(Sacado del Poulastya).

«Y se oirá un ruido terrible y sobrenatural en los cielos, en el aire y en la tierra; voces misteriosas advertirán á los santos ermitaños en las selvas, los músicos celestes entonarán sus cánticos, las aguas de los mares saltarán de alegría en lo profundo de sus abismos: los vientos se cargarán con los perfumes de las flores; al primer grito del niño divino, la Naturaleza entera reconocerá á su dueño.»

(Sacado del Vedanta).

«En los primeros tiempos de Cali-youga (edad actual del mundo, que ha comenzado, según los indios, 3500 años antes de la Era cristiana) nacerá el hijo de la virgen.»

Debo, muy á pesar mío, limitarme á algunas citas de las profecías anunciando la venida del redentor indio. No es que me encuentre en la imposibilidad de presentar mayor número; los libros sagrados dejan sobre este asunto no más que la dificultad en la elección. Pero me ha parecido que en esto no podía haber más que un sencillo interés, que el cuadro y dimensiones de este libro no me permiten satisfacer completamente.

Además, ya lo hemos dicho: la mayoría de los resúmenes que podríamos hacer, se parecen de tal manera, que su multiplicidad perjudicaría el interés en vez de aumentarlo.

El Vedanta anuncia que la encarnación de Christna debe verificarse en los primeros tiempos de Cali-youga, es decir, en la edad actual del mundo; esta expresión, entendemos que requiere una explicación.

Los indios dividen el tiempo de la duración de este

mundo en cuatro edades, que deben renovarse en cuatro veces diferentes, antes del Maha-Pralaya ó destrucción general de todo lo que existe.

El primero recibe el nombre de Crita-youga y tiene una duración de 1.728,000 años humanos de 360 días.

El segundo recibe el nombre de Treta-youga y debe durar 1.296,000 años humanos.

El tercero llamado Dwapara-youga y su duración es de 864,000 años humanos.

Por último, el cuarto se llama Cali-youga y debe durar 432,000 años.

Es en esta última edad que nos hallamos actualmente desde hace poco más ó menos 5400 años.

Guillermo Jones, en sus estudios asiáticos, relacionando y comparando esta división del tiempo en las cuatro edades de los griegos y de los romanos, la edad de oro, la de plata, la de acero y la de hierro, no duda que sea un recuerdo de la tradición india; una prueba más en favor del origen que hemos atribuído á estos pueblos.

CAPITULO IX

NACIMIENTO DE LA VIRGEN DEVANAGUY SEGÚN EL BAGAVEDA-GITA Y LAS TRADICIONES BRAHMÁNICAS

Hemos llegado á esta maravillosa encarnación india, la primera, en cuanto al tiempo, entre todas las encarnaciones religiosas del globo, la primera igualmente que vino á recordar á los hombres las verdades inmortales depositadas por Dios en la conciencia humana, y que las luchas del despotismo y de la intolerancia logran demasiado á menudo velar.

Vamos á narrar sencillamente, siguiendo las autoridades más fidedignas, la vida de la virgen Devanaguy y de su divino hijo, reservando para más adelante todo comentario y toda comparación.

Alrededor del año 3500 antes de la Era moderna, en el palacio del rajah de Madura, pequeña provincia de la India Oriental, vino al mundo una niña, cuyo nacimiento estuvo rodeado de extraños acontecimientos y de maravillosos presagios.

La hermana del rajah, madre de la niña, algunos días antes del alumbramiento, tuvo un sueño en el que apareciendo Visnu en toda la magnificencia de su esplendor, le reveló los futuros destinos de la que iba á nacer.

«Pondrás por nombre á tu hijo Devanaguy (en sanscrito, formado por ó para Dios), dijo á la madre, pues mediante ella los designios de Dios deben realizarse. Que ningún alimento animal jamás se acerque á sus labios: el arroz, la miel, y la leche, sólo deben formar parte de su alimentación. Sobre todo evita que ningún hombre se una á ella en matrimonio; moriría, igual que todos aquellos que le habrían ayudado en este acto, antes de haberlo realizado.»

La niña recibió al nacer el nombre de Devanaguy,

conforme había sido ordenado, y su madre, temiendo no poder cumplir las prescripciones de Dios en el palacio de su hermano, que era un malvado, la llevó á casa de uno de sus parientes llamado Nanda, señor de una pequeña aldea situada en las orillas del Ganges, y célebre por sus virtudes. Su hermano, á quien ella anunció que partía en peregrinación á las orillas del río sagrado, temiendo las murmuraciones del pueblo, no se atrevió á oponerse á sus designios.

Sin embargo, para hacer notar su mala voluntad, sólo le cedió una escolta muy mediocre, compuesta únicamente de dos elefantes, lo que apenas habría sido suficiente para una mujer de clase baja.

Por la noche, apenas Lakmy se había puesto en marcha acompañada de su hija, una comitiva compuesta de más de cien elefantes guarnecidos de oro y guiados por hombres lujosamente vestidos, se juntó con ella, y como hubiese llegado la noche, una columna de fuego apareció en los aires para dirigirlos al son de una música misteriosa que parecía venir del cielo.

Y todos aquellos que asistieron á esta partida maravillosa comprendieron que todo esto no era regular, y que la madre y el niño estaban protegidos por el Señor.

El rajah de Madura concibió unos celos extraordinarios, y empujado por el príncipe de los Rackchasas, que quería entorpecer los proyectos de Visnu, envió por un camino extraviado hombres armados para dispersar el séquito y conducir á su hermana á palacio.

Habría dicho entonces:—Ves, los caminos no son seguros, y no puedes confiar en hacer sin peligro tan largo viaje; envía un santo ermitaño en tu lugar y él realizará tu voto.

Pero apenas los soldados que había enviado estuvieron á la vista del séquito de Lakmy, iluminados por el espíritu de Dios se juntaron á él para proteger á la madre y á la hija durante el viaje.

Y el rajah se enfureció al saber que su mala acción no había podido dar resultado. La misma noche supo en sueños que Devanaguy debía dar al mundo un hijo que le destronaría y castigaría todos sus crímenes.

Pensó en ocultar entonces en su corazón sus siniestros proyectos, y se dijo que fácilmente lograría más tarde atraer á su sobrina á su corte, en el caso de que su

hermana no quisiera volver al lado de él, y que le sería posible hacerlo morir y evitar el fin á que estaba amenazado.

Para disfrazar mejor sus intenciones, mandó partir criados cargados de numerosos presentes que debían ser entregados á Lakmy para ser ofrecidos á su pariente Nanda.

El viaje de Lakmy hasta las orillas del Ganges no fué más que una marcha triunfal; de todos lados las poblaciones acudían en multitud á su paso, diciéndose entre ellos: «—¿Cuál es esta ranme (reina) que tiene un acompañamiento tan hermoso? Debe ser la mujer del príncipe más poderoso de la tierra.» Y de todas partes le llevaban flores, con que alfombraban el camino, frutos y ricos regalos.

Pero lo que causaba más admiración á la multitud, era la belleza de la joven Devanaguy, que á pesar de contar pocos días, tenía ya la cara seria de una mujer, y parecía comprender lo que pasaba á su alrededor y la admiración de que era objeto.

Durante los sesenta días que duró el viaje, la columna de fuego que dejaba de ser visible con el sol, reaparecía por la noche, y no cesó nunca de dirigir al séquito hasta su llegada. Y, cosa extraordinaria, los tigres, las panteras y los elefantes salvajes, lejos de huir espantados como acostumbran á hacerlo al aproximarse el hombre, iban tranquilamente á mirar el séquito de Lakmy, y sus rugidos eran tan suaves como el canto del ruiseñor, á fin de no espantar á la niña.

Nanda, habiendo sabido la llegada de su pariente por un mensajero de Visnu, fué á esperarla á dos días de camino de su morada, seguido de todos sus servidores, y en seguida que vió á Devanaguy, la saludó con el nombre de *Madre*, diciendo á todos los que se extrañaban de esta palabra:—Esta será nuestra madre, puesto que de ella nacerá el Espíritu que debe regenerarnos.

CAPITULO X

INFANCIA DE DEVANAGUY. — MUERTE DE SU MADRE. — ELLA VUELVE Á MADURA

Los primeros años de Devanaguy transcurrieron en paz en la casa de Nanda y sin que el tirano de Madura hiciera la menor tentativa para atraerle cerca de él. Aprovechaba, por el contrario, todas las ocasiones para enviarle regalos, y dar las gracias á Nanda por la hospitalidad que había concedido á Lakmy y á su hija, lo que hacía creer á todos que la luz del Señor le había tocado y se había hecho bueno.

Sin embargo, la joven virgen se educaba en medio de sus compañeras, sobrepujándolas á todas en sabiduría y en belleza. Ninguna mejor que ella, á pesar de tener apenas seis años, sabía cuidar de las faenas caseras, hilar la lana y el lino y esparcir por toda la casa la alegría y la prosperidad.

Le gustaba retirarse en la soledad, sumergiéndose en la contemplación de Dios que derramaba sobre ella todas sus bendiciones y le enviaba á menudo presentimientos celestes de lo que debía suceder.

Un día que ella se hallaba á orillas del Ganges ocupada en hacer sus abluciones, rodeada de una multitud de mujeres que habían ido allí con igual fin, una ave gigantesca empezó á volar encima de ella, descendió suavemente y depositó sobre su cabeza una corona de flores de loto.

Todos los asistentes quedaron maravillados y pensaron que aquella niña estaba reservada para grandes cosas.

Mientras acaecían estas cosas, Lakmy murió tras breve enfermedad, y Devanaguy supo en sueños que su madre había visto abrirse ante ella las puertas de la morada de Brahma, porque había llevado siempre una

vida pura y casta, y que no había necesidad de verificar sobre su tumba las ceremonias funerarias de costumbre.

Devanaguy, cuyo cuerpo estaba en la tierra, pero cuyos pensamientos estaban en el cielo, no lloró á su madre ni llevó luto, según la costumbre, pues consideraba á la muerte, como dicen en los libros santos, *como un nacimiento en la otra vida.*

Habiendo sabido la desgracia que acababa de herir á su sobrina, el tirano de Madura juzgó llegado el momento oportuno de poner en ejecución sus proyectos; envió embajadores á Nanda, con numerosos regalos, rogándole le enviase á la joven Devanaguy de la cual era el más próximo pariente desde la muerte de su madre.

Nanda tuvo gran sentimiento ante semejante petición, pues amaba á la niña igual que á sus hijos, y no podía librarse de los presentimientos que le hacían considerar bajo el más sombrío aspecto el porvenir de Devanaguy en la corte de su tío.

Sin embargo, como la demanda era justa, dejó á la joven en libertad de acogerla ó rechazarla.

Devanaguy, que sabía que su destino la llamaba á Madura, siguió á los embajadores enviados por su tio, después de haber implorado todas las bendiciones de Dios sobre la casa que abandonaba.

—Acuérdate, le dijo Nanda, que seremos dichosos de volverte á ver si la desgracia te conduce cerca de nosotros.

Los presentimientos de su protector no le habían engañado. Apenas Devanaguy estuvo en poder de su tío, este, arrojando la careta, la hizo encerrar en una torre cuya puerta hizo emparedar, para quitarle toda posibilidad de huir.

Pero la virgen no se disgustó; hacía mucho tiempo que había recibido del cielo la ciencia de lo que le debía suceder, y llena de confianza esperaba el momento señalado por Dios para realizar sus celestes designios.

Sin embargo el tirano de Madura no estaba tranquilo; un hambre espantosa asolaba sus Estados, la muerte le había quitado uno á uno todos sus hijos y vivía en el continuo temor de catástrofes más sombrías aun.

Obsesionado por la idea que en otro tiempo había tenido en sueños, que tenía que ser destronado por el hijo que nacería de Devanaguy, en vez de arrepentirse de

sus numerosos crímenes, que habían motivado que el Señor le castigase duramente, resolvió, para borrar todo temor respecto á este asunto, hacer morir á su sobrina. A este fin, hizo mezclar veneno extraído de las más venenosas plantas al agua y á los alimentos que todos los días daban á Devanaguy en su prisión; pero cosa extraordinaria y que le llenó de espanto: no sólo la joven no murió sino que ni pareció notarlo.

Entonces la dejó sin alimentos, pensando que el hambre sería quizás más seguro que el veneno.

No fué así, y Devanaguy continuó disfrutando de la más perfecta salud; y á pesar de la más exquisita vigilancia, fué imposible saber si recibía alimentos de una mano misteriosa ó si el Espíritu de Dios bastaba á alimentarla.

Viendo esto, el tirano de Madura abandonó su intención de hacerla morir y se limitó á colocar una poderosa guardia alrededor de su prisión, amenazando á sus soldados con los más atroces suplicios si Devanaguy lograba burlar su vigilancia y escaparse.

Pero todo fué en vano, todas estas precauciones no debían impedir que la profecía de Poulastya se cumpliera.

«Y el espíritu de Visnu atravesará las murallas para unirse á su amada.»

CAPITULO XI

LA PALABRA DE DIOS SE CUMPLE.—NACIMIENTO DE CHRISTNA.—PERSECUCIÓN DEL TIRANO DE MADURA.—MATANZA DE TODOS LOS NIÑOS VARONES NACIDOS LA MISMA NOCHE QUE CHRISTNA.

(Según el Bagaveda-Gita y las tradiciones brahmánicas.)

Una tarde que la virgen oraba, una música celestial empezó de repente á encantar sus oídos, su prisión se iluminó, y Visnu apareció en todo el esplendor de su divina majestad. Devanaguy cayó en un profundo éxtasis y habiendo sido *obombrée*, según la expresión sanscrita, por el Espíritu de Dios, *concibió*.

El tiempo de su embarazo transcurrió para ella en un encantamiento perpetuo; el niño divino ocasionaba á su madre gozos infinitos, que le hacían olvidar la tierra, su cautiverio y hasta su existencia.

La noche del alumbramiento de Devanaguy, cuando el recién nacido daba su primer grito, un viento violento abrió una abertura en los muros de la prisión y la virgen y su hijo fueron conducidos por un enviado de Visnu á un aprisco perteneciente á Nanda y situado en el confín del territorio de Madura.

Este último, cuando tuvo noticia del parto y de la huída maravillosa de su sobrina, fué presa de un furor indescriptible, y en lugar de comprender que era inútil luchar contra el Señor y pedir perdón, determinó perseguir por todos los medios posibles al hijo de Devanaguy y hacerlo morir, creyendo evitar con esto la suerte que le amenazaba.

Habiendo tenido un nuevo sueño que le advertía de una manera precisa el castigo que le esperaba, «*ordenó la matanza, en todos sus estados de los niños varones*

nacidos durante la noche en que Christna vino al mundo», pensando de esta manera alcanzar seguramente al que, según su pensamiento, debía más tarde derribar el trono.

Guiado sin duda por la pérfida inspiración de un rakchasas que intentaba dificultar los designios de Visnu, una cuadrilla de soldados llegó al aprisco de Nanda, y si bien éste no había aún llegado, los criados iban á armarse para defender á Devanaguy y á su hijo, cuando de repente, ¡oh, prodigio! el niño que su madre amamantaba, empezó á crecer rápidamente; en algunos segundos alcanzó la altura de un niño de diez años y corrió á jugar con un rebaño de ovejas.

Los soldados pasaron cerca de él sin sospechar nada, y no encontrando en la granja ningún niño de la edad de aquel que buscaban, volvieron á la ciudad temiendo por su fracaso el furor de aquel que les había enviado.

Poco tiempo después, Nanda llegó con su tropa y su primer cuidado fué prosternarse junto á los santos personajes que le acompañaban delante de la virgen y de su divino hijo. Como quiera que no hallase el sitio lo suficientemente seguro, se los llevó á orillas del Ganges y así fué como Devanaguy pudo volver á ver los lugares en que había transcurrido su infancia.

No copiaremos aquí los numerosos relatos que se refieren á los primeros años de Christna; se deslizaron entre innumerables peligros, provocados por aquellos que tenían interés en su muerte, pero siempre salió victorioso en la lucha, ya fuera con los hombres, ya con los demonios.

La imaginación de los poetas, que se ha complacido en influir todas las cosas, las han rodeado de tales milagros, de acontecimientos tan maravillosos, que una docena de volúmenes bastarían apenas para contarlos.

Sin embargo, existe un hecho del hombre-Dios que no podemos pasar en silencio; pues los jesuítas, en la India, lo han utilizado y lo utilizan todos los días para sostener que Christna fué de costumbres licenciosas y dió muchos ejemplos de impureza.

Un día, Christna, paseándose á orillas del Ganges, vió una cincuentena de jóvenes completamente desnudas para hacer sus abluciones, y algunas de ellas, en este estado reían y jugaban, sin preocuparse de si podían ser vistas ó no por los que pasasen.

El niño les hizo algunas advertencias, diciéndoles que no era digno dejarse ver sin velos ni gasas; ellas empezaron á reir y le arrojaron agua al rostro.

Viendo esto Christna, con un solo movimiento envió á la cúspide de un tamarindo todos sus taparrabos, que estaban esparcidos en la arena, de manera que les fué imposible vestirse cuando salieron del agua.

Comprendiendo entonces su falta, las jóvenes imploraron perdón que les fué concedido con la promesa que hicieron de conservar en adelante una túnica cuando irían á hacer sus abluciones en el río sagrado.

Los jesuítas se han apoderado de esta leyenda, contándola á su manera, sosteniendo que Christna había cogido los taparrabos de aquellas jóvenes para contemplar mejor su desnudez.

Esta explicación que dan está en su carácter y no nos puede sorprender; no pudiendo admitir á Christna, lo combaten con sus armas habituales... y sabida es su habilidad en cambiar los textos ó ver en ellos lo que nadie ha podido encontrar.

¿No les hemos visto intentar el escamotear algunos capítulos de la historia moderna?... ¿Por qué maravillarse si su espíritu es el mismo que preside sus misiones de Oriente?

CAPITULO XII

CHRISTNA EMPIEZA Á PREDICAR LA NUEVA LEY. — SUS DISCÍPULOS; ARDJOUNA, SU MÁS ARDIENTE COLABORADOR.

Apenas Christna contaba diez y seis años cuando abandonó á su madre y á su pariente Nanda y se puso á recorrer la India predicando la nueva doctrina.

En este segundo período de su vida, la poesía india lo representa luchando sin cesar contra el espíritu perverso, no sólo del pueblo, si que también de los príncipes; vence peligros extraordinarios, lucha él solo contra ejércitos enteros enviados para matarle, prodiga sus milagros á su alrededor, resucitando á los muertos, curando los leprosos, devolviendo el oído á los sordos y la vista á los ciegos, en todas partes apoyando al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor y declarando á todos que es la segunda persona de la trinidad, es decir, Visnu venido á la tierra para rescatar al hombre del pecado original, apartar al espíritu del mal y volver el reinado del bien.

Y las poblaciones acudían en tropel á su paso, ávidas de sus lecciones, de sus sublimes enseñanzas, y le adoraban como á un Dios, diciendo: *¡Este es el verdadero redentor prometido á nuestros padres!*

Dejaremos de lado los acontecimientos milagrosos de la vida de este innovador, que según nosotros, sólo pueden pertenecen á la leyenda, como todas las acciones por otra parte que se atribuyen á los diferentes profetas que en épocas diferentes han aparecido en la tierra.

No creo en Christna, como Dios y taumaturgo, como no creo en las otras encarnaciones ó en los otros enviados del Ser Supremo, ya se llamen Buda ó Zoroastro, Manú ó Moisés, Cristo ó Mahoma.

Pero creo en Christna filósofo y moralista, pero ad-

miro sus lecciones tan sublimes y tan puras que más tarde el fundador del cristianismo en Europa no halló nada mejor que copiarlas.

Después de algunos años de predicación, el innovador indio sintió la necesidad de rodearse de algunos discípulos fervientes y valerosos á quienes pudiera legar el cuidado de continuar su obra después de haberles iniciado en sus doctrinas.

Entre aquellos que desde algún tiempo le seguían con mayor constancia en sus peregrinaciones, distinguió á Ardjouna, joven perteneciente á una de las mejores familias de Madura y que lo había dejado todo para unirse á él; Christna le comunicó sus proyectos y Ardjouna juró consagrar su vida á servirle y á propagar sus ideas.

Poco á poco se juntaron á una pequeña reunión de fieles que compartía sus fatigas, sus trabajos y su fe.

La vida que llevaron fué ruda, y se concibe; las enseñanzas igualitarias de Christna, la pureza de su vida y de sus ejemplos habían despertado á los pueblos de su letargo; un hábito de fuerza y de juventud comenzaba á circular por la India entera, y los sectarios del pasado, así como los rajahs, empujados por el tirano de Madura, no cesaban de tenderles emboscadas y perseguirles, pues sentían su poder y sus tronos temblar bajo la ola popular que comenzaba á subir.

Pero nada les daba resultado; parecía que una fuerza superior á ellos se encargaba de hacer fracasar todos sus planes y proteger á los proscritos.

Unas veces poblaciones enteras se sublevaban y arrojaban á los soldados enviados para detener y prender á Christna y á sus discípulos; en otras ocasiones los mismos soldados, conmovidos, sugestionados por la palabra del divino profeta, tiraban sus armas y suplicaban que les perdonase.

Un día, uno de los jefes de estas tropas, dirigidas contra el innovador, y que había jurado no ceder ni ante el temor ni la seducción, habiendo sorprendido á Christna en un lugar solitario, quedó tan impresionado ante la majestad de su mirada, que se despojó de sus insignias de mando y suplicó á este último que quisiera admitirle en el número de sus fieles. Su súplica fué aceptada y á partir de aquel entonces, la nueva fe no tuvo adepto y defensor más ardiente que él.

Se llamaba Sarawasta.

A menudo, Christna desaparecía de entre sus discípulos, dejándolos solos para probarlos en los momentos difíciles, é inopinadamente aparecía entre ellos para animar su desmayado valor y sustraerlos del peligro.

Durante estas ausencias, Ardjouna era quien mandaba la pequeña comunidad y reemplazaba al maestro en los sacrificios y en la oración, y todos se sometían á sus órdenes sin murmurar.

Pero, según acabamos de indicar, nos importa más conocer su moral y sus lecciones que no los actos de la vida de Christna.

No venía á fundar una religión nueva, pues Dios no puede destruir lo que ya una vez ha declarado bueno y ha revelado; su objeto solamente era purificar la antigua de todas las torpezas, de todas las impurezas, que desde muchos siglos, la maldad de los hombres había poco á poco introducido, y lo logró á pesar de todos los odios y de todos los ataques de los partidarios del pasado.

A su muerte, la India entera había adoptado su doctrina y sus principios; una fe viva, joven y fértil en resultados se había apoderado de todas las clases, la moral se había purificado, el espíritu maligno vencido había sido obligado á ocultarse en su sombrío antro, la regeneración prometida por Brahma se había realizado.

La enseñanza de Christna fué sencilla y familiar cuando se dirigió al pueblo, filosófica y elevada en sus conversaciones con sus discípulos; desde este doble punto de vista vamos á considerarlo.

CAPITULO XIII

LECCIONES DE CHRISTNA AL PUEBLO.—PARÁBOLA DEL PESCADOR.—PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS

La parábola desempeña un gran papel en la enseñanza familiar del redentor indio Christna; sentía gran predilección por esta forma de imagen cuando se dirigía al pueblo, no muy apto para comprender sus lecciones filosóficas acerca de la inmortalidad del alma y la vida futura.

Esta manera de herir á la inteligencia y hacer surgir la idea moral de la acción de ciertos personajes puestos en escena, está conforme con los hábitos orientales, y sabemos que de la literatura asiática han salido las fábulas y los apólogos.

Nada dará mejor á entender, creemos nosotros, la obra popular de Christna que la cita de una de sus más célebres parábolas, la del pescador, muy respetada y ensalzada en la India, en donde se procura grabarla desde la más tierna edad en la memoria de los niños.

Christna volvía de una lejana expedición y entraba en Madura con sus discípulos. Los habitantes reunidos, formando multitud, habían salido á su encuentro alfombrando la tierra con ramas de cocoteros.

A algunas leguas de la población, el pueblo se paró pidiendo oir la palabra santa; Christna subió á una pequeña eminencia desde la cual dominaba á la multitud y empezó así:

PARÁBOLA DEL PESCADOR

«En las orillas del Ganges, por arriba de los lugares en que centenares de brazos dividen su curso sagrado, vivía un pescador pobre llamado Dourga.»

«Al amanecer se acercaba al río para verificar sus abluciones, conforme lo prescrito en los libros santos, y teniendo en su mano un tallo recién cortado de la yerba divina cousa, recitaba piadosamente la oración de Savitri, precedida de las tres palabras místicas: Bhour, Bhouwah, Shonar; luego, el cuerpo y el alma purificados de este modo, se dedicaba enérgicamente al trabajo para atender á las necesidades de su numerosa familia.»

«El Señor le había dado por mediación de su mujer, con quien se había casado á la edad de doce años, virgen y en todo el esplendor de su belleza, seis hijos y cuatro hijas, que le llenaban de alegría, pues, eran piadosos y buenos como él.»

«El mayor de sus hijos podía ya ayudarle en conducir su barca y tender las redes, y sus hijas encerradas en el interior de la casa, tejían el pelo suave y largo de las cabras para hacer vestidos, y machacaban para la comida el gengibre, el cilanto y el azafrán, con lo cual hacían una pasta que mezclada con el zumo del pimiento rojo, estaba destinada á preparar el pescado.»

«A pesar del constante trabajo, la familia era pobre, pues, celosos de su honradez y de sus virtudes, los otros pescadores se habían reunido contra Dourga y todos los días le perseguían con malos tratos.»

«En ocasiones estropeaban sus redes, ó bien durante la noche trasladaban su barca á la arena, á fin de que perdiese la jornada entera al día siguiente para ponerla á flote.»

«Otras veces cuando iba á la población á vender el producto de su pesca, á viva fuerza le cogían sus pescados ó se los tiraban en el polvo para que nadie los quisiera viéndolos manchados.»

«Muy á menudo, Dourga volvía muy triste á su casa, pensando que muy pronto no podría satisfacer las necesidades de su familia. A pesar de esto, jamás se descuidaba de llevar los más hermosos pescados que cogía á los santos ermitaños y recibía á todos los desgraciados que llamaban á su puerta, guareciéndolos bajo su techo y partiendo con ellos lo poco que poseía, lo que constituía un asunto continuo de burlas y sarcasmos por parte de sus enemigos, que le enviaban todos los mendigos que hallaban, diciéndoles:—Id á encontrar á Dour-

ga, es un nabab disfrazado, que pesca solamente para distraerse...»

«Y de esta manera se burlaban de su miseria que era el resultado de su obra.»

«Pero los tiempos pasaron á ser muy duros para todos, una hambre espantosa asoló al país entero, el arroz y los granos pequeños faltaron por completo en la última cosecha. Los pescadores enemigos de Dourga fueron pronto tan miserables como él, y no pensaron en atormentarle más en presencia de la común desgracia.»

«Una tarde que el pobre hombre volvía del Ganges sin haber podido coger el más pequeño pez, y mientras pensaba tristemente que en su casa ya no quedaba nada, encontró al pie de un tamarindo un niño pequeño que lloraba llamando á su madre.»

«Dourga le preguntó de dónde venía y quién le había abandonado.»

«El niño respondió que su madre le había dejado allí diciendo que iba á buscar comida.»

«Movido á piedad, Dourga tomó en sus brazos al pobre niño y lo llevó á su casa; su mujer que era buena, le dijo que había hecho muy bien en no dejarle morir de hambre.»

Pero no había más arroz ni pescado ahumado; la piedra de moler no había resonado bajo la mano de las hijas que la herían á compás.

Ma subía silenciosamente en la órbita celeste; la familia entera se reunió para la invocación de la tarde.

«De repente el niño empezó á cantar»:

«—El fruto del cataca purifica el agua, del mismo modo las obras buenas purifican el alma. Coge tus redes, Dourga; tu barca flota en el Ganges y los peces esperan.»

«Esta es la 13.ª noche de la luna; la sombra del elefante cae al Este; los manes de tus antepasados piden miel, manteca clarificada y arroz hervido. Es necesario ofrecérselos. Coge tus redes, Dourga, tu barca flota en el Ganges y los peces esperan.»

«Tú darás comida á los pobres en que el amrita correrá con tanta abundancia como las aguas del río sagrado; tu ofrecerás á los Roudras y á los Adytías (antepasados difuntos) la carne de una cabra de vellón rojo, pues los tiempos duros se han acabado. Coge tus redes,

Dourga; las arrojarás trece veces; tu barca flota en el Ganges y los peces esperan.»

«Dourga, maravillado, pensó que esto era un consejo que venía de lo alto; tomó sus redes y con el más fuerte de sus hijos descendió á las orillas del río.»

«El niño les siguió, entró en la barca con ellos y habiendo tomado una rama empezó á dirigirla.»

«Trece veces las redes fueron echadas al agua, y cada vez la barca hundiéndose más y más bajo el número y peso de los peces, tuvo que ir á depositarlos en tierra para aligerarla. Y la última vez el niño desapareció.»

«Ebrio de alegría, Dourga se apresuró á llevar á sus hijos con qué poder aplacar el hambre; luego pensando inmediatamente que había otros sufrimientos que calmar, corrió á casa de sus vecinos pescadores, olvidando el daño que había recibido de ellos para darles parte de sus riquezas.»

«Estos corrieron en tropel no atreviéndose en creer tanta generosidad, y Dourga les distribuyó al instante el resto de su pesca milagrosa.»

«Durante todo el tiempo que duró el hambre, Dourga continuó no sólo alimentando á sus antiguos enemigos, si que también á todos los desgraciados que se acercaban á él. No tenía más que echar sus redes en el Ganges para obtener todo el pescado que podía desear.»

«La escasez desapareció, la mano de Dios continuó protegiéndole y con el tiempo llegó á ser tan rico que él sólo hizo levantar un templo á Brahma, tan suntuoso y magnífico que los peregrinos de todas las partes del mundo venían formando multitud para visitarlo y hacer sus devociones.»

«De esta manera, habitantes de Madura, es como debéis proteger á los débiles, ayudaros entre vosotros y no acordaros jamás de las culpas de vuestros enemigos desgraciados.»

Cojamos ahora al acaso, tan abundante es la cosecha, alguna de las máximas que le gustaba sembrar en sus enseñanzas familiares.

«Los hombres que no tienen dominio sobre sus sentidos, no son capaces de cumplir sus deberes.»

«Es preciso renunciar á la riqueza y á los placeres cuando no son aprobados por la conciencia.»

«Los males con los cuales dañaremos á nuestro pró-

jimo nos perseguirán igual que nuestra sombra sigue al cuerpo.»

«La ciencia del hombre sólo es vanidad; todas sus buenas acciones son ilusorias cuando no sabe relacionarlas con Dios.»

«Las obras que tienen por principio el amor á su semejante, deben ser ambicionadas por el justo, pues serán las que pesarán más en la balanza celestial.»

«Aquel que es humilde de corazón y de espíritu es amado por Dios; no necesita otra cosa.»

«Del mismo modo que el cuerpo está fortalecido por los músculos, el alma está fortalecida por la virtud.»

Llamamos la atención acerca de las palabras que siguen que muchos creen que provienen de ayer:

«De igual manera que la tierra sufre á los que la pisan con los pies y le desgarran las entrañas trabajándola, de igual manera debemos *devolver bien por mal.*»

«Si frecuentas los buenos, tus ejemplos serán inútiles: no temas vivir entre los malos para conducirlos al bien.»

«Si un habitante puede causar la ruína de toda una población, es necesario arrojarlo; si una población puede causar la ruina de todo un distrito, es menester destruírla; pero si un distrito ocasionase la pérdida del alma, sería preciso abandonarlo.»

«Algunos servicios que se prestan á los espíritus perversos, el bien que se les hace semeja á lo escrito en el agua; que se borra á medida que se va escribiendo. Pero el bien debe ser realizado por el bien, pues no es en la tierra en donde debe hallar su recompensa.»

«Cuando morimos, nuestras riquezas quedan en la casa; nuestros parientes, nuestros amigos, no nos acompañan más que hasta la hoguera; pero nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestras buenas obras y nuestras faltas nos siguen á la otra vida.»

«El hombre virtuoso se asemeja al gigantesco, cuya sombra bienhechora da á las plantas que le rodean la frescura y la vida.»

«La ciencia es inútil al hombre sin juicio, igual que un espejo á un ciego.»

«El hombre que sólo estima los medios según sus deseos de avanzar y medrar, pierde pronto la noción de lo justo y de las sanas doctrinas.»

Para vosotros, señores casuístas, inventores de la máxima: El fin justifica los medios.

«El infinito y el espacio sólo pueden abarcar el espacio y el infinito; Dios sólo puede abarcar á Dios.»

«El hombre honrado debe caer bajo los golpes de los malvados, como el árbol de sándalo, que cuando lo derriban, perfuma el hacha que lo hiere.»

Oid ahora los consejos que Christna da al hombre justo, que quiere santificarse en el Señor y merecer la recompensa eterna.

«—Que realice cada día todas las prácticas de devoción y someta su cuerpo á las más meritorias austeridades.»

«—Que tema todo honor mundano más que al veneno y que no tenga más que desprecio para las riquezas de este mundo.»

«—Que sepa que lo que está por encima de todo, es el respeto de sí mismo y el amor al prójimo.»

«—Que huya de la cólera y de todos los malos tratamientos hasta respecto de los animales que deben respetarse dentro de la imperfección que Dios les ha dado.»

«—Que aparte los deseos sensuales, la envidia y la avaricia.»

«—Que huya del baile, del canto, de la música, de las bebidas fermentadas y del juego.»

«—Que no sea jamás culpable de habladurías, de imposturas y de calumnias.»

«—Que no mire nunca á las mujeres con amor y se abstenga de abrazarlas.»

«—Que no se dispute.»

«—Que su casa, sus alimentos y sus vestidos sean siempre humildes.»

«—Que constantemente tenga la mano derecha abierta para los desgraciados y no se alabe nunca de sus obras benéficas.»

«—Que cuando un pobre llame á su puerta, que le reciba, le lave los pies para que se alivie, le sirva él mismo de comer y se coma lo que deje, pues los pobres son los elegidos del Señor.»

«Pero principalmente que evite durante todo el curso de su vida, de dañar de cualquier manera á los demás: amar á su prójimo, protegerle y asistirle, de esto provienen las virtudes más agradables á Dios.»

De esta manera Christna difundía entre el pueblo las sanas doctrinas de la más pura moral, así como iniciaba á sus oyentes en los grandes principios de caridad, de abnegación y de dignidad de sí mismo, en una época en que las regiones desiertas del Occidente no estaban aún más que habitadas por los huéspedes salvajes de los bosques.

¿Qué ha añadido, pues, nuestra civilización, tan orgullosa de sus progresos y de sus luces á estas sublimes lecciones?

CAPITULO XIV

ENSEÑANZA FILOSÓFICA DE CHRISTNA Á SUS DISCÍPULOS

Sería preciso leer en el texto de las obras sanscritas, y principalmente en el Bagaveda-Gita, las sublimes conversaciones de Christna con sus discípulos, y particularmente con Ardjouna, para comprender que la luz se había abierto paso desde mucho tiempo en Oriente, cuando sus reflejos han llegado hasta nosotros.

Los problemas de la más elevada filosofía, las verdades de la moral más pura, la inmortalidad del alma, los destinos futuros del hombre que habrá vivido según la ley de Dios; todo está tratado en estos sublimes diálogos en que los oyentes sólo están para dar la contestación y proporcionar al profesor la ocasión de nuevas lecciones.

En la imposibilidad en que nos hallamos de dar dentro de este marco limitado el desarrollo que exigirían estas grandes cosas, nos limitaremos á presentar la conversación de Christna sobre la inmortalidad del alma, que será suficiente para juzgar de las restantes.

Ardjouna

¿Podrías decirnos, oh, Christna, en qué consiste este flúido puro que hemos recibido del Señor, y que debe volver á él?

Christna

El alma es el principio de la vida con la cual la soberana sabiduría se ha servido para animar á los cuerpos. La materia es inerte y mortal, el alma piensa y obra, es inmortal. De su pensamiento nace la voluntad, y de la voluntad nace la acción. Por esto el hombre es

la más perfecta de las criaturas terrestres, pues se mueve libremente en la naturaleza intelectual, sabiendo distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, el bien del mal.

Este conocimiento interior, esta voluntad que se dirige por el raciocinio hacia lo que le seduce y se aparta de lo que le disgusta, convierte al alma en responsable de sus actos, responsable de su elección y es por esto que Dios ha establecido la recompensa y el castigo.

Cuando el alma sigue la luz eterna y pura que la guía es naturalmente llevada hacia el bien.

El mal, por el contrario, triunfa cuando ella olvida su origen y se deja dominar por las influencias exteriores.

El alma es inmortal y debe volver á la gran alma de donde ha descendido, pero como ha sido dada al hombre limpia de toda mancha, no puede remontarse á la morada celeste sino después de haberse purificado de todas las faltas que su unión con la materia le ha hecho cometer.

Ardjouna

¿De qué manera se verifica esta purificación?

Christna

El alma se purifica por una permanencia más ó menos larga, segun sus faltas, en los cielos inferiores (infiernos); la privación que le ha sido impuesta de reunirse con el Gran-Todo es el mayor de los sufrimientos que pueda experimentar, pues su deseo más vehemente es volver á su origen primitivo y absorberse en el alma de todo lo que existe.

Ardjouna

¿De dónde procede la imperfección del alma humana, que es una porción de la gran alma?

Christna

El alma no es imperfecta en su esencia pura; la luz de este sublime *ahaucara* no saca de sí mismo la obscuridad. Si existiese en la naturaleza del alma un germen

de imperfección, nada podría destruirlo, y este germen desarrollándose, el alma sería perecedera y mortal, lo mismo que el cuerpo. Sólo de su unión con la materia resulta su imperfección; pero esta imperfección no alcanza á su esencia, pues esta no está en su causa, que es la inteligencia suprema, que es Dios...

Debemos, muy á pesar nuestro, en esta cita detenernos aquí. La continuación de esta conversación da á Christna ocasión para remontarse á las más arduas regiones de la metafísica y sus razonamientos no serían perfectamente comprendidos, creemos, más que por las personas que han dedicado su vida al estudio particular y profundo de las ciencias filosóficas.

Además, este sencillo ejemplo basta completamente para esclarecer las conclusiones que pretendemos sacar de la obra del innovador indio.

En resumen:

Christna vino á predicar en la India:

La inmortalidad del alma, el libre albedrío; es decir: la voluntad y la libertad, la creencia en el mérito y demérito, en el castigo y en la recompensa en la vida futura.

Vino á enseñar á los pueblos:

La caridad, el amor al prójimo, la dignidad de sí mismo, la práctica del bien por el bien y la fe en la bondad inagotable del Creador.

Prohibió la venganza, ordenó devolver bien por mal, consoló á los débiles, amparó á los desgraciados y á los oprimidos, abominó de la tiranía.

Vivió pobre y amado de los pobres.

Vivió casto y predicó la castidad.

Fué, no tememos decirlo, la figura más grande de los tiempos antiguos, y Cristo, más tarde, se inspiró en su obra de regeneración, así como Moisés se había inspirado en las de Manés y Manú.

Algunas líneas aun, y habremos terminado, demasiado brevemente quizás, con este redentor, para estudiar el papel desempeñado por sus sucesores en la India, que poco á poco olvidaron las sublimes tradiciones del maestro para sumergir al pueblo, á beneficio de dominarlo, en un embrutecimiento y degradación que hicieron posible el reinado absorbente y despótico de las teocracias antiguas, salidas según hemos ya visto del brahmanismo indio.

CAPITULO XV

TRANSFIGURACIÓN DE CHRISTNA. — SUS DISCÍPULOS LE DAN EL NOMBRE DE IEZEUS (LA ESENCIA PURA)

Un día que el tirano de Madura había enviado una armada numerosa contra Christna y sus discípulos, éstos, presos de terror, quisieron librarse por medio de la fuga del peligro que les amenazaba.

La fe de Ardjouna parecía vacilante. Christna, que oraba á algunos pasos de allí, habiendo oído sus quejas, avanzó entre ellos, y les dijo:

«¿Por qué este miedo insensato se apodera de vuestros espíritus? ¿Ignoráis, pues, quién es el que está con vosotros?

Y, entonces, abandonando la forma mortal, apareció ante sus ojos, con todo el esplendor de su divina majestad y la frente rodeada de tanta luz, que Ardjouna y sus compañeros no podían mirarla, arrojándose de cara al suelo y rogando al Señor que les perdonase su indigna debilidad.

Y habiendo Christna recobrado su primera forma les dijo aún:

«¿No tenéis, pues, fe en mí? Sabed que ya esté con vosotros ó alejado, estaré siempre entre vosotros para protegeros.

Y estos, creyéndole por lo que habían visto, le prometieron no dudar en adelante de su poder, y le llamaron Iezeus, es decir, salido de la esencia pura divina.

(Bagaveda-Gita).

CAPITULO XVI

CHRISTNA Y LAS DOS PIADOSAS MUJERES NICHDALI Y SARAVASTI

Christna se paseaba por las cercanías de Madura con sus discípulos, seguido por una gran multitud de gente ávida de contemplarlo. Por todas partes decían: «Este es el que nos ha librado del tirano que nos oprimía», haciendo alusión á Kansa, que había recibido el castigo de sus crímenes y que Christna había arrojado de Madura.

Y decían también: «He ahí al que resucita á los muertos, cura á los sordos, á los cojos y á los ciegos.»

Cuando dos mujeres de clase baja se aproximaron á Christna y habiendo derramado sobre su cabeza los perfumes que llevaban en un vaso de cobre, le adoraron.

Y como el pueblo murmurase por su atrevimiento, Christna les dijo con bondad:

—Mujeres, acepto vuestro sacrificio; lo poco que se da por el corazón vale más que todas las riquezas ofrecidas por ostentación. ¿Qué queréis de mí?

—Señor, le respondieron, nuestros esposos están tristes y preocupados, la felicidad ha desaparecido de nuestras casas, pues Dios no nos ha concedido la dicha de ser madres.

Y Christna, habiéndolas levantado, pues se habían arrodillado y abrazaban sus pies, les dijo:

—Vuestra petición será atendida, pues habéis creído y confiado en mí, y la felicidad entrará en vuestras casas.

Transcurrido de esto algún tiempo, estas dos mujeres dieron á luz sendos hijos, y estos dos niños pasaron á ser más tarde santos personajes que los indios veneran aún hoy día con los nombres de Soudaina y Soudasa.

(Bagaveda-Gita).

CAPITULO XVII

CHRISTNA VA AL GANGES Á HACER SUS ABLUCIONES. — SU MUERTE

La obra de redención estaba realizada, la India entera sentía una sangre más joven circular por sus venas, por todas partes el trabajo estaba santificado por la oración, la esperanza y la fe inflamaban todos los corazones...

Christna comprendió que había llegado para él la hora de abandonar la tierra y de volver al seno de aquel que le había enviado.

Prohibiendo á sus discípulos que le siguieran, se encaminó un día hacia las orillas del Ganges para verificar sus abluciones y lavar las manchas que su envoltura mortal hubiera podido contraer en las luchas de todas suertes que se había visto obligado á sostener contra los partidarios del pasado.

Llegado cerca del río sagrado, se sumergió tres veces en él, y después se arrodilló mirando al cielo, y empezó á orar esperando la muerte.

En este estado fué atravesado con varias flechas por uno de aquellos cuyos crímenes había descubierto y que teniendo noticia de su viaje al Ganges le había seguido con una numerosa escolta con la intención de asesinarle.

Este hombre se llamaba Augada, según la creencia popular; condenado á una vida eterna en la tierra á causa de su crimen, anda errante por las orillas del Ganges, alimentándose únicamente con cadáveres, que roe constantemente en compañía de los chacales y de otros animales inmundos.

El cuerpo del hombre-Dios fué suspendido de las ramas de un árbol por sus asesinos para que fuera pasto de los buitres.

Habiéndose esparcido la noticia de esta muerte, el pueblo acudió en multitud, guiado por Ardjouna, el más querido de los discípulos de Christna, para recoger sus sagrados restos. Pero los despojos mortales del Redentor habían desaparecido; sin duda habían ido otra vez á ocupar la morada celeste... Y el árbol al cual el cadáver había sido suspendido, de repente se había cubierto con grandes flores rojas y despedía en torno de él los más suaves perfumes.

Así murió Christna, víctima de la maldad de aquellos que no habían querido reconocer su ley y que habían sido arrojados de entre los del pueblo á causa de sus vicios y de su hipocresía.

(Bagaveda-Gita y tradiciones brahmánicas).

79

CAPITULO XVIII

ALGUNAS PALABRAS DE EXPLICACIÓN

No creo que los orientalistas serios contradigan nada de lo que he avanzado acerca de la virgen Devanaguy y su hijo Christna. Sin duda hace mucho tiempo que han comprendido que los mitos modernos de la religión india y de la poesía son producto de la decadencia y de las supersticiones que los brahmanes han dejado desarrollar en el espíritu de las masas para mejor poder dominarlas.

Si, pues, he rechazado todas las aventuras heroicas en las que los poetas indios han mezclado á Christna, es porque ellas han sido inventadas después por aquella imaginación oriental que no conoce límites en el terreno de lo maravilloso.

Los más célebres poemas acerca de Christna, no se remontan más allá del Maha-Bharata, que fué escrito poco más ó menos dos siglos antes de nuestra Era, es decir, más de tres mil años después de la muerte del innovador indio. Estas obras se originaron en la idea de que la divinidad está constantemente mezclada en las luchas y en las acciones humanas para dirigirlas á voluntad, y distribuir ya en la tierra, á los buenos y á los malos, la recompensa ó el castigo.

Igual idea domina en las antiguas civilizaciones egipcia, griega y hebrea, salidas como lo hemos ya demostrado, de aquel período durante cual la India, olvidando las tradiciones puras de los Vedas y de Christna, se arrojó en los brazos de los santos, de los ángeles, de los semi-dioses y de los héroes.

Séanos permitido tomar un ejemplo en nuestra época moderna, para demostrar hasta la evidencia, que debe rechazarse á la poesía india, cuando se trata de juz-

gar á Christna, para fijarse en las obras de teología pura, en las lecciones de los brahmanes y en la tradición conservada en los templos.

Algunas tentativas se hicieron entre nosotros en el siglo XVI para sustituir en los poemas épicos la intervención de Marte, Júpiter, Juno, Venus, Minerva, etcétera, por la de Cristo, los apóstoles, los ángeles y los santos: Jerusalém libertada del Tasso había servido de modelo.

¿Es que si una costumbre semejante se hubiera generalizado (y sin duda habría arraigado en Oriente) los investigadores que dentro de dos ó tres mil años, hubieran intentado exhumar el pasado, no se hubieran visto obligados, máxime si las civilizaciones occidentales se hubieran extinguido ó transformado, á no tener en cuenta la leyenda y la poesía, para tener una idea seria de Cristo, de sus apóstoles y de su doctrina, bajo pena de encontrar estos personajes mezclados en todas nuestras guerras civiles ó religiosas, y desde entonces rechazarlas como producto de la superstición?

Mi misión no ha sido otra sino esta, y sólo he estudiado á Christna por su revolución filosófica y moral, el único punto de vista, por otra parte, desde el cual lo consideran los sabios brahmanes, que aun hoy día en la India consagran su vida al estudio de la ley y de las verdades religiosas.

CAPITULO XIX

SUCESORES DE CHRISTNA.—GRANDEZA Y DECADENCIA DEL BRAHMANISMO

Los inmediatos sucesores de Christna se santificaron por la práctica de todas las virtudes, haciendo completa abnegación de sí mismos y teniendo por única esperanza la vida futura. Vivieron pobres y ocupados solamente en la celeste misión que su maestro les había legado.

¡Cuán espléndida figura la de aquellos sacerdotes brahmanes de los tiempos antiguos de la India! ¡Cuán majestuoso y puro fué su culto y digno del Dios que servían!

Vamos á ver, según el Manava-Dharma-Sastra y la teología brahmánica, de qué manera el sacerdote fiel á sus deberes, puede alcanzar la inmortalidad; cuáles son los principios de moral que deben seguir; qué reglas de conducta le son impuestas; cuál fué, en una palabra, el sacerdote de los tiempos primitivos, que no dejará luego de tener interés el compararlo con el brahmán actual.

Inquiriendo el móvil de nuestras acciones, Manú rechaza el amor á nosotros mismos como poco loable, y sin embargo halla que en este mundo nada está exento de él.

«De la esperanza en un bien posible, dice, nace la facultad de obrar; los más grandes sacrificios tienen por fin la adquisición de una cosa; las devociones austeras y todas las buenas acciones se realizan con la esperanza de una recompensa.»

Pero añade también:

«El que ha cumplido todos sus deberes para agradar

sólo á Dios y sin preocuparse de la recompensa futura, está seguro de una felicidad inmortal.»

«El primero de todos los deberes es estudiar la Santa Escritura que es la palabra de Brahma y de Christna revelada á los hombres.»

«La autoridad de la divina srouti (revelación) debe ser indudable. El brahmán, sacerdote, que quiere alcanzar en el otro mundo una felicidad perfecta, sólo la obtiene sometiéndose sin procurar investigar y comentar las órdenes del Señor, en lo que puedan tener de inexplicables.»

«Es preciso que acate la tradición que constituye la ley. Ahora bien, así como está permitido al común de los hombres guiarse por el amor á sí mismos y por la esperanza de una recompensa, las acciones del sacerdote deben tener por único móvil á Dios, y tiene para dirigirse en la vida la palabra del Señor que le ha revelado su voluntad, y cuando la Santa Escritura es muda, la tradición.»

Fulminando contra los librepensadores que en su tiempo ya intentaban la reforma realizada por Buda, que fué el Lutero de la India, Manú lanza este anatema:

«Que todos aquellos que aceptando las opiniones profanas de los enemigos de la ley de Dios no quieran reconocer la autoridad de la revelación y de la tradición, sean arrojados como ateos y profanadores de los libros santos.»

El brahmán iniciado debe hacer voto de castidad. No puede presentarse al santo sacrificio que es preciso ofrecer todas las mañanas á Dios, más que con el corazón y el cuerpo puros, y prosternándose con respeto al pie del altar debe leer la Santa Escritura.

La primera parte de su vida, hasta los setenta años poco más ó menos, debe ser militante. Es menester que instruya á sus semejantes y les dirija hacia Dios; durante este período no se pertenece; cualquiera que sea desgraciado, el que sufra deben ser consolados por él; el niño, el pobre, el abandonado, deben ser amparados por él.

Veámoslos desde su nacimiento, pues podríamos decir que casi desde este instante empiezan sus deberes.

La venida de Christna á la tierra no ha quitado sin embargo toda mancha, á pesar de que ha borrado el

pecado original; también todo fiel al nacer debe ser purificado y regenerado por el agua sagrada del Ganges, y en su defecto por el agua lustral ó agua santa consagrada por las oraciones del sacerdote en el templo.

Para el brahmán destinado á ser gourón, es decir, sacerdote de la ley divina, la ceremonia de la purificación no es suficiente; es necesaria aun la investidura del cordón sagrado y la *tonsura*, que practicada desde la edad de tres años, no debe dejar hasta su muerte.

Además, en el momento en que el brahmán es, deben untársele los labios con manteca clarificada y miel, recitando las plegarias de la consagración.

Las ceremonias y los sacrificios que acompañan á la tonsura, deben ser renovados cuando el niño tiene seis años.

A los diez y seis años, todos los hombres dedicados al Señor están obligados á presentarse en el templo para hacer confirmar su purificación por la unción del aceite santo, pues es la época en que alcanzan la mayor edad.

Más allá de esta fecha, dice Manú, todos aquellos que no han recibido este sacramento en tiempo oportuno, son declarados indignos de la iniciación y *excomulgados*.

(Entendemos que no se puede traducir la palabra sanscrita *vratias*, más que por la palabra *excomulgado;* la que acabamos de insertar).

Desde que el brahmán niño tiene conciencia de sus actos, debe orar por la tarde y por la mañana, de pie y con las manos juntas; por la oración de la mañana borra las faltas pequeñas que sin pensar haya podido cometer durante la noche; por medio de la oración de la tarde destruye las manchas contraídas sin pensar durante el día; y sólo más tarde, pasados los diez y seis años, es cuando puede ser admitido á ofrecer el sacrificio á la Divinidad y según las reglas ordenadas por la Santa Escritura.

Pero antes de convertirse en sacerdote y en institutor de los fieles, el brahmán está obligado á pasar muchos años en las escuelas de filosofía y teología, en donde aprende la ciencia de la vida y la de Dios que debe enseñar á las demás personas; es la época de su noviciado.

Las ciencias que estudia son las siguientes:

El sanscrito, lengua santa que Dios ha hablado cuando se ha revelado á los hombres.

La teología, con un tratado completo de las ceremonias religiosas.

La filosofía, apoyándose principalmente en la parte que se refiere á los deberes.

La astronomía.

Las matemáticas.

La gramática general y la prosodia.

Y, en fin, lo que se considera más esencial para el sacerdote:

Los Vedas ó Escritura Santa, con explicación y comentarios de los pasajes difíciles y obscuros.

Y, dice Manú, si un hijo debe amar y respetar á su padre y á su madre porque de ellos ha recibido la vida material, ¿cuánto más debe respetar á su institutor, su padre espiritual que le ha dado la vida del alma?

Terminado el tiempo de su noviciado, el brahmán es entonces servidor sagrado entre los servidores de Dios, es decir, sacerdote, y la regla de conducta impuesta es la siguiente:

Debe vivir de limosna, es decir, de ofrendas hechas por los fieles al templo, pues no debe poseer nada en propiedad, practicar el ayuno y la abstinencia, dar al pueblo el ejemplo de todas las virtudes, y dividir el tiempo entre la plegaria y la instrucción que á la vez debe dar á los neófitos.

Entonces el brahmán, de catecúmeno pasa á sacerdote, después á profesor; cuando ha sembrado las buenas obras y ha empleado la mayor parte de su vida en servir á Dios y al prójimo, aun le falta recorrer la última etapa para ir á absorberse en el seno de la divinidad.

Abandonando á sus padres, á sus amigos y á todos los bienes de este mundo, debe retirarse á los desiertos, á las desiertas selvas para hacer vida de cenobita y sumergirse en la contemplación de la esencia pura divina.

Escuchemos á la Escritura Santa al darle la regla de conducta:

«Que esté solo, sin compañeros, sin pensar que está abandonado de todos y que él todo lo ha abandonado.»

«Que no tenga casa ni hogar; si el hambre le atormenta que confíe en Dios para procurarle el sustento; á sus pies crecen las yerbas que ha de comer.»

«Que no desee la muerte, que no desee la vida; y de la misma manera que el segador por la tarde espera tranquilamente su salario á la puerta de la casa del dueño, que aguarde que llegue su hora.»

«Que purifique todos sus actos ofreciéndolos al Señor.»

«Debe soportar con paciencia las palabras injuriosas, no despreciar á nadie ni tener odio á persona por ningún motivo.»

«Si aquel que le pega deja caer el bastón de que se sirve, que lo recoja y se lo entregue sin murmurar.»

(¿No es esto la bofetada del Nuevo Testamento?)

«Jamás debe intentar procurarse su alimentación explicando prodigios y sueños.»

«Procure principalmente no alterar el verdadero espíritu de la Santa Escritura para deducir preceptos de moral casuística á favor de sus pasiones y de los bienes de este mundo.»

(¿Qué decís á esto, señores de Loyola? La lección viene de lejos.)

«Y cuando la hora de la muerte llegará para él, que se haga echar sobre una sábana y cubrir de ceniza, y que su última palabra sea una oración para la humanidad entera que continuará sufriendo, cuando él va á reunirse con el Padre de todo lo creado.»

Esto eran en otro tiempo los sacerdotes de Brahma. La enseñanza y la oración ocupaban la primera parte de su vida; la segunda estaba destinada á meditar acerca de las verdades inmortales, la Santa Escritura y la grandeza del Ser Supremo.

Sacerdotes primero, ermitaños luego, este mundo para ellos no era más que un lugar de destierro y expiación que debía conducirles á una felicidad eterna en la otra vida.

Un hombre que ha pasado treinta años en la India, y á quien no se tachará sin duda de parcial en semejante materia, no puede menos, gracias á un espíritu profundo de justicia, de formular igual juicio que nosotros respecto á los antiguos brahmanes.

Ved ahí, lo que dice de ellos el misionista Dubois en el segundo volumen de su obra titulada: *Costumbres de los indios*.

«La justicia, la humanidad, la buena fe, la compasión, el desinterés, todas las virtudes, en fin, les eran familiares; las enseñaban á los demás con sus discursos

y con sus ejemplos. De esto deriva que los indios profesen, al menos en el sentido especulativo, á poca diferencia los mismos principios de moral que nosotros, y si no practican todos los deberes que los hombres se deben recíprocamente los unos á los otros, en una sociedad civilizada, no es por desconocer dichos deberes.»

Esto es lo que un sacerdote de Cristo no teme decir de los sacerdotes de Christna. No conocía, sin embargo, las muchas obras de teología, de filosofía y de moral que las primeras edades nos han legado y que el estudio del sanscrito permite hoy profundizar.

Sus principios, su fe religiosa, le habrían, sin duda, impedido ir más lejos en sus apreciaciones; ¡pero qué habría dicho si le hubiera sido dado hallar todas sus creencias, todas las ceremonias de su culto en la primitiva iglesia brahmánica!

Después de muchos siglos de sencillez, de abnegación y de fe, el brahmanismo sintió palpitar en su seno los gérmenes de dominación. Una vez bien sentado su predominio sobre los pueblos, los sacerdotes comprendieron que podrían llegar á dominar completamente á los cuerpos como ya dominaban las almas, y empezaron á trabajar para subyugar el poder político bajo la autoridad del poder religioso.

En la primera parte de esta obra hemos visto cómo lo lograron merced á la división de castas, y dejando poco á poco al pueblo sumergirse en el embrutecimiento y en la más desenfrenada desmoralización.

Hemos visto igualmente de qué manera, después de siglos de pacífica dominación, fueron impotentes para resistir á los invasores de su país, y levantar contra el extranjero un pueblo al cual desde mucho tiempo habían quitado toda iniciativa, toda libertad y por consiguiente todo valor.

Triste ejemplo del fin que espera á los pueblos que confundiendo la idea religiosa con el sacerdote, se dejan dominar por este último, al extremo de no tener conciencia ni dignidad.

En toda religión que rechace el libre examen y la tolerancia, el sacerdote únicamente es un combatiente que trabaja en destruir el progreso y la libertad.

Los indios han sido envilecidos por sus sacerdotes, pero la degradación moral se remonta hasta ellos, y las armas de que se sirvieron se han vuelto contra ellos.

Los sacerdotes brahmanes hoy día no son más que sombra de lo que fueron, y sus miserias, sus debilidades, sus vicios y su decrepitud actual hace que sea bochornoso para ellos el recuerdo del pasado; aparte algunas raras excepciones, no tienen ya más que un inmenso orgullo que desdice en presencia de su bajeza y de su inutilidad.

Estas gentes desconocen la dignidad y el respeto entre ellos y haría mucho tiempo, si la India no fuera la India, es decir, el país de la inmovilidad por excelencia, que la casta de los brahmanes habría desaparecido bajo el peso del desprecio público.

Si su poderío sobre las masas es aún grande, las gentes ilustradas entre las altas castas ya no les consideran, sin confesarlo, más que como vagabundos á quienes los prejuicios obliga á alimentar y á proteger.

Paseaos por la tarde por las ciudades y por la campiña, por doquier que oigáis sonar la trompa y el tam-tam, aproximaos... es un nacimiento, un matrimonio, la nubilidad de una joven que se solemniza. Mirad bajo el verauda y en las escaleras de la casa estos mendigos que roban y se empujan; son los brahmanes que acuden á comer el arroz que se ha hecho cocer en honor de la ceremonia.

Este es un tributo que se les debe y lo sacan antes en todas las clases de la sociedad. Ningún regocijo de familia, ninguna fiesta pública pueden verificarse sin esto, y es de costumbre que se lleven los platos en que se les ha servido.

La mayoría de las veces, estos platos son de metal vulgar, hierro ó cobre; sin embargo sucede á veces que un rajah, impulsado por el orgullo y la ostentación, hace servir á los brahmanes en platos de oro y plata, y gasta un millón en esto: estos últimos entonces quedan satisfechos y agotan toda la hipérbole oriental en las alabanzas que dirigen al príncipe liberal; pero raro es que después no se los tenga que separar, pues el reparto de estas riquezas no puede verificarse sin mediar garrotazos.

Sin embargo, algunos miembros de esta casta envilecida se han separado violentamente de ella. Unos se han consolado de la pérdida de su poder por un retorno completo á la fe primitiva y no es raro encontrar en el Sud de la India sacerdotes brahmanes viviendo en el es-

tudio y en la oración y dando al pueblo, que los venera como á santos, el más completo ejemplo de todas las virtudes. Otros avanzando más en este camino, renunciando á sus parientes, á sus amigos, y, rompiendo con las miserias presentes, se han dedicado á predicar la igualdad de todos los hombres y la regeneración de su país por la lucha contra el extranjero.

Al contacto con los europeos, han comprendido que su debilidad, su inferioridad era resultado de su inercia y su división de castas, y deseosos de sacudir el yugo, procuran rejuvenecer la sangre que circula por las venas de sus compatriotas para reunirlos contra el enemigo común.

Impotentes esfuerzos que quizás producirán fruto en el porvenir; por ahora, sólo han dado por resultado el poner á sus autores en el índice de la nación, arrojarlos del seno de su familia y ser rechazados por sus propios hijos.

Al lado de los brahmanes aparece poco á poco otra casta que ya cubre una parte del Sud de la India y alienta la pretensión sensible, aunque disfrazada con cuidado, de reemplazarlos un día en el dominio sobre las masas: es la casta de los Comuty. Compuesta de un gran número de fanáticos que sueñan, para su país, la reedificación del brahmanismo en provecho suyo, empieza á disfrutar de verdadera influencia.

No viviendo más que de arroz y legumbres, imponiendo al pueblo por la austeridad de sus costumbres, los miembros de esta casta dispondrán dentro de poco de una inmensa fuerza en todas las regiones, la del dinero.

El comercio por entero está entre sus manos; se sostienen los unos y los otros por medio de vastas asociaciones; atraen á los capitales, centralizan las mercancías y seguramente se convertirían en una potencia temible sin los ingleses que les roban bajo el pretexto de impuestos, pues su objeto es el retorno completo á aquel pasado teocrático tan estimado en la India.

El estado de embrutecimiento en que los sacerdotes han sumido á este desgraciado país, es tal, que la población entera contribuiría con todas sus fuerzas, si estuviera entregada á sí misma, á todo movimiento que la colocase bajo la autoridad brahmánica, pero sería preciso para eso que Inglaterra no la dominase con su ma-

no de hierro, y que Rusia que después de más de un siglo, lanza envidiosas miradas por encima del Himalaya sobre las ricas llanuras del Indostán, esperando la hora de apoderarse, no estuviera fatalmente destinada á gobernarla en el porvenir...

No me extenderé más en este capítulo respecto al profundo estado de desmoralización al que las castas sacerdotales, abusando de la idea religiosa, han llevado á la India; tendré ocasión de profundizar este asunto al tratar de las fiestas y ceremonias que han reemplazado al antiguo culto.

CAPITULO XX

CEREMONIAS Y SACRAMENTOS DEL ANTIGUO CULTO BRAHMÁNICO

En las antiguas religiones, lo mismo que en las modernas, el culto reviste dos formas.

Por la primera, bajo el nombre de ceremonias y sacrificios, envía á la divinidad las súplicas y votos de los mortales.

Por la segunda, con el nombre de sacramentos, impone á los fieles algunos actos, algunas expiaciones ó purificaciones; regula, en una palabra, su vida espiritual, sus relaciones con Dios.

Vamos á ver cuáles fueron los sacrificios y los sacramentos instituídos por los sucesores de Christna en la primitiva iglesia brahmánica.

SACRIFICIO DEL SARVAMEDA

En la primera parte de esta obra, hemos escrito lo siguiente:

Los Vedas consideran que Brahma se sacrificó para la creación. No solamente Dios se encarnó y sufrió para regenerarnos y conducirnos á nuestro origen divino, sino que hasta se inmoló para darnos la existencia, «sublime idea que se encuentra, dice M. de Humboldt, en todos los libros sagrados de la antigüedad.»

De ahí que los libros santos digan:

«Brahma es á la vez verdugo y víctima, de manera que el sacerdote que oficia todas las mañanas en las ceremonias del Sarvameda, sacrificio universal y simbólico de la creación, al presentar su ofrenda á Dios, se identifica con el sacrificador divino, que es Brahma; ó mejor dicho, es Brahma, víctima en su hijo Christna, que ha venido á morir en la tierra para salvarnos; que realiza él mismo el sacrificio solemne.»

Así es que el sacerdote en el altar, en el sacrificio del Sarvameda, presenta á Dios su ofrenda y sus plegarias en honor de la creación y de la encarnación.

Más tarde hallaremos la idea católica dando igual significación simbólica al sacrificio de la misa.

Esta ceremonia es la más importante de todas en la religión brahmánica: el sacerdote sólo puede realizarla cada mañana después de un examen completo de todas sus faltas y haberse purificado según el modo prescrito. Los otros no son más que sacrificios secundarios, ya en honor de santos personajes que han alcanzado la morada celestial, ya para obtener la protección de Dios sobre las cosechas y los frutos.

Las materias que constituyen los sacrificios son: el aceite consagrado, el incienso y cierto número de perfumes que son quemados en el hotel sobre trípodes de oro. La ofrenda se compone de una pasta de arroz, regada con manteca clarificada, que el brahmán (sacerdote) debe comer después de haberla ofrecido á Dios y santificado con sus rezos.

Más tarde, cuando el brahmanismo reservó las doctrinas puras, y las sencillas ceremonias para los adeptos y los iniciados, y después las divisiones del pueblo en castas, el culto vulgar adoptó los sacrificios de los animales, que después de su consagración, eran repartidos entre los asistentes, á quienes este alimento purificaba de las manchas ligeras é involuntarias.

Esta segunda época fué la que inspiró al Egipto y el culto de Moisés.

Nos hemos extendido lo suficiente respecto á éstos para no tener que insistir más.

DE LOS SACRAMENTOS

PURIFICACIÓN DE LOS RECIÉN NACIDOS POR MEDIO DEL AGUA

Dentro de los tres días de su nacimiento, debe echarse el agua al niño, es decir, purificado por el agua sagrada del Ganges, y cuando la distancia impida el procurársela, por el agua lustral, que ha sido consagrada por el brahmán en la pagoda.

Esta costumbre religiosa es muy antigua en la India;

proviene de la época védica, y Christna la consagró yendo antes de morir á sumergirse en las aguas del Ganges; aun tiene aceptación entre los indios que no se descuidan de observarla con todas las ceremonias del rito antiguo.

Los libros sagrados de la India dicen terminantemente que esta agua, echada encima del niño, tiene por objeto lavarle la mancha original.

Sea lo que fuese, y que se considere esto como una sencilla ablución, esta formalidad está impuesta por la religión; y el brahmán es quien la realiza; esto nos basta para incluirla entre los sacramentos.

Además, esta costumbre religiosa no está aislada, y el agua lustral que ha purificado al niño, continúa purificándole cada vez que la usa durante el curso de su existencia. De ahí proviene, sin duda, el sistema de abluciones adoptado por todas las religiones orientales.

DE LA CONFIRMACIÓN

Limitémonos respecto á este asunto, y sin ninguna reflexión, á citar dos textos: uno de los Vedas y otro de Manú.

Atharva Veda (libro de los preceptos.)

«Cualquiera que antes de los diez y seis años, no haya hecho confirmar en el templo su purificación por la unción del aceite sagrado, la investidura santificada y la plegaria del Savitry, debe ser arrojado de su pueblo por detentador de la palabra divina.»

A pesar de la división del pueblo en castas y la perversión de las antiguas doctrinas, los brahmanes conservaron este sacramento y lo extendieron á todas las clases, á excepción de las de los sudras ó proletarios, de los esclavos y de los parias.

El Manú, resumido y transformado en su propio interés, se expresa de esta manera:

Libro II, sloca 38 y 39.

«Hasta la edad de diez y seis años para un brahmán, hasta los 22 años para un tchatrías, hasta los 24 para un vaisya, el tiempo de recibir la investidura santificada por el Savitry no ha pasado aún.»

«Pero más allá de este plazo, los jóvenes de las tres clases que no hayan recibido este sacramento en tiempo conveniente, serán declarados indignos de la iniciación, excomulgados (vratyas) y entregados al desprecio de la gente honrada.»

Comparando estos dos textos, se ve que el sacramento de la confirmación era el recuerdo de la ceremonia primera realizada en la cuna del niño, es decir, la confirmación de la purificación hecha á los tres días de nacer por el agua lustral.

PURIFICACION Y ABSOLUCION DE LAS FALTAS

CONFESIÓN DE LAS FALTAS

Según el brahmanismo, el hombre en la tierra está sujeto á diferentes manchas, unas que atacan al alma y otras al cuerpo.

Las manchas del cuerpo se borran ya por el agua, ya por el agua lustral, según sea su gravedad, ó ya por la abstinencia y las maceraciones.

Y, respecto al particular, debemos decir que difícilmente se formaría idea de las torturas y flagelaciones que se imponían á los ermitaños de la India, y que aun se imponen á los faquires, sus sucesores.

Las manchas del alma se borran por medio de la oración y las peregrinaciones al Ganges, lo mismo que á los distintos sitios por la vida y muerte de Christna.

Fácil es concebir que bajo el imperio de esta religión absorbente, que poco á poco logró dominar el cuerpo y alma de sus adeptos, á reglamentar los hábitos más insignificantes de la vida, el hombre no fuera ya juez de sus propias faltas de igual manera que le estaba prohibido comentar la Santa Escritura.

Pues, como dice Manú, libro I:

«El nacimiento del sacerdote es la encarnación eterna de la justicia; el sacerdote ha nacido para hacer justicia, pues, en sus juicios se identifica con Dios.»

«El sacerdote al venir al mundo, queda colocado en primera fila en la tierra; Señor soberano de todos los seres, debe velar para la conservación del tesoro de las leyes *civiles y religiosas.*»

Como juez religioso, el sacerdote entendía en todas

las faltas, en todos los pecados é indicaba las expiaciones que debían cumplir los culpables.

Veamos de qué manera esto se realizaba:

Todas las mañanas á la salida del sacrificio, aquellos que se creían alcanzados con alguna mancha, se reunían en el patio de la pagoda, cerca del lago sagrado, y allí, delante de un cenáculo presidido por el más anciano de los sacerdotes, confesaban sus faltas y recibían la purificación que les era impuesta.

La fórmula de que se servía el culpable, era la siguiente:

«Santos brahmanes, guardianes de la divina Srouti (revelación), vosotros que conocéis los sauscaras (sacramentos) que expían, ¿qué debo hacer?

Seguía la confesión de los pecados cometidos, y el brahmán más anciano respondía:

«Iluminados por el Espíritu divino hemos juzgado, y he ahí lo que debes hacer.»

Y entonces, según la gravedad del pecado, el tribunal religioso imponía ya abluciones, ya mortificaciones ó abstinencias, ó bien multas ó ofrendas á Dios, ó plegarias ó peregrinaciones.

Las faltas que no podían borrarse por ninguna purificación (véase la enumeración en el capítulo V de la primera parte) estaban castigadas por la expulsión parcial ó completa de la casta; sólo los vratyas, ó excomulgados, descendían al rango de los parias.

Para explicar la palabra sauscaras de la fórmula citada más arriba, y que hemos traducido por la palabra sacramento, nada mejor podemos hacer sino citar la nota siguiente del orientalista Loiseleur Deslonchamps, el traductor de Manú.

«Los sacramentos (sauscaras) son ceremonias purificatorias particulares á las tres primeras clases (brahmanes, tchatrías y vaisyas)... El matrimonio es el último sacramento.»

Hemos, pues, tenido razón en llamar sacramento á la absolución conferida á los indios por el sacerdote brahmán, á continuación de la confesión pública de sus faltas.

Veremos más tarde á los primeros cristianos adoptar esta costumbre, merced á las numerosas tradiciones de la India que los primeros pastores sin duda habían ido á estudiar en el Egipto y en la India.

DEL MATRIMONIO

El matrimonio fué también colocado entre el número de los sacramentos por la religión brahmánica; lo establece el texto siguiente de los Vedas:

«Brahma ha creado el matrimonio al crear al hombre y á la mujer para la reproducción de la especie humana. También, para recordar la obra divina, la unión de los sexos, para ser válida, debe ser consagrada por las plegarias del sacerdote.»

Según la nota de Loiseleur Deslonchamps citada anteriormente, y que reconocemos justa, el matrimonio es el último de los sacramentos: pues, cosa digna de atención, el sacerdote indio no intervenía directamente en la cabecera de los moribundos. La religión brahmánica confería en esta circunstancia el título de oficiante al hijo mayor ó al más próximo pariente del enfermo, que estaban encargados de realizar las ceremonias funerarias, en cumplimiento de estas palabras de la Escritura:

«A la hora de la muerte, las plegarias del hijo abren á los padres la morada celeste.»

En resumen, los sacramentos brahmánicos son en número de cinco:

1.° *La unción del sacerdote*, servidor sagrado entre todos los servidores de Dios. Hemos visto de qué manera se obtenía este sacramento estudiando la educación dada al brahmán en la primitiva Iglesia.

2.° *La ablución* ó *bautismo* del recién nacido en las aguas del Ganges ó en el agua lustral.

3.° *La confirmación*, á la edad de los diez y seis años para los brahmanes, de veintidós para los tchatrías, de veinticuatro para los vaisyas, de la purificación realizada en la cuna con el recién nacido.

4.° *La absolución* de las faltas por la *confesión* pública.

5.° *El matrimonio.*

Nos hemos extendido poco sobre este último sacramento y fácilmente se comprende el motivo.

Este punto no puede originar discusión, pues, es una verdad vulgar que no necesita demostración el saber que todas las sociedades antiguas no han considerado al matrimonio más que como un lazo religioso.

CAPITULO XXI

FIESTAS Y CEREMONIAS BRAHMÁNICAS ACTUALES

La masa de los indios hoy día sólo posee un recuerdo debilitado de su antiguo culto, y los brahmanes, después de haber pervertido con miras despóticas los más puros y los más elevados principios, han sido invadidos á su vez por la degradación moral que habían fomentado para conservar su poderío. Cuando las invasiones hubieron derribado su poder político, se refugiaron en los templos, multiplicaron las ceremonias y las fiestas, y lucharon y rivalizaron unos y otros con el fausto y el esplendor para conservar su prestigio religioso.

Quizás no carecerá de interés conocer, por la descripción de una fiesta india, á qué grado de embrutecimiento los sacerdotes han podido conducir al pueblo, después de haber prohibido, durante su dominación, todas las libertades civiles y religiosas, y esto en nombre de Dios, que siempre ha sido, tanto en Europa como en Asia, el gran motor de todas las castas sacerdotales.

Que se permita prohibir entre nosotros las mismas libertades y si no descendemos hasta la degradación oriental, caeremos, sin duda, en la degradación de la Edad Media, á la esclavitud religiosa de los reyes y de los pueblos, en Torquemada, el gran inquisidor, y á sus verdugos torturando con el crucifijo en la mano.

Me sería imposible dar la más sencilla nomenclatura de las fiestas del culto indio, que por otra parte, se parecen todas con más ó menos pompa ó solemnidad, según la riqueza de la pagoda en que se celebran y la abundancia de las ofrendas de los fieles.

Los santos y los héroes han sido multiplicados de tal manera que los 365 días del año no bastan para

honrarlos á todos, aunque se los haga pasar á grupos y que cada día se festeje el mayor número posible.

El brahmanismo ha llegado á perder casi por completo la idea de Dios, y á reemplazar su culto por el de los Devas, ó ángeles, y de los Richis, ó santos, que es en lo que infaliblemente ha de llegar toda religión que rehusa someterse á las luces de la razón.

Vamos á tomar como tipo una de las fiestas, la de Chelambrum, en el Sud de la India, que entre las supersticiones de la época actual ha conservado, sin embargo, una apariencia de grandeza.

Esta fiesta comienza cinco días antes de la luna nueva de Mayo, y acaba cinco días después, sin un minuto de interrupción, sin conceder un instante de descanso á la multitud inmensa de peregrinos y devotos procedentes de todos los puntos de la India.

Los ocho primeros días transcurren en el interior del templo; sólo son admitidos los indios de casta alta; el pueblo bajo permanece en los patios del edificio; contentándose en oir desde lejos la música y los cantos sagrados.

El primer día está consagrado á Siva y únicamente empleado en celebrar su acción bienhechora sobre la naturaleza; gracias á él de la descomposición nace el germen que hace nacer el arroz, tan útil al hombre, las flores perfumadas y los grandes árboles que adornan á la tierra con sus hojas.

Durante la noche, se canta la unión misteriosa de Dios con la naturaleza, se saluda al sol saliente con el himno al santo personaje Cartiguavf, cuyas plegarias desembarazaron la tierra del demonio Kayamongasaura que había venido á atormentar á los hombres bajo la forma de un monstruo con cabeza de elefante.

El segundo día se destina para rezar por las almas de los antepasados; por la noche, se les ofrece arroz hervido consagrado, miel, manteca clarificada y frutas. Una vez destinados y ofrecidos á los manes, estos alimentos tienen la propiedad de borrar todos los pecados. Se distribuyen entre los asistentes que deben comerlos é ir inmediatamente á sumergirse en el estanque sagrado que se encuentra en uno de los lados laterales del templo.

El tercer día se destina á implorar á los Poulears, divinidades protectoras de las poblaciones y campiñas,

especie de dioses penates. Por la noche, se bendicen las imágenes de los dioses llevadas por los fieles, que las colocan en seguida en sus casas y en los bordes de los campos para proteger los límites.

El cuarto día y la noche siguiente están destinados á celebrar el río Tircaugy, cuyas aguas tienen las mismas propiedades purificadas que las del Ganges, para aquellos que la pobreza ó las enfermedades les impidan hacer una vez en la vida cuando menos, la peregrinación al gran río.

El quinto día es el de las ofrendas; las fervientes se estrujan en gran número bajo los pórticos, llevando arroz, aceite, madera de sándalo, con la que se hacen los polvos olorosos que arden en los trípodes de oro y en los vasos preciosos.

Los brahmanes dominan el arte de despertar el orgullo de los indios ricos, para hacerlos rivalizar en magnificencia en sus regalos.

El sexto día, se reza para que las empresas de aquellos que se han distinguido de un modo especial en sus ofrendas no sufran los efectos del genio del mal, y un brahmán anuncia al día siguiente, á las primeras horas del día, qué días del año serán fastos y cuáles nefastos.

El séptimo día, especialmente dedicado á las mujeres que aun no han concebido, se destina á conjurar é impetrar de Siva que les conceda una feliz fecundidad; aquellas que más deseen poner término á su esterilidad deben pasar la noche en la pagoda bajo la protección de Dios.

Los brahmanes aprovechan la obscuridad y la emoción que el sitio excita en ellas para prostituirlas y entregarse á una noche de crápula y orgía. Convencen después á aquellas desgraciadas, tímidas y crédulas hasta el exceso, que han recibido la visita de los espíritus superiores enviados cerca de ellas por el mismo Siva.

No es raro que mujeres de la casta más alta y de sorprendente belleza sean de esta manera entregadas á los extranjeros que pagan cuantiosas sumas á los sacerdotes para ser introducidos secretamente en la pagoda durante la noche.

El octavo día se emplea por entero en adornar el carro monstruoso que al día siguiente debe dar la vuel-

ta á la pagoda llevando la estatua colosal del dios Siva, arrastrado por sus adoradores.

El noveno día, á las once de la mañana, al ruído de los fuegos artificiales, cantos y música, dos mil indios atraviesan la multitud y van á huncirse al carro del dios, alto como un monumento, y cubierto de esculturas alegóricas.

De repente un grito inmenso resuena en el aire, las bayaderas avanzan á compás y hacen apartar á la multitud, los sacerdotes entonan el himno santo, millares de incensarios proyectan al aire el humo del incienso... Es el carro que comienza su marcha triunfal. Uno, dos, tres gritos se dejan oir... la multitud aplaude estruendosamente: son fakires que acaban de precipitarse bajo el carro del dios para hacerse aplastar... La sangre corre bajo las ruedas, y con riesgo de sufrir igual fin, los devotos se precipitan para mojar en la sangre humana un pedazo de tela que guardan como reliquia preciosa.

Cuando el carro sagrado ha acabado de dar la vuelta alrededor del templo, la ceremonia queda terminada por aquel día; es menester, sin embargo, un poco de reposo para prepararse para la gran fiesta nocturna del día siguiente.

Es el momento en que el extranjero puede entrar en los patios y dependencias del templo para visitar á los sannayasis y á los fakires.

Los sannayasis son peregrinos mendigos que han realizado la peregrinación al Ganges, á consecuencia de votos á cual más extraordinarios.

Unos han ido hasta las orillas del río sagrado midiendo la distancia con su cuerpo.

Otros han realizado igual viaje andando apoyados en las manos y en las rodillas.

Otros atándose los pies y haciendo el camino á saltos, ó condenándose á no comer ni dormir sólo cada tres días durante toda la duración del viaje.

Conviene tener presente que hay cerca de 600 leguas de Chelambrum al brazo más cercano del Ganges.

Pero esto aun no es nada, y la locura de todas estas gentes está sobrepujada por el fanatismo de los fakires, que permanecen impasibles y sonrientes en medio de los más atroces dolores y de los más espantosos suplicios.

Ved esta rueda que gira con rapidez arrastrando con ella á cinco ó seis cuerpos humanos que tiñen el suelo con su sangre; son fakires que se han atado con garfios de hierro clavados en los muslos, los riñones ó las espaldas.

Al lado de ellos se ve á otro sentado en una plancha guarnecida con largas puntas de hierro que penetran muy adentro de las carnes.

Mirad aquel hombre que aspira con el auxilio de un tubo un poco de caldo contenido en un plato; se ha condenado al silencio y para ponerse en condiciones de no poder quebrantar su voto, se ha quemado los labios con un hierro candente, los ha cosido para soldarlos, dejando únicamente en el centro una pequeña abertura que sólo permite el paso á los alimentos líquidos.

Su vecino está obligado á comer en un plato como los animales, pues, ya no podrá utilizar más sus manos durante largos años; ha atado sus manos con cuerdas de coco, de manera que las uñas de la mano derecha se apoyen por la punta en la palma de la mano izquierda y recíprocamente. Las uñas han crecido y unido las dos manos una á la otra, atravesando las carnes y los músculos de parte á parte.

¡Qué horribles mutilaciones! al cabo de dar algunos pasos el corazón siente asco y repugnancia... Pero avancemos: aún hay suplicios más espantosos, y ni una queja, ni un grito; se diría que estos hombres han vencido al dolor.

¿Qué es esta masa inerte extendida en tierra y que se diría privada de vida, si no pareciese por momentos que respira? Sus brazos, sus piernas, están torcidos y anquilosados; carece de nariz y orejas; los labios cortados hasta la extremidad de las encías, dejan ver los dientes que se entreabren á veces... ¡horror! ¡Este cadáver no tiene lengua, se diría que es la cabeza de un muerto.—Y es un hombre!

Muy cerca hay una mujer que ya no tiene nada de su sexo, se ha cortado ó quemado los atributos... Su cuerpo no es más que una extensa llaga... Los gusanos se la comen estando medio viva.

Otro está extendido sobre un lecho de carbones encendidos; los apagará con su carne y con su sangre.

Cerca del estanque que sirve para lavar las estatuas de los dioses y de los santos y para realizar las ablu-

ciones sagradas, un fakir está en los estertores de la agonía bajo un montón de leña que á lo menos pesa dos ó tres cientos kilógramos, mientras que otro, enterrado hasta el cuello recibe los rayos del sol con todo su ardor abrasador sobre su cráneo afeitado hasta la piel...

Detengámonos; porque la vista se cansa y la pluma se resiste á describir por más tiempo semejantes escenas...

¿Quién es capaz de empujar á estos hombres á imponerse semejantes sufrimientos?

¡Qué fanática é insensata fe, si creen realmente ser de esta manera agradables á Dios! ¡Qué valor y estoicismo, si sólo es superchería!

Se pretende que los brahmanes, cuyos designios sirven maravillando á la multitud, los educan desde la más tierna edad para desempeñar semejantes papeles, y que embrutecen el cuerpo y fanatizan el espíritu de estos desgraciados por el secuestro y la promesa de recompensas inmortales.

Durante la noche del décimo día, que es la última de la fiesta, tiene lugar el paseo de la estatua de Siva sobre el estanque de la pagoda, á la cual debe dar siete veces la vuelta.

No podría describir en todos sus detalles la extrañeza caprichosa y grandiosa de esta escena que estalla de repente, como por encantamiento en medio de fuegos de bengala de todos los colores y lanzados por más de cien mil manos.

Las nubes están obscurecidas por el humo de los trípodes de oro, en donde arden constantemente bolas perfumadas que giran sobre sí mismas, trazando en el fondo obscuro un círculo de fuego; la abigarrada multitud se agita sobre las gradas, patalea, grita en honor de Dios...

... Por instantes los fuegos de bengala se detienen, la obscuridad durante algunos segundos es casi completa; únicamente la enorme estatua del idolo espléndidamente iluminada, se desliza silenciosamente por encima las aguas; á sus pies están las bayaderas adoptando encantadoras posturas; luego los fuegos estallan á más y mejor, acompañados de frenéticos vivas...

La séptima vuelta va á terminar, los cantos se convierten en gritos, el delirio llega á su paroxismo; hom-



bres, mujeres, niños, se arrojan al estanque para purificarse en las aguas que Siva acaba de recorrer... Desgraciado del paria que se hubiera atrevido á atravesar las puertas del templo; si hubiera sido reconocido en aquel instante, infaliblemente hubiera sido destrozado. El entusiasmo es tal, que si placía al brahmán oficiante designar en nombre de Dios á los europeos asistentes á la ceremonia, á la cólera de la multitud, ni uno habría salido vivo de aquel recinto.

Hacia las cuatro de la madrugada, Siva es vuelto á conducir con gran pompa á las profundidades misteriosas de la pagoda, de donde no saldrá hasta el año próximo; los fuegos se apagan lentamente, la multitud se retira poco á poco acompañada del ruido de las trompas sagradas y de los tam-tam, y el extranjero se aparta, no pudiendo darse cuenta en los primeros momentos de las emociones tan diversas como ha experimentado.

Las más grandes fiestas del Norte de la India, es decir, de Bengala, son miserables en comparación de las del Sud.

En el Sud, en donde la invasión musulmana no había echado muy fuertes raíces, en donde la intolerancia de los sectarios de Omar y de Haydar-Ali no destruyó los templos ni doblegó las conciencias bajo la ley de la cimitarra y del alfanje, se diría que la dominación brahmánica ha conservado algo de su antiguo prestigio.

Allí se han refugiado las tradiciones religiosas en el corazón de algunos sabios brahmanes que desprecian las supersticiones de la multitud, y conservan el precioso depósito, en la esperanza de una próxima regeneración.

Allí están los grandes monumentos, las ruinas gigantescas, los dioses majestuosos tallados en bloques de granito de cincuenta pies; allí, en fin, están los restos de aquella vieja civilización brahmánica que inspiró al Asia entera, Grecia, Egipto, Judea y Roma.

Es allí, nunca lo repetiremos demasiado, donde convendría ir á estudiar y á investigar...

Los pocos sabios que han ido á visitar la India se han dedicado invariablemente á Calcuta y Bengala, en donde el indio con el contacto europeo, ha abierto despachos y se ha hecho mercader de arroz y de índigo.

No han comprendido que el Norte de la India ha perdido su sello índico, que los templos musulmanes han reemplazado las pagodas, que las casas inglesas han sustituído á los palacios de los rajahs... y que no hacían otra cosa que visitar el campo de batalla de todas las invasiones que han asolado á la India, á las cuales ha sucedido el agio europeo.

Las fiestas de Bengala no reunen aquellas masas imponentes de muchedumbre que se notan en la punta oriental del Indostán, la Carnatia ó el Malaya por ejemplo.

Cada familia las celebra á su manera y aparte, y la vanidad no deja de influir mucho en esta separación.

Las castas elevadas no quieren tener contacto con las castas inferiores, la casta del rico con la del pobre. Es preciso que se diga, viendo pasar una estatua adornada de oro y pedrerías, seguida por gentes vestidas con cachemira y seda: He aquí la poudja (fiesta) del Babou tal. Si se despliega lujo, es menester que la multitud sepa quién lo paga.

Es algo de orgullo europeo que ha venido á mezclarse con el orgullo índico. Hasta muchos, entre los miembros de las clases altas, desdeñan mostrarse en público formando parte del séquito de aquellas procesiones, y pagan sustitutos para acompañar al ídolo en nombre suyo.

La única solemnidad de Bengala que se realiza con algún esplendor y afluencia de devotos, es la poudja de Septiembre, fiesta de Brahma y de la Naturaleza; pero nada verdaderamente original la distingue; no es más que un tejido de farsas groseras y á menudo hasta repugnantes.

Es preciso confesar que los bengalenses tienen una singular manera de honrar á Dios; exhiben sin respeto para las mujeres y los niños, las imágenes más repugnantes y obscenas y representan encima de tablados escenas cuya falta de pudor no tiene límites. Así es que he visto un día en Hougly, pequeña población de las orillas del Ganges, celebrar esta fiesta de la manera siguiente: Un hombre y una mujer representando el uno á Brahma y la otra á la Naturaleza, se entregaron en un estado público al acto de la generación, y era, según me dijeron, para honrar el germen fecundado por Dios en la creación...

¿Qué puede esperarse de un pueblo llegado á semejante grado de embrutecimiento? Y que se sepa bien, ha descendido á este estado por el abuso de la idea religiosa y la dominación de los sacerdotes.

Jamás el reinado de la razón hubiera podido conducir á semejantes orgías, á un olvido tal de las sanas doctrinas y de la dignidad personal...

Y que no se nos venga á decir que nuestras civilizaciones adelantadas de Europa jamás podrán engendrar semejante decrepitud... Déjense producir las mismas causas, y veremos igualmente producirse los mismos efectos.

Acordémonos, pues, de los misterios representados en la Edad Media por los cofrades de la Pasión y los dependientes del tribunal de los procuradores en el mismo santuario de los templos, y que se acabó por prohibirlos á causa de sus obscenidades... Y, cosa triste de decir, estas prohibiciones emanaron de ordenanzas reales y no de censuras religiosas.

¿Si el libre examen no hubiera logrado hacerse paso, si se hubiera continuado torturando y quemando por un texto de la Biblia, si los reyes hubiesen, como en la India, aceptado sin murmurar ni luchar la tutela, en dónde estaríamos? Responded, ¿dónde estaríamos?

¡Hemos atravesado este período, se dirá, y los pueblos que han conquistado la libertad religiosa y civil no volverán hacia atrás!

¿Qué sabéis?

¿Acaso la India no ha tenido su época de libre examen, de discusión y de libertad?... La casta sacerdotal ha luchado sin descanso; paciente, ha perseguido su fin, los siglos no la han fatigado y ha vencido.

La lucha amenaza entablarse de nuevo entre la libertad y el despotismo religioso. ¿Qué digo? ya está entablada en todas partes.

La más imponente manifestación del siglo va á realizarse dentro de algunos meses en Roma contra los principios del 89.

¡Velemos!... y preparémonos para la defensa.

10 P

CAPITULO XXII

ÚLTIMA MANIFESTACIÓN DE DIOS EN LA TIERRA, SEGÚN LOS LIBROS SAGRADOS DE LOS INDIOS

Según las creencias brahmánicas, el maha-pralaya, la gran disolución, es decir, el fin del mundo, será señalado por un extraño acontecimiento.

Cedamos la palabra á Ramatsariar, el comentador religioso de los libros sagrados.

«... Algún tiempo antes de la destrucción de todo lo que existe, la lucha entre el bien y el mal debe volver á empezar sobre la tierra, y los espíritus malos, que en otro tiempo, después de la creación, se rebelaron en el cielo contra la autoridad de Brahma, vendrán á entablar una lucha suprema, para intentar robar á Dios su poder y recobrar su libertad.»

Es entonces cuando Christna volverá á la tierra para derribar al príncipe de los Rakchasas, que bajo la forma de un caballo y ayudado por todos los genios del mal, cubrirá este globo de ruinas y matanzas.

Esta creencia es general en la India. No hay indio, sea cual fuese la casta á que pertenezca, ni brahmán que no lo considere como artículo de fe. Hasta los sacerdotes le han consagrado un sacrificio, el Aswameda, es decir, el sacrificio del caballo, á la futura victoria del hijo de la virgen Devanaguy.

Hago constar el hecho, y sin hacer de momento ninguna reflexión.

106

CAPITULO XXIII

UN TEXTO DEL FILÓSOFO NARADA

«*No pronunciéis nunca estas palabras:—No conozco esto, entonces, esto es falso.*»

«Es preciso estudiar para saber, saber para comprender, comprender para juzgar.»

Al terminar estos estudios acerca de las creencias religiosas y los libros sagrados de la India, no digo nada más á los contradictores que podrían presentarse...

Estudiad, antes de juzgarme, las antiguas civilizaciones de Oriente. No temo ni la discusión ni la luz.

107

EPILOGO

INUTILIDAD É IMPOTENCIA DEL MISIONERO CRISTIANO EN LA INDIA

Si, como ha dicho el P. Dubois, *la justicia*, *la humanidad*, *la buena fe*, *la compasión*, *el desinterés*, *todas las virtudes*, *en fin*, *eran familiares á los ancianos brahmanes;*

Si es verdad el afirmar, de acuerdo con él, que *los indios profesan iguales principios de moral que nosotros*, se tiene la clave del completo fracaso de los misioneros en la India, fracaso por otra parte, confesado por un gran número de los mismos, sin que se atrevan ó quieran explicar los motivos.

«¿Por qué cambiaría la religión?» me decía un día un brahmán con el cual hablaba de estas materias.

«Tenemos tan bien como vosotros, si no es mejor, y vuestras creencias sólo datan de diez y ocho siglos, mientras que las nuestras se relacionan sin interrupción á la creación del mundo.

»Dios, según vosotros, y le rebajáis, ha intentado varias veces dotaros de una religión; según nosotros ha revelado su ley al crearnos.

»Cada vez que el hombre se ha extraviado, se le ha presentado para recordarle la fe primitiva.

»En último término, se ha encarnado en la persona de Christna, que ha venido, no á guiar la humanidad con nuevas leyes, sino á borrar el pecadc original y depurar la moral.

»Esta encarnación nos la habéis copiado y tomado como igualmente nos habéis tomado la tradición de la creación de Adima y Heva.

»Nosotros esperamos aún otra antes del fin del mundo; es la de Christna viniendo á combatir al príncipe

de los Rackchasas en forma de caballo, y según lo que acabáis de contarme de vuestro Apocalipsis, nos habéis igualmente copiado esta profecía.

»Vuestra religión no es más que una filtración, un recuerdo de la nuestra, ¿para qué querríais hacérmela adoptar?

»Empezad, pues, si queréis tener éxito, por no enseñarme principios que encuentro en todos nuestros libros santos y una moral que profesamos en la India mucho antes que Europa hubiese abierto los ojos á la luz y á la civilización.»

Todo esto era la exacta verdad y no había nada que objetar.

Entonces, ¿qué queréis llevar á aquellos pueblos? ¿Ceremonias externas, la forma de un culto? Esto son manifestaciones sensibles y no la base de una religión. ¿Y qué hacer cuando las bases son las mismas?

Sin duda los indios han olvidado sus creencias primitivas, la pureza de la moral de Christna, pero su desmoralización no proviene de ignorancia; conocen perfectamente sus dogmas y todos los grandes principios de la conciencia.

¡Que Europa no los vitupere tanto! En medio de sus luchas, de sus ambiciones de toda clase, no le sentaría muy bien adjudicarse la palma de moralidad.

No hay duda que los indios actuales han substituído su culto por las más supersticiosas prácticas. ¿Qué queréis? gracias á sus sacerdotes, han acabado por abandonar á Dios, para adorar á los fabricantes de milagros, á los ángeles y á los santos, á los devas y á los richis.

¿Y después?

¿Acaso no tenemos nosotros también nuestros milagros de la Salette y de otros lugares, nuestros santos que curan á los ciegos, á los cojos, á los sordos, los humores fríos y los sabañones?...

¿Por qué los indios no tendrían los suyos?

Me encontraba un día en un pueblo en los alrededores de Trichnapoli, ciudad grande en la punta oriental de la India, en donde un misionero recién desembarcado procuraba hacer prosélitos. Un brahmán teólogo se presentó, como sucede siempre en circunstancias análogas, y le propuso una discusión pública acerca de las materias religiosas que tuviera por conveniente.

El sacerdote, que hablaba perfectamente el tamul,

aceptó; si hubiera rehusado, se habría desacreditado ante la opinión pública, y á cualquier indio á quien hubiera querido hablar de religión en este distrito, le hubiera infaliblemente respondido: ¿Por qué has temido medir tus fuerzas con nuestro brahmán?

La reunión fué señalada para el próximo domingo. Los indios son muy amantes de estas asambleas, de estos torneos de la palabra; hombres, mujeres, niños, todo el mundo acude, escucha con interés, se entusiasma con la lucha, y lo que quizás no se creería, persigue implacablemente con sus gritos al vencido, con la mayor imparcialidad, lo mismo sea el brahmán que el misionero.

Parecerá esto menos extraño cuando se sepa que no hay indio, cualquiera que sea su rango y la casta á que pertenezca, que no conozca los principios de la Escritura Sagrada, es decir, de los Vedas, y que no sepa perfectamente leer y escribir.

Existe un proverbio indio que dice:—Aquel que no sabe fijar su pensamiento sobre una *olla* (hoja de palma preparada para escribir), no es un hombre.

Llegado el domingo, la población entera se reunió bajo la sombra de grandes multiplicantes que constituían una sala natural llena de frescura. Me coloqué á algunos pasos de los dos contrincantes, y el torneo comenzó.

Desde las primeras palabras cambiadas, comprendí lo que inevitablemente iba á suceder.

El brahmán, espíritu fino y sutil se hizo dueño inmediatamente de la discusión para dirigirla, y he ahí el curioso diálogo que se entabló entre ellos.

El brahmán: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres?

El misionero: Soy sacerdote, y vengo de más allá de los mares para enseñaros el verdadero Dios.

El brahmán: Por haberos tomado la pena de venir de tan lejos, debes llevarnos excelentes cosas. ¿Pero por qué dices el verdadero Dios? ¿Es que conoces á varios dioses? Para mí, no hay más que uno solo para todos los mundos y para todos los pueblos.

El misionero: También sólo conozco uno y en nombre de éste hablo y vengo á combatir los falsos dioses engendrados por la superstición.

El brahmán: ¿Puesto que vienes á predicar entre nos-

otros, según tu opinión el Dios que adoramos no es el verdadero?

El misionero: Tú lo has dicho.

El brahmán: ¿Pero entonces, pues, cuál es tu Dios? El nuestro, Manú lo define así: «El que existe por sí mismo en toda la eternidad que el espíritu concibe, pero no puede ver, que carece de partes visibles, escapa á los órganos de los sentidos, infinito y omnipotente, creador de todo lo que existe, y cuya misteriosa unidad está compuesta de tres personas.» No es nuestro Dios, me engaño llamándolo así; Dios no pertenece á un hombre, á una casta, á una región, es el Dios de todas las criaturas. ¿Te atreverás á decir que es la superstición lo que me hace hablar así?

El misionero: No, y si tú crees en un solo y único Dios, dueño de todo el universo, estamos muy próximos á entendernos. Solamente la idea que tú te forjas de Dios no es del todo la mía.

Hablas sin cesar de la unidad de Dios para dividirlo luego hasta el infinito. Según vuestros libros sagrados, vuestro Dios no obra, delega su poder á derecha y á izquierda, á los devas ante todo; estos últimos á su vez se procuran mandatarios, éstos son los personajes llamados Maha-richis, Atri, Augiras, Poulastya, Poulaba, Cratou, Pratchitas, Vasichta, Brigou y Narada. Lo repito: vuestra teología sólo parece reconocer la unidad de Dios para destruirla después.

El brahmán: Quiero creer que hablas sinceramente y de buena fe; pero incurres en dos groseros errores. ¿Desde cuándo las definiciones de los poetas pueden servir de base á una creencia religiosa? ¿y porque la multitud honre á los hombres santos que nos han precedido en la tierra, crees, pues, que los iguala á Dios?

El sectario de Brahma sólo reconoce y adora á Brahma; ¡qué importa los seres que ha creado y las misiones que ha querido dar á sus profetas, puesto que todo, según nosotros, es una encarnación de su poder!

Tus argumentos se revuelven contra ti: ¿No hay en tu religión, ángeles, profetas y santos?

¿Por qué descender á los detalles de nuestros libros santos que frecuentemente son alegorías que no sabrías comprender?

¿Por qué intentar derribar nuestras tradiciones, tan antiguas como el mundo, sin haberlas estudiado y pro-

fundizado? Ya ves que no imito tu ejemplo y que no ataco tus creencias, á pesar de no ser partidario de ellas.

El misionero: Es en la moral en donde hallarás la bondad.

El brahmán: ¿Y qué afirma tu moral que no nos enseñe también la nuestra? ¿Has leído las conversaciones de Christna y de Ardjouna? ¿Y las enseñanzas sublimes del divino hijo de la virgen Devanaguy?

¿Crees, acaso, que no sabemos distinguir el bien del mal, y que era necesario que atravesaras los mares para venir á hablarnos de cosas que conocemos tan bien como tú? ¿Acaso no es ley de nuestra religión el socorrernos los unos á los otros? ¿Rechazamos, pues, á los débiles y á los miserables? En nuestras carreteras abundan las calderas en donde el viajero ó el enfermo encuentran asilo y lo necesario para satisfacer sus necesidades.

¿No veneramos á nuestros padres y á nuestros antepasados mucho mejor que vosotros? Llevamos por ello duelo eterno, y cada año celebramos su nacimiento y su muerte, que es su nacimiento en la otra vida.

Un murmullo de aprobación á estas palabras circula entre la multitud; el brahmán comenzaba á dominar al sacerdote.

El misionero, con vehemencia: ¡Pues bien! vosotros que me escucháis, puesto que pretendéis poseer una moral tan pura como la del Evangelio, que vengo á llevaros, ¿por qué no la ponéis en práctica? ¿por qué empleáis los días que el Señor os ha concedido en satisfacer las más vergonzosas pasiones, entregándoos á la crápula más desenfrenada?

¿Por qué dejáis que vuestros hijos desde la más tierna edad se entreguen al robo, á la mentira y á la impureza? ¿Pensáis formar de esta manera hombres según la ley de Dios?

¿Qué habéis hecho de vuestras mujeres? Instrumentos de placer, seres embrutecidos, incapaces de afección y cariño, esclavas que compráis y encerráis igual que vuestros rebaños.

Oh, vosotros que rechazáis la luz que el Señor os envía, os lo digo, sufriréis el castigo de vuestras culpas, y cuando llegue el último día, cuando será preciso pesar en una balanza eterna vuestras buenas acciones y

vuestros crímenes, Dios se apartará de vosotros y os arrojará en el número de los malditos.

El misionero continuó aún largo tiempo sobre este tema; una excitación febril se había apoderado de él; había perdido de vista el asunto y ya no discutía. Predicaba igual que en una iglesia católica y el sentido de sus palabras se perdía para la multitud.

Así es, que cuando el brahmán tomó la palabra, comprendí que el sacerdote se vería obligado á ceder el sitio.

El brahmán: Con tus injustos ataques acabas de arrojar el velo que te cubría, y el objeto de tu venida no es lo que tú desde un principio habías anunciado. Un siervo del Señor no debe dar ejemplo de cólera, y la palabra santa debe fluir tan dulce como la miel y esparcir sobre los que escuchan un perfume tan suave como el de la flor del lotus amado de Visnu.

¿Has estado, pues, mezclado en estas orgías de que nos hablas y recriminas? ¿Has penetrado en el interior de nuestras habitaciones? ¿Sabes lo que pasa á la sombra de las imágenes de los santos Maha-richis, protectores del hogar doméstico? Comparas á nuestras mujeres con un rebaño de esclavas; lee le regla prescrita respecto á ellas por la Santa Escritura y Manú, y adquirirás una opinión más justa, porque será ilustrada.

¡No conoces ni nuestras leyes ni nuestras costumbres y vienes á lanzarnos anatema! No es este sitio en que tu palabra pueda ser útil; ve á predicar entre los tuyos, en Bombay, en Calcuta y en Madras lo necesitan más que nosotros. Les verás faltar á su palabra, engañar al indostano para enriquecerse, y para satisfacer sus pasiones comprar á nuestras jóvenes vírgenes con el oro que nos roban.

Si tú quieres prestar un servicio á la India, ve, pues, á decirles que no son estos los ejemplos que deberían darnos y que auguramos mal de una religión que no sabe contener ni castigar á hombres tan corrompidos.

Diciendo estas palabras, el brahmán se levantó entre los aplausos de su auditorio, que le acompañó con manifestaciones del mayor respeto hasta su habitación.

Nunca he visto á estas clases de luchas terminar de otra manera.

Es cierto que el indio gime desde hace siglos en la corrupción, que la mujer hoy no es más que un instru-

mento de placer; pero en el pasado fué objeto de honores y respetada. La ley ha sido vencida por la costumbre; pero aquella existe siempre y el brahmán se refugia en la ley. Puesto que los indostanos tienen los mismos principios de moral que nosotros, ¿qué hacer para vencerles en el terreno de los principios?... Y desgraciadamente es preciso confesar que si sale de la especulación para llevar la discusión al terreno de los hechos, aun en esto el brahmán está muy bien pertrechado, pues es demasiado cierto que el europeo sólo da á los pueblos de la India los más lamentables ejemplos de honradez y de moralidad.

También, entre los pocos cristianos, cuyos cinco sextos son parias, diseminados entre más de doscientos millones de indostanos, no se encontraría quizás uno solo que esté sinceramente ligado á la nueva religión. ¿Y cuántos esfuerzos no están los misioneros obligados á hacer para convertirlos? A algunos les pagan pequeñas pensiones de una ó dos rupias al mes, á otros les abastecen del arroz necesario para su alimentación y tan pronto como cesa la una ó termina lo otro, el cristiano desaparece.

Además de esto, hay que permitirles el conservar todas sus costumbres de la casta, todas sus ceremonias paganas para los nacimientos, los matrimonios, los muertos y el culto de los antepasados, y se está obligado, bajo pena de ver desaparecer á todos los prosélitos al instante, de agrupar y reunir á los parias en las iglesias y no permitir que se aproximen las gentes de casta.

Hasta existen algunos templos que han sido edificados por los indostanos de las clases elevadas, con la condición que la entrada estaría prohibida á estos pobres proscriptos, y los misioneros no sólo han aceptado esta cláusula, sino que la hacen cumplir severamente.

Un día entraba á visitar una pequeña iglesia en la población Arian-Coupam, á pocas millas de Pondichery, seguido de un criado que era paria. En presencia de este último, todos los indostanos se levantaron espantados, se suspendió la ceremonia, y el sacerdote que oficiaba vino á decirme que el templo pertenecía á personas de casta y que un criado siendo paria no tenía el derecho de entrar.

Me apresuré á abandonar el sitio admirando al mis-

mo tiempo el espíritu evangélico de las nuevas doctrinas.

¿Son estos los ministros de Jesús, de aquél que vino á levantar al oprimido y proteger al débil, que descienden á semejantes subterfugios?

Digo esto sin espíritu de partido y sólo porque suceden semejantes hechos. Y desafío á cualquiera que haya vivido en la India que contradiga la verdad de lo que digo.

Pero lo que me ha entristecido aún más, ha sido ver en las procesiones cristianas del Carnático, á Jesús, la Virgen y los santos gesticular, llorar, representar la comedia é imitar, merced á un mecanismo interior de las estatuas, las indignas momerías de los idolos paganos. Como dijera á un misionero que su culto no ganaba nada con esta suerte de supersticiones, me respondió con estas palabras:

«La India es un pueblo de niños; estamos obligados á seducirlo por lo que entra por los ojos y rivalizar en magnificiencia con los sectarios de Brahma. Las procesiones de estos últimos hablan á los sentidos: las estatuas de sus dioses, movidas por resortes invisibles, parecen vivir sobre los estrados. Nos vemos forzados á obrar de igual manera en nuestras ceremonias; si no lo hiciéramos pareceríamos inferiores á los brahmanes, lo que constituiría un gran peligro en este país en el que la imaginación desempeña tan gran papel.»

—¿Pero, padre mío, apunté tímidamente, no son precisamente estas prácticas aquellos ritos malabares que han sido tan solemnemente condenados en Roma?

Me volvió las espaldas.

Al lector le interesarán, sin duda, algunas explicaciones respecto á este asunto.

Los jesuítas, que fueron los primeros en ir á predicar el Evangelio en la India, pronto conocieron que no lograrían nada valiéndose de los medios ordinarios; no se hallaban en presencia de un pueblo cándido y salvaje sino ante una nación civilizada, considerando por encima de todo á su religión, á sus usos y á sus costumbres.

Se vistieron entonces á semejanza de los indostanos y pretendieron ser brahmanes venidos del Occidente para recordar al pueblo sus antiguas creencias que había abandonado.

No sólo respetaron las castas, las ceremonias, los prejuicios, las supersticiones, si que también los adoptaron y se los hicieron suyos, y se identificaron de tal manera con los indostanos, que lograron hacerse adoptar y adquirir algunos partidarios.

Envidiosas y celosas de sus éxitos algunas congregaciones rivales las atacaron delante de la corte romana por haber rebajado la religión haciéndola intervenir en transacciones que atacaban la pureza de sus principios.

Los jesuítas fueron condenados solemnemente por el Papa, quien, bajo el nombre de *ritos malabares*, proscribió su modo de proceder y anuló, por contrarias á la ley católica, todas aquellas concesiones que habían hecho al espíritu del país.

Las misiones extranjeras recibieron sucesores, con la orden de destruir todo lo que había sido hecho por sus antecesores y guiar á los cristianos indostanos á la fe evangélica.

Los misioneros que habían minado la autoridad de los jesuítas en provecho suyo, sabían perfectamente que les sería imposible conducirse y portarse de otro modo que aquellos, á menos de querer cerrar los templos y perder los escasos convertidos. Ellos sólo se preocupaban en reemplazarlos, y logrado su objeto, se apresuraron en adoptar todos los ritos malabares y en hacer aún más amplias concesiones.

Así el traje que han adoptado para el campo es casi enteramente indostano, y el casquete que llevan en las ceremonias es idéntico al de los brahmanes oficiantes.

Como acabo de decir, reunen y cierran á los parias, y no contentos con esto, en sus conversaciones con gentes de casta superior, afectan tener y considerar á aquellos pobres proscritos como seres impuros.

¿Lo que vamos á decir se creerá? Ni aun han retrocedido ante las supersticiones que son la esencia misma del brahmanismo, *sólo comen carne de buey á escondidas...*

Sabido es que este animal es reverenciado por los indostanos y que sus antiguas leyes castigaban severamente su muerte.

Más aun, si habitan un distrito cuyos moradores pertenecen á una casta que nunca comen carne, cualquie-

ra que sea su clase, les imitan y viven como ellos de arroz y legumbres.

«Cuando estamos solos, me decía un día uno de ellos, algunas veces desplumamos un pollo... pero lo menos á menudo posible, esto alejaría á los cristianos si nos sorprendieran.»

Todo esto es la exacta verdad y no hay un solo misionero que habiendo vivido en aquellas regiones se atreva á levantarse para contradecir nuestras palabras.

Existen aún muchas otras cuestiones de las que podría hablar, si no se relacionasen con puntos demasiado delicados para ser tratados aquí...

No sé lo que el porvenir reserva á la India; pero lo que puedo asegurar es que no se la regenerará de esta manera.

CUARTA PARTE

Orígenes indostanos de la idea cristiana

Si creyese en la religión católica, empezaría por hacerme judío, y, siendo judío, no tardaría en adoptar el brahmanismo.

AL LECTOR

Las religiones imponen sus dogmas, doblegan las conciencias bajo sus leyes, roban á sus adeptos la libre discusión y el raciocinio, es nombre de Dios que proscriben todo pensamiento que ellas no hayan registrado con su sello, toda libertad, á excepción de la de inclinarse y creer.

En nombre de Dios igualmente, la razón presenta otros principios: libertad del individuo en su pensamiento y en sus actos, progreso de la humanidad en el camino de la justicia y del bien por la discusión y el examen, que son los que pueden desembarazar el porvenir de supersticiones y de los estorbos del pasado.

Las ciencias físicas han errado mientras han ido á remolque de un axioma impuesto por la idea religiosa. Las ciencias morales no tendrán otro destino mientras no se desembaracen del misterio y de la revelación.

Rechacemos el misterio y la revelación como indignos de Dios, de su sabiduría, de su infinito poder, y fuertes con las verdades inmortales que ha depositado

en nosotros, no temamos entablar la lucha que ha de conducirnos al reinado de la razón pura.

Habremos entonces separado al Ser Supremo y á su culto de todas las debilidades, de todas las miserias de la imperfección humana, á las cuales el hombre se ha complacido en mezclarse hace más de seis mil años...

Tal es el fin que debe proponerse todo hombre inteligente y libre.

119

CAPITULO PRIMERO

SENCILLA EXPLICACIÓN

Después de haber expuesto á grandes rasgos la influencia de la India antigua sobre todas las sociedades antiguas, demostrado que las tradiciones moral, filosófica, histórica y religiosa de la Persia, de Egipto, de Judea, de Grecia y de Roma habían sido sacadas de este gran foco de las primeras edades, probado que la obra de Moisés había salido de los libros sagrados del Egipto y del Extremo Oriente, vamos á ver á Cristo y á sus apóstoles encontrar, ya sea en Asia, ya sea en Egipto, las primitivas tradiciones de los Vedas, la moral y las enseñanzas de Christna, é intentar con la ayuda de aquellos principios puros y sublimes, rejuvenecer al mundo antiguo que caía en ruinas por la decrepitud y la corrupción.

Hemos explicado sencilla y fielmente el Génesis indostánico, la concepción de la virgen, la vida y la muerte del redentor Christna, reservando en lo posible toda reflexión, todo comentario para la última parte de nuestra obra, en la cual forzosamente tendremos que tratar de nuevo de todas estas materias.

Las pocas páginas que seguirán no están inspiradas más que en la imposibilidad de elevar las fábulas y los prodigios á la altura de verdades históricas, y por el deseo de encontrar la verdadera figura de Cristo y de sus apóstoles, separándola de aquel conjunto de maravillas y de ideas supersticiosas con las cuales la Edad Media le plugo rodearse.

Muy lejos de mi ánimo el placer vulgar de minar y destruir la autoridad de Jesús como Dios: un motivo más elevado me mueve y me inspira, y respeto todas

las creencias sinceras que sin embargo mi razón rehusa aceptar...

Y, ya lo he dicho, no quiero y no puedo aceptar otra guia que la razón, y otras luces sino las de mi conciencia.

¡Dios me ha dado una antorcha, la sigo!

El pasado sólo son ruinas, obscuridad, intolerancia y despotismo, cambiemos de camino... y veremos lo que será el porvenir.

CAPITULO II

IMPOSIBLES EN LA VIDA DE CRISTO TAL COMO LA ESCRIBIERON LOS EVANGELISTAS

La vida del gran filósofo cristiano, según los evangelistas y sus apóstoles nos han trasmitido, no es más que un conjunto de invenciones apócrifas, destinadas á herir la imaginación de los pueblos y á establecer sólidamente las bases de la nueva religión que fundaban.

Es preciso confesar, por otra parte, que el terreno estaba maravillosamente preparado y que aquellos hombres tuvieron pocas dificultades para hallar adeptos que pusieron vida y fortuna al servicio de la reforma.

En todas partes el paganismo agonizaba; Júpiter, á pesar de sus altares, ya no tenía creyentes; Pitágoras, Aristóteles, Sócrates y Platón hacía mucho tiempo que lo habían arrojado de su conciencia. Cicerón decía que dos sacerdotes no podían mirarse sin reir; desde dos siglos, Pirrón, Cimón, Sexto, Empírico, Enesidemo ya no creían en nada. Lucrecio acababa de escribir su libro acerca de la Naturaleza, y todos los grandes espíritus del siglo de Augusto, demasiado corrompidos para volver á las luces primordiales y á los principios sencillos, pero rígidos de la razón, habían llegado al más completo escepticismo, llevando una vida de placeres en medio del mayor olvido de Dios y de los futuros destinos del hombre.

Por otra parte, las viejas teologías que iban convirtiéndose en ruinas, habían dejado en el espíritu de la multitud la idea de un Redentor que la antigua India había legado á todas las naciones. Y el pueblo, cansado, esperaba algo nuevo que viniera á reemplazar sus extinguidas creencias, y proporcionar alimento á su energía paralizada por la duda y que sentía la necesidad de esperar.

Fué entonces cuando un pobre judío, que aunque nacido en la clase más ínfima del pueblo, no temió, después de haber empleado quince años en el estudio y en la meditación, levantarse para intentar la regeneración de aquella época de decrepitud y materialismo.

Todos conocemos la moral sencilla y pura que predicó y con qué afán el mundo antiguo se transformó bajo aquel nuevo hábito. Caracterizar y determinar la enseñanza de Cristo no es nuestro objeto; nos interesa sencillamente investigar el origen y ver por medio de qué estudios pudo formarse el innovador.

Desde el momento que rechazamos la encarnación para no considerar en él más que á un hombre, cualesquiera que sean su grandeza y su genio, estamos en el derecho de encontrarle iniciadores, igual que los hemos hallado á Buda, á Zoroastro, á Manés el egipcio y á Moisés.

Es indudable para nosotros, que Jesús, hasta el momento en que apareció en el escenario del mundo, es decir, hasta los treinta años, se preparó con el estudio para la misión que se había impuesto.

¿Por qué, en efecto, permanecer hasta los treinta años sin empezar su obra? ¿Por qué, si hubiera sido Dios, permanecer en la inacción durante doce ó quince años de su vida de adolescente y de hombre? ¿Por qué no predicar desde su infancia? hubiera sido, sin ninguna duda, un medio bastante sensible de demostrar su divinidad.

Se nos dice que á doce años defendió una tesis en el templo que maravilló á los doctores judíos. ¿Pero qué tesis? Y ¿por qué los evangelistas no han considerado conveniente hacérnosla conocer? ¿No sería más probable que este hecho, junto con otros, fuera producto de su imaginación?

En fin, ¿qué hizo de los doce á treinta años? Esta es una pregunta que formulo y á la cual desearía tener contestación.

En el silencio de los apologistas de Jesús, no podemos ver más que un hecho intencional; pues hubiera sido preciso decir la verdad y destruir la nube de obscuridad con que se han complacido en rodear aquella gran figura. Y lo cierto es que Cristo, durante aquel período, estudió en Egipto, quizás hasta en la India; los libros sagrados, reservados desde siglos á los iniciados, y con

los más inteligentes de sus discípulos que debieron juntársele en el curso de sus peregrinaciones.

De esta manera fué como Jesús conoció las tradiciones primitivas, y estudió la obra y la moral de Christna en la que se inspiró para sus enseñanzas y sus predicaciones familiares.

Me parece oir exclamaciones de sorpresa y admiración, hasta en el campo de los librepensadores.

¡Razonemos, pues! á vosotros racionalistas me dirijo, á vosotros solos; pues toda discusión con los partidarios de la fe es imposible, desde el momento que no podemos entendernos respecto á los principios.

Si no creéis en la divinidad de Jesu-Cristo, ¿por qué os admiráis que indague quiénes fueron sus antecesores y sus iniciadores? Nacido de una clase no inteligente porque era muy poco cultivada, sólo merced al estudio pudo elevarse por encima de sus compatriotas y desempeñar el importante papel que conocemos. Sí, Cristo fué á Egipto, sí, Cristo estudió el Oriente con sus discípulos; es la única manera de explicar lógicamente la revolución moral que realizaron. Pero las pruebas no faltarán; esperad antes de formular juicio respecto á esta opinión que no es para mí una simple hipótesis, sino una verdad histórica.

Que esta última palabra no os sorprenda demasiado; digo verdad histórica, porque si conmigo rechazáis lo revelado, lo prodigioso y lo maravilloso, sólo quedan causas naturales para estudiar; y si juntos hemos hallado en nuestros precedentes estudios, una doctrina más antigua y que sea punto por punto idéntica á la de Jesús y de sus apóstoles ¿no estaremos en el derecho de creer que en las mismas fuentes primitivas fué adonde estos últimos acudieron á buscar sus conocimientos?

¿No fueron todas las grandes inteligencias de la antigüedad á vivificar su genio al Egipto? ¿No era este antiguo país el punto de reunión de todos los pensadores, de todos los filósofos, de todos los historiadores, de todos los gramáticos de aquella época? ¿Qué iban á buscar allí? ¿Qué podía encerrar aquella inmensa biblioteca de Alejandría, cuya destrucción no es uno de los más pequeños títulos con que el César se conquistó el desprecio de las generaciones venideras?

¿Por qué más tarde los neo-platónicos fueron á aquel país á fundar su célebre escuela, si las antiguas tradi-

ciones no hubieran atraído, cual foco luminoso á todas las escasas inteligencias y á todos los pensadores?

El hijo de María y de José siguió la corriente: el Egipto estaba á poca distancia, fué allí á instruirse. Hasta puede ser, y estoy muy tentado de creerlo, que fué conducido á aquel país desde su más tierna edad por sus padres, así, según lo explican los evangelistas, y debió volver, sólo después de haber concebido el pensamiento de venir á predicar su doctrina á los judíos.

Antes de exponer con mayor extensión nuestras teorías sobre Jesu-Cristo, nos parece útil exponer, lo más brevemente posible, cuál fué su vida según los apóstoles.

María, aunque esposa de José, habiendo continuado virgen, concibió por obra del Espíritu-Santo, tercera persona de la Trinidad y Jesús nació el 25 Diciembre del año 4004 de este mundo, según la cronología bíblica.

Este nacimiento anunciado por los profetas, fué señalado con diferentes prodigios: unos pastores, igualmente que tres reyes magos venidos del Oriente, guiados por inspiración milagrosa, se trasladaron á Bethleem para adorar al recién nacido.

Herodes, rey de Jerusalém, temiendo la venida del Mesías que, según algunas predicciones, debía destronarle, mandó matar en Bethleem y en los alrededores á todos los niños de dos años y menos de edad.

Avisados por un ángel, José y María huyeron á Egipto para librar al niño de la matanza y solamente regresaron después de la muerte de Herodes. A los doce años de edad, Jesús maravilló á los doctores en el templo por la sabiduría de sus respuestas.

A los treinta años, después de haberse hecho bautizar en las aguas del río Jordán por San Juan Bautista, comenzó su misión y empezó á recorrer las poblaciones de Judea predicando junto con sus discípulos. Durante los tres años que duraron sus peregrinaciones, se le atribuyen muchos milagros.

Convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, resucitó á Lázaro, hijo de la viuda de Naïm, tres días después de su muerte, hizo andar á los cojos, volvió la vista á los ciegos, el oído á los sordos é hizo salir los demonios del cuerpo de un endemoniado.

Acusado por los fariseos y los sacerdotes judíos de

sublevar al pueblo para hacerse elegir rey, fué arrestado y entregado á Poncio Pilatos, gobernador de Judea para los romanos; este lo envió á Caifás, gran sacerdote de los judíos, quien le hizo juzgar y condenar á muerte por el sanedrín ó consejo de los ancianos. Clavado en una cruz entre dos ladrones, murió perdonando á sus verdugos.

Tres días después de su muerte, resucitó, según lo había prometido á sus discípulos, y cuarenta días después de su resurrección, subió á los cielos, después de haber recomendado á estos últimos de ir á enseñar la nueva fe á todos los pueblos.

Tales son, según los evangelistas, los principales acontecimientos de la vida del innovador cristiano.

El buen sentido me obliga á hacer constar que los apóstoles no obraron de buena fe rodeando á Jesu-Cristo de este conjunto de milagros y hechos maravillosos, contrarios á las leyes naturales y de la razón, con el fin evidente de fascinar á la multitud y ganar partidarios.

Este papel carecía hasta del mérito de la novedad; ¡cuántos, en efecto, lo han desempeñado antes que ellos y con igual éxito!

¡Qué! me dirán, ¿los evangelistas para vos no son más que impostores?

No es este mi pensamiento. Sostengo únicamente que aquellos hombres, con un fin laudable sin duda y para asegurar el éxito de su misión, se han valido, lo mismo que todos sus antecesores, de los prodigios, de los milagros apócrifos y que han convertido en un Dios á la suave y sublime víctima de los sacerdotes de Israel.

¡Ah! ¡si el hecho fuera único en la historia de la humanidad, sin creerlo á ojos cerrados, quizás dudaríamos en negarlo y combatirlo!

Interroguemos, pues, el pasado.

Es un hecho constante que remontándonos á las épocas más lejanas se encuentra en las teogonías de los distintos pueblos que habitan la tierra, esta esperanza en la venida de un dios á la tierra, esperanza que nace sin duda de las aspiraciones de las naciones primitivas, que en presencia de sus imperfecciones, de sus sufrimientos, debían naturalmente, en un movimiento de fe y de amor, dirigirse al Ser Supremo ó creador de todas las cosas. La leyenda primitiva de

Brahma, prometiendo un redentor á Heva, no fué otra cosa sino el resultado de aquellas aspiraciones, la manifestación poética de la creencia en la posibilidad de la encarnación divina.

Los resultados de aquella creencia general fueron numerosos. Christna aparece, se proclama el redentor prometido, dice ser salido de Dios y la India le reconoce y adora como á tal.

Buda viene á su vez con iguales pretensiones; arrojado de la India por los brahmanes, va á predicar su doctrina al Thibet, á Tartaria, á China y al Japón y estos países lo divinizan, le reciben como al Mesías esperado desde siglos.

Más tarde, Zoroastro, sublevando á Persia contra la autoridad brahmánica, se presenta como un enviado del Señor y da al pueblo sus Nosks ó libros de la ley que ha escrito dictados por Dios. Manés en Egipto, Moisés en Judea continúan la tradición, se titulan mensajeros divinos y profetas, y los pueblos continúan arrodillándose y creyendo.

En último término aparece Jesu-Cristo... Su vida es breve; apenas ha tenido tiempo de predicar, cuando los judíos le condenan á muerte, pero sus discípulos están allí; siguiendo el camino trazado por las encarnaciones precedentes, despiertan y recuerdan su memoria por medio de milagros y prodigios y convierten en un Dios á aquel hombre justo, que, sin duda, nunca en vida tuvo semejante ambición. Pero, como veremos pronto, fueron poco hábiles, y copiando demasiado la encarnación india, nos permitirán encontrar la fuente de sus inspiraciones, y de ellos mismos se desprenderán, se deducirán pruebas más concluyentes de sus anteriores estudios en Egipto y en Oriente.

Se nos dirá que si los apóstoles hubieran creado su Dios, ¿acaso hubieran la mayoría sufrido la muerte para sostener sus convicciones?

En religión, lo mismo que en política, este argumento carece de valor: nada hay tan fácil como hacer de un sectario un mártir. La persecución siempre da por resultado colocar sobre el mismo pavés y con igual título al error y á la verdad y crearle ardientes defensores.

¿No creéis que Christna sea un dios, no es verdad? ¿que Buda tampoco haya descendido de Visnu? ¿que

Zoroastro haya sido enviado por Ormuzd? Explicadme, pues, entonces, de qué manera los partidarios de estos hombres han podido morir para defender su fe, apagar con su sangre las hogueras de Oriente y llegar á cansar á sus verdugos.

Explicadme el por qué de todas las víctimas causadas por las intolerancias religiosas, los secretos de todas las abnegaciones á las malas causas, tan numerosos como los sacrificios á las buenas.

Decidme cómo se explica que los primeros y escasos fieles de Mahoma murieran en la Meca para defender al profeta, quien, sin embargo, había huído cobardemente ante el furor popular.

Más cerca aun de nosotros:

Tened presente la enérgica figura de Juan Hus, sacerdote católico quemado por el catolicismo, porque rehusaba retractarse de sus pretendidos errores.

¡Por qué no se salvó, cuando con una sola palabra podía hacerlo!

Y los judíos de la Edad Media muriendo por la ley de Moisés, *que hasta el catolicismo reconoce, aunque proscribiéndolo.*

Y los Vandois y los Camisards y los protestantes de San Bartolomé...

Y las siniestras hecatombes de la Inquisición.

Haced, pues, la lista de todos los mártires muertos por una idea, mientras que otros habían sucumbido el día anterior por una idea contraria.

Y decidme si no se muere con valor tanto para el error como para la verdad.

Creedlo bien, los jefes de una revolución no dudan nunca en morir por ella, en despreciar á la muerte, en presencia sobre todo de la multitud que han conquistado en su favor. ¡Y los apóstoles fueron jefes de revolución!

Aun cuando hubieran querido, les hubiera sido imposible evitar la cruz, la arena ó la hoguera; imposible decir á los cristianos que les veían morir: «Nos hemos equivocado, y somos los primeros en retractarnos de nuestras creencias.»

Y por otra parte, sacrificando su vida á su causa, ¿no tenían un móvil que debía bastarles á su abnegación? Sucumbían por la moral que acababan de fundar, morían por la regeneración de la humanidad; en esto

es en lo único que fueron creyentes; pero solamente en esto.

Puesto que se afrontan los tormentos y las hogueras por todas las ideas, puesto que todas las creencias y todas las religiones han tenido sus mártires, ¿no estoy en el derecho de sostener que la muerte de los apóstoles, víctimas de sus tentativas religiosas, no prueba nada en favor de la divinidad de Jesu-Cristo?

¿Esta divinidad era indispensable para su obra; el pasado estaba allí para enseñarles que no lograrían nada sin esto, que no se podía seducir á los pueblos sin lo maravilloso? ¿Después de la muerte de Jesús, no se atribuyeron á sí mismos el poder de hacer milagros?

¿A quién se hará creer que Pedro continuó resucitando á los muertos, curando á los enfermos y expulsando los demonios del cuerpo de los endemoniados?

Citemos un ejemplo: «Simón el Mágico, que realizaba milagros, habiéndose hecho bautizar por el diácono Filipo, pidió á San Pedro que le concediera el poder de hacer milagros semejantes á los suyos; habiendo sido por esto maldito por el jefe de los apóstoles, se separó de la comunión de los fieles y se puso á predicar por su cuenta llamándose también hijo de Dios,

»Habiendo provocado á San Pedro en presencia del emperador Nerón, gracias á su poder mágico se elevó á gran altura en los aires, en presencia de una gran multitud.

»Pero San Pedro habiendo suplicado á Dios, Simón el Mágico cayó en medio de la plaza pública y se rompió las piernas.»

¿Hay que discutir semejantes absurdos?

¿Un hombre de buen sentido se atrevería á creer estas ridículas fábulas?

¿De dónde procede el poder mágico de Simón? Del diablo, se nos dirá.

¡Pobre diablo! qué triste figura te hacen hacer; durante siglos te atreves á aventurarte por la tierra, introducirte en los cuerpos de las personas, hacer milagros, luchar con Dios... Después de repente huyes vergonzosamente ante la institución de la policía y de la gendarmería... Hoy ya no eres más que una figura retórica para uso de Veuillot y de Dupauloup.

Existen aún algunos taumaturgos, algunos nigrománti-

cos por aquí y acullá, pero ya no se atreven á trabajar en grande; la *sexta cámara* sabe demasiado bien exorcisarlos.

Dejemos todos estos milagros, todos estos sortilegios, que sólo pueden realizarse en épocas de atraso de la humanidad, cuando los pueblos, embrutecidos por el yugo ó enervados por el despotismo, buscan los directores fuera de su conciencia y de las luces inmortales que Dios ha depositado en nosotros. La civilización, el progreso por la libertad, dan buena cuenta de todas estas cosas que no pueden sufrir la luz, el examen y la discusión.

Vamos á ver de qué manera los apóstoles de Jesu-Cristo, rompiendo con el judaísmo é inspirándose en las primitivas tradiciones de los libros sagrados de Oriente, imprimieron á su nueva Iglesia el sello puro y sencillo de la antigua sociedad indostánica; de la sociedad de Christna.

Toda la antigüedad había ido á beber á aquel gran manantial, despreciando el esplendor del Vedismo al cual apenas había tomado algunas grandes tradiciones; había preferido copiar al brahmanismo despótico y sacerdotal.

Los apóstoles, y á mis ojos es el mayor mérito, supieron por el contrario remontarse á los Vedas y á Christna, y si no supieron rechazar lo maravilloso de aquella época, porque el mundo no estaba preparado para una regeneración completa por medio de la libertad del pensamiento, al menos supieron hacerse excusar por la pura y sublime doctrina que encontraron en los libros sagrados de los tiempos pasados y que tuvieron el valor de predicar sin preocuparse por su suerte ni por su vida.

He ahí la verdad sobre estos hombres cuya intrepidez y abnegación nunca se admirará lo suficiente, sintiendo que no se atrevieran á pisotear las ridículas supersticiones de sus antecesores.

Este es el surco que es preciso profundizar. Quizás no aportaré luz tan brillante como aparece ante mis ojos. Corresponde á otros la continuación de la obra. Convertid el sanscrito en una lengua clásica, estableced una escuela superior en la India, enviad allí hombres escogidos que darán á conocer al mundo los millares de ma-

nuscritos que este antiguo país nos ha legado... Y veréis si el porvenir me dará ó no la razón.

Repitámoslo hasta la saciedad: si el mundo antiguo fué nuestro foco generador, para nosotros, naciones modernas, la India antigua fué la iniciadora de todos los pueblos, de todas las civilizaciones de la antigüedad.

CAPITULO III

DEVANAGUY Y MARÍA.—CHRISTNA Y CRISTO

¡El hijo de Devanaguy, el redentor indostano, se llama Christna! ¡y más tarde sus discípulos le dan el título de Iezeus?

El hijo de María, el redentor cristiano, se llama Jesús, ó mejor dicho, Jessuah, y más tarde sus discípulos le asignan el título de Cristo.

Las dos madres de los redentores conciben por intervención divina y continúan vírgenes á pesar de su maternidad. ¿De qué lado viene el ejemplo? ¿A quién puede acusársele de imitación? Plantear la cuestión, es resolverla.

Devanaguy y Christna son anteriores al menos en tres mil años á María y á Cristo; la antigua civilización de la India nació de esta encarnación; todos los libros sagrados, todas las obras de moral, de filosofía, de historia y de poesía han considerado un honor apoyarse en ella. Suprimir á Christna, sería suprimir la India antigua.

María y Cristo sólo han llegado á nosotros merced á las narraciones legendarias de los evangelistas, y aunque los hechos atribuídos á la encarnación cristiana hayan sido de naturaleza á excitar hasta el más alto grado el interés y la curiosidad del siglo en que se habrían realizado y aunque aquella época esté relativamente bastante cerca de nosotros, la historia y la tradición permanecen calladas respecto al particular; nada, absolutamente nada, nos habla de ello. Ni Suetonio ni Tácito, ni ninguno de los historiadores latinos ó griegos de aquellos tiempos hicieron mención de las aventuras extraordinarias atribuídas á Jesús, y sin embargo, es menester confesarlo, había más que suficiente para tentar la pluma de aquellos escritores.

¿De qué manera se explica este unánime silencio?

Ya lo hemos dicho: es que todas aquellas aventuras son apócrifas, es que Jesús pasó casi aislado en el mundo antiguo que hizo poco caso de él, y que solamente más tarde, sus discípulos le convirtieron en héroe legendario, sirviéndose de las profecías hebreas inspiradas por el Oriente, y pidiendo prestada á Christna su moral y algunas de las particularidades de su vida entre las menos sobrenaturales y las más probables.

La tradición de la virgen-madre procedente de la India es vulgar en todo el Extremo Oriente, en Birmania, en China y el Japón; los apóstoles no han hecho más que recogerla y adaptarla á su doctrina.

Existe un hecho que siempre en alto grado ha llamado mi atención. A continuación de todos los libros sagrados de todos los tiempos primitivos del Oriente y de Egipto, la antigua tradición del Mesías había pasado á la ley hebrea. ¿De qué manera se explica, si los hechos más importantes de la vida de Jesús, si sus milagros no son el resultado de una invención posterior, que los judíos hayan rehusado conocer á este redentor que aguardaban tan impacientemente y que aun hoy día esperan?

Estaban cegados por el demonio, contestarán algunas personas. Dejad este viejo argumento, destinado á encubrir la debilidad de vuestras pretensiones y razonad, aunque sólo sea un momento, si esto os es posible.

¿Pensáis que los judíos no hubieran aclamado á Jesús si realmente hubiera realizado delante de ellos los milagros que le atribuyen los evangelistas?

Por mi parte estoy persuadido que aquellos prodigios habrían encontrado muy pocos incrédulos y que Jesús no habría muerto en la cruz como un vulgar tribuno, procurando sublevar el pueblo contra las autoridades constituídas, pues de esta manera lo consideraron los sacerdotes de Israel.

Ha pasado aquella época en que lo maravilloso parecía pertenecer al orden natural y en que la multitud se arrodillaba sin comprender. ¡Y bien! que un hombre aparezca entre nosotros y que durante tres años realice milagro sobre milagro, transforme el agua en vino, dé de comer á diez, quince, veinte mil personas con cinco pescados y tres ó cuatro panes, resucite á los muertos, devuelva el oído á los sordos, la vista á los ciegos, et-

cétera... y veréis si los fariseos ó los sacerdotes tendrán poder para condenarle por infame.

Pero sería preciso para esto que el muerto estuviera muerto del todo; que despidiera mal olor, lo mismo que Lázaro, esto no sería inconveniente; que el agua transformada en vino fuera agua; que los sordos y los ciegos no fueran personas complacientes; y que por fin las ciencias naturales ó físicas no tuvieran nada de común con el asunto.

Si los judíos no han reconocido á Jesús, es debido á que el sublime predicador se limitó sin duda á exponer su moral apoyándola únicamente con sus ejemplos, sus costumbres puras, que debían resaltar en medio de la corrupción general y excitar contra él á todos aquellos que vivían y dominaban gracias á esta corrupción.

Aleccionados por su muerte, sus apóstoles cambiaron de táctica, comprendiendo que era necesario impresionar á la multitud con cosas sobrenaturales; rejuvenecieron la encarnación de Christna, y gracias á esto, pudieron continuar con éxito la obra en la cual su maestro había sucumbido.

De ahí, la concepción de la virgen María y la divinidad de Cristo.

No pretendo hacer aproximación de clase alguna entre los nombres de Jesús ó Jessuah y el de Jesús que los redentores indio y cristiano llevaron ambos.

Tal como lo hemos visto, los nombres de Jesús, Jessuah, Josías, Josué y Jewah todos provienen de las dos palabras sanscritas Zeus y Jezeu, que significa uno el Ser Supremo y el otro la Divina esencia. Estos nombres, por otra parte, no sólo fueron comunes entre los judíos, si que también en todo el Oriente.

No sucede lo mismo con los nombres de Cristo y de Christna; aquí encontramos evidentemente la imitación, la copia, lo que los apóstoles fueron á buscar en préstamo á la encarnación indostánica. El hijo de María, al nacer, no recibió más que el nombre de Jesús y sólo después de su muerte fué llamado Cristo por los primeros fieles.

Esta palabra no es hebrea; ¿de dónde procede si los apóstoles no se hubieran apoderado del nombre del hijo de Devanaguy?

En sanscrito, Kristna, ó mejor, Christna, significa *enviado de Dios*, *prometido por Dios*, *sagrado*.

Escribimos Christna mejor que Kristna, porque la *kh* aspirada del sanscrito está filosóficamente mejor representada por nuestra *ch*, que es también una aspiración, que por nuestra *k* sencilla. Estamos, pues, guiados en esto por una regla gramatical y no por el deseo de hacer aproximaciones.

Si el nombre sanscrito de Christna se adapta admirablemente á la encarnación india, no sucedería lo propio con la encarnación cristiana, á menos que se admita la copia del nombre, de la misma manera que se ha copiado la moral y los actos.

¿Se hará provenir el nombre de Cristo de la palabra griega χρμτός (Christos)? Además que la mayoría de las palabras griegas provienen del sanscrito casi puro, lo que explica el parecido, y por otra parte aun falta explicar los motivos que ocasionaron la elección de este nombre griego á Jesús, que, judío de nacimiento, pasó su vida militante en Judea y murió entre sus compatriotas. Solamente un nombre hebreo habría sido comprensible y lógico. La única verdad admisible es que el nombre de Cristo formó parte del sistema completo adoptado por los apóstoles, y que se resume de esta manera: constitución de la nueva sociedad sobre el modelo de la primitiva religión brahmánica.

CAPITULO IV

MATANZA DE LOS INOCENTES EN LA INDIA Y EN JUDEA

Kansa, tirano de Madura, para alcanzar con la mayor seguridad á Christna, que según su pensamiento debía destronarle, ordena la matanza de todos los niños varones nacidos en la misma noche que el divino niño.

Herodes, rey de Judea, ordena matar por iguales motivos á todos los niños de menos de dos años, nacidos en Betleem y en sus cercanías.

Todas las obras de la India, científicas, históricas ó religiosas, los Pouranas, los Sastras, el Maha-Bharata, el Bagaveda-Gita, el Bagaveda Sastra, testifican la autenticidad de este hecho, mientras que la versión que lo atribuye igualmente á Herodes nos ha sido solamente transmitida por los apóstoles, es decir, por aquellos que tenían interés en renovarla.

La historia no nos ha revelado este crimen audaz, que todo hombre de buen sentido debe considerar materialmente imposible en la época en que habría habido de ser cometido. Jamás Herodes habría querido asumir la responsabilidad de una matanza tan odiosa.

¿Quién era este rey?

Habiéndose declarado partidario de Casius y Antonio, éste último le hizo nombrar por el senado romano tetrarca de Judea. Espíritu flexible y á la moderna, supo cambiar de bandera á tiempo, y Octavio-Augusto le conservó en su trono. Pero no era en realidad de verdad más que un simple gobernador del imperio, y el Evangelio lo considera lo mismo que nosotros en las palabras siguientes:

«En este tiempo apareció un edicto de César-Augusto para el empadronamiento de todos los habitantes del

imperio. Este primer empadronamiento se hizo por Cirinus, gobernador de la Siria y todos iban á hacerse inscribir en su población natal: José salió pues de la población de Nazareth, que está en Galilea, y marchó á la ciudad de David llamada Bethleem, porque pertenecía á esta tribu, para hacerse inscribir con María, su esposa, que estaba encinta...»

¿Es posible admitir que Herodes, gobernando en nombre del emperador y bajo la vigilancia del procónsul Cirinus, haya podido realizar un acto de crueldad tan estúpido como inútil?

¡Que en pleno siglo de Augusto, en aquella época tan ilustrada, tan inteligente, un loco, pues es imposible darle otro nombre, se atreva á asesinar á centenares, quizás á millares de niños, *todos los niños de menos de dos años*, dice el Evangelio; y ningún padre fué á arrojarse á los pies de Cirinus ó del emperador para obtener justicia, ni una sola voz inteligente y conmovida se dejó oir en nombre de la humanidad para protestar y maldecir!... ¿Aquellas madres no lloraron, pues, viendo derramar lo más puro de su sangre?

¿La honradez, la bondad, el corazón dormían en todos los sitios en aquel momento?

¡Tácito que marcó para siempre á los crímenes de los déspotas con el sello de la reprobación, no le parecieron semejantes infamias dignas de su cólera!

Nada, siempre la conspiración del silencio.

Apóstoles de Jesús, habéis confiado demasiado en la credulidad humana, habéis contado demasiado con que el porvenir no desenmascararía vuestras maniobras y vuestras embusteras narraciones; la santidad de vuestro fin os ha hecho olvidar demasiado los medios, y habéis abusado de la buena fe de los pueblos, rejuveneciendo fábulas de otra época que habíais creído enterradas para siempre.

¿Objetaréis que el historiador Josephe ha hablado de la matanza de los inocentes? El argumento no sería serio; además que este escritor goza de una reputación de mala fe de las más merecidas, no afirma nada y no hace más que revelar á más de sesenta años de distancia, un hecho, ó mejor dicho, un error ya acreditado por los apóstoles.

Hay una verdad que nadie podría destruir, y es que antes de la publicación de los Evangelios, es imposible

hallar el menor rastro de este absurdo acontecimiento, que si hubiera existido, no habría dejado de levantar un grito unánime de reprobación y de protesta.

¡No, este horrible crimen no se realizó!

Todos los historiadores católicos, con unanimidad conmovedora, han arrojado sobre Herodes el desprecio de las razas venideras; hora es de librarle de la mayoría de los indignos reproches de que ha sido objeto, y sería obra meritoria aquella que viniera, desechando todos los documentos sacados de las fuentes parciales é interesadas, á devolverle su verdadero aspecto.

Existe un hecho en su vida que puede ponerse como ejemplo á todos los príncipes, y que demuestra singular bondad de corazón, máxime en aquella época de egoísmo y de decadencia.

El hambre asolaba toda la Judea. Herodes vendió sus bienes, sus muebles preciosos y sus joyas, para mitigar los sufrimientos de su pueblo.

¿Consideráis que este acto sea propio de un asesino de niños?

La historia católica no se preocupa mucho cuando se trata de calumniar, pero es preciso reconocer que absuelve con análoga facilidad los crímenes de sus adeptos. ¡De cuántas alabanzas, de cuántas bajas adulaciones no ha rodeado á Constantino, que mientras se manchaba con la sangre de su mujer y de su hijo, protegía á los cristianos y perseguía á los herejes!

Ved hasta dónde la copia servil de los antiguos libros sagrados del Oriente han conducido á los apóstoles; han necesitado una segunda edición del tirano indio Kansa, y la cólera santa ha caído sobre Herodes.

Todas estas torpezas han producido sus frutos, y sabido es lo mucho que sus sucesores fueron y aun son hábiles para falsificar la historia.

CAPITULO V

TRANSFIGURACIÓN INDOSTÁNICA Y CRISTIANA

Christna, para tranquilizar á sus discípulos que temblaban ante el numeroso ejército enviado contra ellos por el tirano de Madura, se les apareció en toda su divina majestad.

Esta transfiguración es lógica, comprensible; era, en presencia de un gran peligro, el mejor medio para levantar el ánimo abatido de Ardjouna y de los otros partidarios del redentor indostánico.

Según los evangelistas, Jesús, habiéndose hecho acompañar de Pedro, Jaime y Juan, los condujo á la cúspide de una alta montaña y se transfiguró delante de ellos. «Su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se convirtieron en blancos como la nieve.»

Ningún motivo se ha atribuído á este acto sobrenatural; solamente al descender por la montaña, Jesús dice á los que le rodeaban: «No habléis á nadie de esta visión, hasta que el hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.»

¡No habléis de ello antes de la resurrección! Que resucite á Lázaro, que cure al hijo del centurión, en cualquier milagro Jesús pronuncia esta frase.

Sed, pues, lógicos. Si sois el redentor, ¿por qué ocultar vuestros actos, las manifestaciones que pueden abrir los ojos á la multitud? ¿Por qué dejar á vuestros discípulos el cuidado de revelar todas estas cosas después de vuestra muerte?

La respuesta es fácil. Se ve asomar la punta de la oreja en esta trampa grosera.

Fijaos en esta pequeña habilidad: los apóstoles com-

prenden el valor del argumento y tienen cuidado de hacerlo refutar por el mismo Jesús.

Explicadnos, pues, podían decirles los fieles ¿cómo es que jamás hemos oído hablar de todos los milagros hechos por Cristo?

Es muy sencillo, podían entonces responder: Jesús nos prohibía hablar de ellos y únicamente después de su muerte hemos tenido la misión de divulgar aquellas maravillas.

Muy bien representado, bien combinado para los espíritus débiles, los crédulos y los imbéciles. ¿Pero para los otros?

Falta sin embargo, aun explicar: ¿de qué manera los millares de individuos alimentados con algunos pescados no han hablado, de qué manera los invitados á las bodas de Caná se callaron, de qué manera?... Pero incurrimos en repeticiones, siempre igual cosa.

¡Cuán viejo es todo esto!

¡Moisés cuando iba á la cúspide de la montaña para hablar con Jehová, prohibía á los israelitas que le siguieran bajo pena de muerte!

¡Zoroastro escribía sus Nosks sólo con Ormuzd!

¡Buda, cuando quería conversar con Brahma, apartaba á su gente!

Christna y Cristo se transfiguraron solamente delante de los apóstoles, cuando hubiera sido suficiente hacerlo en público para que ya no hubiera más incrédulos.

Y siguiendo el modelo de todas estas gentes que temen la claridad, Mahoma, el último llegado, se retira á su caverna cuando quiere recibir las órdenes del Señor.

Es preciso sin embargo confiar en que todo esto está terminado, y en que estamos libres de una vez para siempre de todos estos taumaturgos, que se ocultan detrás de un biombo para realizar sus prodigios.

Durante cinco ó seis mil años, el sacerdote ha reinado en el mundo confiscando la idea de Dios en provecho suyo, y proscribiendo la libertad. Hora es de entonar el canto funerario de su poder desmoralizador, hora es de renegar de este pasado y de fundar un porvenir verdaderamente humanitario.

La antigua encarnación indostánica ha dado la señal de alerta; no le han faltado imitadores ni plagiarios; arranquemos sus últimas raíces, que amenazan salir

de la tierra para entorpecer la marcha libre y razonada...

La libertad no imitará al sacerdote, no le proscribirá, pero le arrojará del gobierno y de la plaza pública, para relegarlo al templo, de donde siempre salió con un fin inconfesable de corromper y esclavizar.

CAPITULO VI

LAS SANTAS MUJERES NICHDALI Y SARAVASTI Y MAGDALENA

La leyenda de las santas mujeres Nichdali y Saravasti ha sido, no hay duda de ello, renovada por los evangelistas en la leyenda de Magdalena; es fácil reconocerla á pesar de las transformaciones que le han hecho sufrir

Las mujeres indostánicas se aproximan á Christna para adorarle, y el pueblo murmura por su audacia.

La mujer judía se aproxima á Cristo con igual fin y los apóstoles quieren apartarla.

Nichdali y Saravasti derraman perfumes sobre la cabeza de Christna.

La misma acción se atribuye á Magdalena.

Las únicas diferencias que hay entre estas figuras consiste en que las unas vienen á pedir que cese su estirilidad y que son honestas y virtuosas aunque pertenezcan á la clase más ínfima del pueblo, mientras que la otra es una pecadora que viene á implorar el perdón de sus faltas.

Aun en esto la influencia indostánica es indudable, aunque no aparezca á primera vista tan acusada por algunos detalles insignificantes.

El efecto moral es el mismo. Dejad venir á mí á los débiles y á los oprimidos. La justicia es igual para el pobre que para el rico, para el justo como para el culpable.

Sublimes máximas con las cuales los brahmanes, herederos de Christna, habrían debido contentarse para gobernar al pueblo, y que los sacerdotes, sucesores de Cristo, no deberían jamás haber olvidado.

Limitemos á esto nuestras reflexiones; no podemos fatigar al lector con la repetición de los mismos argumentos.

CAPITULO VII

DÉCIMO AVATARA INDOSTÁNICO Ó DESCENSO DE CHRISTNA Á LA TIERRA PARA COMBATIR AL PRÍNCIPE DE LOS RACKCHASAS.—APOCALIPSIS DE SAN JUAN.

Sencilla cuestión:

Todas las profecías indostánicas anuncian este décimo Avatara, es decir, la venida de Christna á la tierra antes de la vuelta de Maha-Pralaya, ó destrucción de todo lo existente. El dios aparecerá en toda su gloria para entablar un combate terrible con el príncipe de los demonios ó Rackchasus disfrazado en forma de caballo, á fin de arrojarlo á los infiernos, de donde debe salir para intentar reconquistar su poder.

«El mundo, dice Ramatsariar, ha empezado por la lucha entre el espíritu del bien y el espíritu del mal y debe terminar de esta manera. Después de la destrucción de la materia, el mal no puede continuar subsistiendo, es preciso que vuelva al vacío.» (Tamas).

No tengo la pretensión de explicar esta creencia.

Es á la vuelta de sus *viajes á Asia*, de aquel país en donde reinaron los brahmanes y Zoroastro, que San Juan escribió su Apocalipsis. ¿No es evidente que fué de allí de donde sacó esta predicción, desconocida de los otros apóstoles, que no pertenecen en nada á Cristo y que le hace volver al fin del mundo para combatir, igual que en la encarnación india, al príncipe de los demonios disfrazado de caballo?

El Apocalipsis, como, por otra parte, es fácil convencernos, es completamente por su estilo plagado de imágenes, haciendo intervenir los animales y los elementos y principalmente por su obscuridad, informado por el espíritu enfático y nebuloso del Oriente.

Una copia más casi innegable; no acabaríamos nunca si quisiéramos señalarlas todas.

CAPITULO VIII

CRISTO TENTADO POR EL DIABLO

En este tiempo, dice el Evangelio, Jesús fué conducido por el espíritu al desierto para ser tentado por el diablo; y «después de haber ayunado 40 días y 40 noches, tuvo hambre.

»El tentador aproximándose le dijo:

»Si eres hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes.

»Jesús le respondió:

»Está escrito: Que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

»Entonces el diablo le cogió, lo llevó á una ciudad santa, y habiéndole colocado en lo alto de un templo, le dijo: Si eres el hijo de Dios, arrójate abajo, pues está escrito: El os ha confiado á sus ángeles, y os llevarán en sus brazos, por temor á que tu pie no tropiece con las piedras.

»Jesús le respondió:

»También está escrito: No tentarás á Dios nuestro Señor. El diablo le cogió otra vez y lo transportó á una montaña muy elevada y le mostró todos los reinos del mundo rodeados de gloria y le dijo:

»Te daría todas estas cosas si te arrodillaras y me adoraras.

»Pero Jesús le dijo:

»Retírate, Satanás, pues está escrito: Adoraréis al Señor vuestro Dios y únicamente le serviréis á él solo.

»Entonces el diablo le dejó y en seguida los ángeles se aproximaron y le sirvieron.»

Queriendo hablar de esta tentación de Jesús, cito solamente este *hermoso* trozo tomado del Evangelio, por temor de marchitarlo resumiéndolo.

No he encontrado en los libros sagrados de la India el similar de este acontecimiento; sin embargo no aseguraré que no se pueda hallar. Fácilmente se comprenderá que las fuerzas de un solo hombre son insuficientes para profundizar convenientemente los diferentes asuntos abordados en esta obra.

Con seguridad que volveré á tratar, después de estudios más especiales aun, sobre muchas cosas que permanecen obscuras ó no dilucidadas del todo.

Sea lo que fuese, y admitiendo que este pasaje pertenezca en propiedad á los evangelistas, nos facilita demasiado la ocasión para cogerlos en flagrante delito de impostura para que la dejemos escapar.

¿Qué os parece este diablo que se atreve á coger á Dios?

¿Y este Dios que se deja coger por el diablo?

¿Hasta qué punto el fanatismo puede, pues, embrutecer las conciencias y las más vulgares enseñanzas de la razón, para que se atreva á ofrecer á la credulidad de los pueblos cosas tan monstruosas, tan contrarias á la sabiduría y á la omnipotencia del Ser Supremo?

¡No contento de hacerse trasladar desde el desierto á lo alto de un templo, de aquí á la cumbre de una montaña, Dios, es decir, el dueño de los mundos, el creador y el regulador supremo de todas las cosas, consiente aún en discutir con el diablo!...

¡Y este último ejerciendo de gracioso!

¡Come estas piedras ordenándolas que se conviertan en panes!...

¡Si eres Dios, arrójate desde este templo!

¡Adórame, y te daré el imperio del mundo!

Y, cosa extraña, el pretendido Dios se toma la molestia de responder seriamente.

¿Con qué nombre calificaríamos semejantes blasfemias, si todas estas aventuras no fuesen francamente ridículas?

Los partidarios de estas supersticiones han cubierto con el barro de las sacristías y de las oficinas jesuíticas á los partidarios de la razón y del libre pensamiento; es menester tener su audacia y su espíritu de partido para atreverse á tratarnos de materialistas y de ateos, porque queremos despojar á la gran figura divina de todas estas indignas debilidades inventadas por los sectarios de un pasado que se viene al suelo.

¿Acaso la frase de Cicerón no es aplicable aquí? ¿Por ventura Marco ó Juan, Luciano ó Mateo podrían mirarse sin reir?

Hace mucho tiempo, si únicamente hubiesen tomado á la India sus supersticiones, si no hubiesen hallado la sublime moral de Christna que iluminó las primeras edades, que estos hombres se hubieran visto relegados en el desprecio y en el olvido, con los sacerdotes de Vesta, de Osiris y de Isis.

La moral: he ahí lo que les salvó, lo que constituyó su éxito en los primeros siglos, hasta el momento en que su poder bien sentado les permitió dictar sus órdenes á los pueblos y á los reyes, y establecer todas las servidumbres en su favor.

CAPITULO IX

CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA POR LOS APÓSTOLES TENIENDO POR MODELO Á LAS INSTITUCIONES BRAHMÁNICAS.—EL DIOS DE LOS CRISTIANOS.—BAUTISMO.—CONFIRMACIÓN.— CONFESIÓN.— ORDENACIÓN Ó UNCIÓN. — TONSURA.—INVESTIDURA DE LA CIENCIA, ETC.

Hemos dicho que Jesús y sus apóstoles habían estudiado en Egipto y en Oriente, que la revolución realizada por ellos lo fué gracias á los libros sagrados de la India; nuevas pruebas más irrefutables aun van á añadirse á las ya presentadas en apoyo de esta verdad.

Acabamos de ver la imposibilidad material de todos los milagros, de todas las supersticiones con que los Evangelios se han complacido en rodear la vida del innovador cristiano, demostrando que todo esto no era más que una segunda edición de los mismos hechos ya atribuídos á Christna por la India antigua. Vamos á demostrar en pocas palabras que en la Iglesia cristiana iguales préstamos continúan, siendo no más que una segunda edición de la primitiva Iglesia brahmánica.

Moisés, los profetas, la religión hebrea en una palabra, no conoció la Trinidad de Dios, en el sentido que no lo han establecido por Padre, Hijo y Espíritu-Santo, según lo ha admitido la idea cristiana.

¿De dónde los apóstoles han sacado la doctrina de la unidad en la Trinidad? En ninguna parte Jesús la define de una manera seria y dogmática: parece ser mucho más partidario de la unidad simple del Ser Supremo que lo fueron sus sucesores.

Es lógico pensar que los apóstoles han sacado este principio del Oriente junto con los muchos conocimientos que la teología de aquel país les prestó.

Brahma es Dios padre, Visnu es el hijo encarnado en

Christna, Siva es el espíritu que preside á las manifestaciones de la omnipotencia, es el aliento transformador.

He ahí la creencia indostánica transportada al catolicismo; existe un flagrante delito de imitación, pues sería absurdo pensar que los apóstoles han inventado esta teoría sobre las tres personas de la divinidad, cuando el brahmanismo, que no sólo dominó en la India, si que también en toda el Asia había ya, desde muchos millares de años, había emitido semejantes ideas.

Hemos olvidado por demasiado tiempo que el cristianismo nació en Oriente y que allí se desarrolló antes de tener á su favor á las naciones occidentales y que es allí adonde debemos remontarnos si queremos encontrar los manantiales originales en donde se ha formado.

Basta referirse á los capítulos consagrados á la religión brahmánica, para ver que los principales sacrificios y sacramentos de aquella creencia fueron adoptados casi de igual manera por la nueva Iglesia.

¿El bautismo cristiano es otra cosa sino el bautismo indostano?

Ved como es fácil determinar su origen.

Los partidarios de Christna tienen un río sagrado, el Ganges, cuya agua debe servir para borrar el pecado original. Juan Bautista y sus sectarios tienen igualmente un río sagrado, el Jordán, cuyas aguas sirven para análoga ceremonia.

Esta costumbre tan propia del Extremo Oriente, el país de las abluciones religiosas, era sin duda tan conocida de todos, que los apóstoles someten á Jesús á ella y no se atreven á atribuirle el mérito de la creación del primero de sus sacramentos.

Sólo había un medio para salir de esta embarazosa situación; era considerar á Juan como precursor de Jesús por orden de Dios, y esto es lo que se hizo.

¿Pero, por qué este precursor?

¡Bah! no perdamos tiempo: ¿A qué conduce el detenerse ante cuestiones sin valor?

A los 16 años los indostanos tienen la obligación de presentarse en el templo para hacer *confirmar* su purificación por la acción del aceite santo.

Igualmente esta ceremonia la hizo suya la nueva religión, el catolicismo.

Como no se pueden llevar todos los niños al Ganges, los brahmanes sustituyen el agua del río sagrado por el agua lustral, en la que hacen disolver sal y aromas para conservarla.

Igualmente á medida que el número de adeptos cristianos aumenta, no es posible llevar todos los recién nacidos á orillas del Jordán, y los apóstoles, imitando el rito índico, introducen el uso del agua bendita.

Los ancianos brahmanes eran jueces religiosos, recibían la confesión pública de las faltas y aplicaban las penas.

Los apóstoles se atribuyen idénticas funciones y establecen las confesiones públicas, solamente en uso, como es sabido, durante los primeros tiempos de la Iglesia.

Más de dos siglos después de Jesu-Cristo fué cuando los obispos reemplazaron la antigua costumbre por la confesión particular, poder oculto cuyo fin desmoralizador es muy fácil de señalar.

El sacerdote brahmán es ungido con el aceite sagrado, lleva la tonsura y recibe la investidura de la cintura sagrada.

Los apóstoles proceden de igual manera para distinguir á los suyos del común de los fieles.

La comunión no existía en la religión brahmánica en estado de sacramento. Según hemos visto en los estudios indostánicos, fué ley para los fieles el comer con el sacerdote, en el templo, la harina, el arroz y los frutos ofrecidos á Dios en el sacrificio, y este alimento santo purificaba de todos los pecados. Pero no se dijo que Dios estuviera allí presente.

Al adoptar esta ceremonia, los apóstoles añadieron esta última cláusula y se llamó la Eucaristía. Es cierto que esta costumbre cristiana no fué y no es más que una costumbre indostánica, en la que los primeros fieles comían en común pan y bebían vino, lo que no se parece en nada á la hostia simbólica actual.

Los protestantes, que rechazan la presencia real y toman el alimento sagrado bajo las dos especies, pretenden y con razón haber vuelto á las sencillas costumbres de las primeras edades.

En fin, para terminar con todas estas copias mucho más numerosas sin duda, y de entre las que sólo nos fijamos en las más salientes, el sacrificio de la misa

no es más que el sacrificio indostánico del Sarvameda.

En el Sarvameda, Brahma, víctima por su hijo Christna, que vino á morir á la tierra para salvarnos, realiza, por la mano del sacerdote brahmán, el sacrificio solemne.

¿El sacrificio cristiano deriva de otra idea? ¡Que se nos responda si pueden ó si se atreven; atacando los errores de los otros, estaremos contentos de reconocer los nuestros!

La revolución de los ángeles, las primeras criaturas creadas por Dios, no existe en el judaísmo, es decir, la constitución religiosa de Moisés. La insurrección de los devas contra Brahma ha dado nacimiento al dogma cristiano; es pues aun la India, siempre la India quien es la iniciadora.

El lector comprenderá que pasemos rápidamente sobre estas cosas. ¿De qué serviría la discusión ante la brutalidad de los hechos?

Es tan evidente que los apóstoles han copiado á la India, como que el derecho francés ha copiado el código de Justiniano, que fué para Asia y Egipto un derivado de las leyes de Manú.

Un hombre predica durante tres años la caridad, la abnegación y el amor al prójimo, no sale del terreno de la moral, no instituye dogmas ni ceremonias, limitándose á recordar los grandes principios de la conciencia á los hombres de su época, que los habían mejor proscrito que olvidado.

Los compañeros, los sucesores de este hombre que fué Jesús, fundan después de su muerte un culto religioso completo; rito, dogma, ceremonias, sacramentos nuevos no proceden ni del paganismo ni del judaísmo; ¿de dónde vienen, pues, si no son prestados por la India antigua, que posee iguales creencias, idénticas manifestaciones exteriores, análogo culto, y esto muchos miles de años antes que la revolución cristiana?

Esto no es todo: Jesús se convierte en Cristo, reúne en sí, todos los misterios, todos los milagros, todos los prodigios de Christna. Su moral, que conocemos sólo por los apóstoles, es la misma que la de la encarnación india. María renueva la figura de Devanaguy, Herodes copia á Kansa, el tirano de Madura...

El Jordán desempeña el papel del Ganges, el agua bendita sucede al agua lustral; bautismo, confirmación,

confesión, Eucaristía, menos la presencia real, ordenación de los sacerdotes por la tonsura y el aceite sagrado, todo se parece, todo es calcado una sobre otra cosa... Y los apóstoles querrían hacernos creer que recibieron una misión celeste... Y podía sostenerse que no fueron iniciados por el Oriente, por aquel antiguo brahmanismo que iluminó al mundo antiguo...

¡Vamos, pongámonos de acuerdo! ¡Acepto la misión providencial de los discípulos de Jesús con el mismo título que acepto la de Christna, Manú, Buda, Zoroastro, Manés, Moisés y Mahoma!

¡Que se me permita solamente arrojar á todos ellos al ensueño, á la fábula y á las supersticiones del pasado!...

¡Y de colocar en el umbral del porvenir, como guía de las naciones modernas... *Dios y la conciencia!*

CAPITULO X

DE DÓNDE DERIVAN LOS CENOBITAS Y LOS ERMITAÑOS CRISTIANOS DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA

El paganismo y el judaísmo no conocieron la vida cenobítica.

¿De dónde proviene esta afluencia de ermitaños y anacoretas que aparece de repente en los primeros siglos de la Iglesia cristiana?

Jesús no predicó esta doctrina de aniquilamiento y de contemplación, que llevó á los primeros cristianos á retirarse en el desierto para vivir allí en la abstinencia y en medio de maceraciones de toda suerte.

El cilicio y todos los sufrimientos corporales no salieron de la moral del sublime pastor.

No se puede colocar bajo la invocación de aquel que santificó el trabajo: la inutilidad y la holgazanería...

Hemos visto que á la vida militante de los brahmanes sucedía la vida ascética, y que de esta manera eran como debían purificar todas las faltas verificadas en el ejercicio de su ministerio.

Los dwidja ó santos personajes estaban igualmente obligados por la ley á renunciar á todos los goces, á todas las afecciones, á todos los bienes de la tierra.

Los cenobitas cristianos son procedentes de la resurrección de las ideas brahmánicas.

Hemos dado anteriormente la regla impuesta á los indostanos fervientes que quieren abismarse en la contemplación de Brahma. Se leerá sin asombro las siguientes palabras de Manú, que se adaptan maravillosamente á la vida de los anacoretas cristianos:

«Aquél (el que ha renunciado al mundo) que renun-

cie á los alimentos que se comen en las ciudades, á su mujer, á sus hijos y á todo lo que posea.

»Que se lleve el fuego sagrado y todos los vasos necesarios para los sacrificios, y se retire á la selva para dominar sus sentidos.

»Que se lleve una piel de gacela ó un vestido de corteza y se purifique por la mañana y por la tarde; que lleve los cabellos largos y deje crecer su barba, los pelos de su cuerpo y las uñas.

»Que encuentre medio, aun sobre su frugal alimentación, de hacer limosnas.

»Que se dedique sin cesar á la lectura de la Escritura Santa (Vedas), que lo sufra todo con paciencia, que esté perfectamente concentrado, que sea compasivo respecto á todos los seres, que siempre dé... sin recibir nunca nada.

»Que sólo coma yerbas, raíces y frutos.

»Que duerma sobre el duro suelo, sobre espinas y sobre piedras.

»Que guarde silencio absoluto, hasta cuando en las poblaciones mendigue el alimento para su cuerpo mortal.

»No debe vivir ni de la astrología ni de la quiromancia. (Como se ve, estas ciencias son antiguas. ¿No fueron los árabes que de Oriente las importaron á Europa?)

»Dominando sus órganos, renunciando á toda clase de afección y á todo odio, huyendo del mal y practicando el bien, se prepara la inmortalidad.»

Y añade aún la Santa Escritura:

«Que no desee la muerte, que no desee la vida, y así como el segador, llegada la noche, espera tranquilamente á la puerta de la casa del dueño, su salario, que espere que su hora sea llegada.

»Y cuando la hora de la muerte suene para él, que se haga tender sobre una estera y cubrir de cenizas, y que su última palabra sea una plegaria para la humanidad que continuará sufriendo, mientras que él habrá ido á reunirse con el Padre de todas las cosas.»

Esta fué la regla de los anacoretas indios y cristianos; decirlo, es demostrarlo; estos últimos no fueron más que imitadores.

La exageración de estos principios brahmánicos produjo los sannayasis y los fákires de quienes hemos des-

crito la clase de vida, lo mismo que las torturas y las espantosas mutilaciones que se imponen...

Las mismas causas produjeron los mismos resultados en el cristianismo, y se vió á los fakires Simeón el Estilita, Orígenes y algunos más rivalizar con los fakires indostánicos.

154

CAPITULO XI

ÚLTIMAS PRUEBAS

En tiempo mismo de los apóstoles algunos hombres alzaron su voz para señalar al cristianismo un origen completamente oriental y dirigieron todos sus esfuerzos á empujarle á un regreso completo al brahmanismo.

Admitían el Zeus irrevelado, pasivo, no obrando de los indios, en el seno del cual reside la semilla de la materia y de todos los principios de la vida.

Después Dios se convertía en demiurgo, es decir, autor del mundo actual; se revelaba entonces por la creación.

Los partidarios de este sistema negaban la revelación, para reconocer sólo una tradición no interrumpida remontando á la cuna de la humanidad, y conservada á todos los pueblos por el Extremo Oriente, en donde, según ellos, el hombre se había originado. Y por lo tanto Jesu-Cristo, que consideraban como emanado de Dios, había venido á la tierra no para reformar, sino para completar la obra de la tradición y recordar al hombre la fe sencilla y pura de las primeras edades.

Estas doctrinas fueron sostenidas en tiempos de los apóstoles por Philón el judío, Dositeo, Simón el Mágico y Menandro el Samaritano, y desarrolladas más tarde, en el segundo y tercer siglo por Carpocrate, Basilio, Valentín y Tatio de Alejandría, Saturnino de Antioquía, Barde de Edero, lo mismo que Marción y Cerdón, que pretendían haber encontrado en Asia los verdaderos manantiales de la idea religiosa.

Los apóstoles, viéndose desenmascarados y amenazada su obra, trataron á Simón, á Dositeo y á otros, de heréticos, blasfemos, de poseídos del diablo y acumularon sobre ellos todos los rayos de la naciente Iglesia.

Cuando estas opiniones más tarde quisieron renovarse, con nuevos argumentos, la religión cristiana había olvidado la pobreza y la abnegación para escalar los tronos, y utilizó su poder para hacer torturar y proscribir por los emperadores á todos aquellos que intentaron discutir su origen, preludiando todas las matanzas, todas las proscripciones y todas las hogueras que ensangrentaron la Edad Media y los tiempos modernos.

Orígenes, uno de los más célebres doctores de la Iglesia, creía en la preexistencia de las almas en los mundos superiores, de donde habían descendido para animar á los cuerpos y que habían venido á purificarse en la tierra de los pecados anteriores, para volver en seguida á reunirse con Dios.

También creía que las penas del infierno no eran eternas.

Todo esto no es más que pura doctrina indostánica.

Se ve que la idea que informa y domina este libro no data de ayer, y que los contemporáneos de los apóstoles y de los primeros cristianos consideraban al Oriente, diez y nueve siglos antes que nosotros, como la cuna de todas las ideas religiosas.

No hemos hecho, pues, más que aportar á la discusión los argumentos nuevos, sacados de las fuentes antiguas de todas las tradiciones.

CAPITULO XII

UNA OBRA DEL JESUITISMO EN LA INDIA

Los reverendos padres jesuítas, franciscanos, misiones extranjeras y otras corporaciones se unen en conmovedor acuerdo, en la India, para realizar una obra de vandalismo que interesa poner en conocimiento de los sabios y de los orientalistas.

Todo manuscrito, toda obra sanscrita que cae en sus manos es destruída y arrojada á las llamas. Inútil es decir que estos señores eligen de preferencia libros que se remontan á la más alta antigüedad y cuya autenticidad parece indudable.

¿Con qué fin realizan estos actos de inepcia y de intolerancia?

¿Es para preservar á los escasos cristianos de la India de la lectura de estos libros?

¡No! Afirmo y aseguro que ni uno de sus adeptos, procedentes todos de las más inferiores castas, se halla en condiciones de comprender el antiguo idioma sagrado de la India, que en la actualidad únicamente es estudiado por los brahmanes sabios.

¡Y bien! entonces, la respuesta que nos darán, es la siguiente:

¡Se destruye al libro porque se le teme y para no tener que combatirlo más tarde!

¡Oh! saben perfectamente, y los jesuítas sobre todo, el valor de las obras que destruyen. Cada nuevo jesuíta que llega recibe la orden formal de obrar de esta manera respecto todo lo que caiga bajo sus manos. Afortunadamente los brahmanes no les abren los depósitos secretos de sus inmensas riquezas literarias, filosóficas y religiosas.

Esta manía de destrucción ha producido sus resulta-

dos, y es muy difícil, á menos de poseer una extraordinaria intimidad, hacerse entregar por un brahmán las obras sagradas de su pagoda.

El sacerdote indostano que conoce su influencia sobre las masas, que es obedecido por un signo así por el grande como por el pequeño, no puede imaginarse que el sacerdote católico no tenga igual poder sobre sus compatriotas.

—¿Qué queréis hacer de este libro? responde comúnmente. No está escrito para vuestra nación y no me lo pedís, sin duda, más que para llevarlo á la misión.

Y de esto resulta que la Sociedad asiática de Calcuta no haya podido recoger por entero á los Vedas, y que no esté muy segura de las copias que posee, y en las cuales se han descubierto numerosas interpolaciones.

¿Cómo ha de ser? Hace dos siglos que esta destrucción estúpida y bárbara dura, y se paga á los indostanos para ser desconfiados.

Veamos, ilustres padres: ¿qué pretendéis lograr quemando el pensamiento, ahora que ya no podéis quemar el cuerpo?

¿Apagar y extinguir la luz?

Ella se hará paso y avanzará á pesar vuestro, estad seguros de ello, y de vuestras tenebrosas y vergonzosas maquinaciones.

CAPITULO XIII

UN TEXTO DE MANÚ

«Así como el último soldado de un ejército puede algunas veces con una flecha encendida destruir la más sólida fortaleza del enemigo, del mismo modo el más débil de los hombres, cuando se constituye en campeón esforzado de la verdad, puede derribar y destruir los más fuertes baluartes de la superstición y del error.»

FIN



Biblioteca de Enseñanza Popular

Huxley
Introducción al estudio de la ciencia.

Meunier
Historia del Arte.

Dufour
Diccionario de las falsificaciones.

Ferrière
El Darwinismo.

Paulhan
La Fisiología del Espíritu.

P. Secchi, Briot, Wolf, Delaunay y Tisserand
Las estrellas y los cometas.

Brothier
Historia de la Tierra.

Flammarión
Astronomía popular.
A través del espacio.
¿Qué es el Cielo?
Los terremotos.

Lemonnier
Higiene de la cocina.

Zaborowski
Los mundos desaparecidos.

Serieux y Mathieu
El alcoholismo y sus estragos.

Amigues
Excursiones celestes.

Acloque
Los insectos perjudiciales.

Precio de cada tomo, en rústica. **2** *reales*
Encuadernado en tela. . . . . **3** »

OBRAS VARIAS

Nomenclator de Puertos y Consulados, por Román Mulet. —5 ptas.

Cantos de vida y esperanza: *Los Cisnes* y otros poemas, por Rubén Darío.—5 ptas.

Curso completo de Apicultura (cultivo de las abejas), por G. Layens y G. Bonnier (4.ª edición).—5 ptas.

Aguila de Blasón, por Ramón del Valle-Inclán.—3'50 ptas.

Sonata de Primavera, por Ramón del Valle-Inclán.—2 pesetas.

Sonata de Estío, por Ramón del Valle-Inclán.—2 ptas.

Sonata de Otoño, por Ramón del Valle-Inclán.—2 ptas.

Sonata de Invierno, por Ramón del Valle-Inclán.—2 ptas.

La víspera de la boda, por Dupuy.—2 reales.

Los Seguros, por P. Estasén.—3 ptas.

Cosas de los moros, por Díez de Tejada.—2 ptas.

El arte del colorido, (con un tratado especial de iluminación de tarjetas postales), por Dufour.—1 pta.

Arte de dibujar sin maestro, por Coupil y Renauld.—1 pta.

Astronomía y ciencia general, por J. Comas Solá.—6 ptas.

Biblioteca Contemporánea

Bossi
Jesucristo nunca ha existido (3.ª edición).

Mantegazza
El siglo hipócrita (3.ª edición).
La filosofía del amor.

Stepniak
La Rusia terrorista (2.ª edición).

Hæckel
El origen del hombre.
Un viaje á la India.

Büchner
La aurora del siglo.
Lugar del hombre en la naturaleza (2 tomos).

Letourneau
Las pasiones humanas.

Viardot
Apología de un incrédulo.

Tolstoy
El gran crimen.

Gomila
Alma social.

Lorenzo
Vía libre.

Mirabeau
Erótika Biblión. La pornografía en la Biblia.

Ibarreta
La religión al alcance de todos (segunda edición).

Beraud
La existencia de Dios.

Carlyle
Los héroes (2 tomos).

Berthelot
Ciencia y moral.

Spencer
La ciencia social.

Marx
Precios, salarios y ganancias.

Kautsky
Parlamentarismo y socialismo.

Bebel
La mujer.

Negri
La crisis religiosa.

Voltaire
La moral religiosa.

Denoy
¿Descendemos del mono?

Barón de Holbach
Sistema de la naturaleza (2 tomo

Schopenhaüer
El fundamento de la moral.

Nietzsche
El Anticristo.

Vandervelde y Massart
Los parásitos de la sociedad.

Quincey
El asesinato considerado como de las Bellas Artes.

Kropotkin
Memorias de un revolucionario tomos).

E. Troilo
El misticismo moderno.

E. Reclús
Los primitivos (2 tomos).

E. Littré
Conservación y revolución.

Gener
La Muerte y el Diablo (2 tomos).

Murisier
Enfermedades del sentimiento gioso.

Novicow
La emancipación de la mujer.

Boutroux
Las leyes naturales.

Emerson
El hombre y el mundo.

Delfino
El alcoholismo.

Rizal
El filibusterismo (2 tomos).

Spencer
Primeros principios (2 tomos).

S. Pey Ordeix
Alma religiosa.

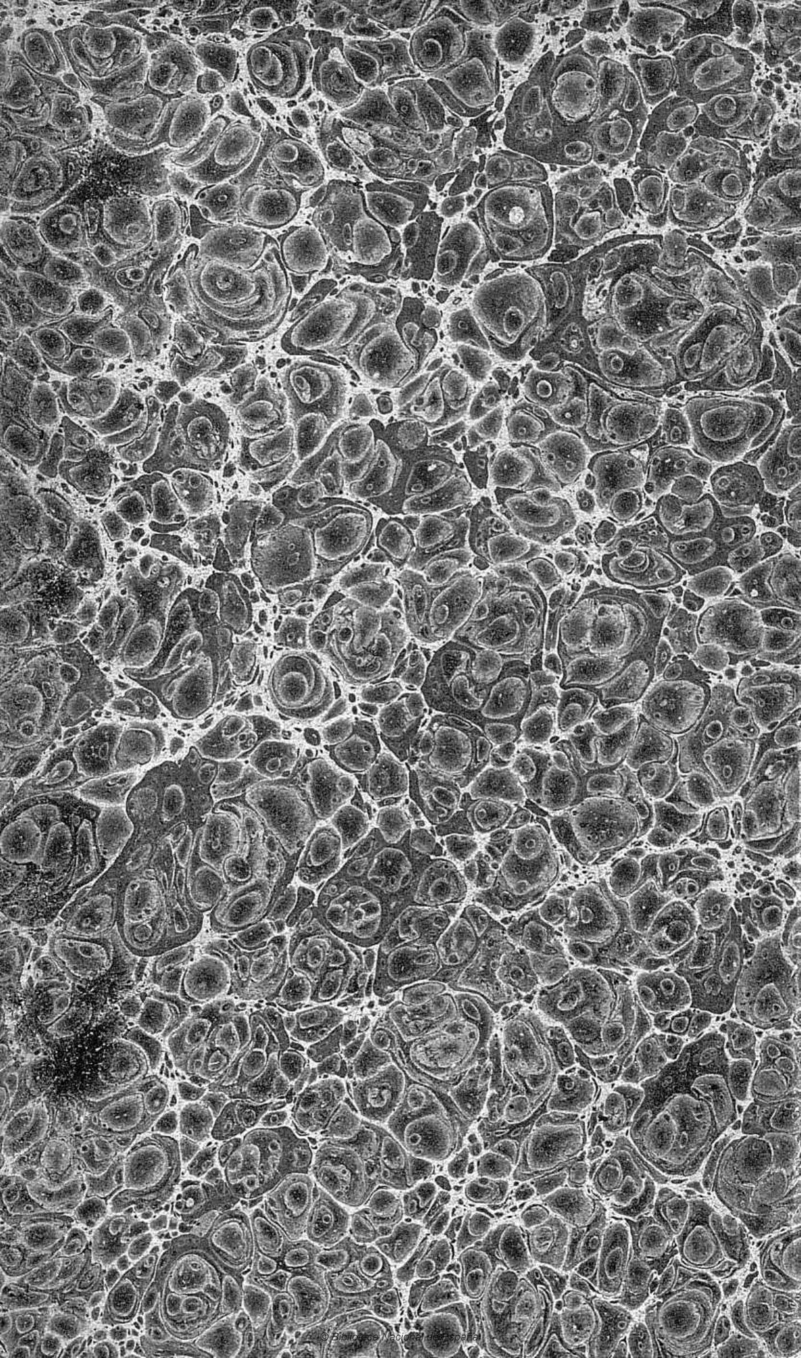
A. Dide
La revolución y los revolucionar

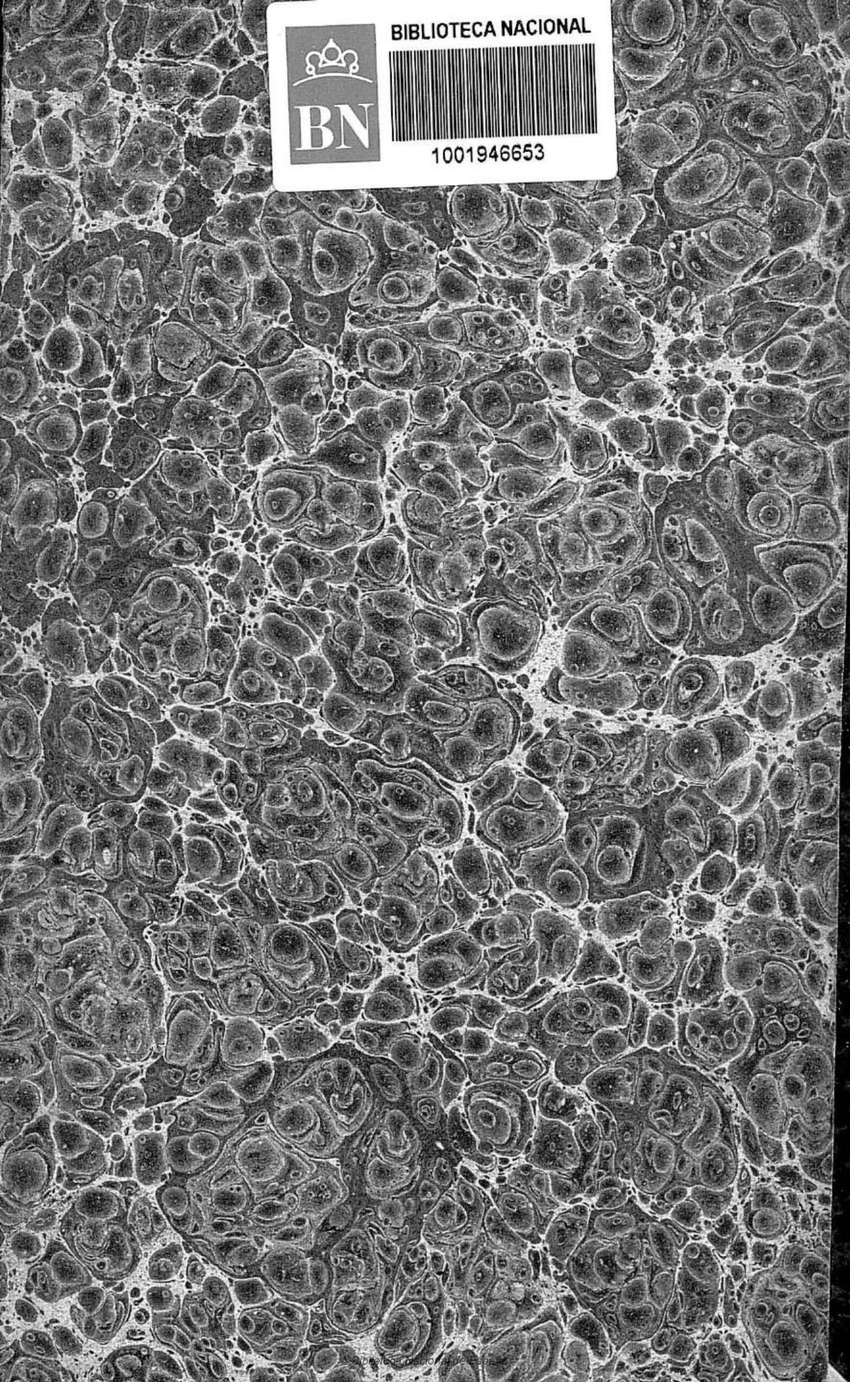
E. Parny
La guerra de los dioses.

F. Gicca
Justicia sacerdotal.

L. Jacolliot
La Biblia en la India.

Precio de cada volumen. . . . . **4** *reales*
Encuadernado en tela. . . . . . **6** »




BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001946653
© Biblioteca Nacional de España